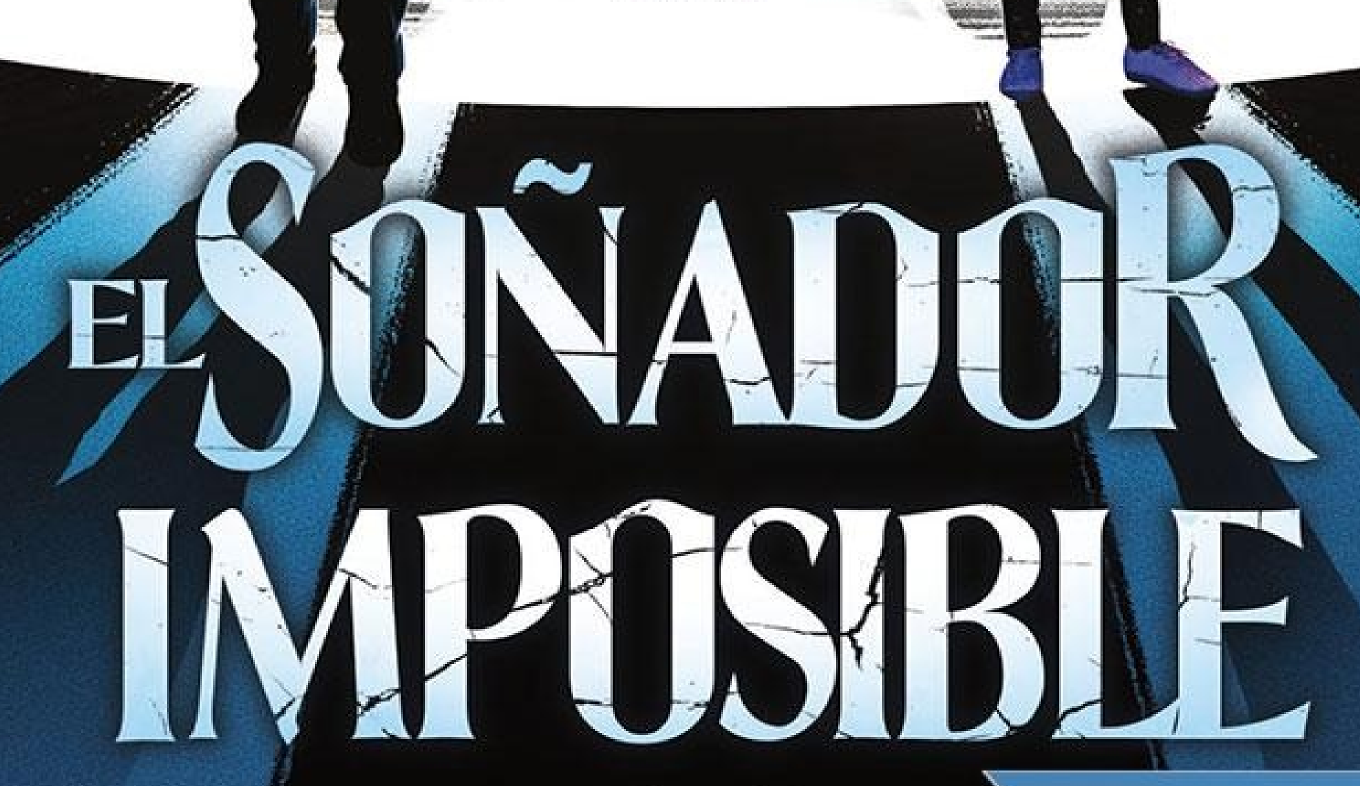
MAGGIE STIEFVATER



Algo está afectando a la fuente de poder de los soñadores. Está bloqueada. Disminuida. Debilitada. Si llegara a agotarse, ¿qué les ocurriría a los soñadores y a quienes dependen de ellos?

Ronan Lynch no piensa quedarse de brazos cruzados para averiguarlo. Con el apoyo de Bryde, su mentor, Ronan está dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar a los soñadores y a los soñados… incluso si eso supone alejarse de su familia y del chico al que ama.

Jordan sabe que el final de los sueños sería también su final. Por eso está decidida a encontrar un objeto que le permita sobrevivir, aun cuando eso la lleve a un submundo de tinieblas.

Carmen Farooq-Lane teme a los soñadores; esa fue la razón de que accediera a perseguirlos. Pero, cuanto más se acerca a ellos, más se complican sus sentimientos.

Tras *Llama al halcón*, en esta segunda entrega de la *Trilogía de los Soñadores* la autora lleva a sus personajes al límite cuando vemos que todo empieza a desmoronarse. Está en juego algo muy importante: el fin del mundo o el de los soñadores.

Maggie Stiefvater

El soñador imposible

Trilogía de los soñadores - 2

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2022

Título original: *Mister Impossible*
Maggie Stiefvater, 2021
Traducción: Xohana Bastida Calvo
Diseño de cubierta: Matt Griffin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Para Melissa

Soy la tierra, soy el agua sobre la que caminas
Soy el sol y la luna y las estrellas.

—Phantogram,
Mister Impossible

Por las flores guiadas,
corrieron hasta encontrar
algo que yacía
con forma de hombre.

—Robert Frost,
Despojos de los muertos

¡Oh, la de cosas que puedes inventar
con solo intentarlo!

—Dr. Seuss,
La de cosas que puedes pensar

PRÓLOGO

Cuando fueron a matar al Zeta, hacía un día precioso.

Estaban en Illinois, tal vez, o en alguno de esos estados que también empiezan por I. Indiana. Iowa. W-Isconsin. Había campos de cultivo, pero no eran de esos que salen en las postales. No se veían graneros pintorescos ni aperos de cultivo artísticamente oxidados, solo tierra cubierta de tallos irregulares. El cielo estaba muy azul. Los pedregosos campos de trigo relucían, pálidos. Todo se recortaba con nitidez. Era como estar de vacaciones en el mar, pero sin el mar. El paisaje estaba dividido por una autopista muy llana, muy recta, de un gris blanquecino por la sal.

Solo se veía un vehículo: un camión con la cabina de un rojo brillante y un remolque en el que ponía: «SOLUCIONES INTEGRALES · ATLANTA · NUEVA YORK · NASHVILLE». Junto a las palabras había un dibujo esquemático de una butaca de estilo clásico, aunque el camión no contenía butacas. No: los contenía a ellos. A los Moderadores. El equipo de casa, los campeones, los que trabajaban día y noche para evitar el fin del mundo. O, al menos, eso era lo que prometía la etiqueta del envase: un conjunto de adultos razonables, reunidos para detener una amenaza sobrenatural —los Zetas— de cuya existencia casi nadie sabía.

Los Zetas: como la letra zeta, como los ronquidos «zzz», como los ruidos que hacía la gente al dormir, que era el momento en que los Zetas se convertían en armas. Los Zetas; aunque quizá habría que llamarlos los Ceros, porque eso es lo que quedaría del mundo si los Moderadores no intervenían para evitarlo.

Sin duda, uno de los pocos empeños nobles que quedaban en el mundo.

Bellos conducía el camión de muebles, a pesar de que había perdido un brazo hacía poco. Ramsay ocupaba el asiento del copiloto. Se hurgaba en la nariz y se limpiaba el dedo en la puerta con aire agresivo, como si desafiara a Bellos a decir algo. Bellos no decía nada. Tenía otras cosas en las que pensar: por ejemplo, lo mucho que echaba de menos su brazo. También pensaba en las criaturas que se lo habían arrancado recientemente en la casa

de Declan Lynch. Aquellos perros… Sabuesos negrísimos con ojos y fauces de un fuego maligno, como salidos de un mito. ¿Qué habría sido primero? ¿Habrían soñado los Zetas aquellos monstruos antes de que entrasen en las leyendas o habrían sido las propias leyendas la fuente de inspiración para crear aquellas criaturas imaginarias?

«En alguna parte, esos monstruos aún existen», pensó. Sólidos y gaseosos al tiempo, vivos e inmunes a la muerte. Las normas que los regían eran completamente distintas de las humanas, y por eso la humanidad no podían derrotarlos.

Por eso debían morir los Zetas: porque lo estaban rompiendo todo.

Bellos y Ramsay no viajaban solos. En condiciones normales, lo habrían hecho, pero ahora todo el mundo estaba asustado. Hasta hacía poco, jamás se les había escapado un solo Zeta. Ni mucho menos dos Zetas. Ni, desde luego, seis Zetas, sin que ellos fueran capaces siquiera de averiguar qué había fallado. Era difícil no echar la culpa a los tres primeros que se les habían escurrido de entre las manos, aquellos con los que se habían enfrentado a la orilla del río Potomac.

Había llegado el momento de sacar las armas pesadas. El remolque del camión estaba atestado de Moderadores.

Hacía un día precioso, desde luego.

En algún lugar, algo más adelante, estaba la caravana de la Zeta. Una visión sobrenatural les había revelado el aspecto del lugar en el que podrían encontrarla, y las fuerzas del orden locales los habían ayudado a afinar la búsqueda. Si los cálculos de los Moderadores eran correctos, encontrarían la caravana a unos kilómetros, separada de la carretera apenas unos metros. Y si sus cálculos seguían siendo correctos, en veinticinco minutos tendrían cargados en el remolque todos los fragmentos que quedasen de la caravana, además del cadáver de la Zeta. Y si sus cálculos resultaban ser amorosa y estrictamente correctos hasta el final, al terminar el trabajo, su Visionaria dejaría de estar atormentada por premoniciones horribles de un fin del mundo provocado por los Zetas.

—Llegamos al objetivo —dijo Bellos acercando la boca al transmisor.

—Mantened los ojos bien abiertos —respondió la voz grave de Lock, su jefe, desde el remolque del camión.

—Recibido, cambio y corto —dijo Ramsay, aunque le habría bastado con decir «De acuerdo».

—Carmen, ¿sigues ahí? —gruñó la voz de Lock.

El transmisor crepitó.

—Os seguimos a dos millas de distancia. ¿Quieres que nos aproximemos? —dijo una voz clara y profesional.

La voz pertenecía a Carmen Farooq-Lane, otra Moderadora. En aquel momento iba al volante de un coche de alquiler lleno de agujeros de bala, impecablemente vestida con un traje de chaqueta de lino claro, con el pelo recogido en un moño suelto, las muñecas adornadas con cadenitas de oro y las pestañas largas y curvadas. En una vida anterior, antes de que su hermano descubriera su condición de Zeta y, al mismo tiempo, de asesino en serie, Farooq-Lane había sido una joven ejecutiva en una empresa de gestión financiera. Aquella vida había terminado tan abruptamente como la vida de Nathan, su hermano; pero, si de ella dependía, el apocalipsis no la iba a pillar con ropa de andar por casa.

—No, pero no te alejes —respondió Lock—. A no ser que necesites hacerlo, claro.

En realidad, no quería decir «a no ser que necesites hacerlo», sino «a no ser que Liliana necesite que lo hagas». Liliana, como todos los Visionarios, se convertía en una bomba viviente durante sus visiones. Además de eso, las visiones la hacían avanzar o retroceder años de vida. En realidad, esto último era más bien un asunto ornamental. Nadie se moría por estar cerca de ella mientras pasaba de ser niña a ser anciana, o viceversa. No: la gente se moría porque, mientras Liliana tenía visiones, a ellos les reventaban los órganos internos. Los demás Visionarios habían aprendido a derivar aquella energía hacia su interior para no matar a nadie. Pero aquello, que podía ser muy útil, tenía la desventaja de acabar matando a los propios Visionarios.

Liliana aún no había aprendido a hacerlo.

O tal vez no quería.

—Atentos todos —dijo Lock por el transmisor, mientras el camión se aproximaba a su objetivo—. Concentraos. Esto lo hemos hecho más veces, y en esta ocasión no quiero ningún error.

Westerly Reed Hager. Farooq-Lane había visto la foto de la Zeta y había leído su dosier, que estaba lleno de cincos y dieces. Cincuenta y cinco años. Un metro cincuenta y cinco. Diez domicilios conocidos en los últimos cinco años. Cinco hermanas y diez hermanos, casi todos indocumentados, perdidos, ilocalizables. Su familia era una vista panorámica de un árbol genealógico *hippy*. Vivía en una caravana Airstream que había adquirido cinco años atrás, y la movía con una camioneta Chevrolet de color azul oscuro que poseía desde hacía diez años. En su

expediente constaban diez delitos menores, cinco por pagar con cheques sin fondos y otros cinco por vandalismo.

A Farooq-Lane no le daba la impresión de que Westerly Reed Hager fuera a causar el fin del mundo.

—Carmen —dijo Liliana.

La Visionaria, en ese momento anciana, iba sentada en el asiento del copiloto del coche de alquiler agujereado. Con las manos nudosas abiertas sobre el regazo, tan limpiamente como las páginas de un libro, parecía mantener un control natural de todo su cuerpo.

—Carmen, yo me quedaría atrás.

La radio del coche de alquiler se encendió sola y por ella empezó a sonar una ópera. Era algo que hacía últimamente, del mismo modo en que Farooq-Lane se dedicaba últimamente a matar Zetas. Si lo pensaba bien, a Farooq-Lane le daba la impresión de que el apocalipsis ya había ocurrido, solo que en su interior.

Miró a Liliana. Luego, miró la carretera desierta que se extendía ante ellas.

Redujo la velocidad.

Los cálculos empezaron a fallar.

Hacía un instante, los Moderadores estaban solos en aquel día soleado, rodeados de campos desiertos. Al siguiente, ya no lo estaban. De alguna forma, había aparecido otro coche en la calzada, delante de ellos. No es que apareciese de repente; simplemente parecía haber estado allí desde siempre, solo que ellos no se habían dado cuenta hasta ese momento.

—Ya estoy olvidando que lo veo —susurró Bellos sin dirigirse a nadie en particular.

Aunque miraba directamente aquel extraño coche, no lo veía. Lo miraba, no lo veía, lo miraba, no lo veía. «Hay un coche, hay un coche, hay un coche», repitió para sus adentros, casi olvidando que era verdad en cuanto lo pensaba. Su mente empezaba a fracturarse.

El coche frenó hasta que su parte trasera quedó pegada al morro del camión.

Apareció una persona, una mujer joven. Piel oscura, amplia sonrisa blanca. Estaba de pie, asomada por la trampilla que se abría en el techo del extraño coche.

Era una de las Zetas que se les habían escapado a orillas del Potomac. Jordan Hennessy.

—¡Mierda! —masculló Bellos, tratando de agarrar el transmisor antes de darse cuenta de que la mano con la que pretendía cogerlo ya no estaba allí.

Ramsay se apoderó del aparato y apretó con fuerza el botón lateral.

—Hay una Zeta. Es…

Hennessy les enseñó el dedo corazón y luego lanzó algo al parabrisas de la cabina.

Los dos hombres solo tuvieron tiempo de ver que el proyectil era una esfera pequeña y plateada, antes de que se estrellase contra el cristal. Una nube de humo metálico envolvió el camión.

El humo empezaba a invadir la cabina. Del transmisor brotaba una voz. Lock decía algo. No parecía importante: lo único que importaba en aquel momento era mirar la nube, ver cómo sus partículas resplandecientes oscilaban en el aire, sentir cómo aquel momento centelleante se colaba en su nariz, invadía sus senos nasales, se afincaba en su cerebro. Ellos eran la nube.

El camión zigzagueó, se salió de la carretera casi rozando la caravana Airstream y traqueteó varias decenas de metros, aplastando espigas, antes de detenerse a trompicones.

—¿Qué está pasando? —chilló la radio.

Nadie contestó.

El portón del remolque comenzó a abrirse. Los demás Moderadores aparecieron, erizados de armas.

Hasta aquel momento, las pistolas se habían impuesto siempre. O, más bien, hasta la vez anterior. Y la anterior a la anterior. Y la anterior a la anterior a la anterior. Y la anterior a la anterior a la anterior a la anterior. Pero antes de eso, lo que mostraba el marcador era esto: «Moderadores 200, Zetas 0», o algo por el estilo. Lo importante, en todo caso, era que, en términos estadísticos, las pistolas llevaban las de ganar.

—Atentos —dijo Lock.

A unos metros de ellos, entre el camión y la caravana, se abrió la puerta de un coche.

Eso inquietó a los Moderadores que salían del remolque, ya que, como les había ocurrido a Bellos y a Ramsay, les resultaba difícil recordar que estaban viendo aquel extraño vehículo.

De él salió un hombre joven. Tenía el pelo oscuro y rapado, y la piel de un blanco helador. Sus ojos eran tan azules como el cielo de la mañana, pero contenían una promesa de mal tiempo.

El joven se estaba sacando algo de la cazadora: un frasquito de cristal tapado con un cuentagotas. Lo destapó.

Era otro de ellos: Ronan Lynch.

—Mierda —mascullló una Moderadora llamada Nikolenko.

Ronan Lynch dejó caer gotas de líquido sobre el trigo aplastado, y de cada gota brotó una avalancha de viento, de furia, de hojas. Era una ventisca de la Costa Este, encerrada en un frasquito.

Imposible, soñada, delirante.

La borrasca derribó a los Moderadores y desvió las balas de sus objetivos. Les golpeó el cuerpo y la mente. No era solo mal tiempo: era la esencia del mal tiempo, el temor de la tormenta, la sensación húmeda y espesa de una tempestad retenida durante demasiado tiempo, que los calaba hasta los huesos sin dejarlos reaccionar.

Desde la puerta abierta de la caravana, Westerly Reed Hager vio cómo Ronan caminaba entre los Moderadores aturdidos sacándoles las pistolas de las manos a patadas, rodeado de nubes que ondulaban a su alrededor. La irascible tormenta del cuentagotas no lo molestaba: formaba parte de ella.

Hennessy también caminaba entre los cuerpos yacentes, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Se acuclilló con rapidez y recogió una de las pistolas caídas.

Y entonces, con la misma rapidez, apoyó el cañón en la sien de su propietario.

El Moderador no reaccionó: estaba abrumado por los sueños. Hennessy hizo descender el arma hasta apoyarla en su mejilla y presionó lo bastante para levantar la comisura de sus labios en una absurda sonrisa. Los ojos del hombre estaban velados, confusos.

Ronan miró la pistola y luego miró a Hennessy. Era obvio que estaba a punto de volarle los sesos al Moderador.

Ronan no tenía claro que el hombre fuese uno de los que habían asesinado a la familia de Hennessy. Lo que sí tenía claro era que a ella le importaba poco aquel detalle.

—Hennessy.

Quien acababa de hablar era el tercer Zeta del extraño coche. Se trataba de un tipo rubio y apuesto. Sus ojos, muy juntos, le daban aspecto de ave de presa, y su expresión sugería que sabía lo que pensaba el mundo de él y le traía sin cuidado.

Bryde.

—Hennessy —repitió.

La pistola parecía hacerse más grande cuanto más tiempo permanecía pegada a la cabeza del hombre. No era un efecto de la magia onírica: se trataba, simplemente, de la magia de la violencia. La violencia era una forma de energía sostenible. Se recargaba sola.

La mano de Hennessy se crispó.

—No puedes decirme que no lo haga. Ya he pagado la entrada para este espectáculo.

—Hennessy —dijo Bryde por tercera vez.

A pesar de la tirantez eléctrica de su voz, el tono de Hennessy era ligero.

—Tú no eres mi padre de verdad.

—Hay mejores formas de hacerlo. Formas que le dan más peso. ¿Crees que no sé lo que deseas?

Una onda de tensión.

Hennessy dejó caer la pistola.

—Vamos a rematar esto —dijo Bryde.

Aturdidos, inmóviles, enfermos de miedo y añoranza, los Moderadores contemplaron cómo los Zetas avanzaban hasta quedar delante de Lock. Bryde miró a Ronan y a Hennessy y asintió. Los dos se acuclillaron y se taparon los ojos con sendos antifaces de tela negra.

Durante una fracción de segundo, parecieron bandidos ciegos. Un instante después, los dos se desplomaron, dormidos.

—¿Quiénes diablos sois? —gritó la Zeta de la caravana, que lo había observado todo con los ojos desorbitados.

Bryde se llevó el índice a los labios.

Hennessy y Ronan soñaban.

Cuando despertaron, unos minutos más tarde, al lado de Hennessy había un cadáver. A Hennessy le resultaba tan fácil falsificar despierta como dormida: el cuerpo era una copia exacta del hombre vivo que yacía en el suelo junto a ella. Había soñado una copia exacta de Lock.

Como todos los Zetas que extraían algo de sus sueños, Hennessy estaba paralizada temporalmente, de modo que Ronan la levantó con gesto experto y la llevó hasta el coche difícil de ver.

Cuando se hubieron alejado, Bryde hizo girar al Lock real de forma que encarase a su copia, horrorosamente perfecta. Luego se agachó entre los dos cuerpos, ágil y esbelto como un zorro junto a la fuerza bruta de Lock.

—El juego que os traéis entre manos —comenzó a decir, con voz carente de toda suavidad— solo puede traer dolor. Mira a tu alrededor: las

reglas están cambiando. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes lo que podríamos hacer? Deja en paz a mis soñadores.

El Lock vivo permaneció impertérrito. Bryde metió la mano en uno de los bolsillos del traje de Lock y sacó un envoltorio. De pronto, los ojos de Lock se centraron lo bastante para mostrar un destello de pánico; pero sus dedos, entumecidos por la tormenta soñada de Ronan, apenas pudieron cerrarse en el aire.

—Ahora esto es mío —susurró Bryde mientras se guardaba el envoltorio, con los dientes descubiertos en una mueca zorruna—. Los árboles conocen tus secretos.

La boca de Lock se abrió y se cerró.

Bryde se puso en pie.

Se detuvo junto a la caravana Airstream, donde la Zeta hablaba con Ronan, y luego los cuatro se alejaron de allí, el coche en una dirección y la caravana en otra. Dejaron atrás a los Moderadores, derrotados y esparcidos entre el trigo maduro.

Poco a poco, la borrasca soñada se disolvió y los campos regresaron a su paz indiferente.

Era como si los Zetas jamás hubieran estado allí.

A bastante distancia de sus compañeros, desde el lugar seguro en el que habían visto cómo se desarrollaba todo, Farooq-Lane se volvió hacia Liliana y dijo:

—Esos tres sí que podrían provocar el fin del mundo.

1

Ronan Lynch aún recordaba el peor sueño que había tenido en su vida. Era un sueño antiguo, que había ocurrido hacía dos años. O tres. O cuatro, tal vez. Ya cuando era niño, el tiempo se le hacía escurridizo y, ahora que era adulto —o algo así—, el paso del tiempo le parecía incluso viscoso. En todo caso, lo único que importaba era que había ocurrido *antes*. Hasta hacía poco, Ronan dividía su vida entre la época anterior a la muerte de su padre y la posterior, pero ahora la dividía de manera diferente. Ahora, la frontera estaba entre *antes* de saber soñar bien y *después*.

Y aquello había sido *antes*.

Cuando su peor sueño lo visitó, Ronan ya poseía un vibrante catálogo de pesadillas memorables. Había para elegir. Por ejemplo, el clásico combo monstruoso: garras, colmillos, plumas desgreñadas y empapadas por la lluvia. O las de humillación pública: sentado en un cine, secándose con una manga andrajosa el hilo interminable de mocos que le caía de la nariz. ¿Horror físico, quizá? Unas tijeras cortando limpiamente su brazo, desprendiendo de un tajo los tendones y descubriendo el hueso. Las comeduras de tarro eran otro clásico: entrar en una estancia conocida y sentir de golpe que algo estaba mal, horrorosa y terriblemente mal, y notar cómo la sensación lo reconcomía por dentro más y más y más hasta despertarse tembloroso y bañado en sudor.

Las había tenido todas.

—Las pesadillas nos enseñan lecciones —le había dicho una vez Aurora, su madre—. Nos hacen sentir mal porque, en el fondo, sabemos lo que no está bien.

—Las pesadillas son unas furcias —le había dicho otra vez Niall, su padre—. Deja que te sonrían, pero no te quedes con su número.

—Las pesadillas son una reacción química —le había dicho también Adam, su novio—. Una subida de adrenalina ante un estímulo inadecuado, posiblemente a causa de un trauma anterior.

—Dime cochinadas —le había respondido Ronan.

Reales: eso era lo que de verdad eran las pesadillas, al menos para Ronan. La gente normal, después de tener una, se despertaba empapada en sudor y con el corazón acelerado; Ronan, si no tenía cuidado, se despertaba en compañía de aquello con lo que había soñado. Hacía tiempo, le ocurría a menudo.

Y ahora empezaba a pasarle otra vez.

Empezaba a pensar que tal vez los límites entre *antes* y *después* no fueran tan nítidos como había creído.

Esto es lo que ocurría en el peor sueño de su vida: Ronan encendió la luz y vio un espejo. Él estaba en el espejo. El Ronan del espejo le dijo: «¡Ronan!».

Se despertó sobresaltado en su habitación de Los Graneros. La espalda empapada de sudor. Las manos hormigueantes. El corazón golpeándole las costillas. Lo normal, después de una pesadilla. Aunque no podía ver la luna, la sentía asomándose a su cuarto, arrojando sombras tras las rígidas patas de la mesa y sobre las aspas del ventilador de techo. La casa estaba en silencio: el resto de su familia dormía. Se levantó y llenó un vaso de agua en el lavabo del cuarto de baño. Se la bebió y volvió a llenar el vaso.

Entonces encendió la luz y vio un espejo. Él estaba en el espejo. El Ronan del espejo le dijo: «¡Ronan!».

Volvió a despertarse con un respingo, esta vez de verdad.

Normalmente, al despertar se daba cuenta de que el sueño había sido algo ilusorio. Pero aquella noche, mientras soñaba que soñaba, todo parecía tan real… El suelo de madera, los azulejos fríos y descascarillados del baño, las salpicaduras del grifo.

En esta ocasión, cuando se levantó para beber un vaso de agua —un vaso auténtico, un vaso de la vida real—, se aseguró de reconocer con las yemas de los dedos todas las superficies junto a las que pasaba, recordándose a sí mismo lo específica que era la realidad de la vigilia. La escayola granulosa de las paredes. La desgastada moldura que recorría el pasillo a media altura. La ráfaga de aire que salió por la puerta de Matthew cuando Ronan la abrió para ver cómo dormía su hermano pequeño.

Estás despierto. Estás despierto.

Esta vez, al llegar al baño, se fijó en las franjas de luz de luna que se colaban por los resquicios de la persiana y en la desvaída mancha de óxido que bordeaba el grifo de cobre. La mente dormida, se dijo, era incapaz de inventar detalles como esos.

Esto es lo que le ocurrió en el peor sueño de su vida: Ronan encendió la luz y vio un espejo. Él estaba en el espejo. El Ronan del espejo le dijo: «¡Ronan!».

Ronan se despertó otra vez en su cama.

Otra vez. Otra.

Mierda.

Jadeó como un animal agonizante.

Ya no sabía distinguir si estaba despierto o soñando; ni siquiera sabía qué preguntarse para distinguir los dos estados. Examinó cada detalle de la realidad del sueño y la de la vigilia y no encontró ninguna separación entre ellas.

«Puedo quedarme aquí para siempre», pensó. Tratando de despertar y sin saber jamás si lo había conseguido.

A veces, aún se preguntaba si seguiría metido en aquel sueño. Quizá no hubiera llegado a despertarse. Tal vez todas las cosas imposibles que le habían ocurrido desde aquel «¡Ronan!» en el espejo, todos los acontecimientos inconcebibles de sus años de instituto, tanto los buenos como los malos, hubieran ocurrido dentro de su cabeza. Era una explicación tan convincente como cualquier otra.

El peor sueño…

Antes, Ronan creía que siempre sería capaz de diferenciar los sueños de la vigilia, lo que era real de lo que inventaba su mente. Pero *después*…

—Espabila, blanquito. Hemos llegado —dijo Hennessy.

Ronan se despertó mientras el coche se detenía con un crujido de gravilla. Fuera, los arbustos arañaban los costados del coche. Se incorporó —se había dormido tumbado en el asiento trasero— y se llevó la palma de la mano a la nuca para masajear un calambre. En el otro extremo del asiento, Sierra, su cuervo soñado, rebulló dentro de su caja: sabía que pronto saldría de allí. Ronan buscó con gesto automático su teléfono para comprobar si había recibido algún mensaje, antes de darse cuenta de que ya no lo tenía.

La tarde gris había dado paso a un atardecer dorado y cálido. Varios edificios de tejado plano se apiñaban alrededor del aparcamiento, con los canalones reluciendo a la amable luz del sol poniente. Era el tipo de lugar en el que uno esperaría ver autobuses escolares aparcados; y, efectivamente, Ronan distinguió un cartel desvaído: «MUSEO DE

HISTORIA VIVA DE VIRGINIA OCCIDENTAL». Un árbol del paraíso crecía sin control alrededor del cartel, y el suelo del aparcamiento estaba recorrido de grandes grietas con decenas de afluentes. Las hojas cobrizas y púrpuras del final del verano se amontonaban en todos los rincones resguardados de la brisa.

El Museo de Historia Viva tenía pinta de llevar décadas muerto.

Era el típico lugar al que Bryde solía llevarlos. En las semanas transcurridas desde que escaparon de los Moderadores en la orilla del Potomac, Bryde los había conducido a casas ruinosas, apartamentos de alquiler vacíos, tiendas de antigüedades cerradas, hangares de aeropuertos desocupados y refugios de montaña en desuso. Ronan no habría sabido decir si la afición de Bryde por los lugares decrépitos respondía a la necesidad de pasar inadvertidos o si era una cuestión puramente estética. En principio, no le parecía que la discreción tuviera que pasar necesariamente por alojarse en lugares abandonados, pero ninguno de los sitios a los que los llevaba Bryde tenía pinta de haber sido frecuentado en años. Además, todos ellos carecían de las comodidades básicas. Pero Ronan no iba a quejarse por eso. Al fin y al cabo, los tres seguían con vida, y eso era lo que importaba. Tres soñadores buscados por las autoridades, llenos de nervio y energía, saliendo de su coche soñado.

—Escuchad —dijo Bryde—. ¿Qué oís?

Era lo que decía cada vez que llegaban a un nuevo lugar.

Ronan oía el carraspeo del viento al pasar entre la hojarasca amontonada. El rugido distante de los camiones al circular por una autopista. El murmullo de un avión invisible. Los ladridos de un perro. El ronroneo de una máquina lejana, tal vez un generador. El siseo suave de las alas de Sierra al moverse. Ver cómo su pájaro negro se elevaba sobre ellos en aquel lugar desconocido y cálido le produjo un sentimiento que no hubiera sabido describir, pero que lo asaltaba más y más a menudo desde su huida. Era una sensación como de plenitud; una presencia, una intuición de realidad. Antes de aquello se sentía hueco, vacío. No: sentía que estaba *vaciándose*. Quedándose seco. Y, ahora, de nuevo había algo en su interior.

«Escuchad», había dicho Bryde, y Ronan escuchó. ¿Qué percibía? Los latidos de su pulso en los oídos. El cuchicheo de su sangre. El movimiento de su alma. El zumbido de aquello que lo estaba colmando.

No podía ser felicidad, se dijo, porque estaba lejos de sus hermanos y de Adam. Le preocupaba pensar en ellos y no creía que sentirse feliz y estar preocupado fueran dos cosas compatibles.

Pero, la verdad, se parecía mucho a la felicidad.

—Cuando el último humano perezca, aún quedará algún avión sobrevolando los bosques desiertos —dijo Bryde.

Aunque era un comentario crítico, su tono era tranquilo, mesurado. Su carácter era opuesto en casi todo al de sus dos volátiles discípulos. Nada lo sobresaltaba, nada le hacía perder los estribos. Jamás prorrumpía en carcajadas histéricas ni en sollozos furiosos. Ni se jactaba ni se hacía de menos; ni se escaqueaba ni se sacrificaba de más. *Era*, simplemente. Todo en su actitud transpiraba dominio. Pero no el dominio de un predador alfa, sino el de un ser lo bastante poderoso para abstraerse de la dinámica presas-predadores. Y todo sin que se le moviera ni un mechón de su cabello leonado.

«Es una especie de dandi —le había dicho Hennessy a Ronan en un aparte el primer día—. El crac de los dandis. Ha vencido a todos los demás dandis y ahora es el jefe, aquel al que debes derrotar si quieres hacerte con su camisa elegante».

Aunque a Ronan no le gustaba la palabra «dandi», entendió bien lo que quería decir Hennessy. Había algo leve e insustancial en Bryde, algo que no concordaba con el peso de lo que se proponía hacer. Desde que lo vio en persona por primera vez, Ronan había sentido que había algo sorprendente en él, un desajuste, una conexión extraña en sus sinapsis cerebrales cada vez que lo miraba, como si estuviera pensando en una palabra pero le saliera decir otra. Cada vez que Ronan observaba un rato a Bryde, sentía que una pregunta informe cuajaba dentro de su boca.

¿Pero qué pregunta podía ser aquella? En todo caso, su respuesta invariable era «Bryde».

—¿Qué sentís? —dijo Bryde.

Hennessy se lanzó a un monólogo explosivo. Si su ritmo siempre había sido el de una cinta que corría demasiado rápido, desde que habían empezado a huir se había acelerado tanto que parecía ir en *fast-forward*.

—¿Sentir? ¿Sentir? ¿Preguntas qué siento? Siento que estamos en Virginia Occidental. Sería fácil confundir este estado con el de Virginia, que está al lado; los dos se asemejan mucho, pero el perfume de este tiene un matiz de cuero. Estoy saboreando… ¿Qué saboreo? Sí, un ligero retrogusto de banjo. Humm… No: de salterio, más bien. Sí, eso es. Sabía que era un instrumento de cuerda. A ver, me llega algo más… ¿Enredadera kudzu? Un momento, dejad que respire. ¿Detecto un aroma a azufre?

Era imposible cortar a Hennessy en mitad de una de aquellas parrafadas, de modo que Bryde aguardó con expresión resignada. Ronan sacó del coche su bolsa y su espada, con las palabras HASTA LA PESADILLA grabadas en el pomo, y se colgó ambas del hombro, ajustando la vaina de la espada de forma que la hoja quedara entre los omóplatos. De todos modos, no pensaba molestarse en jugar al juego propuesto por Bryde, porque sabía que no podía ganarlo.

Cuando Bryde había preguntado «¿Qué sentís?», en realidad se refería a esto: «¿Cuánto poder de la línea ley podéis sentir?».

Y Ronan jamás había sido capaz de percibir las líneas invisibles que alimentaban su poder de soñador. Al menos, mientras estaba despierto. Adam sí podía. Y si Ronan y Hennessy no se hubieran deshecho de sus teléfonos la primera noche de la huida para evitar que los Moderadores los localizaran, ahora podrían pedirle que les enviase algunas pistas útiles.

O no.

Porque, para cuando se deshicieron de sus teléfonos, Adam aún no había respondido al último mensaje de Ronan. «*Tamquam*», había escrito Ronan, una palabra a la que Adam debía responder: «*Alter idem*». Y, sin embargo, Adam no había dicho nada.

En cierto modo, su silencio hacía que aquello —el estar lejos de él— fuera más fácil.

¿Qué sentís?

Confusión.

—Si ya has terminado tu razonamiento, Hennessy —dijo Bryde con tono seco—, háblame de la línea ley. ¿Qué sientes?

—¿Que hay un poco? —aventuró ella—. A ver: es más grande que una tostadora, pero más pequeña que una cortadora de césped. Lo suficiente para que Ronan Lynch monte uno de sus follones dentro de un rato.

Ronan le enseñó el dedo corazón con gesto lánguido.

—Pon a trabajar tus sentidos y no tus dedos, Ronan —le espetó Bryde —. Esta división entre tu percepción del sueño y de la vigilia es artificial, y te aseguro que la separación entre las dos cosas te traerá problemas algún día. Saca tus cosas, Hennessy, vamos a pasar aquí la noche.

—Ah, justo lo que esperaba oírte decir —respondió ella, tambaleándose como una zombi—. He perdido a Burrito. Ronan Lynch, dime si voy bien encaminada… Uuuf, no hace falta.

Burrito —su coche— no era del todo invisible, porque Bryde les había advertido que no debían soñar con una invisibilidad total. A Bryde no le

gustaba que sus pupilos soñasen nada permanente, infinito, recurrente, imposible de revertir. Rechazaba todas aquellas creaciones que dejasen una huella de carbono indeleble tras la desaparición de su soñador. Así pues, el coche no era invisible, sino… fácil de pasar por alto, simplemente. Ronan se sentía bastante orgulloso de él. Bryde le había pedido específicamente un vehículo discreto, sin mostrar ninguna duda sobre la capacidad de Ronan para satisfacer su petición. A Ronan le había halagado sentir que Bryde lo necesitaba, que confiaba en él. Solo le hubiera gustado que el proceso de materializar el coche hubiera sido algo más elegante… Pero en la vida no se podía tener todo.

Mientras Hennessy se colgaba al hombro una espada igual a la de Ronan, esta con las palabras DESDE EL CAOS grabadas, Ronan alzó la vista y gritó:

—¡Sierra, vamos a entrar!

El cuervo bajó en picado hacia él, y Ronan apartó la cara justo a tiempo de evitar que sus garras le arañasen la cara antes de aterrizar en su hombro.

Bryde empujó la puerta del museo y esta se abrió.

—¿No estaba cerrada? —preguntó Hennessy.

—¿No lo estaba? —replicó Bryde—. Adelante.

El interior del Museo de Historia Viva de Virginia Occidental estaba tan abandonado que resultaba espontáneamente cómico. Los pasillos, oscuros y atestados de objetos, conducían a salas con escenarios de tamaño natural, pobladas de atrezo vetusto y maniquíes descoloridos. En una, un grupo de alumnos con vaqueros de peto o coletas miraban extasiados a otro maniquí que les daba clase en un aula anticuada. En otra, un robusto médico examinaba a un paciente menos robusto en un hospital de campaña. Otra contenía a varias sufragistas que exigían sus derechos, mientras que en la contigua unos mineros descendían por una caverna con la boca de cemento. Las facciones de los maniquíes eran simples hasta la caricatura. En el aire flotaba un olor penetrante, incluso más de lo que cabría esperar de un edificio que llevaba abandonado desde 1970.

—Este sitio me mira de reojo —observó Ronan—. ¿Y qué es esta peste?

—«El Museo de Historia Viva de Virginia Occidental ofrece una experiencia inmersiva por medio de imágenes, sonidos y olores» —dijo Hennessy, leyendo un folleto que había encontrado mientras esquivaba las cajas y muebles esparcidos por la entrada—. «Nuestro sistema de ventilación esparce más de quinientos aromas originales sobre una gran

variedad de escenarios…». ¿En serio hablan de una gran variedad? «¡Proporcione a sus alumnos un viaje en el tiempo con esta extraordinaria actividad que recordarán durante toda la vida!».

—Echadme una mano —pidió Bryde.

Había sacado dos maniquíes a la sala de entrada e iba de camino a recoger un tercero. Los estaba colocando codo con codo, en una hilera. No le hizo falta explicar lo que se proponía: en la penumbra del museo, los muñecos tenían un aspecto inquietante y convincentemente vital, al menos lo suficiente para que cualquier recién llegado se parase un momento. Era un ejército de pega.

Ronan comenzaba a comprender que el primer impulso de Bryde era siempre desconcertar a sus enemigos. Estaba dispuesto a pelear si hacía falta, pero prefería que sus adversarios se derrotasen a sí mismos.

—¿Vas a quedarte ahí parada? —le preguntó a Hennessy después de que Bryde y él arrastrasen un ejecutivo de traje elegante, un ama de casa con un vestido floreado de los años cuarenta y tres cadetes del ejército con los uniformes llenos de polvo.

—Me niego a tocar cosas de factura deficiente. —Hennessy señaló un marinero cuyos ojos pintados bizqueaban—. Se me contagiaría el mal gusto, y no quiero perder mis dotes artísticas.

—Si yo siguiera la misma política con los soñadores, vosotros no estaríais aquí —señaló Bryde con benevolencia.

Ronan siseó mientras rozaba la cara de un revisor de tren.

—Tu comentario quemaba tanto que la cara de este tipo se ha derretido —dijo—. De hecho…

—«Además» —leyó Hennessy en voz lo bastante alta para ahogar la de Ronan, con el folleto desplegado delante de la cara—, «el Museo de Historia Viva de Virginia Occidental se alquila para celebrar fiestas nocturnas de cumpleaños y excursiones escolares de fin de semana. Consulten los descuentos aplicables a grupos de más de tres personas». Mierda: si tuviéramos un soñador más, podríamos ahorrarnos un montón de pasta. Yo propondría destinar el dinero al fondo para los estudios universitarios de Ronan Lynch; no para que vaya a la universidad, sino para pagar los desperfectos cuando queme una y el seguro se niegue a cubrirlo. Bryde, cariño, ¿crees que podríamos recoger algún autoestopista? Me refiero a alguno que te decepcione menos que yo… Así podríamos acceder a un bono familiar.

Bryde se apartó de los maniquíes y los observó mientras se limpiaba el polvo de las manos.

—¿De verdad quieres que integremos a alguien más?

Ronan prefería no explorar la idea. Le producía la misma sensación que le asaltaba algunas noches en Los Graneros, cuando empezaba a imaginar, sin poder evitarlo, que él y Adam llevaban muchos años juntos y que entonces él se moría de viejo o por alguna insensatez y Adam encontraba otro novio, y más tarde los tres coincidían en el otro mundo y, en lugar de pasar la eternidad junto a él, Adam tenía que dividirla entre Ronan y el estúpido usurpador del que se había enamorado de viudo, lo cual arruinaba todas las ventajas que podía presentar el paraíso. Y eso cuando Ronan no empezaba a preguntarse si Adam podría acceder al otro mundo a pesar de sus tendencias agnósticas.

—Tres es un buen número —gruñó, lanzando una mirada tormentosa a Hennessy mientras se adentraban más en el museo—. Burrito solo tiene sitio para tres.

—En el asiento trasero caben dos personas más —replicó ella.

—No, si la que ya hay está tumbada.

—Cierto. Pero, si os apretáis, seguro que ahí detrás entráis hasta cuatro o cinco personas. Y dos más en el maletero.

—¡Soñadores! —los interrumpió Bryde.

Estaba de pie frente a una puerta doble, con las manos en los picaportes. Lo único que se distinguía bien de él en la oscuridad era su mata de pelo leonado, su pálido cuello y las dos líneas claras que recorrían las mangas de su cazadora gris. Tenía un cierto aspecto de esqueleto o de garabato de una persona, como si solo constara de los detalles necesarios para semejar humano.

Abrió las puertas, y un chorro de luz cálida inundó el pasillo.

La estancia del otro lado era tan amplia como un gimnasio. El techo parecía haber cedido años atrás, y el resplandor dorado del atardecer se colaba por un agujero en el techo por el que salía un árbol cubierto de enredaderas. Las motas de polvo parecían centellear en el haz de luz. A diferencia del tufo a quinientos aromas sintéticos del interior, todo en aquella sala olía a vida real.

—Sí —murmuró Bryde, como si respondiera a una pregunta inaudible.

Aquello era como una catedral de la decadencia. Varias palomas despegaron desde las sombras con un crujido de aleteos. Ronan dio un brinco, sobresaltado, y Hennessy se protegió la cabeza con la mano en un

gesto reflejo. Bryde, sin inmutarse, contempló cómo las aves desaparecían por el agujero del techo. Sierra se lanzó a perseguirlas con un «ark, ark, ark» feliz. Comparada con ellas, parecía enorme y amenazante.

—Cojones —masculló Ronan, molesto por haber perdido el control un momento.

—Ovarios —remachó Hennessy.

Avanzaron unos pasos más, y otra bandada de pájaros brotó de un carruaje cubierto de polen. Uno golpeó un maniquí, que cayó de cara al suelo.

—¿Veis? Este lugar se ha convertido en un museo dedicado a algo enteramente distinto —dijo Bryde—. ¿Os dais cuenta de lo sincero que resulta ahora?

Con la hojarasca y la maleza que llenaban el lugar, resultaba difícil distinguir el propósito de la exposición original. Sin embargo, el carruaje y el camión antiguo de bomberos que había algo más allá, invadido por la hiedra, sugerían una escena callejera. A Bryde le encantaban las reminiscencias de los esfuerzos humanos.

—¿Cuántos años han tenido que transcurrir para que aparezca todo esto? —reflexionó Bryde en voz alta, apoyando una mano en el tronco del árbol y mirando al cielo por el agujero—. ¿Cuántos años ha tenido que pasar desierto este lugar para que los árboles volvieran a crecer en él? ¿Y cuántos años más harán falta para que desaparezca por completo? De hecho, ¿llegará a desaparecer? ¿O lo seguiremos considerando los humanos como un museo, dado que una vez lo fue? Cuando soñamos con algo, ¿cuánto puede durar? Esa es la razón de que no soñemos cosas absolutas, infinitas: no somos tan egocéntricos como para suponer que los demás querrán o necesitarán nuestros sueños eternamente. Debemos considerar lo que será de nuestros sueños cuando nosotros desaparezcamos. Lo que será nuestro legado.

El legado de Ronan consistía en una habitación de residencia universitaria destrozada, un coche invisible y una espada con las palabras HASTA LA PESADILLA grabadas en el pomo.

Todo lo demás que había soñado entraría en un letargo irreversible en cuanto él muriera.

Hennessy estaba petrificada.

Tan petrificada estaba, de hecho, que Ronan también se quedó paralizado mirándola, y la inmovilidad de los dos hizo finalmente que Bryde se diera la vuelta.

—Ah —dijo sin más.

Se acercó tranquilamente a Hennessy y metió la mano entre la maleza a sus pies. Cuando la sacó, sostenía a una serpiente negra por detrás de la cabeza. El musculoso cuerpo del reptil se ondulaba sutilmente bajo sus dedos.

Bryde la examinó con la cabeza inclinada, mientras la serpiente lo examinaba a él.

—Hace mucho frío para ti, amiga —le dijo por fin—. ¿No es hora ya de que te duermas?

Se volvió hacia Ronan y Hennessy y siguió hablando:

—Esta no es la criatura más letal que hay en la sala. En libertad, esta serpiente no vivirá más de una década, y lo único que matará son los ratones que necesite comer para seguir con vida. Es un ser elegante, eficiente. Una maravilla, en realidad. El espacio exacto de un aliento.

Le ofreció el reptil a Hennessy.

Si alguna parte de Hennessy sentía miedo, no lo mostró. Se limitó a agarrar la serpiente, imitando el modo en que Bryde la había sujetado tras la cabeza.

El animal se retorció con violencia bajo la mano de Hennessy, y el torso de ella pareció imitar sus contorsiones para mantenerse alejada de la cola. Por fin, chica y serpiente parecieron llegar a un acuerdo tácito y se quedaron inmóviles entre los matorrales.

—Es exquisita, joder —comentó ella—. Me encantaría pintarla.

—Mírala —repuso Bryde—. Mírala de verdad. Memorízala. ¿Cuáles son sus líneas maestras? Si quisieras soñarla, ¿qué necesitarías saber sobre ella?

A Ronan, el estudiante fracasado que siempre había odiado aprender, le encantaba aquello. Todo aquello. Le gustaba embeberse de la forma perfecta e inevitable en que se superponían los hexágonos de la piel del reptil. Le gustaba contemplar la apariencia acorazada de aquel cuerpo, que parecía duro hasta que se retorcía. Entonces aparecían los músculos moviéndose, como si hubiera una criatura distinta bajo la superficie lustrosa y seca.

Le gustaba que otro soñador le propusiera pensar en la serpiente en el contexto de sus sueños.

Bryde volvió a agarrar la serpiente y volvió a dejarla con cuidado entre la maleza.

—Este es un museo de la vigilia —dijo al fin, con voz teñida de amargura—. ¿Qué aspecto tendrían los artefactos de un mundo de soñadores? Vivimos en una sociedad tan segura de sus propias deficiencias que se empeña en ahogar el estruendo de las demás especies, con su ruido blanco de ambiciones fallidas y su ansiedad masturbatoria. Unas pocas voces se levantan contra ella. ¿Qué ocurriría si esas voces fueran las de la mayoría? Ah, qué mundo tendríamos en ese caso… Y, ahora, máscaras.

Ronan sacó su antifaz del bolsillo de la chaqueta. Aquellas dos sencillas máscaras de seda, una de las primeras cosas que había soñado con Bryde, hacían que quien se las pusiera cayese dormido al instante. A Bryde le gustaban mucho más que los somníferos que había usado Ronan hasta entonces.

«No te comas los sueños —le había sermoneado—. En el mejor de los casos, te matarán de hambre y, en el peor, te controlarán. Los sueños son como las palabras, como los pensamientos: siempre significan más de una cosa. ¿Estás seguro de que esas pastillas solo te hacen dormir?».

Las manos de Ronan se calentaron y el corazón empezó a golpearle en el pecho. Solo había tardado unas semanas en desarrollar una respuesta condicionada ante el estímulo de los antifaces.

Bryde recorrió la sala ruinosa con la mirada.

—Vamos a buscar un sitio seguro para soñar —dijo.

Para soñar. Para soñar con urgencia, con propósito. Para soñar junto a otros soñadores.

Aquella sensación vasta y cálida se abría paso dentro de Ronan una vez más, y esta vez lo hacía con tanta fuerza que fue capaz de identificarla.

Era un sentimiento de pertenencia.

2

Hennessy soñaba con el Encaje.

Su sueño era siempre el mismo.

Todo estaba oscuro. En aquel sueño, ella era irrelevante. No era un engranaje dentro de una máquina, ni siquiera una brizna de hierba en un prado. Como mucho, podía ser una mota de polvo en el torvo ojo de una bestia que se alejaba al galope y que parpadeaba para eliminarla. Nada más.

Poco a poco el sueño se iluminaba, y el resplandor revelaba algo que estaba allí desde el principio. ¿Algo? Una entidad. Una situación. Sus afilados bordes geométricos formaban una silueta dentada y sinuosa, como un copo de nieve bajo un microscopio. Era gigantesco; no al modo de una tormenta o un planeta, sino al modo del pesar o el odio.

Aquello era el Encaje.

En realidad, no era algo que pudiera percibirse con los ojos: era algo que se sentía.

Después de que Hennessy creara a Jordan sacándola de un sueño, Jordan se acostumbró a dormir pegada a su espalda. Aquello reconfortaba e inquietaba a Hennessy a partes iguales. La reconfortaba porque era una presencia cálida y familiar, igual en todo a ella misma. Y la inquietaba porque Hennessy, acostumbrada a dormir sola desde hacía diez años, se despertaba sobresaltada mientras el aliento de Jordan movía los pelillos de su nuca. El hecho de haber soñado una copia de sí misma le producía una extrañeza insidiosa de la que no conseguía desprenderse. Hennessy ignoraba qué le debía a Jordan, más allá de haberle dado un cuerpo en el mundo de la vigilia. No sabía si Jordan y ella se convertirían en amigas del alma o en rivales. No sabía si Jordan trataría de usurpar su vida. No sabía qué haría si Jordan la rechazaba y decidía establecerse por su cuenta. No sabía qué haría si Jordan la aceptaba y se quedaba junto a ella para siempre. Se daba cuenta de que tal vez no volvería a estar sola nunca más, pero no sabía si aquello era bueno o malo.

Y aquel sentimiento…

Aquel sentimiento era el Encaje.

Después de soñar a June —su segunda copia—, una noche, Hennessy se levantó y avanzó de puntillas por el pasillo de la nueva guarida unifamiliar que había comprado su padre en las afueras de la ciudad. Iba rozando la pared con los dedos, porque su madre le había dicho que dejar marcas de grasa en las superficies lisas era una forma de rebelión. De pronto, se vio de pie al final del pasillo. «Imposible —pensó—. He dejado a Jordan en mi cuarto». Solo entonces recordó la existencia de June. Pero aquello no la consoló, porque no hubiera debido existir ninguna otra copia después de Jordan, y, además, ¿qué pasaría si después de June hubiera otra más, y luego otra y otra?, y entonces Hennessy empezó a gritar sin control y June, también, hasta que el padre de Hennessy gritó desde su cuarto que qué diablos pasaba y que si tenía un problema hiciera el favor de entrar en su habitación para explicárselo o que, si no, dejara de montar aquel jaleo y dejase dormir a todo el mundo, joder.

Y aquel sentimiento…

Aquel sentimiento era el Encaje.

A veces, cuando J. H. Hennessy, la madre de Hennessy, aún estaba viva, le colocaba a su hija un pincel de visón entre los dedos y le mostraba cómo debía moverlo sobre el lienzo en el que ella ya había empezado a trabajar. Hennessy la obedecía, tan emocionada como aterrada por la certeza de que estaba dejando su marca en un cuadro destinado a peces gordos y a exposiciones de alto copete. Durante minutos, horas incluso, su madre y ella colaboraban en silencio, hasta que resultaba difícil distinguir qué trazos eran obra de una u otra. Entonces, Bill Dower, el padre de Hennessy, llegaba a casa. Y en cuanto la puerta se cerraba a su espalda, Jota echaba a Hennessy de mala manera, arrebatándole el pincel con tanta fuerza que a menudo volcaba la paleta y los lienzos acababan salpicados de pintura. Adiós, madre; hola, esposa. Jota era dos personas a la vez, y la transición entre una y otra solía ser abrupta. Hennessy, por su parte, también se transformaba en un instante, pasando sin transición de una felicidad palpitante a una perplejidad vergonzosa.

Y aquel sentimiento…

Aquel sentimiento era el Encaje.

Hennessy había pasado una década desgarrada entre el odio y el rencor hacia sus clones, temiendo que la abandonasen y deseando que dejasen de necesitarla. Y, entonces, Jordan le había dicho que unos Moderadores les habían reventado la cara a balazos y que jamás volvería a verlas, de modo que la cuestión había pasado a ser irrelevante.

Y aquel sentimiento…

Aquel sentimiento era el Encaje.

Gigantesco, inescapable, inevitable.

Aplastante.

—Hennessy —la llamó Bryde.

Y así, sin más, el Encaje se desvaneció.

Cada vez que Bryde entraba en los sueños de Hennessy, el Encaje desaparecía. Parecía tener miedo de él. Era un truco muy ingenioso. «¿Cómo lo hace?», se preguntó Hennessy.

—Eso no importa —respondió Bryde—. ¿Qué es lo que sientes?

Desde que había conocido a Ronan y a Bryde, Hennessy había pasado más tiempo que nunca preguntándose cómo soñarían las demás personas. Ella soñaba con el Encaje, desde siempre y para siempre. Los demás soñadores, sin embargo, solían tener un sueño distinto cada noche. En algún momento de su vida, Hennessy debía de haber tenido sueños diferentes, pero ahora ni los recordaba ni podía imaginar cómo sería aquello.

Se preguntó cómo lograban encontrarla Ronan y Bryde en el espacio de los sueños. Los dos se dormían, comenzaban sus propios sueños y luego…

—Quédate en el presente —le dijo Bryde—. ¡Deja de divagar! ¿Cuánto poder sientes?

«Un huevo», pensó Hennessy. Lo bastante para soñar algo grande. Lo bastante para sacar el Encaje entero a la realidad.

—Deja de llamar al Encaje —le reprendió Bryde—. No voy a permitir que vuelva.

No lo estaba llamando.

La boca de Bryde se curvó en una sonrisa fina. La mayor parte de las personas se revelaban a sí mismas al sonreír. Había tipos duros que se convertían en ositos de peluche, personas entrañables que de pronto pasaban a ser chismosos de colmillos afilados, tímidos que mostraban el payaso que llevaban dentro, payasos que resultaban ser cenizos insoportables. Bryde no era así. Bryde era un enigma antes y un enigma después.

—¿Dónde está tu voz? Quédate en el presente. Y, ahora, mira: te he dado un lienzo y tú lo has dejado en blanco —dijo Bryde señalando a su alrededor. Ahora que el Encaje había desaparecido, el sueño solo contenía su conversación, nada más—. La pereza es la hija natural del éxito.

Después de subir una escalera, ¿a quién le apetece ponerse a subir otra, si las vistas ya son buenas? Ni siquiera lo estás intentando. ¿Por qué?

La voz de Hennessy seguía siendo un mero pensamiento: «Existe una palabra para denominar a las personas que intentan lo mismo una y otra vez con la esperanza de que el resultado sea diferente».

—¿Artistas? —sugirió Bryde—. Antes no te asustaba el fracaso.

A Hennessy le molestó darse cuenta de que tenía razón.

Había pasado su juventud estudiando cómo reaccionaban los pigmentos, cómo cedían las cerdas de tejón comparadas con las de ardilla y con las de cerdo y con las de marta Kolinsky, cómo se realzaban o anulaban mutuamente los colores complementarios, cómo estaba construida la osamenta humana bajo la piel. Y todo eso mientras practicaba sobre cualquier superficie que se le pusiera por delante. Intentando y fracasando. Además, había dedicado tanto tiempo o más a entrenar su mente. Hennessy sabía que los puntos débiles de cualquier artista eran la percepción y la imaginación. Los ojos se empeñaban en ver lo que querían ver, en lugar de lo que había ante ellos. Las sombras se oscurecían en exceso. Los ángulos se torcían. Las siluetas se alargaban, se aplastaban. Era necesario entrenar el cerebro para que viera sin emociones y luego aprender a añadir las emociones.

Fracaso, nuevo intento. Fracaso, nuevo intento.

Hennessy ni siquiera sabía cómo podía haber tenido el ancho de banda necesario para dedicarse a aquellas cosas durante tantas horas de tantos días de tantas semanas de tantos años.

—Esto está mejor —aprobó Bryde.

El sueño se había transformado en un estudio de artista.

Hennessy no había decidido de forma consciente crear un estudio, pero los sueños eran así de puñeteros. Te entregaban lo que querías, no lo que decías que querías.

El estudio era muy realista. Tenía un olor agradable y productivo, terroso y químico. En él había esparcidos caballetes con lienzos de todos los tamaños. La pintura destellaba en las paletas, por cuyos agujeros asomaban los pinceles como flores erizadas. La gastada tarima estaba cubierta de lonas protectoras. Bryde la miraba desde una silla situada junto a un ventanal, con las piernas cruzadas en una postura relajada y el brazo apoyado en el respaldo. A Jordan le habría parecido un buen modelo para un retrato. A su espalda, la ciudad se extendía en un tapiz de edificios

antiguos, árboles apiñados y autopistas invasoras. Una tormenta se gestaba en la distancia, con nubes deshilachadas y escabrosas.

El sueño, con la terquedad de los sueños, se empeñaba en convencer a Hennessy de que ya había estado antes en aquel estudio, pero ella sabía que no era cierto.

«Es el estudio de Jordan —decía el sueño—. Si no lo reconoces es porque hace demasiado tiempo que no la ves. ¿Por qué ya no te juntas con ella como antes?».

—Es ella la que no se junta conmigo —rebatió Hennessy.

—Ah, por fin: ya has encontrado tu voz —observó Bryde—. No eres dos cosas diferentes, ¿sabes? No eres una Hennessy dormida y una Hennessy despierta. Eres más que la suma de tus sentimientos, que tu inconsciente; también estás compuesta por las formas en que has aprendido a reaccionar ante esos factores. Soñar, despertarse: para ti es lo mismo. ¿Cuándo vas a convencerte? Dibuja algo en ese lienzo. La línea ley te escucha, pídele lo que quieras.

Hennessy estaba delante de un lienzo tan alto como ella. Su mano sostenía un pincel que también era un cuchillo. Imaginó la sensación de hincar la hoja en la tela, la forma en que la trama se rizaría en los bordes de la herida. Qué forma tan espléndida y teatral de arruinar la superficie perfectamente lisa del lienzo…

—Atengámonos a la Hennessy artista —exigió Bryde—, a la que crea en lugar de destruir. ¿Qué haría esa Hennessy, si pudiera hacer lo que se le antojase?

—En realidad, estás hablando de Jordan —replicó Hennessy—. La artista es ella; yo soy la falsificadora.

—No sois dos.

—Necesitas gafas, amigo.

—Tú ya eras una artista antes de crear a Jordan.

Pero la memoria de Hennessy no llegaba tan lejos. Y, si lo hacía, sus recuerdos eran demasiado superficiales.

—De acuerdo —zanjó Bryde, molesto—. Muéstrame lo que haría ella en tu lugar. Doy por hecho que se le da mejor escuchar que a ti.

¿Qué habría hecho Jordan con aquel espacio onírico? ¿Y si Hennessy fuera el sueño y Jordan fuera, en realidad, la que tuviera aquel poder asombroso a su disposición?

«El arte —le había dicho Jordan a Hennessy en cierta ocasión— es más grande que la realidad».

El cuchillo se desvaneció: Hennessy ya estaba pintando. Bajo las suaves cerdas del pincel había una espesa pincelada de un morado voluptuoso, un color que ningún humano había visto jamás.

«A Jordan le encantaría». La púrpura de Tiro parecería desvaída, al lado de aquel pigmento.

¿Por qué no había insistido Jordan en acompañar a Hennessy en aquella aventura final?

«Sabes bien por qué», gruñó el sueño.

Jordan se había marchado junto a Declan Lynch, tras protestar sin gran empeño. Llevaba tiempo aguardando una excusa para abandonar a Hennessy, y al fin la había encontrado.

Fuera del estudio, la tormenta se acercaba. Los límites de las nubes se oscurecían, geométricos.

—Céntrate en tu tarea —le ordenó Bryde.

El pigmento púrpura del lienzo se deslizó hasta dibujar unos labios violáceos y carnosos. Era la boca de Hennessy. No: era la de Jordan. Casi igual, pero con diferencias importantes. Los labios de Jordan sonreían; los de Hennessy falsificaban sonrisas copiadas de otras bocas.

Con cuidado, Hennessy añadió una sombra que daba profundidad a los labios. En aquel negro profundo había más oscuridad y más certeza de las que podía contener cualquier pintura negra de la vigilia.

Bryde se puso en pie tan bruscamente que derribó su silla.

—Sí… Sí, ahí está. Para esto sirven los sueños. No hagas una copia vegana de una hamburguesa; cómete un vegetal y disfrútalo, joder.

¿Habría besado Declan a Jordan? Probablemente. Hennessy hundió el pulgar en un pegote de pintura rosa pálido y lo deslizó por el labio inferior. El toque de luz transformó la boca al instante haciéndola húmeda, plena, expectante. Era más que real: era hiperreal. El cuadro no mostraba la imagen de una boca, sino la sensación que producía. Era imagen y memoria y percepción, todo mezclado en una amalgama que solo podía existir en un sueño.

—Para ya —dijo Bryde—. Eso es lo que vas a sacar de aquí. Siéntelo. No permitas que cambie. Pídele a la línea ley que te ayude. Puede…

Se interrumpió de pronto, y en sus ojos apareció una mirada ausente.

Sin previo aviso, una idea apareció en la mente de Hennessy: *ruedas*.

¿Ruedas?

—¡Ronan Lynch! —gritó de pronto Bryde—. ¡Deja de hacer eso!

Hennessy solo tuvo tiempo de percibir algo extraño, como si la habitación se quedara repentinamente sin aire. Era raro, porque durante el sueño no había pensado en ningún momento en respirar.

Y, entonces, todo se difuminó.

3

Hennessy se despertó sobresaltada.

Se estaba moviendo.

Y no solo eso: se estaba moviendo deprisa.

Era como una película. Se vio desde arriba, como Dios contemplando su creación allá en el suelo: una esbelta chica negra con un peinado afro lleno de ramitas que caía dando vueltas sobre sí misma —culo, tetas, culo…— por una ladera de pacas de paja amontonadas en un viejo granero. Su cuerpo, flojo como el de una muñeca de trapo, estaba aprisionado en una extraña estructura que recordaba a una enorme rueda de hámster hecha de madera.

No era normal que el mundo de la vigilia resultase aún más absurdo que el de los sueños. Pero la verdadera dimensión de la escena solo se hizo evidente cuando la Hennessy dormida resbaló y cayó al suelo. Su cuerpo paralizado dejó escapar el aire de golpe.

La verdadera dimensión era esta:

¡Ruedas! ¡Ruedas! ¡Ruedas!

El artefacto que la rodeaba, y que había tomado por una rueda de hámster, formaba parte de las docenas de ruedas amontonadas que invadían el granero. Había musculosas ruedas de tractor, endebles ruedas de bici, ruedecitas de juguete… Ruedas de carruaje hechas de madera, de la altura de una persona. Volantes de plástico tamaño infantil. Del techo pendían radios. Había llantas encajadas entre las pacas de paja. Las ruedas se amontonaban sobre los maniquíes y se agolpaban contra las puertas. Y cada una de ellas tenía una palabra impresa o grabada: *tamquam*. Parecía una instalación de arte contemporáneo. Una broma de mal gusto. Una locura.

La mente de Hennessy se retorcía solo de verlo.

Una parte de su cerebro susurraba: «Esto ha sido siempre así. Las ruedas estaban aquí desde el principio». La otra parte, sin embargo, no se dejaba engañar. Eso era lo que ocurría cada vez que se materializaba algo extraído de un sueño. Los objetos soñados no aparecían por arte de magia;

era, más bien, como si la magia onírica corrigiera la memoria de los espectadores. No del todo, solo lo bastante para dar cabida a dos realidades: una en la que el sueño siempre había estado allí y otra en la que no.

Era algo que la mente no podía soportar.

—Ronan —llamó Bryde con tono irritado.

Una luz tenue se encendió con un zumbido y reveló a Bryde encaramado en mitad de la ladera de pacas. La exploración del museo que habían llevado a cabo había arrojado tres posibles escenarios en los que soñar. El primero, un angosto escenario que recreaba los camarotes de un submarino. El segundo, una cama con dosel en una sala que reproducía el dormitorio de algún personaje histórico. Y, por último, aquel lugar: una gran recreación de un granero rural, tan verosímil que parecía estar allí desde antes de que se instalase el museo.

Bryde descendió hasta llegar al suelo.

—¿Es que no te cansas de hacer siempre estas cosas? —le espetó a Ronan.

No era la primera vez que Ronan provocaba el caos en el lugar donde soñaba. Desde que se habían unido a Bryde, ya había esparcido piedras sangrantes por todo el interior de un refugio de montaña; había destrozado con un tornado diminuto el salón de un bungaló abandonado; había atravesado la pared de un cuarto de motel —«Habitaciones baratas, pagos en efectivo»— con un coche invisible; había llenado varias estancias de lombrices muertas, de micrófonos sibilantes, de libros de texto o de beicon caducado. Cada uno de los distritos postales en los que se habían alojado estaba marcado por la huella indeleble de Ronan Lynch.

Para ser sincera, Hennessy debía admitir que una parte pequeña y ruin de ella misma se alegraba de que las cosas fueran así. Porque, mientras Ronan Lynch —el gran Ronan Lynch— siguiera cagándola de forma tan obvia, su propia incapacidad para expulsar el Encaje de sus sueños quedaría en segundo plano.

—Hennessy, ¿estás despierta? —preguntó Bryde al aire.

Hennessy aún no podía contestar. Tampoco moverse. Era lo que les ocurría a todos los soñadores que extraían algo de un sueño: durante unos minutos, solo podían ver desde arriba su cuerpo paralizado. A Hennessy aún le costaba hacerse a la idea de que aquella parálisis no tenía por qué provocarle vergüenza. En la anterior etapa de su vida, sufrirla significaba que había creado una nueva copia de sí misma y, por tanto, que había

fracasado. Ahora, aunque todavía ignoraba qué se había traído de vuelta, al menos estaba segura de que no sería otra Jordan Hennessy.

No más copias.

Nunca más.

Jamás había pasado tanto tiempo alejada de sus chicas.

«Jordan. Jordan».

—El mundo te está gritando. El de los sueños, y también el de la vigilia. No tienes por qué escucharle, pero lo haces. Y hasta que aprendas a gritar más fuerte que él, nos seguirá pasando esto —dijo Bryde, que acababa de extraer a su pupilo estrella de debajo de un montón de pacas de paja y ruedas de todo tipo, como si fuera el premio de una caja de cereales.

Dado que Ronan estaba tan paralizado como Hennessy, no tenía más remedio que aguantar el sermón.

—Esperaba más de ti —prosiguió Bryde—. ¿Cuánto tiempo nos ha llevado encontrar un sitio con tanta energía almacenada? ¿Y en qué te has gastado tú esos ahorros? En esto. En esta mierda. ¿Se te ocurrió pensar por un segundo en los demás soñadores, mientras hacías esto? No: soltaste lo primero que se te ocurrió y apareció esto.

Con una sacudida, Hennessy volvió a su cuerpo. Ahora sentía de nuevo todos sus miembros y veía el mundo desde sus propios ojos. Se sacudió para deshacerse de su prisión de ruedas y buscó con la mirada lo que había sacado de su sueño: el cuadro, un pincel, una paleta… Lo que fuese. Pero solo veía paja, ruedas y más paja.

Bryde aún no había terminado:

—Y vaya forma de morir: asfixiado bajo una montaña de forraje medio podrido para vacas que ya no existen. Greywaren… ¿No es así como te llama Lindenmere, tu bosque? Dice que eres su soñador, su protector, ¿verdad? Sí: soñador, protector y tarado con los pulmones llenos de forraje, si yo no hubiera estado aquí. ¿Y todo para qué?

—Estaba intentándolo —gruñó Ronan por fin.

—Hennessy también, y se lo cortaste en seco.

Uf: la parte pequeña y ruin de Hennessy se estaba dando un festín.

—¿Has localizado tu cuadro, Hennessy? —preguntó Bryde.

—Cero agujas localizadas en el pajar hasta el momento —respondió ella.

Los ojos de Bryde recorrieron el granero. A veces, los objetos soñados podían aparecer bastante lejos de su soñador, sobre todo si eran de gran

tamaño. Sin embargo, no había a la vista ninguno de los objetos grandes del sueño, como algún lienzo o la silla en la que Bryde se había sentado.

Y, entonces, Hennessy lo vio.

En su dedo pulgar había una manchita de pintura rosada, del mismo rosa pálido con el que había dado relieve a la pintura del sueño. Por aquella minucia —una simple escama de pintura seca— había estado paralizada varios minutos. Hennessy razonó: a Jordan le habría encantado verlo. No era una copia soñada de Hennessy y tampoco era el Encaje. Técnicamente, aquello suponía un gran progreso, aunque no lo pareciese. A veces —Ronan acababa de demostrarlo—, lo que no soñabas era más importante que lo que soñabas.

Levantó el dedo como si quisiera hacer autostop y se lo enseñó a Bryde:

—Lo encontré.

Bryde se encaró de nuevo con Ronan.

—De modo que le quitaste la línea ley delante de sus narices. Muy elegante, sí. ¿Cuánta energía queda ahora? ¿Cuánta sientes?

Ronan apartó la mirada. En ese momento, parecía un gato escaldado.

—Ah, es cierto: no la sientes. Se me había olvidado —siguió Bryde, implacable—. Qué reconfortantes son los cuentos que nos contamos a nosotros mismos en tiempos de oscuridad… Yo te diré cuánto queda: apenas nada. Te has zampado la línea ley para conseguir un granero lleno de ruedas que no van a ninguna parte. Y si los Moderadores apareciesen aquí ahora mismo, ¿dónde estarías? Eso también te lo puedo decir yo: metido en un río de mierda y sin poder soñar ni un remo para salir de él.

Aunque la parte ruin de Hennessy seguía disfrutando del repaso que Bryde le estaba dando a Ronan, el resto de su ser se compadeció lo bastante para echarle una mano.

—Ha sido una pena, sí —comentó poniéndose en pie de un salto—. Me hacía falta esa línea ley; de hecho, estaba calentando para hacer algo grande. Mi intención era sacar entera la cabaña de Max Ernst en Sedona, con Max Ernst y un puñado de cuadros suyos dentro. Tal vez con su mujer, también… La construyó con sus propias manos tras sobrevivir a dos guerras mundiales, ¿lo sabíais? Me refiero a la cabaña, no a su mujer. Creo que la conoció en Nueva York, o tal vez se mudase allí después de que Max Ernst muriese… No me acuerdo bien, pero creo que fue ella la que dijo que no existían mujeres artistas, porque solo existían artistas. Ah, y también quería soñar en tu honor esa especie de pájaro que Ernst

pintaba, Ronan. Ernst era como tú, tenía un *alter ego* en forma de pájaro; no sabía diferenciar las aves de los humanos. Loplop, lo llamaba.

—Hennessy, esto no es… —comenzó a decir Bryde.

Ella no le hizo caso.

—Sabía que me acordaría del nombre, si lo pensaba un rato. Me sonaba que era algo como conejil, y lo es. «Lop, lop», como un conejo saltando. Pues eso: la cabaña, el estudio, el señor dadaísta. Iba a ser mi obra maestra onírica, inspirada por esos escenarios del museo. Así es como funcionan los buenos artistas, ¿no? Asimilan las cosas que los rodean y luego no producen una copia, sino una respuesta a la realidad que han absorbido. Por ejemplo, contemplan este supuesto Museo de Historia Viva de Virginia Occidental, con sus figuras estáticas petrificadas en momentos históricos, y devuelven al mundo personas reales en lugares históricos verdaderos: un pintor surrealista en una obra surrealista. Eso sí que merece el nombre de arte viviente. De eso va el dadaísmo, en realidad. ¡Vengan al museo de Hennessy! ¡Descuentos disponibles para los niños menores de doce años y los grupos mayores de veinte personas!

Bryde la fulminó con la mirada. Pero el truco había funcionado: las palabras torrenciales de Hennessy habían ahogado las suyas. Al fin, negó con la cabeza y le tiró a Ronan su cazadora.

—Recoge tus cosas —le ordenó—. La siguiente línea ley está a tres horas de aquí; tenemos que ponernos en marcha antes de que la falta de energía vuelva a causarte problemas.

—No soy tan frágil —protestó Ronan.

—No te olvides de tu pájaro —replicó Bryde sin más.

Después de que Bryde saliera a grandes zancadas, Hennessy le ofreció una mano a Ronan para ayudarle a salir de entre la paja.

—Vaya sueño jodido has tenido, ¿no?

—Vete a la mierda —repuso Ronan.

—Vete tú. De nada, por cierto.

Ronan se echó la cazadora sobre los hombros.

—¿Qué iba a ser? —le preguntó a Hennessy—. Tu sueño, digo. Y no me respondas eso del Ploplop.

—Loplop, especie de neandertal —le corrigió Hennessy.

No le apetecía hablar de su sueño. No le apetecía hablar de Jordan. Lo único que le apetecía era seguir en movimiento, para no tener que pensar en ello mientras estuviera despierta; porque cuando pensaba en ello, se ponía triste; cuando se ponía triste, se enfadaba; cuando se enfadaba,

quería matar Moderadores; cuando quería matar Moderadores, Bryde le decía que no era el momento adecuado. Y Hennessy no quería esperar al momento adecuado.

—Nunca lo había visto tan mosqueado —comentó—. A lo mejor se cansa de nosotros y se pira para hacer lo que fuera que hacía antes.

No era la primera vez que Ronan y ella consideraban aquella posibilidad en susurros, aprovechando los momentos perdidos aquí y allá en los que Bryde se ausentaba. ¿Quién era aquel hombre al que estaban siguiendo? ¿Dónde habría estado antes? Cuando lo conocieron, ya sabían que su nombre despertaba temor, que se murmuraba con respeto en los mercados negros… ¿Pero por haber hecho qué? ¿Y cuánto empeño tendría Bryde en volver a su ocupación anterior?

Ronan frotó con el pulgar la rueda más próxima y luego recorrió con las yemas de los dedos la palabra *tamquam*, que estaba grabada en su superficie. Aquella era una característica de él que Hennessy estaba empezando a conocer: Ronan creía que bastaba con tener la boca cerrada para mantener a salvo sus secretos, pero siempre acababa por revelarlos de otras maneras.

—En serio —dijo—, ¿con qué estabas soñando?

—Una dama jamás respondería a esa pregunta —replicó Hennessy—, y un caballero jamás la haría.

—Vale.

—Con Jordan.

—He dicho que vale.

—Y yo he dicho que con Jordan.

Si Ronan hubiera insistido un poco más, le habría hablado del sueño; de hecho, una parte de ella quería hacerlo. Sin embargo, se limitó a dar una patada a una rueda. Pensó vagamente que, en el fondo, quizá Ronan estuviera esperando a que ella volviera a preguntarle por su sueño. Al fin y al cabo, tenía que haber sido algo tan abrumador como para no poder evitar que todas aquellas ruedas salieran de su cabeza. Sin embargo, la agobiaba la idea de añadir el peso de otro drama a los que ya acarreaba por su cuenta.

Así que los dos se quedaron en silencio mientras se recomponían. Hennessy recogió su espada. Ronan recogió su cuervo. Antes de salir, se giró desde la puerta para contemplar lo que había hecho. Ruedas, ruedas… Hennessy miró su extraña silueta recortada en el umbral, con el cuervo encaramado en su hombro y la espada colgada entre los hombros. Pensó

que, si la persona y la vida de Ronan no estuvieran tan llenas de secretos, podría haberlo usado como modelo para un retrato, y eso le recordó el momento de su sueño en el que pensó que a Jordan le habría gustado pintar a Bryde.

—Me pregunto en qué andará metida ahora —dijo en voz alta—. En qué andarán metidos tu hermano y ella.

Ronan se dio la vuelta para marcharse.

—Seguro que se lo están pasando en grande —respondió con tono seco.

4

A Jordan le daba un poco de mala conciencia haberle robado el coche a Declan Lynch.

Solo un poco de mala conciencia; desde luego, no la suficiente para quitarle el sueño por la noche (o por la mañana, dado que Jordan era un animal nocturno). Ni la suficiente para desear volver atrás en el tiempo y actuar de modo distinto. Solo la suficiente para sentir, a veces, cuando veía otro Volvo del mismo modelo y color, un cosquilleo de inseguridad. Lo cual era todo lo contrario de lo que representaba la marca Volvo e incluso la marca Jordan.

Lo que había ocurrido, en realidad, era esto: unas semanas antes, en plena madrugada, Jordan había dejado al hermano Lynch mayor y al menor en un área de servicio de la Virginia rural, mirando con aire sorprendido la luz de los faros traseros de su coche mientras ella se alejaba montada en él. Matthew —tan sorprendido que todo en su rostro era redondo: la cara, los ojos, la boca—, como siempre, parecía tener muchos menos años que los diecisiete que había cumplido. Declan no mostraba sorpresa alguna: la miraba con los brazos cruzados, los labios apretados en una línea recta y los ojos entrecerrados, como diciendo: «Seguro que también para esto tienes una excusa». Mientras se alejaba, Jordan se quedó mirando su imagen menguante en el espejo retrovisor. Sin embargo, solo había sido una traición menor: Jordan sabía que Declan sería capaz de encontrar otro medio de transporte para llegar a Los Graneros. Y también sabía que los tipos que habían estado a punto de matarle unos días atrás no estaban lo bastante cerca para constituir una amenaza.

Quizá.

Era aquel «quizá» lo que la hacía sentirse un poco culpable. Jugar con la vida de otras personas era el tipo de cosa que hacía la mitad Hennessy de Jordan Hennessy. Normalmente, la mitad Jordan era más considerada.

En aquel momento, a pesar de que no había ningún Volvo a la vista, Jordan estaba pensando en Declan Lynch. La razón era la invitación que tenía entre las manos: cartulina resistente, impresa en negro mate con una

gruesa cruz blanca en la mitad. Esquinas redondeadas que invitaban a rozarlas con la yema de los dedos. «Invitación para JORDAN HENNESSY Y ACOMPAÑANTE», decía.

Jordan sabía que era una fiesta organizada por Boudicca. Aquellos eran sus colores y su logo: la potente cruz hecha de dos pinceladas, la combinación de blanco y negro. Boudicca era una agrupación mafiosa compuesta únicamente por mujeres que ofrecía protección y servicios de *marketing* a cambio de algo muy parecido a una esclavitud de lujo. No era la primera vez que trataban de reclutar a Jordan y a Hennessy, aunque creían que las dos eran una sola persona: una falsificadora de arte de alta gama y buen físico. La oferta no había interesado a ninguna de las dos: Jordan ya tenía demasiado limitados sus movimientos, y Hennessy no sabía jugar en equipo.

Sin embargo, «casualmente», las Boudicca le habían enviado un mensaje a Jordan la misma noche en que había huido de la orilla del Potomac junto a Declan y a Matthew. «Tenemos una oportunidad para ti en Boston que seguramente te interesará, dadas las circunstancias. Por favor, solicita una entrevista personal si deseas obtener más información».

Entonces, Jordan había robado el coche para ir a ver qué era aquello.

Era el tipo de cosa que Hennessy habría hecho.

Y, como ya hemos comentado, a Jordan le daba un poco de mala conciencia.

Pero ahora ya estaba hecho y Jordan se encontraba sola, pintándose los labios frente a un espejo descolorido. El cuarto de baño en el que se encontraba tenía una apariencia cutre que, si se miraba bien, terminaba por convertirse en un desaliño agradable. Estaba situado en la esquina de una gran sala en los Fenway Studios, un caserón construido hacía cien años para albergar a una cincuentena de artistas. Viejos suelos de tarima, ventanas de tres metros y medio de alto, techos de cuatro metros y medio, radiadores anticuados apoyados en las paredes como bestias famélicas al acecho, caballetes y materiales de pintura, altavoces que no funcionaban con el nuevo teléfono prepago que había comprado Jordan, pero sí lo hacían con el viejo estéreo portátil que encontró en un armario… No había sido concebido como un lugar en el que vivir, y el hecho de que Jordan se alojase allí, en un sofá del estudio, seguramente quebrantaba alguna ordenanza municipal; pero el inquilino, un artista que ampliaba fotografías de desnudos y luego pintaba pechos exagerados de colores vivos encima de los de verdad, no era el tipo de persona que se preocupaba de respetar las

ordenanzas. Además, Jordan había dicho que solo se quedaría hasta encontrar un piso compartido.

¿Cuánto tiempo pensaba quedarse, en realidad?

Todo el que pudiera.

Jordan se puso su cazadora de cuero y se miró en el espejo. No tenía mucho donde elegir: solo la ropa con la que había llegado allí, el corpiño naranja que llevaba puesto —y que había encontrado en una tienda de segunda mano con cosas muy aprovechables, en South Boston— y un conjunto de camiseta y pantalones de chándal que se había comprado porque, si al dueño del estudio se le ocurría ir allí por la noche a pintar uno de sus desnudos delirantes, Jordan prefería que la pillase vestida. Desde su llegada a Boston había promocionado su actividad de falsificadora, impresionando a los visitantes de las zonas turísticas con chapuzas rápidas, y ya había recibido algún adelanto. Pero prefería ahorrar ese dinero.

¿Para qué? Para el futuro. El futuro: un concepto ajeno. En su vida anterior, en Washington D. C., Jordan no tenía un futuro. Lo que tenían, tanto ella como las demás chicas, era una fecha de caducidad marcada por Hennessy: cuando ella muriese, se acabaría la partida para todas las demás. Como sueños que eran, si desaparecía su soñadora, caerían en un letargo permanente. Hasta entonces, Jordan debía compartir una misma vida con todas las demás, la vida de Hennessy. Y, cada mañana, todas compartían aquella incertidumbre: ¿matarían los sueños a Hennessy ese día? ¿O lo harían las drogas, los coches, el desprecio que sentía por sí misma? ¿Sería aquel el día en que cayeran dormidas en mitad de una acera?

Esas preguntas estaban siempre suspendidas sobre sus cabezas.

Saber que su propia vida estaba en manos de otra persona era duro; pero saber que esas manos pertenecían a Hennessy era todavía peor.

Jordan había intentado vivir su vida a tope. ¿Qué iba a hacer, si no? ¿Esperar?

Pero, al final, las demás chicas no se habían quedado dormidas de repente.

No: las habían matado. Su muerte había sido violenta, innecesaria. Los Moderadores no se habían molestado en averiguar si alguna de ellas era la soñadora, antes de cargárselas. Todas habían vivido como Hennessy y habían sufrido una muerte destinada a ella.

Ya en la calle, Jordan se abrochó la cazadora, demasiado fina para el frío de la noche, y apuró el paso. La fiesta era en Back Bay, a unos quince minutos de camino a pie —diez, si se daba prisa—. Mientras caminaba, no

se fijó en los resplandecientes escaparates de las tiendas, sino en los apartamentos y los *lofts* de los pisos superiores. A los habitantes de Boston no parecía importarles que la gente los viera dentro de sus casas o sus oficinas; se dedicaban a sus asuntos y suponían que los demás harían lo mismo. Al final, las calles se convertían en una especie de salvapantallas industrioso. Jordan, como todas las demás chicas, era urbanita, y Boston era una buena ciudad para desarrollar su estilo artístico. Además, le resultaba agradable estar en un sitio nuevo después de pasar tanto tiempo varada en Washington D. C., tratando de resolver el problema creciente de los sueños de Hennessy.

A las demás también les habría gustado esa ciudad. Las pobres… June, Trinity, Brooklyn, Madox, Octavia, Jay, Alba, Farrah. Ocho pobres chicas que jamás habían poseído un futuro.

Jordan tenía una deuda con ellas: debía vivir su vida, ya que ellas no habían podido hacerlo. Hennessy era temeraria, los Moderadores eran despiadados; esas eran cosas que Jordan no podía controlar. Pero sí podía controlar su propia audacia. Iba a vivir una vida lo más satisfactoria que pudiera, durante tanto tiempo como le quedase.

Llegó a la fiesta.

Para Jordan, las fiestas eran como personas: las había de muchas formas y colores. Cada una tenía sus esperanzas, sus sueños y sus miedos. Algunas exigían mucho. Otras eran autosuficientes y solo pedían a sus asistentes que se lo pasaran bien. Las había cálidas y parlanchinas. Las había frías, excluyentes.

Jordan vio de inmediato que aquella era una fiesta muy adulta, una fiesta que se tomaba en serio a sí misma. Ver y ser vistas, etcétera. El local no era muy grande: una galería de arte de Back Bay, abierta por la noche para la ocasión. La madera añeja del suelo resplandecía. En las paredes, cuadros abstractos iluminaban el ambiente. En las esquinas, esculturas provocativas lo complicaban. El conjunto resultaba muy agradable: solo hacía falta estar allí para sentirse más inteligente, más cultivada. Las asistentes, todas mujeres, eran muy guapas. Impecables cutis oscuros, suaves bucles rubios, pómulos salpicados de pecas, grandes caderas redondeadas, vientres pálidos, omóplatos dorados, vestidos y zapatos de tacón de todos los tonos, alturas y longitudes. Jordan no las reconocía a todas, pero le sonaban las suficientes para hacerse una idea de cómo era la

cosa. Había consejeras delegadas de grandes empresas. Diplomáticas. Hijas de presidentes, madres de señores del narcotráfico. Actrices. Músicas. Herederas de emporios de cereales para el desayuno e *influencers* subidas al carro de la fama. También famosas sin más; pero de las buenas, no de las que señalaban a otras diciendo: «Mira, ahí está Menganita». No, estas no parecían en absoluto fuera de lugar.

Boudicca.

—¿Desea tomar algo? —le preguntó la camarera, una chica con una cabellera de un rojo tan espectacular y absurdo que tenía que haber salido de un bote de tinte o de un volcán.

El cerebro de Jordan empezó a considerar de inmediato el reto de pintar aquella melena. Conocía varios pigmentos rojos con posibilidades muy interesantes, pero no creía que ninguno diera la talla por sí solo. Para obtener aquel rojo cegador, tendría que sobreponerlo a un fondo verde. Mezclar verde con rojo lo hacía más apagado; colocarlo al lado del rojo, sin embargo, hacía que la esencia de los dos colores se avivase. El rojo y el verde eran colores complementarios, situados en radios opuestos de la rueda de colores. Resultaba curioso que los opuestos se potenciasen de aquel modo.

—¿Tienes algo que sea barato? —preguntó.

La camarera levantó la mirada y la atisbó entre sus espesas pestañas. Tenía los ojos verdes.

—Para ti hay barra libre.

Jordan le dedicó una sonrisa franca.

—¿Tienes algo que sea de color naranja?

—¿Dulce o amargo?

—Da igual; no me lo voy a beber. Es para que haga juego con mi corpiño.

La camarera se esforzó, y Jordan la recompensó con una propina sacada de sus ahorros. Luego, con su corpiño anaranjado y su bebida igualmente anaranjada, se dispuso a alternar. O, más bien, a hacer como que alternaba. En realidad, lo único que quería era recabar información. Aunque se le daba bien —se había colado en decenas de fiestas—, le imponía un poco la cantidad de caras conocidas que había en aquel lugar. ¿Formarían parte de Boudicca? ¿Serían clientas? ¿Las dos cosas?

Aquello parecía más arriesgado que todo lo que Jordan había hecho en Washington D. C. hasta el momento.

«Las apuestas son más altas, pero el juego es el mismo», se recordó. Y ella sabía cómo jugarlo. Al fin y al cabo, se trataba de falsificar, simplemente; en este caso, falsificar una persona en lugar de una obra de arte. La clave residía en no quedarse en una mera imitación. Si un copista se limitaba a pintar lo que veía de la forma más exacta posible, obtendría una obra correcta desde el punto de vista formal, pero resultaría forzada. Quebradiza. Un solo tropiezo técnico en el proceso de recreación supondría el fin, porque el copista no podía salirse del camino establecido. Para un falsificador, sin embargo, los detalles superficiales eran menos importantes que las pautas que los generaban. Todos los pintores se regían por pautas: grumos de pintura acumulados en las esquinas, pinceladas desdibujadas en los extremos, bocas exageradas para crear un efecto dramático, negros no saturados, y así sucesivamente. Si un falsificador asimilaba una cantidad suficiente de pautas, podía crear una cantidad infinita de obras nuevas basadas en ellas, y hacerlas pasar por creaciones originales del artista en cuestión.

Con los humanos ocurría lo mismo: todos tenían pautas que regían su comportamiento. Bastaba con descubrir esas pautas para poseerlos.

Jordan utilizó aquel principio para falsificar una invitada a la fiesta que llevaba un rato alternando. Sus labios dibujaron la sombra de una carcajada, como si acabase de reírse por una supuesta broma. Dejó escapar un suspiro mientras lanzaba una mirada a su teléfono, como si al fin hubiera encontrado un momento entre dos conversaciones para comprobar sus correos de trabajo. Saludó con un gesto de cabeza mientras se alejaba de un corrillo de gente, sugiriendo de forma sutil que acababa de pasar un rato charlando con ellas. Cuando las demás invitadas cruzaban la mirada con la suya, levantaba un dedo y señalaba hacia los grupos que poblaban las salas contiguas, como diciendo: «Te veo en un momento; antes tengo que despedirme de esa gente».

De ese modo podía existir dentro de la fiesta sin formar parte de ella, recogiendo información en lugar de entregándola.

Fue así como descubrió que eran todas clientas. Aunque todavía ignoraba qué se suponía que habían ido a comprar, estaba claro que tenían los monederos dispuestos. ¿Qué intereses comunes podían tener aquellas invitadas llenas de brillos? ¿Y qué diablos tenía que ver Jordan con todas ellas?

—¡Jordan Hennessy!

La voz pertenecía a una mujer madura que se había detenido a su lado. Iba mucho menos arreglada que las demás, con un traje de pata de gallo y un broche que representaba un erizo en la solapa derecha. En una mano sostenía un vaso de vino, y hablaba con la actitud expansiva que algunas personas adoptan cuando han bebido dos copas de más. Jordan, sin embargo, supo al mirarla que no estaba borracha; era su forma de ser, simplemente.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Jordan! —añadió la mujer, y Jordan escrutó su rostro intentando reconocerla. No pudo: debía de ser una conocida de Hennessy o de alguna de las demás chicas—. ¡Vaya, no te acuerdas de mí! —exclamó su interlocutora, con un gesto de preocupación casi caricaturesco—. No te preocupes: sé que, en estos ambientes, algunas personas se ponen como basiliscos con estas cosas, pero a mí me traen al pairo. Soy Barbara Shutt, querida.

Extendió la mano hacia Jordan, mientras esta repasaba velozmente todas las reacciones posibles. Barajó las respuestas en busca de la que más legítima podría hacerla parecer, como si fuera la auténtica Jordan Hennessy. Debía ser algo que no prometiera más información que la que tenía; que no contuviera ninguna trampilla con un foso lleno de cocodrilos.

Chocaron los cinco —Barbara le agarró la mano con las yemas de los dedos—, y luego Jordan se lanzó:

—¡Ah, sí! De Washington D. C., ¿verdad?

—Eso es —repuso Barbara, acentuando sus palabras con el dedo extendido—. No sabes lo contenta que estoy de que hayas encontrado un momento para acercarte, aunque debes de acabar de llegar. Estoy segura de que Jo ya se habrá puesto en contacto contigo para ofrecerte opciones de alojamiento. Sabes a quién me refiero, ¿no? Jo, Jo Fisher.

—No, la verdad; si la conociera me acordaría, seguro.

—Y que lo digas —asintió Barbara—: no hay forma de olvidar a Jo. Escribiré una nota en mi agenda mental —se llevó la montura de las gafas a la sien y se dio un golpecito— para recordarle que te añada a su lista. Pero no creas que nos habíamos olvidado de ti, cariño; el asuntillo del Potomac ha llamado la atención de mucha gente en muchos sitios, desde luego. Y nosotras hemos hecho todo lo posible para asegurarnos de que esa gente no te toque un pelo mientras estás aquí…

Jordan trató de disimular su inquietud. ¿De verdad la habían estado protegiendo las mujeres de Boudicca? ¿O solo lo decían para atraerla a su

rebaño? Tenía que contestar algo, algo que la sacara de la posición de desventaja en la que se encontraba en ese momento. Algo que Boudicca no pudiera saber. «Piensa, Jordan».

Se obligó a ensanchar la sonrisa y se lanzó:

—Sí, y también ayuda tener a Bryde de nuestro lado, después de tanto tiempo.

La sonrisa de Barbara se petrificó.

«¡Bingo!». Aquella gente tampoco sabía nada sobre Bryde, excepto que tenía poder.

—Bueno… Si me disculpas, querida —repuso Barbara, golpeando con la base de la copa el pequeño reloj plateado que rodeaba su muñeca—, tengo que hacer que esto avance. Sé que estás deseando verlo… No sabes cuánto me alegro de que pudieras venir, de verdad. Y no te olvides de hablar con Jo. ¡Búscala, anda por aquí!

La primera vez que Boudicca había contactado con Jordan, ella se lo había tomado casi como una broma, un cumplido. June, Hennessy y ella lo habían comentado entre risitas irónicas mientras compartían unas copas y unos tubos de pintura, del mismo modo en que podrían haber comentado un intento de ligoteo torpe e indeseado en algún bar. «Está bien sentirse deseada, supongo. Pero no tenía nada que hacer… Que siga soñando». Ahora que estaba sola en Boston, sin embargo, su sensación no era la misma. Hasta ese momento, había olvidado que ser una única Jordan Hennessy, en vez de una de muchas, conllevaba una desventaja: la de ser vulnerable.

Se quedó de pie, con su bebida anaranjada y su anaranjado corpiño, sintiendo un recelo creciente, y de pronto advirtió que la música se había cortado y que las invitadas se desplazaban hacia la parte trasera del edificio. Todas murmuraban entre sí, comprobaban sus relojes y se miraban de soslayo. Jordan dedujo que estaba a punto de descubrir la verdadera razón de ser de aquella fiesta.

Al fin, cuando todas estuvieron apiñadas en una sala grande, la voz de Barbara brotó por un altavoz. Tenía que estar cerca, porque Jordan oía al mismo tiempo su voz al natural, pero no la distinguía entre el mar de cabezas.

—Os agradezco que hayáis venido —comenzó Barbara—. Hoy nos hemos reunido un grupo espléndido de mujeres; sois todas maravillosas. Sé que estáis deseando que se desarrollen los acontecimientos que nos han

traído aquí, y nosotras también estamos deseando… Esto… ¿Dónde están mis notas, Fisher? Fisher, sigue tú, reina.

Una mujer menuda, con postura de bailarina y pelo castaño alisado hasta casi brillar, pasó junto a Jordan y se coló entre las asistentes para llegar al lado opuesto de la estancia. Llevaba un vestido de cóctel que decía: «Mírame», y luego añadía: «Ahora que me estás mirando, ¿te das cuenta de que me pareces imbécil?». Era un vestido muy satisfactorio, un vestido que no se disculpaba ante nadie.

Jordan vio entre la gente cómo la tal Fisher aceptaba el micrófono que le ofrecían. Luego, una voz a juego con el vestido sonó por el sistema de megafonía:

—Todas las que estamos hoy aquí tenemos relación con algún ser dependiente. Algunas de vosotras conocéis a uno; otras estáis pensando en introducir uno en vuestra vida; otras habéis heredado uno e incluso hay algunas que sois seres dependientes.

Todas las invitadas miraron a su alrededor con disimulo. Jo Fisher continuó:

—En nombre de Boudicca, me satisface presentaros este año un gran surtido de dulcemetales en diversos formatos. Como de costumbre, podréis acceder a ellos tras llegar a un acuerdo privado. Hay una gran demanda, dado que la energía de los dulcemetales se está agotando últimamente más rápido de lo habitual, y muchas de vosotras necesitáis reponer el antiguo. Creo que todas habéis podido comprobar que los seres dependientes que hemos traído para demostrar la eficacia de los dulcemetales son auténticos. Algunas nos habéis preguntado si esos seres dependientes están a la venta; la respuesta es que no, por el momento. Se encuentran aquí únicamente para la demostración. Para la demostración, nada más.

—¡Que entre el primer dulcemetal! —exclamó Barbara, elevando la voz para que se la oyera sin micrófono—. ¡Por favor, dejad a todo el mundo la oportunidad de echar un vistazo!

Para sorpresa de Jordan, las invitadas le hicieron caso y se espaciaron un poco. Por primera vez, pudo ver el centro en torno al cual habían estado todas apiñadas.

Era un niño.

Tendría unos tres o cuatro años y era adorable, con pelo oscuro y fino, pestañas espesas y labios gordezuelos. Estaba sentado en un sillón de

orejas elegante y anticuado, situado justo en mitad de la sala. Su pecho subía y bajaba, subía y bajaba.

A pesar del creciente rumor de voces a su alrededor, dormía profundamente.

Alrededor de él, sobre la brillante brocado de la tapicería, había repartidos varios objetos: algunas mariposas inmóviles, un conejito tumbado de lado, un par de zapatos.

Todos ellos formaban parte de la exposición, como los cuadros y las esculturas.

—Emocionante, ¿verdad? —prosiguió Barbara a viva voz, chillando tanto como una maestra de guardería—. El artículo que os vamos a presentar es un dulcemetal excelente, muy apropiado para guardarlo en casa. Ya sabéis que no siempre es fácil tenerlos a la vista de todos, pero no es el caso de este. ¡Supongo que saberlo os alegrará tanto como a mí! A ver, guardad silencio. ¡Ya llega!

Se abrió una puerta lateral.

Dos mujeres entraron, acarreando un lienzo enmarcado de buen tamaño. Aunque la escena que mostraba no era especialmente llamativa — un paisaje bucólico, con ovejas aquí y allá—, poseía un magnetismo peculiar. Jordan frunció el ceño, molesta por no ser capaz de localizar qué era exactamente lo que la atraía tanto de aquel cuadro. No podía dejar de mirarlo. Le hubiera gustado acercarse más, pero la gente y su dignidad se lo impedían.

Miró de reojo a las demás invitadas para comprobar si su reacción era la misma, pero todas tenían los ojos clavados en el sillón de orejas.

—¿Puedo ponerme los zapatos?

La pregunta la había pronunciado una vocecilla aguda. El niño se había erguido en el asiento; con una de sus manos regordetas se frotaba los ojos, mientras con la otra intentaba agarrar sus zapatos. Levantó la cara y buscó con la mirada alguna cara familiar entre las mujeres que lo observaban.

—Mami, ¿ya es hora de ponerme los zapatos?

Las mariposas se agitaron y empezaron a revolotear a su alrededor. El gazapo saltó del sillón al suelo y brincó por la tarima. Algunas invitadas se hicieron a un lado para permitirle corretear entre ellas.

—¡Mami! —llamó el niño.

—Como podéis ver, el dulcemetal que acabamos de presentar es capaz de afectar a múltiples seres dependientes desde una distancia de varios

metros —expuso Fisher a través del micrófono—. Para todas aquellas interesadas, disponemos de una lista completa de piezas a la venta.

Barbara hizo un ademán con la mano en la que sujetaba la copa. Las ayudantes volvieron a levantar el cuadro y salieron con él por la puerta lateral.

—¿Mami? —volvió a decir el niño—. Ay, mi zapato…

Uno de sus zapatos había caído al suelo. El niño se inclinó hacia él justo en el momento en que la puerta se cerraba tras las dos ayudantes y el cuadro.

Con un suave suspiro, el cuerpo del niño se aflojó y cayó al suelo. Las mariposas se detuvieron en el aire y descendieron hasta depositarse a su alrededor. Una de las invitadas se acercó al sillón y dejó el gazapo dormido sobre el asiento del sillón, en su posición inicial.

El corazón de Jordan era un ascensor con los cables arrancados de cuajo.

Sueños.

Los seres dependientes eran sueños que se habían quedado sin su soñador. Y el dulcemetal —el cuadro hacia el que tan atraída se sentía Jordan, un sueño ella misma— los había despertado por un momento.

Solo entonces se dio cuenta de que las Boudicca no la habían invitado a su fiesta porque falsificase obras de arte. La habían invitado porque sabían que Jordan Hennessy era una soñadora.

La habían invitado porque suponían que tendría sueños que querría mantener despiertos.

Las reglas del juego acababan de cambiar.

5

Matthew Lynch se despertó. Su hermano mayor gritaba al fondo de la casa.

Aunque le habitación de su hermano estaba al final del pasillo y la de Matthew tenía la puerta cerrada, el sonido le llegaba alto y claro. Las casas viejas estaban llenas de recovecos extraños.

Matthew se levantó, diciendo «Uf, uf» al sentir el frío de la tarima en la planta de los pies, y solo tardó un momento en hacerse un chichón contra el techo abuhardillado.

Declan seguía berreando.

Matthew salió de la habitación y fue al baño para lavarse los dientes (al frotar el cepillo sobre sus dientes y encías, le daba la impresión de que los gritos de Declan subían y bajaban de volumen). Luego bebió un vaso de agua (la voz de Declan sonaba más aguda cuando Matthew tragaba y más grave cuando no lo hacía). Por último, se miró en el espejo.

Pensó lo mismo que pensaba cada mañana desde hacía varias semanas: «No parezco un sueño, ¿verdad?».

El chico del reflejo era más alto que el que se reflejaba un año atrás. Cuando abrió la boca, todos sus dientes estaban en su sitio. Tenía un aspecto impecable; nadie podría haberle culpado por haber pensado durante todos aquellos años que era normal y corriente. Pero todo aquello no cambiaba sustancialmente la verdad, y la verdad era que Matthew no era humano. Solo tenía forma de humano.

El chico del reflejo frunció el ceño.

Su cara no parecía acostumbrada a hacer aquel gesto.

Los gritos de Declan se hicieron más fuertes.

En fin.

Matthew fue arrastrando los pies hasta el cuarto de su hermano.

La escena era idéntica a la de las mañanas anteriores. Había un montón de ratones; varias criaturas que parecían lagartos con alas; un tejón con una sonrisa circunspecta, pero solo alrededor de los ojos; dos ciervos del tamaño de gatos; un gato del tamaño de un ciervo, con manos de persona;

una bandada de pájaros de formas y tamaños variados. Y —quizá lo más impresionante de la colección— un jabalí de pelaje negro y encrespado, tan grande como una camioneta pequeña.

Todas aquellas criaturas estaban amontonadas sobre la cama de Declan, de la que también salían los gritos.

—¡Deklo! —dijo Matthew—. Uf, qué frío.

La habitación estaba helada porque la ventana estaba abierta, por cortesía del gato con manos. Matthew lo había pillado con las manos en la masa hacía un rato, cuando aún no había amanecido, mientras caminaba aturdido por las colinas en un paseo madrugador. Al oír un ruido metálico, había levantado la mirada y había visto al gato trepando por el canalón hacia la mansarda del cuarto de Declan. Sin detenerse ni un segundo, la criatura tiró de la ventana para abrirla, y Matthew contempló con una mezcla de fascinación y grima cómo sus uñitas se metían por el resquicio para agrandarlo. Nunca dejaba de asombrarle lo útiles que eran los pulgares oponibles.

—¡Sácalos ahora mismo de aquí! —exclamó Declan con voz amortiguada.

No era fácil localizarlo en la cama: estaba envuelto en un rebujo de sábanas y mantas con los bordes remetidos bajo el colchón, para evitar que los bichos más pequeños se le colasen. Las criaturas no parecían desanimadas por los esfuerzos que hacía para ahuyentarlas: el gato con manos tironeaba de la sábana junto a la cara de Declan, con expresión de amor intenso. Los ciervos con tamaño de gatos maullaban y daban golpecitos con las zarpas (¿o pezuñas?) en las patas de la cama. Las criaturas que parecían lagartos con alas se lanzaban juguetonas contra los pies de Declan cada vez que él los movía bajo las mantas.

—Es para hoy —refunfuñó Declan—. ¡Sácalos!

Todos aquellos animales eran soñados.

Durante los años que Declan y Matthew habían pasado fuera de Los Graneros, Ronan había soñado un bestiario muy nutrido. Y, aunque las criaturas no parecían haber padecido de hambre en ausencia de su creador, desde el regreso de los dos hermanos, habían adoptado como costumbre matinal despertar a Declan para que los atendiese. A Matthew no le habría importado que lo despertasen a él, pero las criaturas jamás acudían a su ventana. De alguna forma, los seres soñados parecían intuir que Declan era el que menos simpatía les tenía, y por eso mismo lo cortejaban.

—¡Vamos, chicos! —dijo Matthew alegremente—. ¡A desayunar! ¡No, tú no!

Esto último iba dirigido al jabalí, cuyo tamaño le impedía salir por la ventana o la puerta. Matthew sabía por experiencia que, si había logrado entrar, había sido gracias a su capacidad para transformarse en una nube de gas maloliente y que para salir tendría que hacer lo mismo.

Se acercó a él y dio una palmada fuerte delante de su hocico.

—¡Hala! ¡Fu!

El jabalí, asustado, retrocedió, pero no perdió un ápice de solidez. Su gigantesco trasero se estrelló contra la cómoda. Su flanco tiró los libros de un estante. Bajo una de sus pezuñas, el ordenador portátil de Declan crujió de forma alarmante. El verraco se estaba acostumbrando a la presencia de Matthew, lo cual era un problema: cada día le costaba más espantarlo.

—¿Eso que ha sonado era mi…? —dijo la voz ahogada de Declan desde la cama—. ¡Al final siempre tengo que hacerlo todo yo! —bufó.

Sin previo aviso, se levantó de golpe, envuelto en sábanas y mantas como un fantasma.

Matthew y el jabalí, sobresaltados, dieron un respingo simultáneo. El segundo se desvaneció al instante, sustituido por una nube de gas maloliente: el mayor pedo del mundo.

Matthew siguió siendo Matthew.

—Dios mío, dame paciencia —musitó Declan, agitando la sábana con energía para expulsar el mal olor de la habitación.

Uno de los pájaros soñados, con el pico en forma de sacacorchos, se acercó a sus pies descalzos y picoteó uno de ellos con aire curioso. Declan lo recogió y lo lanzó por la ventana, junto al gas maloliente.

—¡Eh, cuidado! —exclamó Matthew.

—No pasa nada. Míralo, por ahí va. —Declan cerró la ventana de golpe—. Sácalos de una vez, ¿quieres? No te pido más. Hoy mismo bloqueo la ventana. La voy a pegar o a ponerle pinchos. ¡Fuera, he dicho! Matthew, ¿a qué estás esperando? Vas más lento cada mañana. No me obligues a hacerte una lista de tareas.

Hacía unas semanas, Matthew se habría reído sin dar mayor importancia a la regañina y luego habría hecho todo lo que Declan le pidiese. Ya no.

—No tengo por qué hacer lo que tú dices —replicó.

Declan, sin dignarse a responder, empezó a sacar ropa de los cajones para vestirse.

Aquello molestó aún más a Matthew, y su enfado se combinó de forma tóxica y extraña con lo que había sentido al mirarse hacía un rato en el espejo del baño.

—Acabas de tirar a uno de mis hermanos por la ventana —afirmó.

La frase, diseñada para suscitar alguna reacción, consiguió su propósito: Declan se giró y le dedicó a Matthew la cara más «declaniana» de su repertorio. En circunstancias normales, Declan usaba un repertorio compuesto por dos expresiones. La primera era «ejecutivo soso que asiente a todo lo que dice su interlocutor mientras espera su turno para intervenir», y la segunda era «padre reticente que sufre de colon irritable y se da cuenta de que tiene que dejar pasar a su hijo al baño antes que él». Entre las dos, Declan cubría satisfactoriamente casi todas las situaciones en las que se encontraba. Ahora, sin embargo, había echado mano de una cara distinta: «veinteañero exasperado que se muere de ganas de chillar a sus hermanos porque ya está bien, narices». A pesar de que solo recurría a ella raramente, la falta de práctica no la hacía menos efectiva ni menos puramente «declaniana».

—Esta mañana no tengo hueco para ocuparme de tu crisis de identidad, Matthew —le espetó—. Estoy intentando conseguir un coche bajo cuerda, mientras procuro evitar que los socios del irresponsable de nuestro padre nos jodan la vida. ¿Podrías aplazarla hasta el fin de semana, si no te importa?

Que Declan expresase en voz alta sus sentimientos hacia Niall Lynch era algo bastante reciente, y a Matthew tampoco le gustaba nada aquella novedad.

—Tú no eres quién para decirme cómo me tengo que sentir —replicó —. Ya no confío en ti.

Declan escogió una corbata. Para él, las corbatas cumplían el mismo papel que la ropa interior para la mayoría de los mortales: claramente, consideraba indecente aparecer en público sin una puesta.

—Ya te pedí disculpas por haberte escondido la verdad, Matthew. ¿Qué más quieres? ¿Qué te vuelva a pedir perdón? Si es eso, procuraré pergeñar una disculpa que sea más de tu gusto entre todo el resto de las cosas que tengo que hacer.

—Me mentiste —aseveró Matthew—. Eso no se arregla así como así.

Poco a poco, Declan se había vestido y ya estaba en modo ejecutivo. Escrutó a Matthew con expresión tan seria que, por un momento, este

deseó estar de vuelta en los viejos tiempos, cuando aún creía que su hermano mayor poseía todas las respuestas y confiaba en él a ciegas.

—Ve a buscar un jersey —le ordenó Declan—. Vamos a dar una vuelta hasta el buzón.

Para rebelarse de verdad, en plan Ronan, Matthew habría debido salir del cuarto dando un portazo, pero se limitó a darse la vuelta cabizbajo y a alejarse, con todas las criaturas pisándole los talones. Al llegar a su cuarto, recogió una sudadera con un dibujo de una llama y una caja de galletas con forma de animales, y luego se encaminó a la puerta trasera. Declan ya estaba allí.

—Después vas a mi cuarto y recoges la caca que se ha hecho el gato con manos —dijo Declan con voz tranquila mientras salía.

Matthew salió tras él y dio un portazo.

El campo estaba tan bonito como siempre. La finca de Los Graneros se encontraba junto a la zona montañosa de Virginia Occidental, escondida entre los pliegues de las colinas y vigilada por las montañas Blue Ridge. Matthew se había criado en aquella vieja granja pintada de blanco, había corrido por aquellos campos, había jugado en los cobertizos y demás edificios anejos que se extendían hasta el límite arbolado de la propiedad.

Ahora, una bruma fresca se elevaba de los campos desvaídos hasta quedar atrapada en el marrón rojizo de las hojas que resistían en los robles. El azul del cielo se elevaba vertiginoso. Algunas nubes jaspeadas brillaban a la luz rosada de la mañana, igual que los cobertizos blancos de los campos.

Era muy bonito.

Al menos, eso suponía Matthew.

Durante varios minutos, Declan y él caminaron en silencio por el pargo paseo de entrada. Declan iba escribiendo mensajes en su teléfono móvil con su peculiar estilo, usando el pulgar de una mano y el índice de la otra, y solo levantaba la vista para evitar salirse del camino. Matthew iba tirando galletas para las criaturas que los seguían, con cuidado de no golpear a las vacas dormidas que se esparcían por los prados. Aquellas vacas jamás despertarían, porque eran producto de los sueños del padre de Matthew. O, mejor dicho, de Niall Lynch, ya que Niall no era realmente su padre. Matthew no tenía padre: existía porque lo habían soñado, como las vacas. Y, al igual que ellas, estaba condenado a dormir para siempre jamás si algo le ocurría a Ronan.

«Cuando algo le ocurra a Ronan, más bien», pensó Matthew.

Estaba empezando a ponerse de mal humor.

Matthew no tenía mucha práctica en aquello del mal humor. Siempre había sido un chaval feliz e irresponsable, con una alegría —ahora se daba cuenta— casi patológica. Era así como lo habían soñado. A Matthew le costaba encontrar algún recuerdo en el que no estuviera contento. Aunque se tratase de un momento difícil en la vida familiar, el pequeño de los Lynch siempre parecía mostrar una sonrisa animosa, como un rayo de sol en una foto oscura, o quizá como la mascota de un equipo posando junto a los jugadores. Era una presencia desmañada e incluso torpona, pero que se aceptaba con gusto.

«Como un animal de compañía», se dijo.

A su alrededor parpadeaban decenas de luciérnagas, fuera de lugar en aquella estación del año. Matthew contempló cómo destellaban a pesar del frío que hacía, y se preguntó qué tipo de sueño habría tenido Ronan cuando las produjo. Y qué tipo de sueño habría tenido cuando lo produjo a él.

Su mente no dejaba de gritarle la verdad: «Eres un sueño».

Aunque no se lo había contado a nadie, le producía terror la idea de quedarse dormido para siempre. La sensación no le era desconocida: cada vez que la línea ley flojeaba, él se quedaba… aturdido. Hechizado. Sus pies echaban a andar, su cuerpo se movía solo, su mente se trasladaba a otro lugar. Cuando volvía en sí, siempre se encontraba en un sitio distinto al del inicio: el punto al que su cuerpo rebelde lo había llevado para acercarse a la energía de las líneas ley.

Cuando llegaron a los árboles que flanqueaban el camino de entrada, Matthew arrojó a un lado la caja de galletas entera.

—Miau —dijo el gato con manos mientras la recogía, con una dicción inquietantemente humana.

De pronto, una bandada de lo que parecían comadrejas con alas surgió de la espesura y le disputó su presa hasta que el cartón de la caja se rasgó.

Matthew siguió andando sin hacer caso; tenía ganas de terminar aquel paseo de una vez.

—Para, Matthew —le indicó Declan—. Ya voy yo dando un rodeo.

Lo que Declan quería era ahorrarle a Matthew el trago de atravesar el nuevo sistema de seguridad soñado por Ronan para Los Graneros: una peculiar red invisible de sueños que bloqueaba el camino de entrada. Aquel obstáculo no solo hacía que el acceso fuera difícil de ver; además, producía un gran malestar a todos aquellos que, aun así, tratasen de colarse en la propiedad. Cualquiera que pasase por aquella red se vería inmediatamente

asaltado por malos recuerdos. Más que malos: insoportables. Cosas olvidadas y cosas que todo el mundo querría olvidar. Cosas tan insoportables que los intrusos acababan por rendirse y se daban la vuelta por donde habían venido.

A Matthew, aquella red le atraía de un modo extraño.

A menudo, mientras Declan estaba ocupado en la casa con sus llamadas aburridas y su nuevo teléfono prepago, Matthew se dirigía en secreto a la entrada de la finca, respiraba hondo y se sumergía en los malos recuerdos una y otra vez.

No sabía por qué lo hacía.

—Matthew —le llamó Declan mientras remangaba los bajos de sus pantalones.

La trampa de la entrada podía evitarse dando un rodeo entre los árboles, si se conocía bien el camino. Pero, aun conociendo bien el camino, era imposible no engancharse el pantalón con las zarzas. El hecho de que Declan estuviera dispuesto a meterse entre la maleza para evitar el sistema de seguridad daba fe de cuánto lo temía.

Matthew avanzó hacia el final del camino.

—Voy yo —dijo.

—Hoy estás aún más pesado que de costumbre.

—Hasta luego —zanjó Matthew la cuestión.

—Matthew, por todos los…

Matthew se zambulló en la red invisible.

Los recuerdos lo golpearon como siempre hacían, igual de frescos que el primer día. Su cerebro no lograba separarlos de la realidad.

Esto es lo que recordó Matthew: perderse a sí mismo. Sus pensamientos disolviéndose en un ensueño lodoso. Trepar por el tejado de su colegio, a decenas de metros del suelo. A su cuerpo no le preocupaba el vacío de abajo.

Esto recordó: estar hablando con su amigo Jacob en el campo de fútbol y, de pronto, olvidar lo que estaba diciendo a media frase, mientras lo estaba diciendo, y luego ver a Jacob expectante, aguardando a que él recuperase el hilo de sus pensamientos, y no llegar a recuperarlo.

Esto recordó: despertar en la orilla del río Potomac. Darse cuenta de que, una vez más, había caminado hasta allí sin ser consciente de lo que hacía. Y luego, mirar alrededor y ver a todas las criaturas que Ronan había soñado, dormidas a su alrededor, y comprender que él era como ellas, que era un sueño, que él también era un sueño.

Esto recordó: caminar, soñar, dormir, obedeciendo a un poder ajeno a él.

Matthew.

Una voz pronunció su nombre.

Aquel era el recuerdo por el que regresaba una y otra vez a la red.

A veces, cuando se perdía a sí mismo, creía oír a alguien que lo llamaba. No era una voz humana. Tampoco era una voz soñada. Era una voz-voz, en un lenguaje que Matthew sentía, quizá, como propio.

Eso era lo único que sabía y, por eso, se empeñaba en regresar.

De pronto se vio en la carretera desierta, junto al buzón: había atravesado el sistema de seguridad. Detrás del buzón había un armario de madera para que los repartidores dejasen los paquetes, pero aquel día no contenía nada. Lo único que había eran varias cartas de propaganda (un rollo) y una postal de un museo de pintura dirigida a Declan (rollo total).

«Pues vaya». Matthew suspiró: el mal humor no se le había pasado.

Volvió a internarse en el sistema de seguridad.

Esta vez, los recuerdos lo llevaron a un momento al que no le apetecía nada regresar: el día en que se despidió de Aurora en Cabeswater, antes de que aquel bosque soñado por Ronan quedase arrasado. La escena no había sido triste en el momento de vivirla, aunque a Matthew nunca le había gustado decir adiós a Aurora; pero ahora era terrible, porque sabía que era la última vez que la vería antes de su muerte.

«No era tu verdadera madre —se recordó a sí mismo—. Ni siquiera era la verdadera madre de Declan. Solo era una copia soñada».

Pero ese pensamiento nunca hacía que se sintiese mejor, de modo que, cuando reapareció delante de Declan, estaba enjugándose una lágrima. Aquello empeoró su humor todavía más.

—¿Ha merecido la pena el viaje? —le preguntó Declan en tono seco.

Matthew le ofreció las cartas.

—No había ninguna entrega. Y se nos ha terminado la mantequilla de cacahuete.

—He encontrado un tipo en Orange que creo que estará dispuesto a vendernos un Sentra por dinero en efectivo. Entonces podremos ir de comp… —La voz de Declan se apagó mientras examinaba la postal y le daba la vuelta.

—¿Es de Ronan? —preguntó Matthew.

Lo cierto era que la postal no parecía propia de su hermano. El anverso mostraba un cuadro de una mujer bailando, con las palabras «MUSEO

ISABELLA STEWART GARDNER, BOSTON, MASSACHUSSETTS» impresas encima.

Declan no contestó. Estaba un poco ruborizado.

—¿Qué narices es eso? —insistió Matthew, y se molestó al darse cuenta de que su voz sonaba aguda y quejumbrosa. «Deja de portarte como un niño», se reprendió.

De pronto, se dio cuenta: Declan estaba sonriendo. Trataba de ocultarlo, pero era evidente.

—¿Qué te parecería hacer una excursión a Boston? —preguntó, con una voz tan plana y controlada como si la hubiera planchado. Si Matthew no le hubiera visto la cara, habría pensado que acababa de recibir el correo normal de un día normal.

Matthew miró alrededor: las luciérnagas seguían destellando. Era criaturas soñadas por Ronan, igual que él.

—Cualquier sitio me viene mejor que este —declaró.

—Vaya —repuso Declan—. Al fin estamos de acuerdo en algo.

6

—¿Qué sientes? —preguntó Bryde.

—Como el culo —contestó Ronan.

—He dicho qué sientes, no cómo te sientes. ¿Hennessy?

—No siento nada, salvo el murmullo de mis arterias estrechándose ante la perspectiva de un festín. ¿Habéis notado el olorcillo a grasa? Me encanta.

Bryde cerró la puerta del coche.

—Esto no va a hacer que os sintáis mejor —observó.

—Ni peor —replicó Ronan.

—Si algo me ha enseñado la vida —dijo Hennessy— es que siempre puedes sentirte peor.

Habían pasado veinticuatro horas desde su partida del Museo de Historia Viva. Ahora estaban aparcados delante del Benny's Dairy Bar, un añejo local de comida rápida situado en algún lugar de Virginia Occidental. El sol anaranjado ardía sobre las desgastadas montañas que circundaban el pueblo. Las sombras de los soñadores, largas y finas, se extendían por el aparcamiento.

Ronan estaba hambriento.

Bryde escrutó los alrededores, mientras Hennessy temblaba y Ronan escupía al suelo. El desangelado aparcamiento, el pueblo medio vacío, la carretera desierta… Buscaba alguna señal de los Moderadores. Si se encontraban allí era precisamente por ellos; apenas habían arrancado el día anterior, Bryde le había ordenado a Hennessy que girase el volante de Burrito para cambiar de rumbo. De algún modo, con aquellas técnicas misteriosas que a veces empleaba, se había enterado de que los Moderadores andaban cerca. Y, como no podían arriesgarse a conducirlos al lugar al que iban, lo mejor era quedarse en el coche invisible hasta que se despejase el panorama.

Razón por la cual llevaban veinticuatro horas sesteando en el coche y viajando en círculos.

—Baja de ahí —le ordenó Ronan a Sierra, que había revoloteado hasta posarse en un árbol cercano.

—Terminemos de una vez con este ejercicio —dijo Bryde—. Lo que nos disponemos a hacer tiene un propósito meramente instructivo, de modo que espero que tengáis la mente abierta.

«¡Ding!», tintineó la puerta del Benny's Dairy Bar cuando entraron los tres soñadores. En las mesas, atornilladas al suelo y separadas unas de otras por paneles atornillados a las paredes, había parroquianos atornillados a los duros asientos, con hamburguesas atornilladas a las manos. Sobre la barra colgaba un panel que mostraba un menú sin trampa ni cartón: «HAMBURGUESA. HAMBURGUESA CON QUESO. DOBLE DE CARNE. TRIPLE DE CARNE. PATATAS FRITAS. PATATAS FRITAS DOBLES. HELADO 1. HELADO 2». Detrás, los empleados iban vestidos con camisetas moradas con el logo de Benny's. Por los altavoces sonaban grandes éxitos de todos los tiempos: *Bla bla bla Mrs. Brown has a lovely daughter bla bla bla…* En el aire flotaba un vago aroma a lejía, que en cualquier otro momento le habría quitado el hambre a Ronan. Ahora no. Lo único en lo que podía pensar era en el otro olor que invadía el ambiente: a grasa. A sal. A comida.

Todo el mundo giró la cabeza al oírlos entrar. Había seis comensales en las mesas, dos personas esperando ante la barra, un camarero junto a la zona de recogida de pedidos, una cajera y, seguramente, unos cuantos empleados en la cocina. Para ellos, solo eran testigos: gente que recordaría haber visto a una chica negra con una camiseta de ganchillo que no le cubría el ombligo, un tipo con la cabeza afeitada y un cuervo posado en el hombro, un hombre de nariz aguileña cuya expresión sugería que no conocía el miedo.

Por eso nunca entraban en restaurantes.

Hennessy extendió los brazos en un ademán grandilocuente y dijo:

—Esto es un atraco.

Bryde, con un suspiro, sacó una de sus esferas plateadas del bolsillo de su chaqueta gris. En una de las mesas, una adolescente ya levantaba el teléfono para hacer una foto o un vídeo de aquellos forasteros.

—No —dijo Bryde simplemente y, con un giro suave de la muñeca, lanzó la esfera.

No le quedaban muchas; decía que «salían caras», y Ronan le creía. Él, desde luego, jamás habría sabido cómo soñar algo así. Esas cosas le daban miedo, porque manipulaban las emociones, retorcían los pensamientos y

borraban recuerdos, algunos de manera permanente. A Ronan le inquietaba soñar artefactos que alterasen la voluntad de los demás; lo más lejos a lo que estaba dispuesto a llegar era a cosas como el desasosegante sistema de seguridad de Los Graneros. Soñar algo como las esferas de Bryde era como soñar neurocirugía; su sofisticación requería un control que Ronan no creía poseer.

¡Pinnnnnng! La pequeña esfera golpeó el teléfono móvil de la chica y ambos objetos salieron despedidos en direcciones opuestas. El teléfono aterrizó a los pies de Bryde, y la esfera rodó bajo una mesa.

Bryde se guardó el aparato.

—¡Eh! —gritó la chica.

—No puede usted hacer eso —afirmó la cajera, y no dijo más porque, un segundo más tarde, la esfera de Bryde estalló.

De su interior brotó una nube de confusión que empezó a afectar a los comensales casi de inmediato. Algunos miraron a su alrededor, perplejos. Otros se derrumbaron. La esfera no estaba diseñada para hacer que la gente perdiese el sentido, pero era difícil predecir la reacción de una persona cuando sus pensamientos se detenían y sus recuerdos se borraban.

—Bryde, me encantan tus pelotitas —dijo Hennessy—. Cualquier día les echo mano.

—No tenemos tiempo que perder —respondió Bryde ignorando el comentario.

Hennessy, sin embargo, no se dio por vencida.

—Habrás tenido que practicar mucho para hacerlas, ¿no? Me pregunto a quién usarías como conejillo de Indias. Obviamente, podrías habernos usado a nosotros. Total, no nos íbamos a acordar…

Bryde la ignoró de nuevo.

—Vamos, Ronan —dijo—. Haz lo que tengas que hacer.

Era Ronan el que había pedido que se detuviesen a comer, a pesar de que sabía que las reglas tácitas de su vida de fugitivos no lo permitían. Normalmente, comían lo que encontraban en las cocinas y frigoríficos de las casas vacías que visitaban, en sitios sin cámaras ni gente. Galletas saladas, conservas, embutidos, manzanas… Pero, durante el trayecto en coche, su hambre había ido en aumento, y ahora su cuerpo aullaba pidiendo comida.

—¡A por la freidora! —gritó Hennessy saltando por encima de la barra.

Ronan, sin hacerle caso, fue directo a una clienta que acababa de recoger su pedido. La mujer estaba parada, pero no inmóvil como una

estatua. Era como si, de repente, se hubiera parado en seco al recordar que se había dejado algo importante en casa.

Ni siquiera se inmutó cuando Ronan le arrebató la bolsa de papel manchada de grasa que llevaba en una mano. Ronan volcó su contenido en la barra, lo desenvolvió todo y lo fue devorando metódicamente. Una hamburguesa. Patatas fritas. Pastel de manzana.

Aún tenía hambre.

Cogió el vaso de batido que la mujer llevaba en la otra mano y se lo bebió. Era de fresa. El líquido helado le produjo un dolor intenso tras los ojos, pero se lo terminó de todos modos y dejó el vaso de golpe sobre la barra, como si fuera un chupito de tequila.

Aún tenía hambre.

Junto a él, en una mesa, había un tipo que había empezado a desenvolver su hamburguesa antes de quedarse parado. Ronan se la quitó, completó la tarea y engulló la hamburguesa. Luego devoró las patatas del acompañamiento. Cogió la hamburguesa de pollo de la chica que acompañaba al tipo y se la comió también, aunque estaba asquerosa. Aprovechó incluso el pepinillo que la chica había dejado a un lado del plato.

Aún tenía hambre.

—Si antes de esto me hubieras dicho que la comida más deliciosa del mundo son las patatas fritas robadas, me habría reído en tu cara —comentó Hennessy desde la cocina—. Un ejemplo más de que nunca acabas de saber lo que te queda por saber.

En la mesa contigua, Ronan devoró un helado medio derretido. Otra hamburguesa. Una ensalada con un aliño viscoso y anaranjado y trozos de cebolla cruda. Un montón de fritos de patata apilados en un plato de cartón.

Aún tenía hambre.

Tiró al suelo el plato y se acercó a la mesa siguiente.

Bryde lo contemplaba impertérrito.

—Voy a cambiar mi trayectoria vital para dedicarme a las patatas fritas —continuó Hennessy, cuya voz sonaba ahora más cerca—. Hasta esta tarde, yo era una pecadora que disfrutaba de los placeres del vino, las mujeres, la música y, ocasionalmente, la cocaína y el robo de coches de lujo, viviendo el momento sin pensar en las consecuencias que podían causar mis actos en mi cuerpo o en el de otras personas. Pero ahora que he visto la luz, pasaré mis días postrada ante el altar de las patatas fritas

robadas. Pintaré murales en su honor. Cambiaré mi nombre por el de Tubércula.

Ronan engulló varios *nuggets* de pollo, un perrito caliente, otro batido, un sándwich de carne barbacoa, una salchicha rebozada, algo de ocra frita.

—¿Podemos dejar ya de fingir que lo que necesitas es comida? —preguntó Bryde con voz suave.

Ronan se dejó caer en una silla. Sentía la bola de comida en el estómago, pesada e inútil.

Tenía hambre.

Bryde se plantó frente a su mesa.

—¿Qué sientes? —preguntó.

—Piérdete.

—Tal vez no seas capaz de sentir la línea ley, pero sí que sientes lo que te ocurre cuando falta, Greywaren. Y, aun así, sigues diciendo que lo que necesitas es una hamburguesa con queso. Mira a tu alrededor. Mírate a ti mismo. Estamos huyendo a causa de tus ruedas, y es aquí donde nos traes. No eres dos personas. Greywaren… ¿De verdad no sabes lo que eso significa?

Ronan se dio cuenta de que habían llegado al momento instructivo. Esa era la razón por la que Bryde había desperdiciado una de sus valiosas esferas para asaltar un local de comida rápida. Aunque no sabía lo que significaba la palabra Greywaren, era consciente de su importancia. Su primer bosque soñado, Cabeswater, lo había llamado así. Su bosque actual, Lindenmere, lo llamaba así. Su padre, ya muerto, había sabido de algún modo que debía dirigirse a él con aquel apelativo. Y Bryde también le aplicaba ese nombre.

Como aún no sabía qué era lo que debía aprender, dejó que su mirada se perdiera en el vacío.

Bryde le dio un golpecito con el dedo en el mentón.

—Protector y guardián: eso es lo que significa, y eso es lo que debes ser. Tanto el rey como el pastor. Y, sin embargo, mírate, enfermo de una gula con la que solo pretendes engañarte. No eres dos personas; convéncete de ello. Tu ser de la vigilia no puede ignorar lo que necesita tu ser del sueño, porque los dos son lo mismo. Y, ahora, dime: ¿qué sientes de verdad? —dijo mientras señalaba la oreja de Ronan.

Lentamente, Ronan se llevó la mano a la oreja y metió la punta del índice. Cuando la sacó, estaba manchada de un líquido negro y viscoso.

Brotanoche.

Su hambre no podía saciarse con comida. Solo la podría calmar con la línea ley. Con sueños.

—¿Por qué siempre me pasa a mí? —preguntó.

—Te lo acabo de decir —repuso Bryde.

Los accesos de brotanoche de Ronan eran mucho más frecuentes que los de Hennessy. Los sufría cuando pasaba demasiado tiempo sin sacar algo de sus sueños, como si fuera un castigo por no hacer aquello para lo que había sido creado. Pero también le ocurría si se alejaba demasiado de las líneas ley, como un castigo por tratar de vivir una vida destinada a alguien que no era él. Una vez el líquido comenzaba a supurar, empezaba una cuenta atrás en la que Ronan se sentía más y más enfermo y que, previsiblemente, terminaría por matarlo si no la detenía.

—Estoy cada vez peor —masculló.

—Así es —asintió Bryde.

—Entonces, ¿por qué te molestas en educarme?

—Porque no se trata solo de ti. Hace años, este lugar vibraba por la energía de las líneas ley. ¿Has visto el río que bordea la carretera durante decenas de kilómetros, el que atraviesa el pueblo? Debería rebosar de energía. Esta población debería estar llena de soñadores. Pero la energía se está desvaneciendo; el mundo entero se está apagando. Respira cada vez más despacio, y nadie se detiene a escuchar para ver si deja de latir. Bueno, nadie no: hay algunas personas que lo hacen. Pocas.

—Eh, un momento —intervino Hennessy—. No te tomes esto a mal: me gusta tanto hacer el macarra y meterme en peleas como a la que más. Pero, si al final vamos a palmarla todos porque el mundo se acaba, ¿qué sentido tiene andar salvando a gente de los Moderadores? ¿Lo haces en plan deporte, o qué?

—No, no lo hago en plan deporte —replicó Bryde sin alejarse de Ronan—. ¿Qué sientes?

—No consigo sentir nada —contestó Ronan—. Jamás lo conseguiré. Al menos, estando despierto.

—Sé demasiado de estas cosas para que me contradigas, y más mientras te sale papilla negra de las orejas. Llevo haciendo esto más tiempo que tú.

Bryde se giró hacia el ventanal y contempló con los ojos entrecerrados los árboles que bordeaban el aparcamiento. Una vez más, la visión de su perfil despertó en Ronan aquel sentimiento de serendipia, de saber y no saber, de saber y no saber.

—¿Queréis saber qué hacía antes de juntarme con vosotros? —preguntó Bryde de súbito.

Hennessy y Ronan se miraron.

—No me dedicaba a salvar soñadores —continuó Bryde—. Salvaba líneas ley.

«Bien», pensó Ronan. A pesar de la inquietud que le producía el brotanoche, las palabras de Bryde le habían producido una cierta paz interior. Bien: aquello era aún mejor de lo que se había atrevido a esperar. Sí: *bien*. Hacía mucho tiempo, Ronan había ayudado a despertar la línea ley que pasaba por debajo de su bosque. No se había dado cuenta de que era eso justamente lo que quería de Bryde hasta que él lo mencionó.

—¿Y de qué tenías que salvar las líneas ley? —preguntó Hennessy.

Bryde soltó una carcajada. Su risa era contenida y astuta, igual que su sonrisa.

—De cada máquina enchufada, cada carretera negra y sin brillo, cada urbanización de casas apiñadas, cada teléfono vibrante. Las asfixian, las aplanan, las ahogan, las suprimen. ¿Podéis imaginaros un mundo en el que se pudiera soñar en cualquier lugar?

—Dios… —masculló Hennessy.

Ronan notó que un hilillo de brotanoche le caía del oído. Se frotó la oreja contra el hombro.

—¿Y por qué no nos dedicamos nosotros a eso? —cuestionó.

—Por ti —le espetó Bryde—. Este no es un juego para imprudentes. No es un juego apto para gente que se duerme y trae consigo al despertar todo lo que se ha encontrado. Este juego requiere control, y en este momento no podemos decir que a ti te sobre. Mira cómo estás, Ronan. ¿Sientes cómo las tripas se te empiezan a licuar? Este es tu juego: dejar de joderla. Ahora mismo, tienes bastante con eso.

—Eh —protestó Hennessy—. Que conste que me encanta presenciar una buena bronca, pero ahora te has pasado.

Bryde desechó su comentario con un ademán.

—¿Por qué crees que nos hemos detenido aquí? —replicó—. Cada vez que vosotros dos soñáis, hay consecuencias que afectan a todos los soñadores situados en los límites de las líneas ley. ¿Se os ha ocurrido pensar que alguna vez quizá le hayáis arrebatado la energía ley a otro soñador que la necesitase más que vosotros? ¿Habrá muerto alguien bañado en brotanoche, solo porque a vosotros se os ha ocurrido sacar una tontería de un sueño?

La posibilidad era demasiado fácil de imaginar. A lo largo de los años, Ronan había soñado cientos de cosas monumentales. Seres vivos, máquinas estruendosas… Un bosque entero. Un hermano. El pensamiento le resultaba insoportable, y más en ese momento, con el brotanoche comiéndoselo vivo. En todo caso, Ronan nunca estaba lejos de sentirse culpable.

—No podéis escapar a las consecuencias de ser quienes sois —prosiguió Bryde—. No te rías, Hennessy. ¿Cuánta energía crees que requirió crear todas esas chicas con tu cara? Esto no es algo que pueda tomarse a la ligera. Ya no sois dos niños.

De la nariz de Ronan empezaron a caer gotas de brotanoche. Hennessy dejó caer en la barra las patatas que le quedaban. Los dos evitaron mirarse.

—Tienes razón —concedió Ronan por fin—. Ahora me siento aún peor.

—Bien —asintió Bryde—. Se terminó la lección.

7

Según la información recabada por el FBI, Nathan Farooq-Lane había matado a veintitrés personas.

Los investigadores no habían encontrado ninguna conexión entre las veintitrés víctimas. Clarisse Match, cajera de supermercado y madre soltera; Wes Gerfers, dentista jubilado y poeta en sus ratos libres; Tim Mistovich, alumno de un máster y trol en internet, y así sucesivamente. Todos ellos procedían de distintos estratos sociales, distintas profesiones, distintas generaciones. Lo único que tenían en común los veintitrés era que habían aparecido muertos y que en algún lugar de la escena del crimen había unas tijeras abiertas.

Veintitrés era un mal número.

Pero, en opinión de Carmen Farooq-Lane, no era el peor. El peor era este: dieciséis. Esos eran los años que tenía su hermano cuando cometió su primer asesinato. Él estaba en el penúltimo curso del instituto; ella, en el primero. ¿Y en qué andaba metida mientras él acechaba a su primera víctima? En todos los clubes habidos y por haber. En el Club de Ajedrez, en el de Arte, en el de Debate, en el de Economía, en el de Artes Marciales Mixtas, en el de Jóvenes Ciudadanas y Ciudadanos por la Abolición de la Pobreza… Club que había en su instituto, club en el que Carmen Farooq-Lane participaba de manera ejemplar.

«Veo que los rebaños ejercen una extraña fascinación sobre ti», le había dicho Nathan un día mientras caminaban juntos hacia el instituto. «No los necesitas, Carmen: son ellos los que te necesitan a ti».

En la primavera del primer curso de instituto para ella, y el penúltimo para Nathan, Jason Mathai, el delantero estrella del equipo de fútbol americano, había desaparecido. El día siguiente a que faltara por primera vez a clase, el conserje había encontrado cuatro tijeras, una en cada entrada del edificio. Todas tenían las hojas abiertas. Más tarde, los investigadores se devanarían los sesos tratando de entender por qué en esta ocasión había habido cuatro tijeras, cuando en los demás asesinatos solo se habían encontrado unas. Y, sin embargo, de todos los enigmas que rodeaban a su

hermano, ese era el más fácil de entender para Carmen Farooq-Lane. Aquel había sido el debut de Nathan, y había querido asegurarse de que no pasaba inadvertido. Por eso había dejado unas tijeras en cada acceso.

En aquel momento, Nathan tenía dieciséis años. A Carmen Farooq-Lane ni se le pasó por la cabeza sospechar de él.

Y eso a pesar de que lo de su hermano y las tijeras venía de lejos. Las dibujaba en sus cuadernos de esbozos. Las colgaba en las paredes de su cuarto y encima de su cama. Incluso colgó un par sobre la cama de Carmen, hasta que ella le obligó a quitarlas. La obsesión de Nathan por las tijeras era lo bastante obvia para que a ella se le ocurriese comentarle los rumores que corrían por el instituto tras la desaparición, porque pensó que le parecerían curiosos.

Sin embargo, en ningún momento se le ocurrió pensar esto: «Nathan ha matado a Jason Mathai».

Y mucho menos esto otro: «Tengo que contárselo a alguien antes de que mate a otras veintidós personas».

En los años que siguieron, la ristra de crímenes saltó a los medios. Muchos periodistas trataron de ponerle un apodo a aquel asesino misterioso: El Tajador. El Sastre Loco. El Carnicero al Corte. El Asesino de las Tijeras. Pero ninguno de los motes cuajó. Habría sido distinto si el arma del delito hubieran sido las propias tijeras, pero no lo eran: todos los muertos habían sido víctimas de extraños artefactos explosivos.

Farooq-Lane no sabía nada de aquello: en aquel momento, carecía de tiempo para leer ese tipo de noticias. Ya estaba en la universidad, y allí se había metido en clubes nuevos. Luego se graduó y encontró un piso de alquiler y un trabajo en Alpine Financial, que venía a ser una especie de club, solo que para adultos.

Si hubiera prestado atención a aquellas cosas, ¿habría caído en la cuenta? Su trabajo consistía en analizar patrones, procedimientos; en sistematizar el análisis del pasado para crear futuros mejores. Y veintitrés asesinatos ofrecían mucho material que analizar.

Pero tal vez habría dado lo mismo.

«Tú quieres que todo sea lógico, pero las cosas no funcionan así —le había dicho Nathan una vez—. Te enamoras de todo lo que tiene sentido e ignoras todo lo que no lo tiene».

Tras la muerte de los padres de Farooq-Lane, los agentes del FBI le habían enseñado el manifiesto que habían encontrado entre las cosas de su hermano, metido dentro del anuario del penúltimo curso de instituto. Su

estilo no recordaba en nada al discurso preciso y elocuente del hermano que ella creía conocer. Era una voz divagante, embrollada, amenazante, iracunda:

> *El filo abierto de la hoja*
> *Por Nathan Farooq-Lane*
>
> *Solo el filo abierto de la hoja es puro.. Una vez cerrado, agota su potencial.. La pureza es distanciamiento.. La pureza es potencial.. Hay tanta parte del mundo roma demasiado roma para cortar.. O tal vez estuviera alguna vez abierta y ahora se ha cerrado.. Las tijeras romas jamás fueron tijeras solo eran adornos para el jardín.. Tienen forma de tijeras pero nunca encontrarán su propósito.. No son mejores ni peores que las tijeras cerradas.. Las tijeras cerradas tampoco son ya tijeras porque en tiempos pudieron cortar pero ahora se han cerrado.. Lo único que importa es el filo abierto de la hoja que conserva la pureza.. Esas son las hojas que mantienen su propósito.. La pureza es propósito.. El propósito es pureza.. No queda sitio para que la cizalla se abra si hay demasiadas tijeras cerradas en la caja.. Hacer sitio implica eliminar.. No cortar porque cortar deja pedazos y los pedazos ocupan sitio, solo que un sitio diferente.. Eliminar es suprimir y eso deja sitio para el filo abierto de la hoja..*

Y así durante doce páginas impresas.

¿Se había regido Nathan Farooq-Lane por alguna lógica?

Su hermana llevaba desde entonces preguntándose si algo en la apariencia externa de Nathan la habría debido alertar de su verdad interna. Preguntándose si, en ese caso, sus padres estarían todavía vivos. Pero su hermano era un sistema que no podía reflejar en una de sus hojas de cálculo.

Más tarde, cuando los Moderadores la encontraron, le explicaron que Nathan era un Zeta, una persona capaz de extraer cosas de sus sueños, y que todos sus extraños artefactos explosivos habían salido de ahí.

—Sé que resulta difícil de creer —le había dicho Lock.

Pero ahora que Farooq-Lane sabía que su hermano había cometido veintitrés asesinatos, el primero de ellos cuando tenía dieciséis años, podía creerse cualquier cosa que le contasen de él. Lo único que se le ocurrió pensar en aquel momento fue esto: «Los Moderadores habrían debido matarlo cuando tenía quince años para salvar a todas aquellas personas».

—Esto da muy mal rollo —murmuró Lock.

El líder de los Moderadores avanzaba como una tanqueta por los pasillos del Museo de Historia Viva de Virginia Occidental. Hombros anchos, zapatillas con gruesas suelas que crujían al aplastar los desperdicios tirados por el suelo… Todo lo que iluminaba la linterna de Lock parecía sacado de un escenario de guerra. Boquetes en el doble techo. Desconchones en la pintura de las paredes. Mobiliario desgastado y tirado por los rincones.

El museo abandonado resultaba inquietante, pero Lock no se refería a eso. Hablaba de los maniquíes.

Alguien había colocado en el vestíbulo una tropa de maniquíes sacados de las salas. Era algo reciente: el museo entero estaba cubierto por una espesa capa de polvo, y los maniquíes tenían marcas de manos repartidas por los brazos y el pecho. Eran huellas frescas, dejadas hacía dos o tres días como mucho. Farooq-Lane fue iluminando los muñecos con su linterna al pasar: marinero, panadero, albañil, policía. Un Zeta podría camuflarse entre ellos sin dificultad, y los Moderadores ni siquiera se darían cuenta hasta que se les echase encima.

—Menuda mierda —dijo otro de los Moderadores y, sin previo aviso, le propinó una patada al albañil.

El maniquí se inclinó hacia un lado —era más pesado de lo que parecía —, hasta caer en los brazos de un revisor de tren sorprendentemente robusto y con los ojos asimétricos.

—Aquí no hay ningún Zeta —declaró otro Moderador—. Si lo hubiera, ya nos habrían jodido, pero bien.

No iba muy desencaminado. Sus últimos encuentros con los Zetas habían terminado igual que el de la caravana: con los Moderadores derrotados y desorientados y, en general, sintiendo que les habían tomado el pelo. Aquellos Zetas nuevos los estaban sacando de sus casillas, literalmente. Incluso aquella treta de los maniquíes tenía el propósito de desconcertarlos, de liarlos; para Farooq-Lane era algo obvio. No era algo destinado a detenerlos, sino a inquietarlos. Era como las tijeras de Nathan.

Lock iluminó la cara de un maniquí, un chef de cocina.

—En su premonición —dijo (Lock, no el chef)—, la Visionaria vio cómo nos enfrentábamos a los Zetas. Eso quiere decir que en algún momento lo conseguiremos, aunque no sea exactamente de este modo. Hay que seguir; ya encontraremos la forma de hacerlo.

—Por cierto, ¿dónde se ha metido la Visionaria? —preguntó otro Moderador, intranquilo.

Todos tenían miedo de que Liliana terminase por desintegrarlos. Se trataba de un temor muy razonable: durante su última premonición, la Visionaria había hecho estallar una familia de patos.

—Se ha quedado en el coche —respondió Farooq-Lane—. Pero no os preocupéis: a esta edad es muy estable.

—«A esta edad es muy estable» —se burló otro Moderador imitando la dicción precisa de Farooq-Lane (que, para sorpresa de Farooq-Lane, sonaba muy parecida a la de Nathan)—. Para ser estable de verdad, lo que tendría que hacer es meter su mierda para dentro. Como hacían todos los demás, por otra parte, hasta que apareció nuestra querida Carmen en escena.

Hasta hacía solo unas semanas, aquel comentario habría hecho que Farooq-Lane se pasara un buen rato pensando una vez más cómo demostrar su lealtad hacia los Moderadores.

Ya no era así. Tampoco los veía ya como los representantes virtuosos e infalibles de la ley. Los fracasos de las semanas anteriores los habían cambiado a todos, y ahora los Moderadores se habían dividido limpiamente en varios subgrupos: el equipo Desanimado, el equipo Suspicaz y el equipo Cabreado.

Farooq-Lane, por su parte, formaba el equipo Restauremos el Orden.

Lo que tenían entre manos ya no era la posibilidad de un apocalipsis futuro. No: los Zetas del Potomac habían abierto los ojos de Farooq-Lane a una nueva dimensión del problema. El poder de usar los sueños para deformar los pensamientos de otras personas era un arma devastadora, capaz de derribar cualquier sistema, de destruir la sociedad. Cualquier duda que hubiera podido albergar Farooq-Lane se había desvanecido: algo tenía que cambiar.

De modo que las pullas de los Moderadores ya no la inquietaban. Dejó resbalar el foco de su linterna por los maniquíes entre los que acababan de pasar. No sabía por qué, le daba la impresión de que había veintitrés. Los contó.

Veintitrés.

Pero Nathan estaba muerto, y ellos perseguían a tres Zetas que no tenían nada que ver con él. Era una coincidencia; no tenía nada de sobrenatural. Su subconsciente había captado y procesado la información de su entorno mientras su mente consciente pensaba en otras cosas. Había

un término científico para describir ese fenómeno. ¿Percepción inconsciente? ¿Imprimación? Era algo así, lo había estudiado en la universidad.

«Es tu mala conciencia», se permitió reconocer ante sí misma. Mala conciencia por no haber detenido a Nathan. Por haber ayudado a matarlo. Por sentirse culpable. Por haber visto morir a tantos Zetas a lo largo de los meses anteriores.

Mala conciencia por no haber hecho las preguntas necesarias.

Habían llegado a una sala enorme y ruinosa, con un árbol en medio. Su copa salía por un agujero del techo que dejaba ver las estrellas. Farooq-Lane se estremeció por el frío repentino. Era precisamente aquel deterioro lo que pretendían evitar: la desaparición de la humanidad, la disolución de la civilización en una maraña de plantas trepadoras y escombros. Los logros humanos eran algo tan tenue… Hasta hacía no tanto, aquel museo había sido importante para una o varias personas. Si aquello lo hubiera creado un Zeta, pensó Farooq-Lane, podría ser permanente, inmutable. El verdadero peligro de los Zetas residía en cosas como aquella, en la escala inconcebible de lo que eran capaces de hacer. Los humanos eran limitados por definición. Los Zetas, sin embargo, podían matar un número infinito de personas, encender un número infinito de fuegos, crear un número infinito de legados de destrucción.

Sonó un disparo.

Todos se sobresaltaron, y Farooq-Lane echó cuerpo a tierra. Mientras sentía el cosquilleo de los helechos en su mejilla y el frío de los guijarros bajo las palmas de sus manos, se preguntó: «¿Esto es real?».

Parecía real. Pero Farooq-Lane había visto lo que podían hacer los Zetas del Potomac con las percepciones de sus adversarios.

—Eso ha sido muy poco profesional —gruñó Lock al cabo de un momento.

Farooq-Lane levantó la cabeza. Uno de los Moderadores —Ramsay, cómo no— tenía empuñada una pistola de cuyo cañón salía un hilillo de humo, visible a la luz de una linterna. En la otra mano sostenía un trozo fláccido y negro de serpiente; el otro trozo había quedado pulverizado por el disparo. Mientras Farooq-Lane observaba la escena, el pedazo restante se retorció lentamente en un espasmo reflejo.

Tuvo que apartar la mirada.

Le vino a la memoria lo que Nathan le había dicho de los clubes. No era ella quien los necesitaba; eran los clubes los que la necesitaban a ella.

¿Sería eso cierto?

—Os recuerdo que solo podéis usar las armas cuando yo lo considere necesario —dijo Lock—. Esta zona está claramente despejada; vamos a movernos.

Los Moderadores llegaron a un viejo granero, iluminado por una docena de bombillas desnudas que colgaban de las vigas. Estaba repleto de viejas pacas de heno reseco y de ruedas de todo tipo. Las ruedas eran claramente cosa de algún Zeta, pero no había rastros de Zetas en el lugar. ¿Serían un subproducto de algún sueño? ¿Un mensaje, quizá?, se preguntó Farooq-Lane.

Se adentró en la sala, girando algunas ruedas aquí y allá. Cada una de ellas tenía grabada o pintada la palabra *tamquam*, cuyo significado Farooq-Lane ignoraba. Salió por una puerta que había en la pared opuesta, y una brisa fría que olía a bosque le azotó las mejillas.

Se detuvo en seco.

Lock yacía apoyado contra la pared exterior del granero, con la cabeza calva caída a un lado.

No era el verdadero Lock, por supuesto.

El auténtico acababa de salir y caminaba hacia Farooq-Lane. Dejó escapar una bocanada de aire. Puso los brazos en jarras y se quedó callado.

El otro Lock estaba muerto; o, mejor dicho, no estaba vivo. Jamás lo había estado. Solo era un maniquí más, pero con la cara de Lock. Como Lock, iba vestido con pantalones de chándal y zapatillas de deporte, pero no llevaba la chaqueta que solía usar el verdadero. En su lugar, llevaba una camiseta blanca con una frase escrita a mano en el pecho: «*Treinta monedas de plata*».

Farooq-Lane sintió que algo se estremecía en su interior.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que tenemos que encontrar otra manera de acabar con esos tres Zetas antes de que esto se nos vaya de las manos —respondió Lock.

8

Hennessy no lograba imaginar la sensación de ser mala artista.

Por supuesto, había pruebas de que no siempre había sido buena artista. En algún armario de la casa unifamiliar de su padre, en Pensilvania, debían de quedar cuadernos llenos de sus primeros dibujos. Y sus cuadros iniciales, lienzos horrorosos pintados y repintados, tenían que estar en algún rincón de un vertedero inglés. Aquellos intentos tempranos fallaban en todos los aspectos que podían percibir los no artistas: ojos asimétricos, narices físicamente imposibles, líneas de edificios inverosímiles, árboles con forma de ramas de brócoli, vacas con hocico de perro… También fallaban en todos los aspectos que podían percibir los artistas: contrastes deficientes, trazos descuidados, líneas de grosores dispares, composición mal proporcionada, tonos desvaídos, paletas de color inadecuadas, capas aplicadas demasiado deprisa, estilización excesiva, pinceladas indecisas, uso excesivo de los pigmentos, uso deficiente de la planificación, feísmo involuntario…

Incluso su proceso de creación era incompetente. Hennessy recordaba el sentimiento de no saber si un dibujo iba a «funcionar». Se sentaba frente a un catálogo de moda o una foto de una modelo sacada del ordenador de su padre, sacaba punta al lápiz y pensaba: «A ver si me sale». Luego, pasaba horas tratando de reproducir el ejemplo. ¡Horas! Ya no era capaz de concebir cómo podía haber pasado tanto tiempo así. ¿Qué podía haber en un simple esbozo a lápiz que requiriera tal nivel de concentración? Se recordaba a sí misma sudando tinta para decidir dónde situar los ojos o cómo reproducir la curva extraña de una comisura, pasando por un auténtico calvario cada vez que trazaba la barbilla de una mujer. Sin embargo, no podía recordar por qué aquellas cosas le costaban tanto trabajo.

Si en aquellos tiempos su cabeza sabía lo que quería hacer, ¿por qué su mano no la obedecía? Las narices se desviaban, quisquillosas. Los troncos se convertían en barriles, y los pies y las manos eran herramientas multiusos con cuatro salientes desparejados. Hennessy recordaba haber

aullado de frustración mientras estrujaba un esbozo, haber rasgado lienzos con unas tijeras abiertas, haber lanzado tubos de pintura al otro lado del estudio de J. H. Hennessy.

También recordaba que, cuando por fin lograba rematar un buen boceto, regresaba a él una y otra vez durante el día, sacándolo a cada poco para regodearse en un baño de autoestima inesperada. En esas ocasiones no tenía ni idea de qué era lo que había hecho bien, de modo que no podía estar segura de volver a lograrlo a voluntad.

Hennessy recordaba todo aquello, pero no lo sentía. De algún modo, el dolor se había ido extinguiendo con el paso de los años. Ahora ninguna parte de su mente esperaba fracasar cuando se sentaba ante un lienzo. Sabía cómo se comportaría la pintura y qué podían hacer sus pinceles. Nada en su interior dudaba de que lo que estaba mirando podría fluir por sus ojos y sus brazos hasta derramarse en la tela en blanco.

En cierta ocasión, uno de sus clientes le había preguntado si se consideraba un genio. Los dos estaban delante de un Cassatt que Hennessy había falsificado para él.

—No —había respondido ella—. Soy una falsificación de un genio.

Aun así, sabía que era buena; por mucho que recordase lo mala que había empezado siendo, nada podía cambiar su calidad actual. Tal vez fuera un desastre en todo lo demás —como persona, como soñadora—, pero, como falsificadora, si no era la mejor, al menos era una de las mejores.

Aunque aquel logro ya no parecía tener mucho sentido. Nadie que le importase podía apreciarlo. Estaban todas muertas.

Todas menos Jordan, quien, de todos modos, siempre había sido la más importante. ¿Y dónde estaría Jordan ahora?

—Soy bueno de cojones —afirmó Ronan.

Los dos estaban en una de esas tiendas de productos electrónicos que se toman muy en serio a sí mismas. Focos led indirectos, productos iluminados por detrás, mobiliario curvo a la última moda… En los estantes y las mesas había expuestos teléfonos de todas las formas y tamaños. Móviles normales. Teléfonos fijos de pared. Teléfonos con forma de hucha de cerdito, de dentadura postiza, de cochecito de juguete, de pájaro de cerámica. Teléfonos como pompas de jabón o como bolígrafos con un ramo de flores falsas asomando por el extremo.

Muchos de ellos eran imposibles, pero no importaba, porque aquello era un sueño de Ronan y, por lo tanto, podía hacer lo que le apeteciese.

—Hubieras podido soñar lo que quisieras, donde te diera la gana —protestó Hennessy—, y se te ocurre traernos a un paraíso consumista en el que solo faltan las marcas de los productos.

—Aquí se mascan los celos —replicó Ronan con su arrogancia habitual, como si Bryde no lo hubiera tenido que llevar a la carrera a una línea ley para evitar que muriera ahogado en brotanoche.

Pero lo que Hennessy sentía no eran celos, sino cautela. La energía ley parecía bullir en todo el sueño; Hennessy no la había sentido con tanta fuerza desde su visita a Lindenmere, el bosque soñado de Ronan. Gracias a ella, el sueño resultaba tan lúcido como cualquier vivencia.

Si su sueño del Encaje la asaltaba en ese momento, con tanta energía a su disposición…

—Relájate; hoy no vamos a soñar con el Encaje —dijo Ronan—. ¿Qué queremos que hagan estos teléfonos? Tienen que ser imposibles de rastrear, por supuesto. Y portátiles. ¿Qué más podemos pedir de un teléfono?

«¿Por qué Adam no contestó a mi mensaje?».

Al estar compartiendo el mismo ámbito onírico que Ronan, Hennessy pudo oír su pensamiento como si lo hubiese gritado. Las palabras atravesaron el sueño, dejando una estela de pensamientos accesorios y amorfos: quizá Adam estuviera herido, tal vez se hubiera cansado de Ronan, a lo mejor prefería la compañía de sus sofisticados amigos nuevos; cálmate, Ronan; no puedes ser tan dependiente, Ronan; ponte las pilas, Ronan; no haces más que cagarla, Ronan.

La reacción más delicada por parte de Hennessy habría sido disimular y hacer como si no hubiese escuchado nada. Pero Ronan y Hennessy jamás se habían tratado con delicadeza, y ella no veía por qué tenía que empezar a hacerlo en ese momento.

—¿Cómo es tu chico? —preguntó.

Ronan agarró un teléfono del tamaño y grosor de una tarjeta de visita y se dedicó a examinarlo concienzudamente, sin responder.

—De modo que es feo —dedujo Hennessy—. O un pringado, tal vez.

Ronan escrutó otro teléfono, este con forma de paraguas.

—¿Tú cómo crees que es?

—La verdad, no tengo ni idea —respondió Hennessy—. ¿Quién podría estar interesado en ti como pareja? ¿Tiene un problema serio de

autoestima? ¿Es uno de esos chicos blandengues que se esconden en los firmes pectorales de sus terroríficos novios? ¿Es un brujo? ¿Falló al pronunciar un conjuro y apareciste tú, y ahora estáis ligados de por vida?

—Sí —dijo Ronan—. La última.

Hennessy se inclinó sobre una de las vitrinas, y el teléfono de aspecto convencional que había en ella se iluminó. El salvapantallas era una foto de dos chicos. Uno era Ronan, en medio de una carcajada explosiva; el otro era un tipo de aspecto reservado, con un atractivo tan potente como inhabitual, que sonreía a medias tras lo que debía de haber sido una frase lapidaria. No es que fueran opuestos en todo, pero lo distinto de sus apariencias hacía pensar que lo eran. Las cejas oscuras y dramáticas de Ronan, en contraste con las cejas claras, apenas visibles, del otro chico; la potencia de las emociones reflejadas en el rostro de Ronan, junto a las emociones apenas insinuadas del otro…

—¿Es este? —preguntó.

—Traidor —dijo Ronan mirando hacia arriba, como si quisiera dirigirse al sueño en su conjunto—. No tenías por qué enseñárselo.

—Desde luego, no parece que tu tóxica presencia le haga falta para rellenar un vacío en su interior —observó Hennessy. En el fondo, le disgustaba ver a los dos juntos; hacía que se sintiera fea por dentro—. ¿Y dices que estáis enamorados para siempre jamás o crees que solo te ve como un juego para pasar el tiempo?

Ahora no solo parecía fea por dentro.

Ronan, sin embargo, se limitó a agarrar otro teléfono y, al cabo de unos segundos, murmuró:

—Tu teléfono puede ser más sencillo que el mío, claro. Al fin y al cabo, solo lo necesitarás para llamar a Jordan, ¿verdad? Porque no hay nadie más, ¿no es eso?

Una simple pregunta, clara y objetiva. Un arma letal. Y Ronan la había esgrimido en el mismo tono en que podría haber comentado cualquier otra cosa, de modo que Hennessy no notó el filo de su significado hasta que no se le clavó profundamente.

De pronto, comprendió que la apariencia cruel de Ronan Lynch no era solo una apariencia.

Por un instante, todas las pantallas de la tienda mostraron su cara. Pero, en realidad, no era ella: eran Trinity, June, Brooklyn, Maddox, Jay, Alba, Octavia, Farrah, Jordan. Todas muertas. Casi todas muertas. En

cierto modo, para Hennessy habría sido más fácil que Jordan hubiera muerto también. Más sencillo, al menos.

Ronan no dijo nada más; se contentó con dejar que el silencio hiciera su violento trabajo.

De pronto, Hennessy se dio cuenta de que agradecía aquel arranque de bajeza en respuesta al suyo.

—¿Querías beber mi sangre arterial después de rajarme o solo pretendías rebozarte en ella?

—Tú misma —respondió Ronan. Y, sin embargo, estaba claro que habían alcanzado un acuerdo.

Ronan eligió un teléfono de color negro mate, del tamaño de una bellota, y se lo prendió en el lóbulo de la oreja. Puesto así, parecía un *piercing* de túnel que acentuaba su aspecto de gótico siniestro.

Hennessy le oyó pensar: «Pequeño. Sutil. Solo sirve para enviar y recibir llamadas, sin mensajes, pero no pasa nada. Que les den a los mensajes. Paso de ellos. No pienso volver a mandar un mensaje en mi vida».

Ni siquiera era capaz de dejar de mentirse en el interior de su cabeza.

—¿Te imaginas que todos los sueños fueran como este? —dijo Ronan de pronto—. Qué fácil sería todo…

—Vale, Bryde —se burló Hennessy.

—¿De verdad no te atrae la idea?

—¿Cuál? ¿La de salir a comprar aparatos electrónicos dentro de tu cabeza?

Él la estudió, con el ceño fruncido. Hennessy se dio cuenta de que estaba tratando de comprenderla; y tal vez pudiera comprender una parte de ella, la parte que se parecía más a él. Pero Ronan llevaba mucho tiempo sabiendo cómo soñar, y Hennessy llevaba demasiado tiempo sin saber hacerlo. Las personalidades de ambos empezaban ya a reflejar aquella particularidad; el espacio entre aquellas dos verdades era vasto y estaba entrecruzado por el Encaje.

—Sujétame la cerveza —dijo Ronan.

La tienda de teléfonos se deshizo.

Ahora se encontraban en un desierto rojo y ardiente. Ante ellos había dos motos de un color negro casi líquido, cuyas carrocerías con cintura de avispa relucían como si estuvieran húmedas. Sus faros, semejantes a ojos compuestos, señalaban hacia una carretera recta que se perdía en la

distancia. La escena resultaba tan oscuramente invitadora como desasosegante.

Hennessy se volvió hacia Ronan.

—¿Así es como te imaginas el desierto? ¿Lo has visto alguna vez? Esto parece un paisaje de otro planeta.

—Si crees que puedes hacerlo mejor, adelante.

Era un reto como los de Bryde: «Cambia el sueño». A Ronan no le había costado ningún esfuerzo crearlo.

Hennessy cerró los ojos y recordó la última vez que había atravesado un desierto real. «No pienses en el Encaje». Como no lograba obligar a su mente a llevarla a un desierto, imaginó cómo lo pintaría. Y, en ese instante, notó cómo el sueño la ayudaba. La creatividad la atravesó, punzante como una oleada de adrenalina. De pronto, le pareció fácil mantener todos los detalles en la mente al mismo tiempo.

Abrió los ojos.

El desierto había cambiado. Ya no era rojo, sino blanco y rosado y color hueso, con estrías teñidas de naranja, negro y amarillo. La arena formaba siluetas irregulares, salpicadas de matas de artemisa secas por el calor y cactus planos henchidos por el agua de lluvias pasadas. Los dos soñadores estaban en el fondo de un valle. En la distancia se alzaban cerros planos: pálidos castillos submarinos conformados por un océano que había dejado de existir mucho tiempo atrás. Arriba, el cielo era más azul que cualquier cielo de verdad.

Aquel era un desierto auténtico, pero pasado por el filtro de Hennessy: exagerado, realzado, más real que la propia realidad. Convertido en arte.

—Joder —musitó Ronan, sin molestarse en esconder su asombro.

«Tal vez —pensó Hennessy— exista un mundo en el que yo pueda hacer bien esto».

No había rastro del Encaje.

Al momento siguiente, los dos estaban sobre las motos, engullendo los kilómetros de aquel desierto pintado.

Ronan conjuró una bandada de veloces pájaros blancos que planearon junto a ellos.

Hennessy pintó un cruce en la carretera, con el asfalto fundiéndose en la distancia como una pincelada.

Ronan enredó música en las ruedas, un bajo resonante que atravesaba el desierto.

Hennessy cambió la escena del día a la noche, con el firmamento teñido de un púrpura tan rico como el de una mora y la arena surcada de trazos rosados y azules.

Ronan hizo que las motos se alzaran en el aire.

Hennessy sintió una euforia desprovista de miedo; subían, solo podían subir. Notaba el impulso del ascenso en cada célula de su cuerpo. La gravedad que tiraba de su estómago; la brisa que le rozaba los brazos; la sensación de un espacio infinito encima y debajo de ella. Arriba, arriba, arriba…

Mientras los dos fluían en la penumbra cada vez mayor, Hennessy dejó escapar un grito por el puro placer de oírse aullar. De pronto, salieron de una nube que Hennessy ni siquiera era consciente de estar atravesando. Allí el aire era tenue, frío, gozoso, teñido del rojo frambuesa del sol poniente. Ronan parecía estar muy lejos de la versión de sí mismo que Hennessy había visto unas horas antes, en el restaurante de comida rápida. Allí tenía un aire derrotado y culpable, como si fuera víctima de unas circunstancias que él mismo había creado. Aquí, sin embargo, tenía un aspecto poderoso, seguro de sí, alegre: un rey jovial. Un Ronan-Hennessy, un Ronan-Jordan.

Pero tal vez no fuera así. Tal vez, pensó Hennessy de nuevo, existiera un mundo en el que ella pudiera hacer bien aquellas cosas.

Los dos soñadores planearon por aquel cielo inconcebible durante un largo rato —significara aquello lo que significase en el tiempo de los sueños—, respirando el aire puro a bocanadas y sintiendo cómo el poder de la línea ley caracoleaba alrededor y a través de ellos.

Y, entonces, Ronan dijo:

—Tenemos que despertarnos; el esfuerzo de mantener el Encaje fuera de aquí me está dando dolor de cabeza.

Hennessy tardó unos segundos en asimilar sus palabras.

Cuando lo hizo, notó cómo le cortaban por dentro. Era una herida aún más profunda que la que le había causado la pregunta intencionadamente cruel de Ronan un rato antes, aunque Hennessy sabía que esta vez lo había hecho sin querer.

—De modo que llevas todo este rato cuidando de la pobre Hennessy, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Llevas no sé cuánto tiempo permitiéndome pensar que somos… iguales, o algo así.

El desierto empezaba a deshilacharse en torno a ellos. Las motos habían desaparecido. Ronan escrutó el panorama, perplejo.

—¿Estás mosqueada? —preguntó.

—Me has dejado creer que era yo la que estaba haciendo todo esto.

—Es que eras tú. Este desierto es tuyo —replicó él, sin poder evitar una mueca—. Y tiene fuerza, joder.

—Sí, ya. Claro. Me has estado cuidando como si fuera un bebé.

—Solo asumí una parte del peso…

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?

Las líneas rotas del Encaje sombrearon la expresión de perplejidad de Ronan.

—Sabes muy bien que esto es lo que hacemos siempre, ¿no?

Sí, Hennessy lo sabía. Solo que esta vez se había permitido pensar que estaba mejorando. Que por fin había empezado a aprender.

El firmamento parpadeaba y, cada vez que se oscurecía, mostraba la sombra del Encaje impresa en toda su extensión. Era en el sueño del Encaje. Siempre había sido el sueño del Encaje, y jamás dejaría de serlo.

Ronan se llevó una mano a la sien.

—No puedo… —dijo.

9

Ronan nunca había pensado mucho en el futuro.

Era una de las cosas que lo hacían opuesto a Adam, porque Adam solo pensaba en el futuro. Decidía lo que quería que ocurriese en los siguientes días, semanas o años, y luego planificaba las acciones previas para convertirlo en realidad. Se le daba bien privarse de cosas en el ahora para obtener otras mejores en el después.

Ronan, por el contrario, no parecía capaz de salir del ahora. Cuando recordaba las consecuencias, siempre era demasiado tarde. Cuando ya tenía la nariz ensangrentada. O una amistad rota. O un tatuaje gigante. O un gato con manos humanas. Era imposible: su cabeza no estaba diseñada para tener en cuenta el futuro. Apenas podía imaginarlo durante unos segundos hasta que su mente fallaba, como un músculo atrofiado, y lo arrojaba de vuelta al presente.

Aun así, existía un futuro que sí era capaz de imaginar. En el fondo era una trampa, porque se trataba de un futuro incrustado en un recuerdo, y a Ronan se le daba mejor pensar en el pasado que en el futuro. También era una idea un tanto autocomplaciente, hasta el punto de que jamás la habría confesado en voz alta. En realidad, no era gran cosa. El recuerdo databa del verano posterior a la graduación de Adam, cuando los dos habían pasado las vacaciones juntos en Los Graneros. Ronan, que acababa de llegar a casa —había estado reparando las vallas de un prado—, arrojó sus guantes de trabajo al felpudo de la puerta trasera, que estaba lleno de restos de maleza. Al hacerlo, vio que los guantes de mecánico de Adam estaban perfectamente alineados sobre sus zapatos. Aunque ya era consciente de que Adam estaba en la casa, aquella visión hizo que se detuviese un momento. No era más que un par de guantes viejos y manchados de grasa; Adam, siempre ahorrativo, apuraba hasta el final todos los objetos que poseía. Eran largos y estrechos, como el propio Adam, y, a pesar de las manchas y de lo desgastados que estaban, se encontraban impecablemente limpios. Los guantes de Ronan, en comparación, parecían arrugados,

mugrientos, groseros. Los había tirado al suelo sin prestar atención a lo que hacía, y ahora sus dedos se cruzaban con los de los guantes de Adam.

Al ver los dos pares de guantes superpuestos, Ronan sintió que lo invadía un sentimiento sin nombre. Nacía de la visión de los guantes de Adam allí, pero también de su cazadora colgada en el respaldo de una silla del comedor, de su lata de refresco olvidada en la mesa de la entrada, de su propia persona tumbada con un cómodo abandono en cualquier lugar de Los Graneros, de su presencia ya lo bastante habitual para no tener que interactuar con Ronan en todo momento. Adam y Ronan ya no estaban saliendo; ahora estaban viviendo una misma vida.

Un par de zapatos tirados junto a la puerta, un par de guantes encima.

Un futuro; un buen futuro. Uno en el que a Ronan siempre le gustaba pensar. Pero el recuerdo del Encaje persistía en su interior, ominoso e insistente. Estaba empezando a teñir la memoria de los guantes de Adam, recordándole que, aunque se trataba de un buen recuerdo y de un buen futuro, a Ronan no le había bastado. En vez de aceptar ese futuro —susurraba la sensación del Encaje—, estaba allí, poniéndolo en un peligro cada vez mayor con cada una de sus acciones. De modo que tal vez no apreciara tanto aquel recuerdo, al fin y al cabo…

Desde luego, no lo bastante para preservarlo.

—Confío en que hayáis disfrutado del sueño —dijo Bryde.

Mientras la parálisis de Ronan empezaba a disiparse, se encendió una luz. Estaban en una cabaña de cazador; Bryde los había conducido allí unas horas después de la escena en el restaurante. Dos ajadas cabezas de ciervo lo contemplaban con expresión fatigada. Una lámpara hecha con cornamentas iluminaba un sofá a cuadros. A su llegada, Ronan estaba demasiado atontado por el brotanoche para fijarse en aquellos detalles. Ahora le parecían pintorescos, encantadores, reconfortantes en su pura cotidianeidad. El Encaje empezaba a difuminarse.

Ronan no se explicaba cómo Hennessy había podido vivir tanto tiempo con aquello.

—¿Qué habéis traído de vuelta? —preguntó Bryde.

De algún modo, su tono sugería que ya conocía la respuesta, pero quería que ellos se la dijesen, como un maestro pidiendo a unos niños que explicasen el monigote que acababan de dibujar.

—Un teléfono —respondió Ronan.

—Un teléfono —repitió Bryde.

—Un teléfono imposible de rastrear.

—Un teléfono —volvió a decir Bryde.

—Pareces un loro. Sí, un teléfono. He sacado un teléfono.

—¿Por?

Ronan empezaba a sentirse un poco tonto, como si hubiera faltado a clase y no se supiera la lección.

—Pues… para llamar a mi familia.

—¿Crees que es sensato conducir mirando por el retrovisor? —preguntó Bryde.

Había algo tan paternal como incómodo en aquella escena. Bryde tratándolos como a dos chiquillos; Bryde siendo consciente del sendero apenas iluminado por el que avanzaban.

—Vale, Satanás —respondió Ronan, y Hennessy soltó una carcajada hueca desde su sitio en el horrible sofá a cuadros.

—Levantaos —ordenó Bryde—. Y lávate la cara, Ronan. Vamos a dar un paseo.

—Tengo una idea: vosotros dos salís de paseo y yo me quedó aquí odiándome a mí misma —propuso Hennessy.

—Poneos el abrigo —respondió Bryde—: está nevando.

Sus dos soñadores refunfuñaron y luego le obedecieron.

Cuando salieron, vieron que la cabaña estaba incrustada en la ladera de una montaña. Por fuera resultaba aún más solitaria e inquietante que por dentro; lo único que había alrededor eran árboles y más árboles. La pista que conducía hasta allí atravesando el bosque apenas estaba más igualada que el resto del terreno.

Ronan, asombrado, comprobó que Bryde tenía razón: estaba nevando. Los finos copos caían sin urgencia, pero eran lo bastante espesos para dotar a la noche de un resplandor peculiar. El coche, aparcado frente a la cabaña, estaba cubierto de nieve, pero no por ello era más visible que antes. Resultaba difícil verlo, pero la dificultad era emocional, no real. Daba lo mismo que estuviera manchado de nieve o de barro.

Ronan se caló bien su gorro.

—¿Adónde vamos?

—Arriba —contestó Bryde.

De modo que ascendieron.

Los árboles resultaban extraños. A diferencia de los robustos robles y las hayas retorcidas de Lindenmere —aquel paisaje de cuento de hadas, salido de la difusa memoria de Ronan—, estos eran de hoja perenne, gruesas píceas de corteza rugosa y troncos sin ramas que se elevaban hacia

un cielo emborronado por la nieve. Seguían siendo árboles de cuento de hadas, pero de un cuento que Ronan nunca había escuchado. Sierra volaba sobre ellos. Su aleteo sonaba extrañamente ruidoso en el silencio del bosque.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Hennessy.

—Más arriba —respondió Bryde.

Arriba, más arriba. A Ronan empezaron a dolerle las pantorrillas por el esfuerzo de subir la empinada ladera. Ahora la nieve era más espesa, y los árboles, aún más altos. El paisaje resultaba tan onírico como el desierto que acababan de abandonar, e igual de real.

«Hennessy —pensó Ronan—, ¿seguimos soñando?».

Ella no volvió la cabeza, y Ronan dedujo que estaba despierto. A no ser que se encontrase él solo en un sueño, junto a una copia de Hennessy y una copia de Bryde. Cada vez le costaba más definir la realidad.

—¿Sabéis dónde estamos? —dijo Bryde.

Por fin habían llegado a su destino: un tocón descomunal que debía de haber sido un árbol descomunal, mayor que cualquiera de los que aún seguían en pie. El tocón, como todo lo demás, estaba cubierto por una fina capa de nieve, y eso, de algún modo, lo hacía parecer más vivo en lugar de menos. A Ronan le vino a la mente la forma en que la nieve salpicaba los lomos de las vacas eternamente dormidas de su padre, allá en Los Graneros.

—Aún en Virginia Occidental —contestó Hennessy—. Sí, ¿no?

—En Virginia Occidental, por la gracia de Dios —añadió Ronan, imitando el acento sureño de su viejo amigo Gansey antes de darse cuenta de que ninguno de aquellos dos recién llegados lo conocía.

Allí, en el futuro, nadie sabía nada de su pasado. Quizá fuera eso lo que hacía que el futuro atrajese tanto a Adam.

Ronan volvió a sentir el arañazo del Encaje.

—Así es. Nos encontramos más o menos en mitad de la Zona Silenciosa: veintiséis mil kilómetros cuadrados sin ondas radiofónicas, wifi, cobertura de móvil ni hornos microondas. Sede del radiotelescopio dirigible más grande del mundo y de diversos programas de búsqueda de vida extraterrestre ya cancelados. Uno de los firmamentos nocturnos más silenciosos al este del Misisipi. ¿Podéis sentirlo?

Por supuesto que no; ahora que estaba despierto, no lo sentía. La energía ley siempre se presentaba tan nítida para el Ronan dormido… El Ronan despierto, sin embargo, no la percibía ni por asomo. De hecho, a

menudo le daba la impresión de que su ser despierto era aficionado a todo lo que distorsionaba activamente las líneas ley: la electricidad, los motores, la gasolina, la adrenalina. Mientras tanto, el Ronan dormido —el Ronan del brotanoche— necesitaba un mundo libre de aquellas cosas. Tal vez por eso le resultase difícil creer en su futuro. Bryde no hacía más que decirle que él era una sola persona, no dos. Bryde no tenía ni idea.

—¿Preguntas si lo puedo sentir o si me gusta? —dijo Hennessy—. Porque la respuesta varía.

Bryde levantó la mirada para observar las enormes píceas que se alzaban a su alrededor. Una niebla blanquecina y rastrera había empezado a levantarse de la nieve, y los troncos estaban marcados con pequeñas uves invertidas de color blanco en los lugares en que la nieve se había adherido a la corteza irregular.

—¿Qué oís? —insistió.

—Nada —contestó Ronan.

Nada. Nada.

No se oían murmullos de camiones lejanos, ni zumbidos de generadores, ni portazos en la distancia. Solo se oía el silencio blanco y blando que rodeaba los altos árboles. A pesar de lo pobre que era el suelo de aquella región montañosa, los árboles habían conseguido hacerse gigantescos. Ronan se preguntó cuánto tiempo habrían necesitado para lograrlo.

Quizá creciesen mejor en ausencia de ruido.

—Son muy jóvenes —comentó Bryde, como si le leyera los pensamientos—. Es un bosque de segundo crecimiento. A principios del siglo veinte, tras el paso de las compañías madereras, aquí solo quedaban ramitas. Parecía una zona de guerra. Lo era, de hecho; durante un tiempo, el ejército utilizó esta comarca como campo de tiro. Imaginaos esta zona arrasada, humeante y llena de tocones, con el ruido de las detonaciones de fondo.

Ronan lo intentó y no pudo.

—Sí —prosiguió Bryde—: es increíble lo mucho que puedes cambiar en un siglo, si te lo propones. Los humanos arrasaron este lugar, pero también fueron los humanos quienes lo regeneraron. Plantaron árboles, tendieron vallas para que no entrase el ganado, recondujeron los ríos allá donde su cauce se había borrado, repusieron todos los seres vivos que crecían en sus orillas para reafirmarlas… Muy en el fondo, siempre hay

personas que echan de menos lo perdido. ¿De verdad no sientes nada, Ronan?

—Estando despierto, no —mascullló él.

Bryde continuó:

—¿Sentiste lo fuerte que era la línea ley mientras soñabas? Y eso a pesar de que está amortiguada. En los años sesenta, construyeron al sudeste de aquí una presa que distorsionó su energía. Antes de eso, la línea ley era lo bastante fuerte para dispersarse por afluyentes muy lejanos.

—¿Más fuerte que ahora? —preguntó Hennessy. No sonaba muy contenta.

—Venid los dos —les pidió Bryde—. Poned aquí las manos.

Los tres rodearon el tocón. Ronan, con su gastada cazadora de cuero, llena de marcas hechas por pesadillas rebeldes; Hennessy, con su abrigo robado y mugriento, salpicado de nieve en la piel falsa de la capucha; Bryde, con el mismo chubasquero que llevaba siempre, gris y con una raya clara bordeando las mangas.

—Este es uno de los árboles originales —dijo Bryde—. Aunque parece muerto, solo está dormido. Los demás lo mantienen con vida. Bajo el suelo, estos árboles están conectados: la fortaleza de uno refuerza a los demás, y la debilidad de uno compromete a los otros. Este bosque valora a sus miembros más antiguos, y yo también.

—¿Vamos a pasar mucho tiempo más haciendo este vídeo-ensayo? —preguntó Hennessy—. Tengo los pezones tan helados que ya no los siento.

—Así no, Hennessy —repuso Bryde con calma—. La situación requiere un poco de respeto. Hasta hace poco, este bosque era como tu Lindenmere, Ronan; pero, tras la muerte de su soñador, se quedó sin nadie que lo protegiera. Es un bosque viejo y duro de oído, y ningún soñador ha tratado de aproximarse a él en mucho tiempo. Pero, aun así, sigue trabajando para mantener viva la línea ley. Es asombroso que estos árboles jóvenes e ignorantes hayan sabido mantenerla estable, y deberíamos estarles agradecidos por ello.

—Gracias por el sueño, árbol —dijo Ronan—. Fue una mierda.

—En los tiempos que corren, no es normal encontrar una línea ley como esta —continuó Bryde con un tono algo más seco—. Pura, silenciosa, potente… Si no existiera esa presa algunos kilómetros río abajo, sería perfecta. Hennessy, si no eres capaz de borrarte esa sonrisa irónica de la cara mientras estás despierta, quizá puedas hacerlo en sueños. Recordad

este árbol, buscadlo la próxima vez que os quedéis dormidos y recordadle lo que es la amistad. Tal vez él os ayude a recordar lo que queréis y a soñar lo que desee vuestra mente.

—No creo que sea bueno que mi mente haga lo que desea —replicó Hennessy y, en su voz, de algún modo, Ronan detectó un rastro del Encaje.

—¿Tiene nombre? —preguntó—. El bosque, digo.

Se dio cuenta de que a Bryde le había gustado oír aquella pregunta. Le había gustado mucho.

—Este árbol se llama Ilidorin —respondió.

Ilidorin… Sonaba como algo del mundo del Greywaren.

Sierra, posada en lo alto de un árbol, dejó escapar un ruidito, una mezcla de graznido y gruñido. Aunque sabía pronunciar un buen número de palabras humanas, aquel era un sonido desconocido para Ronan.

—Os he traído junto a Ilidorin porque quería mostraros que el origen de vuestro poder es este, y no el mundo hacia el que seguís volviendo la mirada. Creí que estabais madurando, abandonando vuestras viejas costumbres, pero… —Bryde sacudió la cabeza—. Se os presenta la oportunidad de comunicaros con vuestra familia, ¿y qué hacéis? Soñar con teléfonos.

El desdén de su voz hizo que a Ronan se le revolvieran las tripas.

—Teléfonos, dice —se burló Hennessy—. ¡Teléfonos! Esos salvavidas portátiles. Como si…

—No empieces. —Bryde la cortó antes de que pudiera embarcarse en un nuevo monólogo—. Los niños humanos creen que todo es posible. Qué maravilloso, qué aterrador. Lentamente, vais aprendiendo a qué no podéis aspirar, qué cosas no serán nunca posibles. Os dicen que no hay ningún monstruo en el armario, que no podéis volar. Qué alivio, qué decepción… Pero así es el mundo, ¿verdad? Os lo creéis. Y os lo creéis tan a pies juntillas que, incluso cuando la caja que os encerraba desaparece, seguís viajando en círculos que no sobrepasan sus paredes. ¡Un teléfono!

—¿Y cómo te parece que podría hablar con Declan, si no es con un teléfono? —replicó Ronan—. No creo que le apetezca mantener una entrevista con… Yo qué sé, con un globo soñado en el que se proyecte mi cara. Lo único que quiere es que le llame.

—¿De verdad lo quiere?

—¿Qué? —barbotó Ronan.

—¿De verdad te parece que tu familia te comprende? Este mundo ha sido creado para ellos, hasta tal punto que ni siquiera se dan cuenta. Este mundo ha sido creado para destruirte, hasta tal punto que jamás se les ha ocurrido pensarlo. Tus objetivos y los suyos son contrarios, en esencia.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —preguntó Ronan—. ¿Que no hable más con ellos?

La expresión de Bryde se suavizó. ¿Pena, tal vez?

—Es una advertencia, no una orden —respondió—. A menudo es doloroso mirar por el retrovisor.

—Eh, para el carro. Jordan no está en mi espejo retrovisor —protestó Hennessy.

—¿No? Entonces, ¿dónde está? —replicó Bryde—. ¿Por qué no está en este bosque, junto a nosotros? Al fin y al cabo, es un sueño; esto también le concierne. ¿Y dónde están tus seres queridos, Ronan Lynch? Son hermanos o amantes de soñadores, ¿acaso esto no les afecta? Y, sin embargo, ¿han venido con nosotros para ayudarnos a preservar un mundo en el que podáis vivir los soñadores? No: para ellos, esto es cosa de los propios soñadores, no de gente como ellos. Os quieren, os apoyan, os dicen adiós cuando huis y luego vuelven a sus vidas y se las apañan sin vosotros.

—Eso es un poco injusto —comentó Ronan, incómodo.

—¿Y acaso podemos culparlos? —prosiguió Bryde—. Una parte de su ser debe de estar aliviada; al fin y al cabo, ya no tienen por qué ver desde la primera fila cómo el mundo os destruye. Morirse es difícil; ver cómo alguien se muere es más difícil aún. Y, no os engañéis, eso era lo que estabais haciendo vosotros dos hasta ahora: agonizar a la vista de todo el mundo centímetro a centímetro, sueño a sueño, gota a gota. Les habéis entregado un regalo: el de permitirles apartar la mirada. Lo único que os digo es que tal vez no les haga gracia devolverlo.

—Maravilloso —repuso Hennessy con amargura—. Estupendo. Inspirador. Lo he pillado: vamos a morir solos.

—Os tenéis el uno al otro —replicó Bryde—. Tenéis la línea ley, tenéis lugares como este. También son parte de vuestra familia.

—Te equivocas —dijo Ronan—. Al menos, acerca de Adam.

—Me gustaría equivocarme, pero he conocido a demasiados humanos.

—Te equivocas —repitió Ronan.

—Dime qué sueño tuviste para crear tantas ruedas —le pidió Bryde—. *Tamquam…*

—No vuelvas a decir eso —le cortó Ronan—. Te equivocas…

Hennessy murmuró algo. Pero cuando Bryde la miró para que lo repitiese, ella se limitó a decir:

—Me gustaría echar un piti.

—Vamos —dijo Bryde—. Tenemos mucho que hacer.

10

La relación de Declan Lynch con su familia era complicada. No es que la odiase; el odio era una emoción demasiado suave, nítida y simple para describir lo que sentía. Declan envidiaba a la gente que sabía odiar. Para odiar sin ambages, era necesario lijar todos los ángulos de las cosas; el odio era una emoción sustractiva. A veces, incluso era un premio. Pero, en otras ocasiones, era una estupidez. A Declan le molestaba pensar en la cantidad de gente que tenía pequeñas cualidades que los redimían, motivos tristemente dignos de compasión y otras características complejas que eliminaban la posibilidad de odiar como respuesta.

A Declan le habría gustado odiar a su familia. Habría querido odiar a Niall, su padre, por haber sido un mal negociante, por no prestar jamás atención a los detalles, por mentir hasta la muerte. Por haber sido un mal padre. Por haber tenido un favorito. Por haber tenido un favorito que no era Declan. Sin embargo, no podía culparlo por no haber querido un hijo como Declan; al fin y al cabo, tampoco Declan había querido tener un padre como Niall. A Declan le gustaba pensar que odiaba a su padre; pero sabía que no era cierto, porque, si lo fuera, habría sido capaz de dejar guardado el recuerdo de Niall y de alejarse sin más. Pero, en lugar de hacerlo, sacaba aquella caja una y otra vez y le daba golpecitos. Por más que dijese que lo odiaba, en el fondo no era más que una aspiración.

Declan habría querido odiar a Aurora, su madre soñada, pero tampoco podía demostrarlo con hechos. Aurora lo quería con locura; de hecho, adoraba a los tres chicos. Si no era un buen modelo para ellos, no era por culpa suya. Declan cada vez estaba más seguro de que Aurora era felizmente ignorante de su naturaleza de sueño; en realidad, sospechaba que era de ahí de donde había salido la idea de mantener a Matthew también en la ignorancia. ¿A quién se le había ocurrido aquella estrategia? ¿A Niall? ¿A él mismo? Ya no lo sabía; aquello había ocurrido hacía mucho tiempo. En cualquier caso, no era culpa de Aurora que, muy en el fondo, Declan hubiera sospechado siempre que era una madre de pega, un truco, un cuento inventado por un charlatán para entretener a tres niños

antes de irse a dormir. No, Declan no la odiaba a ella; lo que odiaba era haber sido tan ingenuo como para haberse dejado engañar por ella.

Y Ronan… Ronan debería haber sido el más fácil de odiar, porque estaba hecho para la amargura. Ronan despreciaba a la gente y suponía que la gente lo despreciaba a él. Era tozudo, huraño, incapaz de llegar a soluciones de compromiso o de ver los matices de las cuestiones. No era la primera vez que reñía con Declan; pero eso no tenía nada de significativo, porque Ronan reñía con todo el mundo. El mundo contra Ronan Lynch: ese era su lema. Como si el mundo estuviera pendiente de él… Niall sí que había estado pendiente, o al menos eso suponía Declan. Ese era el peor pecado de Ronan: idolatrar a su padre. Declan no veía el momento de que su hermano madurase de una vez, pero tampoco podía odiarle por no hacerlo. Y ahora que no debía actuar como un padre para él, ya no tenía por qué competir constantemente con un fantasma.

Lo cual dejaba solo a Matthew. Si en persona parecía imposible odiar al más joven de los hermanos Lynch, sobre el papel parecía imposible no hacerlo. De todos los miembros de la familia, Matthew era el que más le había quitado a Declan. Niall lo había convertido en un mentiroso; Aurora lo había convertido en un huérfano; Ronan lo había convertido en un típico hermano mayor pesado y, más tarde, en un fugitivo. Pero Matthew le había arrebatado su juventud. Declan había tenido que alimentarlo, leerle cuentos, acompañarlo a los eventos del colegio y recogerlo de casas de amigos. Los huerfanitos Lynch… Pero Ronan, al menos, había crecido y se había independizado. Matthew, por su parte, ni siquiera quería sacarse el carné de conducir. Además, ¿realmente estaba preparado para vivir solo? Matthew era un sueño con la cabeza llena de pájaros, un sueño cuyos pies se encaminaban hacia una u otra catarata con cierta frecuencia. Adiós, universidades interesantes en lugares lejanos. Adiós, puestos de becario en las empresas de los clientes más importantes de Niall. Adiós, vida despreocupada de adulto joven y soltero.

Adiós, persona que habría llegado a ser Declan Lynch si lo hubieran dejado en paz.

Declan habría debido odiar a Matthew.

Pero no era capaz. ¿Cómo iba a odiar al irresponsable, al alegre Matthew? ¿Al chaval inocente y regordete que había caído de sopetón en la melancólica infancia de Declan? ¿A Matthew, el angelical…?

—No pienso hacerlo, cara pedo —dijo Matthew—. Y no puedes obligarme.

—No era una sugerencia. Te encuentras en un coche en marcha; haz el favor de abrocharte el cinturón —replicó Declan.

—Si me muero, siempre puedes pedirle a Ronan que sueñe otro yo de repuesto.

—Si lo hiciera, le pediría que soñase una versión aficionada a abrocharse el cinturón de seguridad. ¿De verdad querrías morir en Connecticut?

Los dos hermanos estaban en el vehículo de sustitución de un taller. Declan lo había conseguido de uno de los antiguos socios de Niall, a cambio de transportar a un hombre extranjero de aspecto asustadizo que viajaba en el interior del portaequipaje, junto a una botella de agua y una bolsa de patatas fritas. (Declan ignoraba por qué el hombre necesitaba viajar en secreto desde Washington D. C. hasta Boston, y no tenía intención de preguntarlo). Acababan de detenerse un momento: Declan quería telefonear al hombre que había contratado para que les cubriese las espaldas en Boston, porque quería recordarle dónde y cuándo debía reunirse con ellos. Luego había llamado a otro hombre que había contratado para que le echase un ojo al primero y lo cubriese en caso de algún ataque o problema. Por último, había telefoneado a un tercero, que había contratado por si los dos primeros fallaban. Planes B. Declan creía en los planes B. «Eres un tipo muy desconfiado», le había dicho el tercer tipo. «¿Estás buscando trabajo?», había preguntado luego con aire pensativo.

—A lo mejor el Matthew de repuesto soy yo —insistió Matthew, obstinado.

Durante un cuarto de mitad de picosegundo, Declan se permitió imaginar cómo habría sido viajar a Boston él solo, para pasar a sentirse culpable instantáneamente.

Aquel pensamiento había salido del ADN de su padre, Declan estaba seguro. Niall no había sentido ningún escrúpulo cada vez que se marchaba de viaje dejando atrás a su familia. «Que te den», pensó, y luego añadió: «Te odio».

(Cuánto le habría gustado que fuese verdad).

Matthew continuó con su cantinela:

—Si yo fuera un yo de reemplazo, ni siquiera lo sabría, claro.

—Virgen Santa, por lo que más quieras, haz que me quede sordo hasta llegar al límite del estado —masculló Declan, y trató de distraerse comprobando el retrovisor, cambiando de carril, conduciendo con prudencia.

Empezaba a sentir que Matthew se estaba tomando aquello demasiado a pecho. Él mismo había aplazado en innumerables ocasiones sus crisis de identidad para servir al bien común, mientras que para su hermano era la primera vez.

—¿No has oído un golpe en el maletero? —preguntó Matthew.

—No. Cómete los gusanitos que has comprado.

—¿Por qué narices he tenido que pasar por la pubertad? —preguntó Matthew, machacón—. Ya que tengo que ser un sueño, ¿por qué no tengo superpoderes, al menos? ¿Por qué…?

En algún lugar del coche había empezado a sonar la musiquilla de un teléfono móvil. Aquello, que en otras circunstancias habría molestado a Declan, ahora lo alivió.

—Baja el volumen de tu teléfono, ¿quieres? —dijo.

—¡Pero si ya no tengo teléfono! —gimió Matthew—. Tú me obligaste a tirarlo —añadió, con un sonsonete de hermano-pequeño-petardo difícil de superar: «TÚ me obliGASte a tiRARlo».

«Ah, cierto». Pero, entonces, ¿qué era aquel sonido? Él mismo carecía de teléfono, en aquel momento; había tirado su móvil prepago en una papelera del área de descanso, con la intención de comprar uno nuevo en cuanto llegase a Boston. Le habría gustado creer que aquello era una prueba del regreso del Declan prudente y paranoico, pero en el fondo sabía que no era así; solo era algo que el nuevo Declan insensato hacía para justificar ante sí mismo aquella locura de viaje. Solo viajaba para recuperar su coche… «Sí, y qué más».

—Entonces, ¿qué es ese ruido? —preguntó. Sonaba demasiado fuerte para provenir del maletero, así que no podía ser el teléfono del pasajero clandestino.

—Anda, mira. Es esto —declaró Matthew dando golpecitos en la pantalla de la radio del coche.

—No puedo leerlo; estoy al volante. ¿Qué pone?

—«Teléfono conectado. Llamada entrante».

—No tenemos ningún teléfono conectado.

—Creo… Creo que deberías echarle un vistazo —dijo Matthew con voz vacilante.

Declan lanzó una mirada de reojo. «LLAMADA ENTRANTE DE», ponía en la pantalla, seguido de algo que no llegaba a ser un número y tampoco un nombre. Solo de mirar ese algo, la mente de Declan se retorció sobre sí misma, trastabillante.

Golpeó el botón que había en el volante para aceptar la llamada.

—¿Cómo estás haciendo esto? —preguntó con tono seco.

—De modo que no estáis muertos —contestó una voz conocida por los altavoces del coche.

—¡Ronan! —exclamó Matthew.

A Declan le invadió la sensación que siempre le provocaba Ronan. «Buenas noticias: Ronan está al otro lado del teléfono. Malas noticias: Ronan está al otro lado del teléfono».

—¿Qué os parece este invento? —preguntó Ronan—. Lo he llamado MEGAFONE, todo en mayúsculas.

Matthew se echó a reír, pero a Declan el comentario le sonó un poco forzado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No te calientes la cabecita que tienes debajo de esos rizos, anda. Matthew anda por ahí, ¿verdad? ¿Cómo andas, caraculo? ¿Todo bien?

—¿Cómo me va a ir bien, con Declan al volante? —replicó Matthew.

—¿Por qué no me has llamado hasta ahora? —preguntó Declan—. ¿Aún estás con Bryde? ¿Y Hennessy? ¿Cómo es Bryde?

—Deberías echarte algún kilómetro a la espalda, Matías —dijo Ronan, usando el tono de voz agresivamente jovial que empleaba para tranquilizar a su hermano pequeño y despreciar las objeciones de su hermano mayor—. Algún día tendrás que sacarte el carné, ¿no crees?

—Uffffff. —Matthew resopló—. Yo qué sé.

—Eh, eh, hermanito —le reprendió Ronan—. En todo caso, ¿adónde rayos vais? ¿No se suponía que ibais a refugiaros discretamente en Los Graneros?

—Tengo algo que hacer en Boston —repuso Declan.

—Echar un polvo —susurró Matthew en voz solo audible para Declan, quien lo fulminó con la mirada.

—¿Algo que hacer? —exclamó Ronan—. ¿No te das cuenta de que hay un montón de cabrones por ahí fuera?

—No puedo poner en pausa toda mi vida indefinidamente —dijo Declan.

El Declan insensato aplaudió, encantado, mientras el Declan paranoico ponía los ojos en blanco.

—Me dijiste que os iríais a Los Graneros. Creí que os quedaríais en Los Graneros. Y ahora me dices que os habéis marchado de Los Graneros —insistió Ronan.

—Suenas como Declan —observó Matthew.

Declan se dijo a sí mismo que debía ser maduro, que no estaba bien ensañarse con su hermano y, acto seguido, preguntó:

—¿Verdad que sienta mal pedir algo razonable y ver cómo te hacen caso omiso? ¿Verdad que es una mierda hacer planes para que toda tu familia esté segura y comprobar acto seguido que no se atienen a ellos?

El silencio que siguió fue tan largo que Declan se preguntó si se habría cortado la llamada.

—¿Ronan? —dijo.

—Tengo que colgar —respondió él, pero no colgó.

De nuevo, Declan tuvo la curiosa sensación de que habían intercambiado sus papeles.

—Llevo años siendo prudente —dijo—. No solo te has sacrificado tú: los demás también lo hemos hecho.

—Maravilloso —replicó Ronan—. El volumen de mi gratitud ha quedado amplificado al máximo. Boston, sí. Suena muy bien. Mientras estáis por allí, hacedme el favor de echarle un ojo a Parrish.

Aunque Declan era consciente de que se encaminaban a la misma ciudad en la que estaba el novio de su hermano, no había planeado un encuentro. El Declan paranoico no tenía intención de quedarse en la zona el tiempo suficiente para eso.

—¿No dices que tienes un MEGAFONE? Llámalo tú, ¿no?

—Ya —respondió Ronan.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Habéis reñido?

—No —dijo Ronan con tono ofendido—. Oye, ahora sí que tengo que cortar. Ten los ojos bien abiertos por si… por si aparece el coco o algo así, supongo. Matthew, cómete todas las verduras que te ponga en el plato el Gran D.

—Cagarrutas —replicó Matthew.

—Las cagarrutas no son verduras, sino mamíferos.

—No me has contestado cuando te he preguntado cómo es Bryde —intervino Declan.

—¡Ja! —exclamó Ronan.

La llamada se cortó. A su alrededor, los conductores de Connecticut se abalanzaban como una estampida.

Declan examinó sus sentimientos: no sabía si la sensación que lo invadía era la inquietud habitual cada vez que trataba con Ronan o si era algo más que eso. Ronan tenía que hacerse mayor, tomar sus propias

decisiones, ¿no? Declan no tenía por qué supervisar su relación con Adam. Y, en cualquier caso, ¿quién era él para dar lecciones sobre las relaciones sentimentales? Ronan no necesitaba una figura paterna; lo que necesitaba era terminar de madurar.

O, al menos, eso era lo que Declan pensaba.

Quizá.

Cada vez le costaba más decidir si aquello era cierto o si era lo que quería contarse a sí mismo para continuar su expedición a Boston sin remordimientos.

—Parece contento —observó Matthew.

—Sí —mintió Declan.

—A lo mejor puede venir con nosotros a misa la semana que viene. Por cierto, ¿vamos a ir a misa mientras estemos en Boston? ¿Y puedo comulgar, ahora que sé que no soy de verdad?

Declan, con un suspiro, se inclinó y le abrochó el cinturón.

—He vuelto a oír un golpe —comentó Matthew sin mucho énfasis—. Venía del maletero.

—Se habrá desgastado un cojinete; a estos Jaguar antiguos les pasa a menudo.

Era una excusa que Declan había oído muchas veces en boca de su padre, antes de hacerse lo bastante mayor para darse cuenta de que en ningún lugar del mundo se desgastaban tanto los cojinetes como en la familia Lynch. De hecho, el coche en el que viajaban no era un Jaguar, para empezar, pero Matthew jamás se daba cuenta de esas cosas. Declan ni siquiera sabía por qué le había engañado en eso. En el fondo, las mentiras eran como plástico de burbujas: un envoltorio con el que protegía íntegras e intactas las verdades antes de añadirlas a su colección privada.

—Ah, claro —asintió Matthew—. Los cojinetes.

Bien pensado, la relación de Declan con el submundo de la delincuencia era la más estable que había mantenido en su vida.

Sí: la relación de Declan con su familia era verdaderamente complicada.

11

—A todo el mundo le gustan los dulcemetales —afirmó Jo Fisher.

—Yo no he dicho que me gustasen.

—A todo el mundo —insistió Fisher mirando a Jordan—. A todos, siempre. Sin excepción.

Se encontraban en la bodega de una mansión de Chestnut Hill, a unos kilómetros de Boston. A Jordan solo le habían hecho falta unas horas de insomnio tras su descubrimiento de los dulcemetales para decidir que quería averiguarlo todo sobre ellos.

Porque necesitaba poseer uno.

Aquella era la llave para acceder a un futuro de verdad.

Aunque no le hacía mucha gracia llamar a la auxiliar de Barbara y demostrarle su interés, sabía que era la forma más eficiente de abordar el asunto. En el mundo tenía que haber más dulcemetales que los que Boudicca ofrecía, eso estaba claro, pero Jordan debía reunir más información sobre ellos para saber dónde buscar otros. No le hacían mucha gracia las dinámicas de poder de la cita que le habían propuesto: iban a encontrarse en el terreno de Boudicca y, por si fuera poco, en un búnker subterráneo. Pero sus intentos de negociar un punto de encuentro más equitativo habían sido infructuosos.

«No es por ti —le había dicho la representante de Boudicca—, sino por nosotras. O por ellos, más bien».

Al parecer, si almacenaban su colección de dulcemetales en algún lugar más cercano a la superficie, los seres dependientes de la ciudad se verían afectados.

Jordan empezaba a preguntarse qué porcentaje del mundo era soñado.

—¿Cuántos hay? —preguntó.

La bodega desprendía un olor antiguo, pero con clase. No tanto a moho como a fermentación. Además de los cientos de botellas que dormían en los estantes de las paredes, con los corchos hacia fuera, había varias barricas de madera alineadas al final de la estancia.

—Me refiero a cuántos existen en el mundo —aclaró.

Los dulcemetales estaban dispuestos de manera muy artística a lo largo del pasillo. Cuadros sobre caballetes cubiertos con telas, joyas antiguas en pequeños cojines de terciopelo, esculturas que parecían observar la sala desde lo alto de sus bases labradas… La iluminación, muy cuidada, resaltaba cada uno de ellos. Un visitante cualquiera podría haber confundido aquel lugar con una galería de arte un tanto excéntrica para coleccionistas expertos.

Sin embargo, las propias piezas desmentían de inmediato la impresión. Jordan podía sentir cómo su poder colectivo irradiaba hacia ella. Se sentía despierta, alerta, lista para la acción. Era como un chute de cafeína, de *speed*.

No: era como existir de verdad.

—¿En el mundo? —repitió Fisher.

Su tono sugería que la pregunta no la había impresionado demasiado, como si Jordan estuviera mirando un cachorrito puesto a la venta y preguntase cuántos cachorritos más existían, en general. Jordan ya había clasificado a Fisher como una de esas jóvenes ambiciosas que tienen que esforzarse más de lo normal por parecer interesadas en los sentimientos de los demás; era obvio que Fisher sabía ser cortés, pero era igualmente obvio que no siempre tenía ganas de poner ese conocimiento en práctica.

—No dispongo de esa información. He de decir que no se trata de una pregunta habitual —dijo, implicando, de alguna forma, que el mero hecho de hacerla había delatado la poca categoría de Jordan como compradora.

Jordan ignoró la connotación.

—¿Y cuándo se reunió esta colección? —preguntó.

—Hace unas semanas, en Londres. Ya la hemos llevado a Birmingham y a Dublín. Después viajará a Nueva York, a Washington D. C. y a Atlanta, si es que no se ha vendido todo para entonces. Por cierto, esas pistolas están cargadas con balas de verdad.

—¿Cómo? —preguntó Jordan, y luego volvió la cabeza hacia los guardias de seguridad que aguardaban junto a la puerta—. Ah, ya. Estarán emocionados, supongo.

—A algunas personas se les ocurre hacer tonterías al ver los dulcemetales —explicó Fisher—. A veces, tratan de llevarse alguno cuando no estamos mirando. En ocasiones, incluso cuando sí estamos mirando.

—Ya. Y entonces viene el Plan Balas.

—Eso es. Tómate el tiempo que quieras para echar un vistazo. —Fisher se sacó el teléfono del bolsillo—. Tengo que revisar unos contratos.

Al oír aquella pequeña confidencia, Jordan tuvo la extraña sensación de que, si se hubieran conocido en otro mundo y en otras circunstancias, a Fisher le habría gustado ser su amiga. Tal vez se hubiera comido ya a sus amigos anteriores… Lo cierto era que las dos debían de tener la misma edad. Lo que pasaba era que habían escogido caminos muy diferentes para llegar a aquel agujero en el suelo.

—¿Los vas a revisar en el teléfono? —preguntó.

—¿En dónde iba a hacerlo?

—Tienes toda la razón.

Fisher se concentró en la pantalla de su móvil, y Jordan tomó uno de los folletos que había amontonados en una mesita con patas de león, al principio de la sala. Una vez más, admiró lo coherente que era el diseño gráfico de Boudicca (fondo negro, cruz blanca hecha con dos brochazos en cada página, dulcemetales numerados claramente, trazos negros para tachar las piezas vendidas), mientras iba comparando el listado con las piezas expuestas. No le llevó mucho tiempo comprender que estaban dispuestas en razón de su valor o su poder, de menor a mayor.

24. *Paisaje con ovejas*, de Augustus W. Fleming. Era un cuadro de gran calidad. La forma en que la luz acariciaba los prados hacía que el espectador percibiera el amor que el artista había sentido por aquel lugar. Aunque era enorme —tres metros de ancho, al menos—, el cosquilleo interior que Jordan sentía al acercarse a él no era muy notable. Esa debía de ser la razón de que fuera la pieza de menor valor. Además, nadie iba a ir cada día al trabajo llevando *Paisaje con ovejas* bajo el brazo.

23. *Autorretrato*, de Melissa C. Lang. Según el folleto, el cuadro de Lang se había realizado directamente con pigmentos cosméticos aplicados sobre un espejo antiguo, con la mitad del marco artísticamente arrancado. Jordan notaba su influencia de forma algo más viva que la del cuadro de las ovejas, pero era una obra muy frágil y muy fea.

13-22. Juego de cucharas de plata antiguas con el mango en forma de cisne. Jordan supuso que en algún momento debía de haber habido una cubertería entera, con efectos muy notables. Según decía el folleto, en la actualidad el juego poseía la fuerza suficiente para despertar a un solo ser dependiente. Usadas de una en una, las cucharas podían reforzar la energía de un dulcemetal en declive; al fin y al cabo, aquellas cosas no duraban para siempre.

12. Jarrón de la Duquesa. En el folleto aparecían dos piezas iguales que, al parecer, habían flanqueado la verja de una mansión en Yorkshire.

Cuando Jordan le preguntó a Fisher qué había ocurrido con la segunda, ella contestó que la había robado una mujer en Londres, pero que la habían podido recuperar a quince kilómetros de Londres. Tanto el jarrón como la mujer habían resultado dañados en el proceso.

11. *El príncipe maldito*, de A. Block. «Este cuadro abstracto, de gran fuerza y belleza», murmuraba el folleto, «resulta adecuado tanto para colgarlo en el dormitorio de su poseedor como en el recibidor, dependiendo de a quién se desee mantener despierto». Aunque Jordan se había prometido a sí misma no pensar mucho en la postal que había enviado a Declan Lynch, ahora se sorprendió a sí misma imaginando cómo reaccionaría Declan al ver aquel cuadro tan parecido a los que ocultaba en el estudio secreto de su casa.

7-10. Arrendajos azules. Según el folleto, el dulcemetal perfecto tenía que ser al mismo tiempo potente y fácil de transportar: su energía debía bastar para mantener despierto a un ser dependiente durante meses o incluso años, y su tamaño debía permitir que su adinerado dueño lo portase sin llamar la atención. Pues bien, los arrendajos azules cumplían casi a la perfección ambos requisitos. Cada uno tenía el tamaño de un puño de hombre, lo que permitía llevarlo en el bolsillo de un abrigo cualquiera, y pesaba algo más de dos kilos. Robarlos no parecía muy difícil. No es que Jordan fuera tan estúpida como para intentarlo, pero le sorprendió un poco comprobar lo mucho que le tentaba la idea.

5-6. Pendientes con granates engarzados, 1922. No es que aquellos pendientes pasados de moda fueran el complemento más exquisito, pero aún eran ponibles y tan potentes que uno solo bastaba para animar a un ser dependiente. Así pues, se vendían por separado, aunque Boudicca se ofrecía a confeccionar una copia con la que completar el par por una módica suma adicional.

4. Collar afgano. A Jordan le pareció un collar de perro. Se trataba de una tira de unos quince centímetros de largo, adornada con cuentas dispuestas en un intrincado diseño, que se ataba con unos cordones de cuero anudados. Era perfecto para colocarlo en cualquier lebrel soñado, pero parecía un desperdicio usarlo para despertar al mejor amigo del hombre; al fin y al cabo, era lo bastante poderoso para despertar a seres dependientes situados a cientos de metros de distancia, si se llevaba a un lugar poblado. Tal vez hubiera sido pensado para coserlo en el interior de un corsé o de una chaqueta, pero también era adecuado para adornar la garganta de alguna clienta tan sofisticada como atrevida.

3. Anillo de compromiso Santa Rita. A Jordan, esta pieza le pareció o bien muy conmovedora o bien muy deprimente. Se trataba de un anillo menudo y muy bonito, con un diamante igual de menudo e igual de bonito. En su interior estaban grabadas las palabras «*Santa Rita Rita Rita*». A Jordan se le ocurrían muchas preguntas: ¿quién era Rita?, ¿estaba muerta?, ¿habría vendido ella el anillo?, ¿se habría suspendido la boda?, ¿por qué el anillo ya no pertenecía a Rita? Cuando se las planteó a Fisher, esta contestó que no conocía las respuestas y que tampoco le interesaban. Fuera como fuese, el anillo proporcionaba un subidón importante, lo suficiente para reavivar a un ser dependiente dormido e incluso a una comitiva de doncellas de boda dependientes, si fuera necesario.

2. Tinta. El pequeño tintero con forma de mujer estaba lleno de una oscurísima tinta verde. El líquido parecía bullir con aquella extraña energía que sacaba a los seres dependientes de su sueño eterno. Era como si suplicase que hundieran la mirada en él; hacía que el observador se sintiese vivo, despierto, real, incluso si ya se sentía vivo, despierto y real con anterioridad. A Jordan empezaba a darle la sensación de que estaba colocada.

1. *Jordan de blanco*, de J. H. Hennessy. El cuadro —una de las últimas obras de la pintora antes de su muerte, según el folleto— no podía transportarse fácilmente, como algunos de los otros dulcemetales más caros de la exposición, pero no importaba. Era un retrato impactante, con una niña de mirada intensa que posaba vestida con una sencilla combinación blanca, con el pelo rizado recogido en una coleta sobre la cabeza. Poseía un poder extraordinario. Cualquiera que lo colgara en un lugar destacado de su casa podría animar una familia soñada al completo.

Jordan se detuvo ante *Jordan de blanco* y lo miró durante un largo rato.

Primero observó a la niña, Jordan. Luego examinó la firma —J. H. Hennessy— y, por último, volvió a mirar la niña. La madre había pintado a su hija.

Aunque Jordan era una copia directa de Hennessy, jamás había considerado a J. H. Hennessy su madre. Durante unos años había creído que se debía a que, a diferencia de Hennessy, ella no había conocido a Jota. Al fin y al cabo, cuando ella apareció, Jota ya estaba muerta. Luego, poco a poco, se fue dando cuenta de que aquello no habría debido importar, dado que su memoria guardaba todos los recuerdos de Hennessy, incluso los anteriores a ella. La madre de Hennessy habría debido estar tan presente en su ánimo como todo lo demás.

Aquel cuadro subrayaba la verdad que Hennessy nunca le había revelado: a Jordan le faltaban recuerdos. A diferencia de la Hennessy que Jordan conocía, la niña del retrato parecía suspicaz, temerosa; y, sin embargo, no cabía duda de que se trataba de ella en los tiempos en que aún era tanto Hennessy como Jordan. Pero Jordan no recordaba haber posado para aquel retrato ni guardaba ningún rastro de él en su memoria.

Era algo que Hennessy le había ocultado.

A Jordan la invadió una sensación extraña.

No sabía si se debía a estar viendo una parte de su historia, a que aquel era un dulcemetal o a la duda de si Boudicca estaría jugando a algún juego extraño con ella.

Se dio cuenta de que llevaba demasiado rato mirando el cuadro. Los vigilantes empezaban a inquietarse; debían de estar pensando en el Plan Balas. Hizo dos pistolas con las manos y los apuntó antes de volverse hacia Fisher.

—¿Cómo se fabrican los dulcemetales? —le preguntó.

—No entiendo la pregunta —respondió ella.

—¿Qué hace que estos objetos sean dulcemetales?

—Creo que es la misma pregunta.

—Este cuadro, las cucharas… ¿Por qué tienen el efecto que tienen? No son un simple cuadro ni unas simples cucharas; hacen otras cosas, y es por eso por lo que estoy aquí. No me hagas sentir que estoy hablando conmigo misma, amiga. Dime, ¿es algo que les añadieron cuando ya estaban hechos? ¿O eran así desde el principio?

Al ver la expresión exasperada de Fisher, Jordan respondió a su propia pregunta:

—No tienes ni idea de qué lleva la receta, ¿verdad?

—Eres una persona extraña —repuso Fisher.

—Bueno, vale —asintió Jordan con cordialidad—. Dime, ¿por cuánto me saldría uno de estos? Porque supongo que no se pagan con dinero; el dinero no tiene el suficiente valor.

Fisher se encogió de hombros y, con el sonsonete de una cantinela aprendida, respondió:

—Nuestra clientela comprende a personas que no necesitan pensar en el dinero.

—Vale, déjame adivinar —repuso Jordan—. Si hago lo que me digáis de ahora en adelante, me entregaréis uno. —Se interrumpió al ver la expresión

de Fisher y se corrigió sobre la marcha—: Me prestaréis uno. Y, entonces, tú redactarás uno de esos contratos en tu teléfono para que yo lo firme.

Fisher volvió a encogerse de hombros.

Jordan la escrutó, tratando de ver en su interior y preguntó:

—¿Es por eso por lo que estás tú aquí? ¿Para conseguir uno de estos, o algo parecido?

—No, no. Algunas elegimos estar.

—Ajá. Y supongo que este es el momento en el que tú me dices que me dé prisa en decidir, porque os los están quitando de las manos.

Fisher se encogió de hombros una vez más.

—La verdad es que me facilitas mucho el trabajo —comentó.

Jordan retrocedió y, bajo la atenta mirada de Fisher, recorrió de nuevo el pasillo de los dulcemetales. Su instinto le gritaba que no se alejase de ellos. Tal vez Fisher pensara que estaba tratando de elegir uno; pero, en realidad, lo que trataba de hacer Jordan era averiguar qué tenían en común. Todos eran obras de arte, más o menos. Al menos, todos habían sido creados por humanos. Por las manos de un humano.

El secreto de los dulcemetales murmuraba dentro de ella.

Cuando Jordan se detuvo frente al último, Fisher volvió a hablar.

—Me pidieron que te preguntase si aún sigues en contacto con Ronan Lynch —dijo.

El corazón de Jordan saltó en su interior, se le salió por la boca y se perdió en el cielo.

«Ajá».

Hubiera debido suponerlo. Boudicca aún creía que había una sola Jordan Hennessy; por alguna razón, Jordan había logrado olvidarlo. Ahora, ante ella se abrían dos opciones: una, inventar algo que justificase su ignorancia del paradero de Ronan, después de una escapada tan dramática; y otra, dejar caer que ella era la hermana gemela y que ni siquiera conocía a Ronan. Resultaba difícil decidir sobre la marcha cuál de las dos versiones era más peligrosa.

Aunque tal vez…

—¿A ti te parece que tengo cara de teléfono? —dijo.

—¿De teléfono?

—Si queréis poneros en contacto con alguien, lo normal es que le deis un toque. Y lo que hace falta para eso es un teléfono. Yo no soy un teléfono y tampoco soy el contestador automático de un chaval blanco.

Dime, Fisher: ¿a ti te gusta que la gente te tome por la secretaria de la buena de Barb?

La pregunta fue una bomba que dio en el blanco. La boca de Fisher se retorció en una mueca incómoda, y el tema de Ronan quedó olvidado al instante.

—¿A quién tengo que llamar si decido que estoy interesada en uno de estos chismes? —preguntó Jordan—. Si quiero pedir más información y esas cosas. ¿A ti?

Fisher la miró, perpleja.

—¿No te gustan?

—No están mal —respondió Jordan, mientras todo su ser gritaba en silencio: «Por favor, por favor».

—La mayor parte de la gente haría lo que fuese para conseguir uno.

Jordan sonrió.

—Soy una persona extraña —repuso.

Si Fisher recordaba haber dicho eso mismo hacía un momento, no lo demostró.

—En todo caso, deberías decidir cuanto antes —se limitó a responder —. Últimamente hay mucha gente que necesita algo para seguir despierta.

12

—Odio Filadelfia. Detesto sus pintorescas callejuelas —dijo Hennessy—. Odio Pittsburgh. Detesto sus ríos anchos y resplandecientes. Odio todo lo que hay entre esos dos lugares. La forma en que la I-70 gira, se retuerce, se eleva y cae como un imperio. La odio. ¿Y esos graneros de los amish, los que salen en los calendarios? Lo que siento por ellos es odio líquido. ¿Y los garitos de carretera? Sí, sí, hablemos de los garitos de carretera: esos también los odio. Y a las vacas. A las negras, a las blancas y negras, incluso a esas marrones que tienen pestañas más largas que las mías. De hecho, creo que las odio más aún por esa razón. Ah, ¿y qué me decís de la canción *Allentown*? Escucharla me da sarpullido. De hecho, me están saliendo granos solo de recordarla.

Según los cálculos de Ronan, Hennessy llevaba enumerando todas las razones por las que odiaba Pensilvania desde hacía unos trece kilómetros. Tal vez no fuera su monólogo más largo, pero, desde luego, era el más incisivo. Los monólogos de Hennessy poseían algo hipnótico, satisfactorio. Su acento británico, preciso y al mismo tiempo descuidado, daba a sus palabras una cualidad humorística, teatral. Y el vaivén interminable con el que iba enlazándolas era casi como una melodía.

—Odio los centros históricos de las ciudades, con sus placas conmemorativas y sus aparcamientos en batería. Odio las urbanizaciones de las afueras, con sus casas de colores pastel, sus frenos ABS y sus aspersores programados. Odio cómo suena el nombre del estado: Pen-sil-va-nia. Debería acentuarse en la última i: le tengo manía a Pensilvanía. Cuando pronuncio la palabra en voz alta, me doy cuenta de que la boca se me pone como si fuera a vomitar. Odio que llamen a sus pueblos «concejos». ¿A mí qué más me da que sean concejos o sincejos? Con ellos o sin ellos, cuando estoy aquí siento que no poseo nada excepto mi jodido corazón. Y mis pinzas de depilar. Con-cejas. Sin-cejas. Es un chiste, por si no lo habéis pillado.

Ronan no contestó. Siguió mirando por la ventanilla la lluvia fría y menuda que desteñía el paisaje, esforzándose por no pensar en sus dos

hermanos de camino hacia Boston.

—¡Kennywood, el famoso parque de atracciones que también es un monumento histórico! —exclamó Hennessy con una teatralidad casi triunfal.

Ronan la oyó resoplar y, al mirar por el retrovisor, vio que había echado el aliento en la ventanilla y estaba dibujando algo en el vaho.

—Odio que la gente vaya a Kennywood y luego te lo cuente en plan confidencia, como si el mero hecho de ir allí determinara tu personalidad —continuó Hennessy—. ¡Hemos ido a Kennywood, Pensilvania! ¡El solo hecho de comprar entradas para una atracción nos ha unido de una forma que solo se suele dar entre personas que han sobrevivido juntas a un escenario de guerra! Odio…

—Por otra parte —la interrumpió Bryde con suavidad—, tu padre vive aquí, ¿verdad?

Hennessy se quedó callada un momento y luego pareció cambiar de marcha para pasar del modo monólogo al de diálogo.

—Hablemos más bien de tu padre —dijo—. El papi de Bryde. ¿Habláis a menudo? ¿A quién llamas tú por la noche? No me refiero a llamar por teléfono, obviamente; eso es para la gente vulgar.

Bryde esbozó una leve sonrisa. En su bando solo cabía una persona: él. De misterio en misterio, ese era su camino mientras salvaba las líneas ley.

—Hablando de llamadas —dijo Hennessy volviéndose hacia Ronan—, ¿qué tal la llamada a tu familia? ¿Cómo les va? ¿Están cuidando bien del huerto en tu ausencia?

—Cállate, ¿quieres?

—Como señalaste hace un rato, mi lista de llamadas es más corta que la tuya. Las chicas están muertas. Mi madre… En fin, ya sabes cómo es; la conociste hace algún tiempo. La viste en mis sueños unas cuarenta veces. J. H. Hennessy, la famosa retratista de la que tal vez hayas oído hablar, carne de coleccionistas y de subastas. Famosa, sobre todo, por su último autorretrato: *Sesos sobre pared*. No, a ella tampoco tengo que llamarla. Al que no has conocido es al otro: Bill Dower, mi querido papaíto, el que dejó caer su semilla en el océano para hacer que hirviese. «¿Cómo?», te estarás diciendo. ¿Qué pinta en Pensilvania, en la odiosa Pensilvania, el padre de una muchacha con este acento inglés? Te lo diré: Bill Dower provenía de Pensilvania y allí fue donde regresó después de *Sesos sobre pared*. Eso sí, creo que abandonó el asunto de las semillas y los océanos.

—¿Eras tú quien decía que yo tenía un trauma con mi padre? —se burló Ronan.

—Los padres son como la varicela: puede padecerlos más de una persona a la vez.

No especificó si había llamado a Jordan, y Ronan tampoco se lo quiso preguntar. Lo cierto era que ahora, a la luz del día, el asunto de los teléfonos sí que parecía pertenecer a una vida diferente, una que ya no estaban viviendo. Llamar a Declan había hecho que Ronan se sintiese menos centrado, en vez de más.

—Tenemos que tomar esta salida —indicó Bryde.

—¿Se puede saber adónde vamos? —preguntó Hennessy—. Estás empezando a pasarte con tu pose de tipo misterioso. ¿Tenemos más patatas fritas en perspectiva?

—Dijiste que tal vez fuera bueno añadir un nuevo miembro al grupo de soñadores, de modo que he buscado uno.

Ronan dio un respingo.

—¡¿Que has hecho qué?!

—Consideré detenidamente la sugerencia que me hizo Hennessy y decidí que tenía razón —respondió Bryde.

—¡Estaba de coña! —exclamó Hennessy—. ¿Es que en tu pueblo nunca hablan en broma? Bromas: conceptos desarrollados con la intención de obtener una reacción de sorpresa o alegría, debido a las hipérboles que contienen y, en ocasiones, a su subversión de las normas culturales. La gente hace «ja, ja» al final.

Bryde le dedicó una sonrisa tenue.

—Ja, ja. Ahora tenemos que andar con cuidado; este es un lugar peligroso.

No lo parecía. Era un valle apartado y despejado de árboles. Los anchos campos de cultivo, salpicados de escarcha, se perdían en un horizonte de montes bajos, en un paisaje objetivamente hermoso. La única señal de civilización era una mansión de piedra bien cuidada y una enorme granja de pavos, el tipo de sitio en el que se criaban treinta mil aves al mismo tiempo sin ver jamás la luz del día.

Y en algún lugar de aquel paraje había otro soñador.

—Muy pintoresco —comentó Bryde mientras el coche se detenía frente a la mansión.

—Una pena que estemos en Pensilvania —gruñó Hennessy.

Ronan contempló el edificio. De cerca no parecía tan bien conservado: la piedra de la fachada estaba desgastada y descolorida, y el tejado parecía algo vencido. En el porche había colgada una banderola de colores, con un pavo impreso en la mitad. Bajo ella había un cuenco de perro que ponía «¡GUAU!», junto a una pala para quitar nieve con unos guantes rosas enganchados al mango. Era una estampa cotidiana, cálida y hogareña, que contrastaba sobremanera con el mal humor que acababa de invadirlo. A Ronan no le hacía ninguna gracia verse asaltado de repente por un nuevo soñador.

—¿Y no podemos salvar a un soñador diferente y pasar de este? —propuso Hennessy, que parecía sentir lo mismo que él.

—Prestad atención y no os descuidéis —se limitó a responder Bryde.

Entró en el porche, llamó al timbre y esperó con su actitud sosegada de siempre. Había algo en su postura, con las manos metidas en los bolsillos, y en su aire expectante que le resultaba familiar a Ronan. De vez en cuando, como ahora, Ronan sentía que estaba a punto de reconocerlo, pero la sensación siempre se desvanecía antes de concretarse.

La puerta se abrió.

Al otro lado del umbral había una mujer. Era exactamente el tipo de persona que cabría esperar del tipo de cosas que había en aquel porche: una figura reconfortante, medida. Lo bastante arreglada para parecer interesada por el mundo a su alrededor, pero no para dar la impresión de que se arreglaba más para los demás que para sí misma. Sus ojos sonreían lo bastante para indicar que tenía sentido del humor, pero sus cejas eran lo bastante serias para sugerir que no se lo tomaba todo a la ligera. Parecía lo bastante madura para saber quién era, pero no tanto como para despertar en Ronan la inquietud que le inspiraba alguna gente mayor.

—¿Podemos refugiarnos del frío? —preguntó Bryde.

Los labios de la mujer formaron un «Oh» que no llegó a oírse.

—Tu voz… —dijo al fin—. Eres… Bryde.

—Y tú eres Rhiannon —repuso él—. Rhiannon Martin.

Ronan y Hennessy intercambiaron una mirada. La de Ronan decía: «¿Qué mierda es esta?». La de Hennessy: «Se ve que tu cabeza no es la única que ha visitado».

—Sí, soy yo —contestó Rhiannon.

Se llevó la mano a la mejilla y luego se tapó la boca durante un segundo, como si se permitiera mostrar por un momento la extrañeza que aquello le

producía. Luego, retrocedió para dejar que pasaran y se refugiaran de la fina lluvia.

—Soy yo —repitió—. Sí, por supuesto: entrad.

El interior de la casa era aún menos grandioso que su exterior: en realidad, se trataba de un caserón con las paredes recubiertas de piedra. Aun así, la casa estaba bien amueblada y resultaba confortable, con ese aire cálido que producen generaciones de cuidados. El tiempo lluvioso de fuera daba un aire oscuro y somnoliento a las estancias. Los puntos de luz formaban focos dorados en la penumbra, y a Ronan le vinieron a la cabeza las luces soñadas que llevaba siempre en los bolsillos.

Bryde tomó una foto enmarcada que había en la consola de la entrada y la observó: la mujer, un hombre, dos niños pequeños. Volvió a dejarla en su sitio.

—Seguidme, ¿queréis? —dijo Rhiannon, y los condujo a paso ligero a un salón con las paredes llenas de espejos—. Sentaos; voy a hacer café. Es lo mejor para un día como este, ¿no? Un café… ¿O los jóvenes preferís té?

Sin esperar respuesta, salió a grandes zancadas de la estancia.

Ronan y Hennessy se acomodaron en los extremos de un sofá clásico y se volvieron a interrogar con la mirada. Bryde, mientras, se acercó a la repisa de la chimenea y contempló uno de los espejos con expresión pensativa. La lluvia helada golpeaba los ventanales.

—Eh —susurró Ronan—. ¿Es ella la soñadora?

Bryde siguió mirándose en el espejo, como si le asombrara la imagen que le mostraba.

—¿Tú qué sientes? —replicó sin volverse.

—Madre del amor hermoso —se exasperó Ronan—. Otra vez no, joder.

—¿Qué sientes? —insistió Bryde.

—Pavos —masculló Hennessy.

—Eso es —asintió Bryde—. Y no mucho más. ¿Ronan?

Para alivio de Ronan, Rhiannon regresó en ese momento con una bandeja llena de bebidas y pastas. La dejó en una mesa baja y se retiró tras una butaca. Los miró, mientras sus manos sobaban la parte superior del respaldo como si estuviera haciéndole un masaje. Parecía nerviosa, pero su expresión seguía siendo amable y preocupada. Ronan comprendió que lo que le preocupaba era el bienestar de ellos; claramente, quería que se sintieran bien acogidos.

—La casa tiene un aspecto festivo —observó Bryde, aunque, aparte del vistazo a la foto de la entrada, no parecía haber prestado ninguna atención al entorno hasta ese momento.

—Se acercan las Navidades —respondió Rhiannon—. No sé si las pasaré aquí o con mi tía. Me ha pedido que vaya a hacerle compañía una temporada, ¿sabéis? Le dije que tal vez me acercase mañana; no quería marcharme aún, por si al final aparecíais… La verdad es que no sabía si erais de verdad.

Bryde esbozó su sonrisa llena de secretos.

Rhiannon volvió a llevarse la mano a la cara y contempló a Hennessy, primero, y a Ronan después.

—Pero sí que lo sois… Sois muy reales. Y tenéis exactamente el mismo aspecto que en mi sueño —soltó una breve carcajada—. No os habré creado yo, ¿verdad?

—No puedo asegurarte nada de estos dos payasos —repuso Hennessy —, pero te aseguro que yo soy de verdad.

Rhiannon se tapó la boca con sus largos dedos.

—Incluso sonáis igual que en el sueño… Quizá esto sea real, después de todo.

—Olvídate ya del tema, Rhiannon —se impacientó Bryde—. Sabes muy bien que lo es. Ya te lo dije: tú creas la realidad. No he venido aquí para volverte a enseñar lo que ya te he enseñado. En el fondo, lo sabes muy bien. Y, en cualquier caso, ¿crees que podrías habernos soñado, tal como está la línea ley?

La verdad escocía: Bryde había acudido a Rhiannon Martin del mismo modo en que había acudido a Ronan. Se había aproximado a ella como un soñador, en el interior de sus sueños. ¿A cuántos soñadores más habría abordado? Ronan sabía que el descubrimiento de que Bryde no les pertenecía solo a Hennessy y a él no le daba derecho a ponerse celoso. Ya había oído hablar de Bryde antes de conocerlo. ¿Y por qué hablaba la gente de él? Por cosas como aquella, probablemente: por presentarse en sueños ajenos.

—De modo que eres una soñadora —constató Hennessy—. Y nuestro amigo Bryde se coló en tus sueños y nos invitó a nosotros. ¿Es eso lo que está pasando aquí? ¿Sí? Lo siento, es que estoy un poco espesa. Este —señaló a Bryde— no nos explicó lo que íbamos a hacer cuando salimos hoy de casa. Le gusta ir de tipo misterioso, ¿sabes? Por cierto, estas galletas

están buenísimas. Las que tienen forma de estrella, digo. Tienes muy buena mano.

—Sí, por supuesto: Rhiannon es una soñadora —afirmó Bryde poniéndose en pie—. Aquí, en este valle estancado. Es una soñadora excelente.

—Bueno, yo no diría tanto —replicó ella, ruborizada.

A Ronan le resultaba extraño ver una soñadora como ella. Hasta ese momento, todos los soñadores que habían rescatado se parecían a él mismo y a Hennessy. No parecían pertenecer del todo al mundo normal, como si vivieran instalados en sus márgenes. Gente huraña, estrafalaria, solitaria, descentrada. Rhiannon, sin embargo, tenía un aire… No exactamente convencional, pero sí… satisfecho. Estable. Como de buena madre.

Como si el mundo no la estuviera desmantelando.

—Echad un vistazo —les indicó Bryde, señalando con un ademán los espejos que recubrían las paredes de la sala—. Esta es su obra.

Ronan y Hennessy se pusieron en pie y se acercaron a un espejo cada uno. El de Ronan era del tamaño de un sobre grande, lo justo para reflejar su rostro. El marco labrado tenía una capa desigual de pintura blanca, de forma que la madera asomaba en algunas zonas.

Se miró.

El Ronan del espejo parecía mayor que la imagen que él tenía de sí mismo. Por algún motivo, la mente de Ronan solía quedarse rezagada respecto de su edad real: cuando iba a primaria, se veía como un chaval de infantil. Cuando iba al instituto, se veía como un preadolescente lleno de espinillas. Y, después de terminar el instituto, se seguía considerando como un rebelde lleno de altibajos.

Pero la imagen que tenía ahora delante mostraba un hombre joven. Bastante guapo, advirtió con sorpresa, como su padre había sido a su edad, y con una belleza que seguramente se consolidaría con los años. Normalmente, Ronan pensaba que su apariencia externa no reflejaba en modo alguno la persona que era por dentro; sin embargo, aquel espejo le mostraba un Ronan exterior tan complicado como el interior. Un macarra introvertido cuyas cejas revelaban una ternura inusitada. Una expresión de desdén cruel y arrogante, teñida también de valentía. La línea de sus labios hablaba de depresión y, al mismo tiempo, dibujaba la sombra de una sonrisa. En sus ojos bullía la ira, al lado de un humor salvaje y desbordante.

Atónito, se dio cuenta de que le gustaba la persona que veía.

—Son muy astutos, ¿verdad? —dijo Bryde—. A nadie le gusta ver fotos de sí mismo, y los espejos jamás han sido conocidos por su gentileza. Pero estos sí que la poseen, ¿verdad, Rhiannon?

Ronan se acercó a Hennessy, que se miraba en un espejo con un grueso marco dorado como el de un cuadro antiguo. Miró el reflejo y vio a dos buenos amigos: un Ronan capaz de confiar en alguien que no llevase su mismo apellido, una Hennessy capaz de querer a alguien que no llevase su misma cara.

—Parezco Jordan —murmuró Hennessy.

—¿Qué hacen estos espejos? —gruñó Ronan.

—¿Qué crees que hacen? —replicó Bryde.

A Ronan no le apetecía decirlo en voz alta. Le daba miedo ser tan sincero. ¿Reflejaban la verdad o lo que él quería que fuera la verdad?

—¿Cada cuánto tiempo sueñas uno de estos espejos, Rhiannon? —preguntó Bryde.

—Uf, no sé… —contestó ella, aún azorada pero con aire complacido—. Me lleva bastante tiempo crearlos. Normalmente, los voy componiendo a lo largo de decenas de sueños; tengo que concentrarme mucho y, a veces, si estoy ocupada con otras cosas, los dejo en reposo una buena temporada. Estos son todos los que he creado salvo uno, y llevo haciéndolos desde que era niña. Tardo… No sé, ¿cinco años? La verdad es que no llevo la cuenta; voy trabajando en ellos y ya está. Me alegra mucho que os gusten.

Ronan reflexionó. ¿Qué tipo de persona había que ser para soñar únicamente con espejos que eran amables con la gente? Y no amables en el sentido de darles una buena imagen física de sí mismos, sino amables de verdad. En comparación, su coche invisible parecía una tontería.

Se llevó los dedos a la sien. Empezaba a tener hambre otra vez. No sabía si era hambre auténtica o si era lo que había sentido en el sitio de comida rápida.

—Y lo hace aquí, con la línea ley tal como está —afirmó Bryde, como si le hubiera leído los pensamientos a Ronan.

Tal vez pudiera leerlos… «¿Qué sientes?».

—Si se marchase alguna vez de aquí, chicos —prosiguió Bryde—, creo que os dejaría por los suelos.

Rhiannon trató de meterse un mechón rebelde detrás de la oreja, cada vez más ruborizada.

—Bueno, la verdad es que no lo sé. Esto no es más que una afición que tengo… Y, como te dije en el sueño, no puedo marcharme.

—Lo entiendo —asintió Bryde—. No todos hemos nacido para ser vagabundos. Pero el mundo está cambiando: no podrás quedarte mucho tiempo más aquí, en este valle al que ya no llega la línea ley.

A Ronan no le pareció justo que Bryde le pidiera aquello a Rhiannon. Al proponerle a él y a Hennessy que lo acompañasen, Bryde les había advertido que hacerlo destrozaría su vida, y la advertencia se había cumplido. Pero las vidas de ellos dos ya estaban rotas. La de Rhiannon parecía tan ordenada y reconfortante como una bandeja de galletas recién horneadas.

—Mi bisabuelo —comenzó a decir Rhiannon, con voz teñida de incertidumbre— construyó esta casa sobre las ruinas de otra que había construido mi tatarabuelo. Fue mi padre quien empezó a criar pavos en el cobertizo. Mi hermano siguió con ello hasta que murió. Aquí han crecido mis hijos. Y no sé soñar nada más sofisticado que mis espejos.

Bryde se acercó a uno de ellos y se miró, con las manos enlazadas tras la espalda. Desde donde estaba, Ronan no podía distinguir su reflejo; solo veía su propia coronilla.

—Hace mucho tiempo —comenzó Bryde—, existió una gran casa llena de nobles que supervisaban todo lo que era bueno e importante. Como se ocupaban de todas las cosas buenas e importantes, la gente empezó a pensar que los hombres y mujeres que vivían en esa casa, o esa mansión, o ese castillo, o esa torre sobre un peñasco, eran buenos e importantes también. Así ha sido siempre: no hay nada como ponerse medallas para que los demás piensen que las mereces. Porque, como Ronan Lynch ya ha descubierto, cuando el mundo grita, la gente lo escucha, tenga razón o no.

»Todo el mundo hacía caso a los hombres y mujeres de la gran casa, dijeran lo que dijesen. Nadie que no fuera miembro de su linaje podía dictar leyes ni cambiar el ánimo de la gente; porque, al fin y al cabo, ¿quién, sino un necio o un traidor, se habría atrevido a contradecir a las personas que custodiaban todo lo bueno y lo importante?

»Pero, un día, un joven desconocido acudió a la casa y pidió a sus habitantes que lo aceptasen en su linaje, pues él también quería cambiar el mundo. Ellos le preguntaron por qué creía merecerlo.

»—Porque soy un poeta —dijo el joven.

»—No —replicaron ellos—. Ya tenemos un poeta.

»—Soy un espadachín —dijo el joven.

»—No —replicaron ellos—. Ya tenemos un espadachín.
»—Soy un herrero —dijo el joven.
»—No —replicaron ellos—. Ya tenemos un herrero.
»—Soy un mago —dijo el joven.
»—No —replicaron ellos—. Ya tenemos un mago.
»—¿Pero tenéis a alguien que sea al mismo tiempo poeta, espadachín, herrero y mago?

»Los habitantes de la casa tuvieron que admitir que no disponían de nadie así y se vieron obligados a dejarle entrar. Y, entonces, el joven se apoderó del castillo sobre la colina y cambió el mundo.

Bryde se dio la vuelta y los encaró.

—Nosotros somos ese joven. Nosotros, todos juntos. Aquí cuentan tus espejos, el arte de Hennessy, los sentimientos de Ronan, mis armas. Nuestro empeño es ser el poeta y el herrero y el espadachín, para que no tengan más remedio que aceptarnos. Las personas que solo son una cosa nunca han sabido qué hacer con las que somos más de una cosa. Se apoderan de torres ya existentes y las hacen más altas; dictan normas; prohíben la entrada de las personas que son más de una cosa. Y esas personas las escuchan y creen que tiene razón, de modo que suplican que las dejen entrar en la gran casa. Y, mientras, los nobles añaden más hiladas a los muros para mantener fuera a la gente como vosotros, para expulsar a todas las cosas que no son capaces de entender.

Rhiannon se tocó la comisura de un ojo, en uno de esos gestos rápidos que hace la gente que quiere disimular una lágrima. Ronan se esforzó por recordar qué había dicho Bryde exactamente al describir sus habilidades: los espejos de Rhiannon, el arte de Hennessy, sus… ¿sentimientos? A Ronan jamás se le habría ocurrido decir que ese fuera el punto fuerte de sus sueños.

—Tú, Rhiannon —continuó Bryde—, te has limitado a ti misma. Has podido funcionar en este mundo porque has sabido ser una sola cosa; te has quedado en este lugar donde solo eres una cosa. Y, aunque nunca llegases a soñar nada más que tus espejos, habrías hecho algo significativo, porque ninguno de estos dos soñadores sabe verse a sí mismo sin ellos. Pero podrías hacer más. Hasta ahora, has soñado con una mano atada a la espalda. Ronan, dile cómo es soñar cuando dispones de una línea ley que fluye de verdad.

A Ronan le sorprendió que Bryde solicitase su ayuda, y aún le sorprendió más descubrir que deseaba convencer a Rhiannon de que lo que

decía Bryde era cierto. Tenía que funcionar como uno de sus espejos, pero que le mostrase lo que era soñar, en lugar del reflejo de su cara. Se esforzó por encontrar palabras:

—Es… No sé. Es como comparar las patatas fritas congeladas con las de verdad: se llaman igual, pero no son lo mismo. Porque las de verdad te las quieres comer, mientras que las otras no son más que una cosa insípida metida en un envoltorio que lleva la foto de lo que te quieres comer.

Hennessy se echó a reír.

—¿Quieres intervenir, Hennessy? —preguntó Bryde.

La risa de Hennessy se cortó.

—¿Quieres que la convenza para que abandone a su familia?

Bryde y Rhiannon la miraron fijamente.

—Su familia murió —dijo Bryde.

Todos se volvieron hacia Rhiannon, y Bryde movió un espejo para que la reflejase. Ronan tuvo el tiempo justo para ver su verdadero ser —cara hinchada por las lágrimas, boca vencida por la pena— antes de que Bryde devolviera el espejo a su sitio.

De pronto, le pareció obvio el vacío que colmaba la casa. La pérdida debía de ser reciente; Ronan sabía por experiencia que aquel aire de desolación terminaba por disolverse con el tiempo. Durante los primeros meses, todo lo que contenían las cuatro paredes de la casa conservaba aún la forma de una familia que ya no existía.

La foto enmarcada que Bryde había contemplado al principio era una instantánea del pasado.

—Ah, joder —murmuró Hennessy—. En ese caso, es como ir a Disneylandia: ¿quién no querría probarlo una vez al menos?

Bryde la fulminó con la mirada.

—Es solo que… me parece imposible —susurró Rhiannon.

—Nosotros somos los imposibles —repuso Bryde—. Llevas toda la vida siendo imposible. Dime qué sentiste cuando abriste la puerta y viste que éramos nosotros.

Ella se mordió el labio como si reflexionara. De pronto, su expresión se transformó.

—Ay, cariño, estás… —Ronan se dio cuenta de que «cariño» era él. Rhiannon hacía gestos hacia él, hacia su cara—. Tienes…

Sin esperar a que ella terminase, se volvió hacia el espejo. De la nariz le caía un hilo de brotanoche. Por eso se había sentido raro hacía un rato: porque su cuerpo había vuelto a traicionarlo.

El espejo trataba de enseñarle la verdad del brotanoche, y Ronan se sintió aún más raro al verlo. Hasta ese momento, siempre le había parecido algo tóxico: una señal de derrota, de su incapacidad para soñar, de la debilidad que le producía estar lejos de la línea ley. Pero el espejo decía otra cosa: aquel brotanoche no era una consecuencia de su fracaso, sino de su esfuerzo.

Ronan no lo entendía.

Le dolía la cabeza.

Rhiannon se había levantado de un salto y había sacado una caja de pañuelos de papel de alguna parte; era aquel tipo de casa, y ella era ese tipo de mujer. Le puso uno en la cara a Ronan y le apoyó una mano suavemente en la espalda. Era un gesto tan maternal que Ronan, de pronto, no supo si se sentía enfermo por el brotanoche o por la pena.

—¿Es una hemorragia nasal? —preguntó.

—Brotanoche —contestó Bryde—. Hay quien lo llama el Desliz. Otros lo llaman el Perro Negro. Tiene muchos nombres. En todo caso, indica que el soñador que lo padece está en un lugar con poca energía ley o que hace demasiado tiempo que no sueña.

—A mí nunca me ha ocurrido —observó Rhiannon.

—Tú no has abierto la puerta tantas veces como él —repuso Bryde—. Rompió las bisagras la primera vez que la atravesó, y ahora se ha desencajado.

—¿Es peligroso?

—Mucho. Si no se acerca a una fuente de energía ley o saca algo de sus sueños, puede pasarle lo peor —respondió Bryde—. De modo que necesitamos que te decidas ya.

—Bryde tiene razón —intervino Hennessy de pronto—. Deberías venir con nosotros. Aquí solo queda el pasado. Que se joda el pasado.

Rhiannon se retorció las manos.

—Necesito más tiempo —dijo.

Bryde miró por la ventana. Lo único que se veía era el gris del cielo.

—No sé de cuánto tiempo disponemos.

13

Diez: ese era el número de veces que Farooq-Lane había visto a Liliana la Visionaria cambiar de edad mientras trataban de tender la trampa perfecta para los Zetas del Potomac.

Antes de la aparición de aquellos Zetas, los Moderadores se limitaban a perseguir a todos los Zetas cuya existencia les revelaban los Visionarios. Investigaban los detalles de las premoniciones hasta determinar dónde ocurrían y luego rastreaban al Zeta en cuestión y lo mataban. Aquello ya no funcionaba, y Lock pidió a los demás Moderadores que aportasen ideas nuevas.

Ninguno respondió. Ninguno, salvo Farooq-Lane.

La idea se le había ocurrido después de marcharse del museo abandonado y se la había inspirado el árbol que salía por un agujero del techo. Se trataba de un árbol en un sitio muy sorprendente. Varias semanas antes, una pitonisa del Mercado de las Hadas le había susurrado algo intrigante: «Si quieres matar a alguien y mantenerlo en secreto, hazlo en un lugar en el que no te vean los árboles».

Tal vez fuera de ahí de donde obtenía Bryde la información, razonó Farooq-Lane.

Al principio, poner en práctica su idea fue complicado. Los Visionarios no eran gramolas; no era posible meterles una moneda y pedirles que mostrasen una visión de un Zeta en un lugar sin árboles. En realidad, los Visionarios funcionaban más bien como pronósticos meteorológicos, y sus premoniciones eran como tornados en cuyo centro siempre había un Zeta y un apocalipsis de fuego.

Ir de tornado en tornado examinando sus características era imposible, pero habían llegado a un punto en el que debían manejar imposibles cada día.

A petición de Farooq-Lane, Liliana empezó a dejarse llevar por una visión tras otra tratando de desplazarse a un futuro distinto, un futuro sin árboles.

Nueve: ese era el número de ciudadanos heridos hasta aquel momento. Las visiones comportaban un gran riesgo. Farooq-Lane se había dado cuenta enseguida de que la versión más peligrosa de Liliana era la adolescente, porque aún no había aprendido a detectar cuándo entraría en trance. Podía estar tan tranquila, hojeando diarios en blanco en una librería junto a Farooq-Lane, y al momento siguiente… Una debacle.

Parsifal, el Visionario anterior, solo había oscilado entre edades al final de su vida, cuando empezó a perder la capacidad para dirigir las visiones a su interior. Lock, con todo el tacto del que era capaz, le había sugerido aquel método a una llorosa Liliana quinceañera, después de que una visión repentina masacrase a una decena de ardillas que estaban correteando tan tranquilas por los alrededores.

—Suena como un suicidio a cámara lenta —había respondido ella.

Lock no supo qué decir. Los Moderadores se pasaban la vida emitiendo veredictos sobre qué vidas merecía la pena salvar y cuáles no. Y, hasta ese momento, jamás habían dictaminado en favor de los Visionarios.

Fue Farooq-Lane quien lo hizo:

—Si Liliana es peligrosa no es por su culpa —dijo—. Ella intenta asegurarse de que no hay nadie alrededor. No creo que debamos tratar de convencerla de que dirija sus visiones hacia dentro.

Lock la miró, dubitativo.

—¿Quién es la que está suicidándose ahora a cámara lenta? —dijo.

Ocho: ese era el número de tiendas de lana que Farooq-Lane había visitado hasta que la Liliana de mayor edad encontró suficientes ovillos del color que, según ella, la favorecería más. Aquella Liliana añosa era capaz de sentir cuándo la asaltaría una visión, lo que permitía a Farooq-Lane dedicar menos tiempo a la supervivencia y más a procurar comodidades para las dos. A la Liliana vieja le gustaban los placeres domésticos. Hacer calceta, por ejemplo; estaba empeñada en enseñarle a Farooq-Lane, porque recordaba haberlo hecho.

Eso era lo más extraño de la Liliana vieja: que recordaba muchas cosas que ya había vivido, y una buena parte de ellas tenían que ver con Farooq-Lane. Cosas de su pasado y del futuro de Farooq-Lane; cosas situadas en algún momento de sus respectivas trayectorias vitales. Si Farooq-Lane lo pensaba demasiado, empezaba a dolerle el cerebro.

—Gracias por dar la cara por mí cuando me pidieron que llevara las visiones a mi interior —le dijo en cierta ocasión la Liliana vieja, con su forma de hablar suave y precisa.

—¿Te acordabas de que lo había hecho? —le preguntó Farooq-Lane.

—Pasó hace mucho tiempo, y el recuerdo estaba casi borrado. Así que me sorprendió para bien. Bueno, no es que me sorprendiese; fue más bien como si me hicieras un regalo. Siempre supe que eras buena persona.

A Farooq-Lane le habría gustado haber conocido a Liliana antes que a los Moderadores.

Siete: el número de reuniones que habían celebrado los Moderadores para elaborar los detalles logísticos de una emboscada que debía producirse enteramente en ausencia de árboles. Un buen número de aquellos encuentros se dedicaron a debatir si realmente era factible obtener información de los árboles. A Farooq-Lane el escepticismo le parecía una pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que, para empezar, la presa que perseguían era imposible.

Otras reuniones trataron sobre los Zetas del Potomac. Sus historias previas, sus familias, sus esperanzas y sueños… Los Moderadores localizaron al padre de Jordan Hennessy y le preguntaron si tenía idea de su paradero.

—Pensé que ya estaría muerta —respondió Bill Dower, con un tono inexpresivo que si transmitía algo era decepción—. Vaya.

Después, rastrearon Harvard hasta encontrar al compañero de habitación del novio de Ronan Lynch.

—Cortaron después de que Ronan destrozase nuestro cuarto —explicó el compañero con voz engolada—. La verdad, pensé que jamás volvería a oír su nombre. ¿Qué ha hecho ahora?

También trataron de localizar a los hermanos de Ronan Lynch. Pero, tras la refriega en la que Bellos había perdido un brazo, Declan y Matthew Lynch se habían esfumado.

—Ya no queda ninguna de sus cosas en la casa de la ciudad —declaró uno de los Moderadores con cierta admiración—. ¿Alguien los ha visto volver a recogerlas?

No: nadie los había visto.

Y nadie sabía absolutamente nada de Bryde.

Seis: el número de Zetas que se habían salvado. Seis Zetas que, hasta hacía poco, habrían sido eliminados por los Moderadores, escaparon a la muerte gracias a que en las visiones de Liliana aparecían rodeados de árboles. En realidad, a Lock le habría gustado eliminarlos, pero no podía: los árboles se habrían chivado. ¡Los árboles! Una vez empezaron a verlos como enemigos, se dieron cuenta de que estaban en todas partes: bordeando las aceras, plantados en parterres dentro de los aparcamientos, cabeceando en los límites de las granjas… Durante unos días, los Moderadores llegaron a creer que jamás obtendrían una visión libre de ellos. En más de una ocasión, Farooq-Lane tuvo que suplicarles que mirasen el medio plazo. ¿De verdad querían hacer el ridículo una vez más?

Lo cierto era que Farooq-Lane se alegraba de haber detenido las ejecuciones temporalmente. No llevaba la cuenta de las muertes que habían caído sobre su conciencia a lo largo de aquel año, porque le daba miedo contarlas y que fueran veintitrés. En ese caso, Nathan y ella estarían empatados.

Cinco: la cantidad de agencias de seguridad que colaboraron en los preparativos del ataque. La granja de Pensilvania donde ocurriría estaba en un ancho valle, sin un solo árbol en kilómetros a la redonda. Gracias a aquella ayuda externa, los Moderadores estaban mejor equipados que nunca. Algunos llevaban auriculares con cancelación de sonido. Otros, gafas protectoras. Tenían sabuesos entrenados, furgonetas blindadas, un tipo con un lanzallamas y una mujer con un lanzamisiles portátil. Aquella podía ser su única oportunidad de acorralar a los Zetas del Potomac; tenían que aprovecharla.

—No quiero que te quedes atrás como has hecho las otras veces, Carmen —le dijo Lock a Farooq-Lane. Su tono no era cruel, pero sí firme —. Este es tu plan; ponte en cabeza. Y lleva a Liliana.

Farooq-Lane oscilaba entre la esperanza de haber acertado y el temor de no haberlo hecho. Aquel podía ser el ataque que terminase con todo.

Cuatro: el número de Zetas que había en el caserón de piedra cuando los Moderadores irrumpieron en su interior derribando la puerta.

La escena solo duró un instante. Los Zetas del Potomac estaban dispuestos en torno a un sofá anticuado, como si posaran para un retrato.

Rhiannon Martin, con una toalla en la mano y expresión de asombro. Jordan Hennessy, agazapada sobre el brazo del sofá como una gata. Ronan Lynch, con la cara llena de un líquido negro, apoyado sin fuerza sobre Bryde. Farooq-Lane tuvo un solo segundo para pensar: «¡Funcionó!». Al menos los cuatro eran visibles, lo cual ya suponía un avance.

Entonces, distinguió una esfera plateada que volaba hacia ella.

Ni siquiera supo cómo había reaccionado a tiempo, pero de pronto se encontró extendiendo el brazo en un movimiento horizontal. La pistola que empuñaba golpeó la esfera como un pequeño bate de béisbol y la lanzó disparada hacia el cristal de la ventana.

Ahí fue cuando estalló el caos.

Se oían ráfagas de metralleta. Haces de luz cegadora cruzaban la penumbra de los pasillos. Sonó un grito indeterminado y seguramente inconsciente. Se oyó una voz:

—Hennessy, ¿a qué esperas? ¡Ahora!

Farooq-Lane contuvo el aliento, esperando a que apareciera un horror soñado, pero no apareció nada así. Lo único que vio fue una carrera frenética de los Zetas hacia el exterior, mientras la mujer enviada por una agencia colaboradora disparaba el misil directamente al interior de la casa. Lo que siguió fue, en apariencia, una persecución común con disparos de armas comunes. Farooq-Lane se asombró al darse cuenta de lo normales que se habían vuelto esas cosas para ella y volvió a asombrarse al pensar que los Zetas aún no habían desatado nada peor.

Tres: la cantidad de metros que, de pronto, separaban a Farooq-Lane de Jordan Hennessy. Llevaba unos minutos tratando de encontrar un lugar en el que no la alcanzase el fuego cruzado —tenía la vaga sospecha de que alguno de los Moderadores estaría encantado de aprovechar aquella excusa— y había terminado por pegarse a la pared de la nave de los pavos. En el aire flotaba el olor de los millones de aves que vivían y morían allí. Farooq-Lane no tenía ni idea de dónde se encontraba Liliana. Todo era una confusión de máscaras, escudos antidisturbios y agentes sin rostro, como una zona de guerra.

Pero allí estaba Jordan Hennessy, de pie, observando a dos figuras que avanzaban entre el caos: Bryde y Ronan Lynch, el primero llevando a rastras al segundo. Por la cara de Lynch seguía cayendo aquella sustancia negra y, a pesar de la distancia que los separaba, Farooq-Lane pudo ver

cómo su pecho se agitaba en un esfuerzo desesperado por respirar. Estaban casi rodeados de Moderadores; pero Bryde los mantenía a raya con una espada de luz solar, una de las dos armas que los Zetas habían usado para escapar de las orillas del Potomac.

Su espada hermana, la que relucía como el cielo nocturno, reposaba en la mano de Jordan Hennessy a solo unos pasos de Farooq-Lane. Su hoja emitía un brillo malévolo y lunar.

Los ojos de Jordan Hennessy parecieron chispear de furia mientras examinaba el panorama.

Farooq-Lane se vio sorprendida por una oleada de puro terror que le licuó las rodillas y le aflojó los dedos. La Zeta no la había visto acurrucada a la sombra del granero, pero la descubriría si intentaba levantar la pistola. Y Farooq-Lane sabía lo que era capaz de hacer aquella espada: antes de que pudiera gritar, tendría un brazo menos que Bellos.

—¡Hennessy! —gritó Bryde—. ¡Si vas a hacerlo, hazlo ya!

Dos: los segundos que transcurrieron antes de que apareciese la pesadilla.

En el primer segundo, Hennessy se tapó los ojos con un pedazo de tela negra («Es una máscara», comprendió Farooq-Lane, recordando que los Zetas ya las habían usado en su primer enfrentamiento) y se desplomó en el suelo sumida en un sueño instantáneo.

Al segundo siguiente, mientras Farooq-Lane alzaba la pistola para disparar a la Zeta dormida, la pesadilla apareció.

Era el infierno. Era silueta y ausencia de silueta. Era forma y ausencia de forma. Era quebrada y creciente, escabrosa y ávida. Farooq-Lane no deseaba mirarla, pero tampoco quería apartar la vista. No era muy grande y, aunque no parecía material, daba la clara impresión de estar… abreviada, como si hubiera mucho más en otra parte. Era un fragmento, algo incompleto.

Y odiaba a Jordan Hennessy.

El odio se sobreponía a todas sus demás características. Farooq-Lane podía oírlo: era como un grito de guerra y como un sollozo.

Pero Jordan Hennessy no levantó un dedo para protegerse. Estaba petrificada en el suelo, con la máscara medio caída y una expresión de horror impotente. La espada lunar crepitaba a su lado en la hierba, lanzando pequeños rayos de luz aquí y allá.

Era obvio que la Zeta había tratado de sacar de su sueño otra cosa y había fallado. Aquella pesadilla quería matar a Jordan Hennessy.

Y Farooq-Lane habría debido permitírselo.

Pero, en vez de hacerlo, se incorporó de un salto y aferró la espada. Solo tuvo un momento para considerar lo cálida que era su empuñadura, lo glorioso que era su propósito, lo extraño que era su poder, antes de lanzar un tajo que atravesó el aire.

La pesadilla se desgarró con un estremecimiento silencioso.

Farooq-Lane lanzó otra estocada, y otra, y otra más. La espada repelía a la pesadilla como si hubiera sido creada para combatirla, para destrozarla. Siguió hendiendo el aire hasta que, por fin, el último añico de la pesadilla logró colarse de algún modo por una grieta de la pared y se introdujo en la nave de los pavos.

Las aves estallaron en chillidos ensordecedores que se extinguieron en seco. Todo quedó en silencio.

—¡Visionaria! —gritó una voz.

Era un Moderador: Ramsay.

Farooq-Lane buscó con la mirada hasta encontrar a Ramsay de pie junto a uno de los vehículos acorazados. Siguió sus ojos. En el porche de la casa estaba Rhiannon Martin, acurrucada tras un macetero de cemento cuajado de puntitos rojos: las miras láser de los rifles. Si los Moderadores hubieran podido alcanzarla sin problemas, la Zeta no estaría viva. A su lado estaba la Liliana adolescente, con los largos dedos apoyados en los dientes en un gesto de sufrimiento y las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¡Visionaria! —volvió a gritar Ramsay.

Un puntito rojo se deslizó por las manos de Liliana. Ramsay la estaba apuntando a ella.

—¡¡Ramsay!! —explotó Farooq-Lane.

—¿Quieres vivir? —le preguntó Ramsay a Liliana—. ¡Pues ten una visión ahora mismo!

A su lado, Lock observaba la escena sin hacer nada.

«Muerte por Visionaria interpuesta», pensó Farooq-Lane. Ramsay pretendía que Liliana matase a la Zeta, en vista de que no podían acabar con ella a tiros. Muy astuto. Extremadamente astuto, sí.

Aunque estaba demasiado lejos para oír la respuesta de Liliana, pudo ver cómo sus hombros se sacudían en un sollozo apocalíptico. Su boca se movió para pronunciar: «Lo siento, lo siento, lo siento», mientras el

lenguaje no verbal de la maternal Rhiannon Martin respondía: «No pasa nada, lo entiendo».

Farooq-Lane distinguió el momento preciso en que Rhiannon Martin tomaba la decisión. La Zeta se puso en pie detrás del macetero, con los brazos a los costados, y encaró a Ramsay sin pestañear.

«Somos los malos», pensó Farooq-Lane.

Ramsay apretó el gatillo y hundió una bala en la frente de la Zeta.

Una: el número de personas que Farooq-Lane no detestaba en muchos metros a la redonda.

Liliana se cubrió la cara con los brazos y se estremeció en un sollozo desgarrado. Necesitaba a alguien a su lado. Necesitaba a Farooq-Lane.

Todo estaba saliendo mal.

De pronto, Farooq-Lane se dio cuenta de que Jordan Hennessy ya no se encontraba paralizada en el suelo. Demasiado tarde: se estaba alejando a la carrera.

Un coche repentinamente visible avanzó a toda velocidad hacia ella aplastando la hierba, con la puerta del copiloto abierta de par en par. Farooq-Lane distinguió al conductor: era Bryde. Ronan Lynch yacía boca abajo en el asiento trasero. No parecía especialmente vivo.

Jordan Hennessy se lanzó por el hueco de la puerta y se metió en el coche.

—¡Que alguien los detenga! —gritó alguien. Lock, probablemente.

Los ojos de Hennessy se clavaron en los de Farooq-Lane un instante antes de que cerrase la puerta de golpe.

El coche se desvaneció como si jamás hubiera estado allí.

Cero: Zetas. 0.

«Ya no más», se dijo Farooq-Lane. «No más».

14

Matthew empezaba a pensar que a Ronan podía haberle pasado algo.

Declan y él acababan de colarse en una residencia universitaria de Harvard, en la localidad de Cambridge. Al principio, Matthew no se dio cuenta de que se estaban colando. No había prestado mucha atención a los movimientos de su hermano mientras este se aproximaba dos veces al edificio. La primera vez caminó junto a la fachada como si nada, sin hacer más caso a la puerta entreabierta que a cualquier otro elemento de aquel atardecer teñido de azul profundo y destellos dorados. La segunda, tras quitarse la americana en el coche y despeinarse con los dedos hasta parecer un chaval cualquiera, volvió a la puerta para acceder al interior rojizo y marrón de la residencia.

Dentro, varias docenas de estudiantes formaban una cola desordenada en una escalera. Declan se acercó al último y le dio una palmada en el hombro con gesto desenfadado.

—Oye —dijo—, ¿esta es la fila para…?

Matthew se sobresaltó al oír la voz de su hermano: en vez de parecer un monótono ejecutivo de ventas, como de costumbre, sonaba igual que los chicos que los rodeaban. Incluso su postura había cambiado: de la actitud alerta y suspicaz que mostraba un momento antes había pasado a un aire indolente y relajado. Su vista se desvió hacia un corrillo de chicas guapas que había en el vestíbulo; luego miró la pantalla de su teléfono y, por último, volvió a mirar al estudiante de la cola.

—Para lo de las cartas, sí —respondió el otro chico—. Va rápida.

Declan se situó al final de la cola y empezó a escribir en su teléfono con su peculiar estilo, usando el pulgar y el índice. No le había explicado nada a Matthew; quizá pensara que no hacía falta. Tal vez alguien normal ya habría adivinado para qué estaban allí. Cuando Ronan lo creó en sueños, ¿habría creado un idiota? Desde el día en que averiguó que era un ser soñado, Matthew se había esforzado por pensar más como una persona de verdad, como un adulto. Pero no había manera: al final, le daba dolor de cabeza.

—No te arranques padrastros —le murmuró Declan sin apartar la mirada de su teléfono.

Matthew dejó de toquetearse la uña. La cola avanzó unos cuantos escalones de golpe. El chico de antes tenía razón: iba rápida. Algunos de los estudiantes que bajaban las escaleras parecían llorosos. No había ninguna señal que indicase adónde se dirigía aquella fila.

Ya casi habían llegado al piso superior cuando Matthew empezó a sentirse un poco raro.

No muy raro. «Tal vez solo sea sueño atrasado», pensó. Solo era que…, al llegar al principio de la cola, Matthew había dado una zancada para no pisar un envoltorio de chocolatina que había en el último peldaño y, por un momento, creyó que lo que veía era un lirio de colores vivos.

«No, no, no —se dijo—. No me voy a poner tonto».

Cuando se recompuso, comprendió de pronto qué querían los estudiantes de la fila: ver a Adam Parrish. La escalera desembocaba en un pequeño ático acristalado, una especie de guarida de mago instalada en las alturas, sobre los pintorescos y oscuros tejados de Cambridge. Lo variopinto del mobiliario —un conjunto de mesas, sillas y lámparas halógenas diversas— indicaba que aquel espacio había sido ocupado por muchos estudiantes a lo largo de muchos años. El espacio desprendía un reconfortante olor a antiguo, semejante al de Los Graneros. Adam se encontraba sentado tras una mesa en el centro de la estancia, tan flaco y sereno como siempre, con las largas manos apoyadas en paralelo a los bordes del tablero. Delante de él, en otra mesa, había una baraja de tarot y una taza llena hasta los topes de billetes y tarjetas regalo. En una silla contigua a la suya reposaba un chico gloriosamente grande, vestido con un chaleco de punto que Matthew se habría puesto con gusto.

—Hola —dijo Declan.

—Cómo os gusta en tu familia aparecer por sorpresa, ¿no? —contestó Adam con voz seca.

Declan esbozó una sonrisa inexpresiva y dio un golpecito en la mesa con el lateral de su teléfono. Luego, examinó el entorno con la misma mirada crítica que empleaba para evaluar el estado del cuarto de Matthew después de que él lo limpiara.

—Fletcher —dijo Adam—, ¿podrías avisar a la gente que queda en la cola de que vamos a cerrar por hoy?

El otro chico se puso en pie.

—Por supuesto —respondió, haciendo un aspaviento con la mano en la que llevaba el teléfono—. Una cosa: Gillian aún insiste con el tema de las vacaciones. Ese será el tema del debate.

—Bajo en un minuto.

El chico salió, dejando solos a Adam, Declan y Matthew.

—A la dirección de Aglionby le encantaría saber que estás sacando todos tus talentos a relucir aquí, en Harvard —comentó Declan.

Se acercó a la baraja y dio la vuelta a la primera carta. La leyenda del borde inferior decía «Siete de espadas», pero el diseño era demasiado intrincado para que Matthew reconociese nada en él.

—A la dirección de Aglionby le encantaría ver a dos de sus exalumnos en Harvard al mismo tiempo —replicó Adam con voz átona.

—Veo que has perdido tu acento.

—Veo que has perdido tu americana.

Matthew tenía la impresión de que la conversación se estaba desarrollando en otro idioma, uno que él jamás sería capaz de hablar. No obstante, tampoco se podía concentrar mucho en aquella idea, porque de pronto se sentía extremadamente raro.

Primero fue su mente; luego, sus piernas. La mente se le había adormecido de repente, mientras que sus piernas parecían más vivas de lo normal. Cada vez que Matthew sentía aquella ansia de caminar, llegaba un momento en el que olvidaba lo que tenía entre manos y, al cabo de un rato, despertaba en un lugar diferente.

«Ni de coña —les dijo a sus piernas—. Tengo que ser como una persona normal».

Declan y Adam habían abandonado el tema anterior, fuera el que fuese, y ahora hablaban de los rumores sobre Declan que habían empezado a circular. Según la última conversación de Adam con el señor Gris, en el mundillo subterráneo se decía que el hijo de Lynch había empezado a reclamar que le devolvieran favores. Decían que llevaba un año haciendo cosas productivas. Algunos afirmaban que le estaban lloviendo ofertas de trabajo. ¿Era así?

Matthew trató de reflexionar. Tal vez los mensajes y llamadas en los que andaba Declan metido últimamente fueran suficiente para saber si era así, pero no estaba seguro de ello.

—Aunque todo eso fuera cierto —replicó Declan—, no pienso meterme en ese mundo.

Adam soltó una carcajada hueca.

—¿No estás metido ya?

Declan dio un respingo y, por primera vez, Matthew sintió que tal vez estuviera examinando la situación con la mirada realista y compleja de un adulto. Porque, cuando observaba la expresión profesional e indiferente de Declan, se daba cuenta de que normalmente la habría aceptado sin ir más allá; pero ahora, si afinaba un poco la vista, era capaz de detectar una leve tensión alrededor de los labios de su hermano, una ligera inclinación de la barbilla. Ahora que comprendía aquel lenguaje secreto, veía que el comentario de Adam halagaba y tentaba a Declan a partes iguales.

—También hay otro rumor que dice que Ronan anda metido en un asunto de armas biológicas —añadió Adam y, por primera vez aquella tarde, entre sus cejas apareció una arruguita que le recordó a Matthew al chico que había conocido en el pasado—. Se supone que ha metido a los Moderadores en una persecución con Armamento No Identificado, con mayúsculas.

—¿Has hablado con él hace poco? —preguntó Declan con voz monocorde.

—¿Y tú?, ¿has averiguado algo sobre Bryde? —dijo Adam por toda respuesta.

Ahí, la cabeza de Matthew dejó de funcionar por un momento. Se dio cuenta porque, de pronto, estaba sentado en una butaca junto a la ventana y no sabía cómo había llegado allí. Adam y Declan estaban de pie, inclinados el uno hacia el otro y hablando en susurros. Matthew distinguió su nombre.

—Vamos ya, Matthew. Despierta —dijo Declan.

Al oír las palabras de su hermano, Matthew se dio cuenta de que la voz que lo había llamado por su nombre un momento antes no era la de él, sino la que a veces oía cuando se perdía en su propio interior. La voz que trataba de recuperar cada vez que se zambullía en el sistema de seguridad que había a la entrada de la finca.

Miró a Declan y parpadeó. Le irritaba no poder seguir su conversación con Adam, porque le daba la impresión de que estaban hablando de cosas importantes, cosas de adultos. Trató de recobrar el estado de ánimo que le había permitido descifrar la expresión de Declan hacía un rato, pero ahora todo le parecía demasiado complejo.

—Está raro —afirmó Adam mirando a Matthew—. ¿Qué te pasa? —añadió, como si se hubiera dado cuenta de que no estaba siendo muy cortés.

—Esto es lo que te ocurre cuando tu vida está ligada a la de mi hermano —dijo Declan—. Dios sabe en qué andará metido…

Porque el problema, Matthew se daba cuenta ahora, no lo tenía él. Si estaba así era porque su soñador tenía un problema.

—¿Suele estar tan ido?

No: no solía estar tan ido, a no ser que…

—¡Matthew! —exclamó Declan—. Matthew, Matthew…

«Matthew».

La torre del mago, sus cartas de tarot, el mago mismo: todo había empezado a disolverse. Los pensamientos de Matthew se disolvían también.

Fuera cual fuera el problema de Ronan, era muy serio.

15

Hennessy siempre soñaba con el Encaje.

Si nadie le echaba una mano, el Encaje estaba siempre ahí.

Detrás de ellos tres había brotanoche, sangre y una nave llena de pavos muertos; ante ellos, brotanoche, sangre y una noche llena de desesperación. Y todo porque Hennessy no sabía soñar con nada que no fuese el Encaje.

El coche casi invisible surcaba la noche pasando sin transición de un desvío a otro, en un trayecto que solo Bryde conocía. Ronan, en el asiento de atrás, no hacía ningún ruido. De vez en cuando, Hennessy volvía la cabeza para comprobar si había muerto o seguía vivo. No era fácil saberlo: Ronan seguía tirado exactamente en la misma postura en la que había caído allí. La gente muerta no era tan diferente de la gente dormida.

—Tal vez sea demasiado tarde —dijo.

—Si lo fuese, yo lo sabría —replicó Bryde, con voz tensa como un alambre—. Gira aquí.

Hennessy se preguntó si sentiría pena en caso de que Ronan muriera. O ira. O algo. Porque, en aquel preciso instante, no sentía nada. Le daba igual adónde se dirigían. Le daba igual que Ronan muriera antes de llegar. Le daba igual que Bryde perdiera la paciencia y la dejara plantada en el arcén. Le daba igual que Jordan se enfadase con ella por no haberla llamado para contarle cómo le iban las cosas. Nada le parecía especialmente bueno o malo; lo único que la atraía era la idea de dormir, de un sueño vacío, libre del Encaje y de cualquier otra cosa. Un sueño vacío y eterno, sin despertar. Pero no la muerte, porque eso destrozaría la vida de Jordan. No: solo una pausa vacía y sin final. Eso estaría bien, pensó.

—A la izquierda, a la izquierda —indicó Bryde—. Date prisa. Para ahí; tendremos que arreglárnoslas con esto.

Aunque Hennessy no notaba nada que le recordase a la energía ley, obedeció a Bryde. Burrito avanzó a trompicones por un oscuro camino de tierra, que terminaba al pie de un terraplén cubierto de hierba lacia. Al otro lado se atisbaba el reflejo de los faros en un lago o charca.

—Ayúdame a sacarlo —le pidió Bryde.

Ronan, tirado en el asiento y con la cara embadurnada de negro, tenía un aspecto espantoso. Pero lo peor no era el brotanoche, sino la rigidez de sus facciones, su falta de expresión. Era la cara de un muerto.

—¿Qué hago con la gallina? —preguntó Hennessy señalando al cuervo, que era un montoncito de plumas inmóviles.

—Déjala ahí. Tráete la máscara —repuso Bryde.

La máscara… Hennessy no quería ni volver a verla.

—Veo que pretendes soñar con el Encaje —dijo.

—No tenemos tiempo para pataletas —replicó Bryde, y Hennessy se dio cuenta de que jamás lo había visto tan agitado—. Imagina que te hubieras perdido en tu Encaje y que no hubiera nadie que pudiera encontrarte jamás. Ahí es donde está Ronan, metido muy adentro. Aun cuando haya la suficiente energía ley para detener el brotanoche, puede que no logremos traerle de vuelta. ¿Lo entiendes? En el lugar en el que se encuentra ahora mismo, su cuerpo no le sirve para nada. Está flotando más y más y más lejos, como un ovillo que alguien hubiera lanzado al espacio exterior.

—Sigo sin saber para qué me necesitas, amigo.

—Ronan se sentirá más atraído por ti que por mí —respondió Bryde.

—Sería la primera vez en la historia de la humanidad que ocurre algo así.

—Si muere —estalló Bryde—, esta será la última vez que le veas, y todo esto no habrá servido para nada.

Hennessy sacó su máscara.

Estaba soñando con el Encaje.

El Encaje, con su filo quebrado y su odio en ebullición, y entonces…

Hennessy trepaba por la oscuridad.

El Encaje se había disipado. Su desaparición era tan absoluta que resultaba incluso difícil recordar que alguna vez había estado allí.

En su lugar, solo había oscuridad y una luna llena justo encima de Hennessy, mayor que cualquier luna que hubiera visto nunca. Hennessy no podía verle la cara, pero le daba la impresión de que estaba enfadada.

Siguió trepando.

La oscuridad era demasiado espesa para ver por dónde caminaba, pero podía sentir las piedras y los guijarros que resbalaban bajo sus pies.

No estaba sola.

Había alguien que marchaba junto a ella, aunque no pudiera verlo. Sin embargo, sí que oía sus pasos y los ruiditos que hacían las piedras al deslizarse y rebotar por el camino. Su acompañante parecía más ligero que ella, distinto, de algún modo, aunque tal vez el paisaje oculto distorsionara los sonidos de su avance. A Hennessy le daba la impresión de que alternaba saltitos con aleteos, como si se aferrase al terreno con unas garras de ave antes de despegar por un momento. «Pero no puede ser un pájaro —pensó—, porque, si lo fuera, volaría». A no ser que se resignase a avanzar así para hacerle compañía, para semejar más parecido a ella.

Hennessy no sabía adónde se dirigían; solo sabía que debía ir arriba, donde había un poco más de luz. Veía a lo lejos un gris insinuado. No era el amanecer, pero sí su promesa; lo más que podía hacer el amanecer en aquella situación.

Arriba, arriba. Siguieron subiendo. A Hennessy le pesaban las piernas, pero se daba cuenta de que era esencial salir de las tinieblas. Cada vez se adivinaba más luz en la lejanía; incluso le pareció atisbar un rastro desvaído de color rosado en el cielo. Por un momento, creyó distinguir el filo de la roca desnuda por la que estaba trepando.

Un filo desigual, lo bastante serrado para recordarle a…

—Sé que este no es mi sueño —dijo—. Lo sé porque aquí no está…

—No pronuncies ese nombre aquí —la interrumpió su acompañante —. Este sueño no trata de eso. ¿Qué estamos buscando? Eso es lo que importa. No voy a ayudarte a recordarlo.

—A Ronan —dijo ella.

La negrura parecía adherirse a ellos mientras subían. Estaba por todas partes. Brotanoche.

Sí, Hennessy recordaba.

—Puedes conseguirlo —afirmó su acompañante—. No eres distinta cuando sueñas de cuando estás despierta.

La memoria de Hennessy recuperó algo más.

—Creo que Rhiannon Martin no diría lo mismo —replicó—. Tu fe en mí la mató, amigo. ¿Qué tal te sienta pensarlo?

Su compañero siguió avanzando en la oscuridad, sin decir nada. Sus garras rasguñaban el suelo, lo aferraban, se elevaban, se posaban. A Hennessy le vino a la mente Sierra, el cuervo de Ronan.

—Me gustaría soñar que dejo de ser una soñadora, si pudiera —dijo—. Me despertaría libre de ello y me marcharía sin decir adiós.

—Estás insultando la memoria de Rhiannon —respondió Bryde, porque Hennessy ya estaba segura de que aquella era su voz—. Y también insultas lo que estamos tratando de hacer.

Sobre ellos, el cielo se aclaró aún un poco más. Empezaba a adoptar esa intrincada armonía de rosas, dorados, rojos y azules fundidos que poseen los días al romper. Ahora se distinguía con claridad la línea de la cima, el borde escarpado que marcaría el final de la escalada. Recordaba mucho al filo del Encaje, pero Hennessy se guardó de decirlo en voz alta.

—Dices que las líneas ley están cada vez peor —afirmó—. Dices que los sueños van mal. Pero a mí me da lo mismo: para mí las cosas siempre han sido así, y lo siguen siendo. ¿Cuántos soñadores más quieres que acaben muertos por mi culpa?

La luz ya era suficiente para mostrar la silueta de Bryde a su lado, caminando por la pendiente con aire pensativo. Tenía un aspecto extraño, pensó Hennessy. La mayor parte de las personas podían clasificarse fácilmente. «Cómo me recuerda fulanita a no sé quién». «Aquel tipo es ese tipo de persona». «¡Ah, de modo que son así y asá!». Pero Bryde ¿qué era? Bryde: en su bando solo cabía una persona. Si acaso le recordaba a alguien, era a… El pensamiento resbaló fuera de su mente antes de que pudiera atraparlo.

—Pues mejora —replicó Bryde.

—«Mejora», va y dice. Como si fuera tan fácil, pan comido. Eres un mierda, ¿lo sabías? Dime, ¿cuándo has fallado tú en algo?

—Llevas semanas haciendo esto —replicó él—. ¿Sabes cuándo nací yo?

En aquella pregunta había algo peligroso. Hennessy no habría sabido decir si el peligro residía en acertar la respuesta o en no hacerlo.

—Antes de lo que cree Ronan —respondió al fin.

—Así es —asintió Bryde.

Ahora había la luz suficiente para ver que se dirigían hacia un enorme tocón hueco, el resto de un árbol que debía de haber sido gigantesco en vida. De pronto, Hennessy recordó: el tocón estaba vivo. Era el árbol de Virginia Occidental, trasplantado allí. Ilidorin.

—Así es —volvió a decir Bryde, ahora con voz cansada—. Soy más viejo de lo que él imagina.

El árbol brotaba de la roca desnuda y oscura, en el borde de un acantilado que caía sobre un océano salpicado de chispas rosas, naranjas, amarillas, azules. Las aguas tenían un aspecto frío y antiguo, con olas

inaudibles que rompían en un ritmo lento y constante. Los lugares que aún no alcanzaba el sol seguían sumidos en la oscuridad.

«Es muy hermoso», pensó Hennessy con un sentimiento de repulsión. No sabía si lo que la asqueaba era el paisaje o ella misma.

Lo segundo.

—Odiarse a uno mismo es un pasatiempo caro que suelen pagar terceras personas —observó Bryde—. Míralo: ahí está.

Ronan se encontraba metido en el árbol; o, más bien, había un Ronan dentro del árbol. Aquel Ronan iba vestido de negro y estaba hecho un ovillo. Sus brazos se cruzaban en una postura típica del Ronan del mundo real. Sin embargo, este Ronan era viejo; al menos, más viejo que el de la vigilia. Canoso, curtido. Este Ronan había caminado mucho por el mundo. Sus mejillas, bajo la barba de varios días, parecían duras y angulosas. En las comisuras de sus ojos había profundas patas de gallo, rastros de décadas de reír y mirar al sol. Aunque tenía el pelo muy corto, se veía el gris de sus sienes, a juego con el de los cabellos que sombreaban su mandíbula. De uno de sus párpados caía un grueso hilo de brotanoche. Bajo el ojo, dos ratoncitos del tamaño de nueces se afanaban en devorar la sustancia negra ayudándose con sus lenguas y sus diminutas zarpas.

«Viejo. Más viejo de lo que él imagina».

A Hennessy le habría gustado decir algo para romper aquel momento, pero no podía hablar. Estaba tan furiosa, tan enredada en aquel paisaje con un océano desierto, un amanecer distante, un precipicio iluminado, un Ronan de otro tiempo acurrucado en el interior de un árbol antiguo… «¿Por qué tiene que ser así?», se preguntaba una y otra vez. «¿Por qué tiene que ser así?».

Echó de menos a la Hennessy del coche, la que creía que no le importaba nada. Era una gran embustera: en realidad, le importaba todo. Todo.

Cuando los ratoncitos terminaron su tarea, se escabulleron en la oscuridad del interior del agujero. Ronan se quedó inmóvil, protegido por el tocón hueco.

—Vuelve, Ronan —murmuró Bryde—. El brotanoche aún no ha acabado contigo.

Silencio. Solo se oía el rumor casi inaudible de aquel océano lento y antiguo que respiraba allá abajo.

—Ronan Lynch —dijo Hennessy.

Los párpados de Ronan se abrieron.

Eran sus ojos de siempre, de un azul brillante e intenso.

Aquel Ronan joven y viejo al mismo tiempo los miró de hito en hito.

—Se acabaron los juegos —dijo con voz cansada—. Vamos a salvar las líneas ley.

16

A Declan le habían dicho mucho tiempo atrás que, si no sabía lo que quería, jamás lo conseguiría. No se lo había dicho su padre, quien jamás habría dado un consejo tan pragmático ni lo habría formulado de manera tan directa. No: aun cuando Niall Lynch estuviera de acuerdo con aquella moraleja, la habría envuelto en una larga historia trufada de metáforas, magia y acertijos absurdos. Años después, Declan recordaba de vez en cuando alguna de las historias que le había contado su padre y comprendía de pronto que, en realidad, había querido decirle que debía ser riguroso con las cuentas, o lo que fuera que significase la historia en realidad. Niall era incapaz de hablar claro.

No: aquel consejo —«Si no sabes lo que quieres, jamás lo conseguirás»— se lo había dado un senador de Nevada que había conocido durante una excursión escolar a Washington D. C., cuando iba a octavo. A sus compañeros les había aburrido la sobriedad de aquella ciudad de piedra pálida, la monotonía de los edificios administrativos que les mostraban sus profesores. A Declan, sin embargo, le había fascinado. En cierto momento, le había preguntado al senador qué consejo podía dar a alguien que deseara meterse en política.

—Que venga de una familia adinerada —dijo primero el senador. Luego, al ver que todos los alumnos de octavo y sus profesores lo miraban sin reírse, añadió—: Que sepa lo que quiere; si no sabes lo que quieres, jamás lo conseguirás. Hay que marcarse metas.

De modo que Declan marcó sus metas. Su meta era Washington D. C. Su meta era la política. Su meta era estructurar las cosas y luego estructurarlas un poco más, y luego un poco más aún. Empezó a apuntarse a clases optativas de Ciencias Políticas y Gestión Pública. Mientras viajaba con su padre para participar en algún mercado negro, hacía trabajos de clase. Cuando atendía llamadas telefónicas de mafiosos y casas de subastas turbias, aprovechaba para concertar entregas cerca de Washington D. C. y encajaba entrevistas con departamentos de Recursos Humanos entre unas cosas y otras. Sus profesores de la Academia Aglionby, por su parte,

hablaban bien de él a sus contactos y tiraban de los hilos. Declan no tardó mucho en conseguir nombres, números, becas. Su plan marchaba viento en popa. A pesar del inconveniente asesinato de su padre, Declan siguió adelante. El testamento de Niall le legaba una casa en Washington D. C., lo cual le vino muy bien. Así que Declan continuó a lo suyo. Consiguió mantener a sus hermanos con vida; se graduó; se mudó a Washington D. C.

Declan se marcaba metas y luego iba a por ellas.

Cuando almorzó por primera vez con su nuevo jefe, se sorprendió lleno de la misma expectación que había sentido durante aquella excursión en octavo. «Este es el lugar donde ocurren las cosas», pensaba. Al otro lado de la calle estaba la embajada de México. A su espalda se encontraba la sede del Fondo Monetario Internacional. La facultad de Derecho de la Universidad George Washington estaba a una manzana de allí. La Casa Blanca, la sede nacional de Correos, la de la Cruz Roja… Todo se encontraba a un tiro de piedra.

Eso fue antes de que comprendiera que no podía triunfar en aquel sitio. La familia de Declan tenía dinero, sí, pero no era la clase de dinero adecuada. El talento como negociante de Niall Lynch no significaba nada en aquel mundo diurno; el padre de Declan solo gozaba de estatus por la noche. Y era imposible superar aquella desventaja, mientras procuraba ser invisible para proteger a uno de sus hermanos.

En aquel primer día de trabajo, Declan entró en la Galería Renwick y se metió en una instalación temporal que ocupaba todo el segundo piso, alrededor de la gran escalinata. Decenas de miles de hilos negros partían de puntos repartidos por todo el techo. Se enredaban alrededor de la escultura de luces led de Leo Villareal que iluminaba normalmente la sala, impedían que entrase la luz por los altos arcos que festoneaban las paredes, convertían los corredores en oscuras y desconcertantes madrigueras… Los visitantes del museo se veían obligados a avanzar con cautela, por miedo a enredarse en los hilos y derribar el mundo entero en su caída.

Por alguna razón que no pudo explicarse, Declan notó un escozor de lágrimas en las comisuras de los ojos.

Hasta ese momento, no había comprendido que tal vez sus objetivos y lo que deseaba fueran cosas diferentes.

Fue entonces cuando descubrió el arte.

Declan se encontraba en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston, contemplando un cuadro de John Singer Sargent llamado *El jaleo*. La sala —llamada, según los carteles, el Claustro Español— era larga, estrecha y sombreada. En las paredes había azulejos mexicanos de diseños intrincados, interrumpidos aquí y allá por fuentes y piletas de piedra. *El jaleo*, el único cuadro expuesto en la sala, colgaba dentro de una alcoba poco profunda, enmarcada por un arco morisco. Bajo el cuadro había varias vasijas antiguas que, a primera vista, daban la impresión de pertenecer a la escena retratada en el lienzo. Un espejo hábilmente situado en la pared contigua robaba la luz de la entrada y la dirigía con sutileza al cuadro. Gardner había remodelado aquella sala expresamente para exponer en ella *El jaleo*, y todo lo que contenía reforzaba la impresión que producía la obra de Sargent.

Siguiendo la norma según la cual hay que situarse más lejos de un cuadro cuanto más grande sea este, Declan se había detenido a unos cuatro metros del lienzo. Llevaba diez minutos mirándolo sin moverse y podría haberse quedado mirándolo al menos diez minutos más.

Una lágrima le cosquilleó en el ojo.

—En cierta ocasión, un hombre que estaba visitando Florencia sufrió un infarto al ver *El nacimiento de Venus*. ¿Te lo puedes creer? —dijo una voz junto a él—. Aunque lo más normal, en esas circunstancias, es sufrir palpitaciones. A Stendhal le pasaba: según decía, después de ver una obra de arte especialmente conmovedora, era incapaz de andar. Por no hablar de Jung… Cuando ya era viejo, Jung decidió que no podía arriesgarse a visitar Pompeya, porque la impresión de estar rodeado de tanto arte y tanta historia sería tan grande que lo podría matar. También está lo de Jerusalén: en esa ciudad, hay turistas que se envuelven en las sábanas del hotel, ¿sabes? Luego, salen así a la calle para convertirse ellos mismos en obras de arte, en parte de la historia. Es como una fiesta de togas inconsciente y colectiva. En cierta ocasión, una mujer que estaba de visita en la ciudad santa decidió dar a luz al hijo de Dios. Antes de que me lo preguntes, te diré que ni siquiera estaba embarazada. Para que veas las cosas que puede hacer el arte con nosotros… Síndrome de Stendhal, lo llaman, haciendo referencia al chaval de las palpitaciones. Aunque a mí me gusta más su denominación actual: Declan Lynch.

—Hola, Jordan —dijo Declan.

Jordan Hennessy y él se quedaron unos momentos contemplando *El jaleo* en silencio. El cuadro, al mismo tiempo oscuro y luminoso, mostraba

una sala en penumbra en la que se retorcía una bailarina de flamenco. Tras ella, un par de guitarristas se encorvaban sobre sus instrumentos, junto a algunas personas más que daban palmas. Todo en la escena era negro y pardo, salvo el blanco deslumbrante de la bailaora y el encarnado de algunos detalles. Al verlo en persona, era evidente el rigor con el que el artista había retratado a la bailarina y la escasa atención que había dedicado a los músicos y el fondo, haciendo que la mirada del espectador se dirigiera inevitable y únicamente hacia ella. Para alguien que no supiera del tema, podía parecer una obra creada sin gran esfuerzo. (Declan sí que sabía del tema).

—El posible cliente con el que había quedado aquí eres tú, ¿verdad? —dijo Jordan—. Habría debido suponerlo… Buenos días, señor Pozzi de South Boston.

—¿Cuál es la mejor manera de localizar a una falsificadora? Hacer que corra la voz de que quieres comprar una falsificación.

—Lo de Pozzi era un poco obvio, ¿no te parece? —repuso Jordan.

Samuel-Jean Pozzi era el modelo de uno de los retratos más llamativos de Sargent: un glorioso lienzo que mostraba de cuerpo entero a su amigo el doctor Pozzi, un ginecólogo y dandi de renombre que posaba ataviado con una bata de un rojo rabioso. Declan había temido que emplear ese nombre al contactar con Jordan lo delatase, pero, al final, la tentación de mostrar su inteligencia había podido con él.

—No lo adivinaste a la primera, ¿verdad? —dijo Declan mientras alzaba la punta de la bufanda roja que llevaba al cuello—. Me he puesto esto en su honor.

—Rojo cadmio —comentó Jordan—. Levemente tóxico, pero manejable si se tiene cuidado. Antes de que me olvide… —Sin terminar la frase, le ofreció a Declan las llaves del coche que le había robado.

—¿Te acordaste de echarle gasolina prémium?

—Rayos, sabía que se me olvidaba algo. Al menos, he rellenado el depósito del líquido limpiaparabrisas.

—¿Dónde lo has aparcado?

—Esas cosas no se le preguntan a una dama —replicó Jordan con una sonrisa.

Sin más, se acercó al cuadro todo lo que pudo y se inclinó sobre el cordón de seguridad para examinar las pinceladas, tan elegante como una bailarina de Degas. Al comprobar de reojo que Declan la miraba, su sonrisa se ensanchó. Se enderezó, alzó un brazo y se contorsionó en una imitación

perfecta de la bailarina del lienzo. «No hay nada como el sonido de un museo», pensó Declan, y el Gardner no era una excepción: los murmullos de los demás visitantes en el patio adyacente, el eco de los pasos en los corredores, los susurros respetuosos… Jordan Hennessy era una obra de arte delante de otra obra de arte, dentro de una sala que era arte, de un edificio que era arte y de una vida que era arte también. «Solo he venido para recuperar mi coche», se dijo Declan.

El Declan insensato sonrió con satisfacción. El Declan paranoico bufó con desprecio.

Perdió el Declan paranoico.

—Al final, no terminaste mi retrato —dijo con tono desenfadado el Declan insensato—. Dejar colgado así a un cliente es muy poco profesional, ¿no crees?

Jordan asintió.

—Supongo que querrás que te devuelva el adelanto.

—El adelanto no va a tapar el hueco que tengo en la pared.

—Me harían falta varias sesiones de posado. La cosa podría ponerse fea antes de que el cuadro esté terminado del todo.

—Confío en tu experiencia.

Jordan juntó las yemas de los dedos y tamborileó con aire ausente, mirando al infinito.

—Eres consciente de que, al final, no será más que un retrato, ¿verdad? —dijo—. Una copia de tu cara, nada más. Por bien que quede, eso no cambiará: solo será una copia.

—Mi comprensión del arte mejora a ojos vistas —respondió Declan.

Jordan frunció el ceño. O, al menos, dejó de sonreír, lo que en su caso equivalía a fruncir el ceño.

—¿Qué harías si te contase que he descubierto una forma de mantener despiertos a los sueños?

—Esperaría a que terminases de contar el chiste.

—¿Qué me dirías si te asegurase que este cuadro puede evitar que Matthew se duerma, aun cuando le pase algo a Ronan? ¿Si te dijera que está cargado de energía onírica?

Declan no contestó de inmediato porque, en ese momento, entraron en la sala tres visitantes acompañadas de un guía. Las mujeres se quedaron un rato eterno delante del lienzo, admirándolo, haciéndole fotos y preguntando al guía sobre la técnica empleada, antes de salir en tropel hacia la sala siguiente.

Declan las siguió con la mirada para asegurarse de que ya no podían oírlos. Luego miró a Matthew: estaba sentado en un banco del patio, contemplando las flores.

—No te diría nada —respondió al fin—. Me quedaría callado y te escucharía.

Y eso fue lo que hizo, mientras ella apoyaba una mano en su hombro para inclinarse sobre él y musitarle al oído lo que había averiguado sobre los dulcemetales. Jordan le contó en susurros que se había dado cuenta de que eran todos obras de arte, y le dijo que tal vez esa fuera la razón por la que se sentía tan bien en los museos. Que tal vez por eso la atrajera tanto la obra de John Singer Sargent. Que había decidido ir a ver la obra más famosa de ese pintor que había en Boston para comprobar si era un dulcemetal.

—Y lo es —aventuró Declan.

Volvieron a mirar el cuadro. Durante un rato, ninguno dijo nada: los dos se quedaron escuchando el compás de sus respiraciones.

—Si estuvieras en mi lugar —dijo Jordan—, ¿qué harías ahora?

—Robarlo —susurró él.

Ella soltó una carcajada espontánea, y él se esforzó por memorizar su sonido.

—Es una pena que no te atraiga la vida criminal, Pozzi —comentó Jordan—, porque estoy segura de que tienes cualidades innatas. En todo caso, ¿no crees que ya ha habido suficientes robos en este museo?

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Creo… Creo que voy a tratar de averiguar cómo se crean los dulcemetales —respondió ella—. Y luego, si puedo, fabricaré uno.

Miró a Declan a los ojos y él le devolvió la mirada.

Declan notó perfectamente cómo los objetivos que se había marcado años atrás se alejaban aún más de él. De pronto, le parecían absurdos y arbitrarios: los sueños pueriles de un chaval que buscaba estabilidad y pedía su deseo a una estrella que no era tal, sino un satélite.

—Dime que vas a quedarte en Boston —le pidió Jordan.

«Si no sabes lo que quieres, jamás lo conseguirás».

—Voy a quedarme en Boston —afirmó él.

17

«Tal vez esté hecho para esto», se dijo Ronan.

Los tres soñadores estaban sentados hombro con hombro, contemplando la vista de Pensilvania que se extendía muy por debajo de ellos. El viento los azotaba con fuerza. Las sierras y los valles, en la lejanía, parecían hacer sido modelados por unos dedos gigantescos. Un ancho río cruzaba el paisaje de noroeste a sureste. Otro río más pequeño corría de oeste a este, trazando unas curvas tan sinuosas que a Ronan le vino a la mente la serpiente negra que habían encontrado en el museo abandonado. Las granjas eran cortes rectangulares, pegados a masas indómitas de árboles oscuros. Las carreteras eran cabellos blancos que se superponían a todo lo demás, como un amasijo de gusanos parásitos en un plato de comida. Desde aquella altura, los humanos eran invisibles.

—¿Qué sentís? —preguntó Bryde.

«Me siento libre. Atrapado. Vivo. Culpable. Poderoso. Indefenso». Ronan sentía toda clase de cosas, pero no sentía la línea ley.

Hennessy suspiró.

—Para salvar las líneas ley hay que ver el patrón general —explicó Bryde—. Cuando estás metido en él, resulta difícil distinguirlo. Pero los humanos hacen las mismas cosas una y otra vez; no son tan complicados. Si los consideras en conjuntos de dos, son individuos: únicos, diferentes. Si los tomas de media docena en media docena, dos o tres de ellos se parecerán entre sí. Para cuando tengas cien o doscientos, verás tipos que se repiten una y otra vez. Si pones juntos a dos tipos distintos, reaccionarán de un modo dado. Si juntas a esos dos con otro tipo, su reacción se modificará, pero será igualmente predecible. Los humanos se organizan en grupos siguiendo los mismos patrones una y otra vez; luego, se disgregan en grupos más pequeños siguiendo otros patrones que también se repiten. Ciento cincuenta: el número de Dunbar. Esa es la cantidad de semejantes con los que cada humano se puede relacionar, antes de que el sistema empiece a desmoronarse para resurgir de otro modo. Y eso ocurre una vez

tras otra. El baile de los humanos es tan elegante como el mecanismo que mueve a las estrellas, pero ellos no se dan cuenta porque son las estrellas.

Se encontraban a una gran altitud. Sus pies colgaban a miles de metros del suelo: los tres estaban apretados sobre la tabla flotante soñada por Ronan, con las mejillas encendidas por el frío y los pulmones ardiendo por la falta de oxígeno. El viento los agitaba a un lado y a otro; en realidad, solo corrían peligro de caer si se resistían con demasiado ahínco a sus ráfagas. Aunque no estaban dentro de un sueño, se sentían como si lo estuvieran. Por primera vez, Ronan creyó tener un pequeño atisbo de lo que quería decir Bryde cuando afirmaba que no era dos personas diferentes.

—El mundo no humano también se rige por patrones —continuó Bryde—. Mirad las venas de una hoja, las que recorren vuestra mano, las de un árbol, las que forma el oro en las rocas, las de un río en su camino al mar, las que traza un relámpago. Y de nuevo las podemos encontrar, una y otra vez, no solo en lo que vemos, sino también en lo que no vemos. Las corrientes de aire, las partículas, las ondas de sonido. Las líneas ley, también, esas vetas de energía que recorren el pobre y vapuleado mundo que tenemos. Una vez y otra y otra y otra. Todo lo que ocurre es una premonición de todo lo demás. Todo afecta a todo lo demás.

Ronan notó que Hennessy se estremecía. Apoyó su cráneo en el de ella, y Hennessy, por una vez, se dejó caer contra él sin vacilaciones ni sarcasmos.

—No hace falta gran cosa para perturbar esos patrones. Mirad ese río: a lo largo de los años, en sus orillas se ha ido acumulando limo, y eso ha frenado su corriente. Al ir más lento, ha perdido aún más la capacidad para arrastrar el limo, de modo que el agua tiene cada vez menos empuje. Eso permite que se acumule aún más limo, y así sucesivamente. Al tener menos fuerza, el agua ha buscado un camino que rodee el obstáculo, y el cauce se ha torcido. Y así, torciéndose y frenando, torciéndose y frenando, se crean unas curvas tan cerradas que, al final, se convierten en un lago aquí que pasa a ser una charca allá, hasta que el agua termina por colarse en el subsuelo. Eso mismo es lo que ha pasado con las líneas ley.

Ronan casi podía imaginarlo: la energía resplandeciente de las líneas ley destellando en el paisaje de abajo, latiendo debajo de las montañas, escurriéndose en los ríos. En su último sueño, mientras estaba acurrucado dentro de Ilidorin, todo le había parecido evidente y conectado, y aún quedaba un resto de aquella sensación en su interior.

—Poco a poco, las líneas ley se apagan por efecto de la electricidad, las carreteras, la basura, el ruido, el ruido, el ruido, el ruido. —Bryde inspiró profundamente—. Y esa es la razón por la que los soñadores nos vemos obligados a buscar una veta tras otra, mientras las que ya hemos usado se desmoronan a nuestra espalda.

—Entonces, los soñadores no somos más que parásitos —intervino Hennessy—. No somos nada sin las líneas ley.

—¿Acaso es tu cerebro un parásito? —replicó Bryde.

—Sí —respondió Hennessy sin dudar.

—¿Y tus pulmones, tus riñones, tus manos? Tu corazón bombea sangre por todo tu cuerpo. En ausencia de sangre, el organismo entero empieza a fallar. ¿Acaso significa eso que el cerebro es menos importante que la sangre? ¿Está tu mano izquierda sometida a las venas que le proporcionan sustento? Necesitamos la línea ley, y ella nos necesita a nosotros. El mundo nos necesita. Si al final morimos todos… Y estamos muriendo, algunos más rápido que otros… Si perecemos, el resto no podrá resistir. Nuestro declive es un síntoma de una enfermedad mucho mayor.

—¿Y si reparamos las líneas ley? —preguntó Ronan—. ¿Se curaría la enfermedad entonces?

Bryde no contestó de inmediato. Dejó que el viento los bambolease; esa era la manera de resistir sin caerse de la tabla. Adaptarse para no quebrarse.

—Un cuerpo sano puede resistir las enfermedades —dijo por fin—. Convivir con ellas. Un mundo lleno de energía ley puede sustentar a los soñadores y a los soñados incluso en lugares alejados de las líneas ley, del mismo modo en que un cuerpo sano conserva la vitalidad en todas partes, no solo a lo largo de las venas y las arterias. Un cuerpo sano es vital de los pies a la cabeza: cerebro y pulmones, riñones y manos. Si reparamos las líneas ley, los soñadores y los soñados podremos existir donde nos plazca.

Un mundo en el que Matthew pudiera existir, sin más.

Un mundo en el que Ronan pudiera soñar, sin más.

Un mundo en el que cada sueño fuera claro y nítido y fácil de manejar, de forma que jamás se produjeran accidentes o pesadillas.

Ronan anhelaba algo así.

Llevaba tanto tiempo deseando que no ocurrieran cosas, en lugar de desear que sí ocurrieran, que ya ni siquiera se acordaba de cómo era. La esperanza era formidable y terrible a partes iguales. Quemaba.

—Para restaurar las líneas ley, hay que crear una reacción en cadena, como los circuitos que se hacen con fichas de dominó —explicó Bryde—. Si nos ocupamos de cada ficha por separado, jamás lo conseguiremos: las piezas volverán a situarse donde estaban en cuanto les demos la espalda, y nos quedaremos sin tiempo cuando aún estemos muy lejos de lograr nuestro propósito. Para evitar eso, debemos derribar solo fichas cuya caída afecte a muchas otras.

—Buena metáfora —comentó Ronan—. ¿Y qué se supone que son esas fichas?

—Eso ya lo sabes —replicó Bryde con cierto desdén—: son todos los obstáculos que bloquean la energía ley. El ruido humano.

—¿Y a qué te refieres con «derribar fichas»? —preguntó Hennessy—. Por favor, dime que consiste en volar cosas.

—A veces —admitió Bryde—. A menudo.

Hennessy soltó un gruñido de satisfacción.

—¿Y vamos a hacer daño a alguien? —dijo Ronan.

Bryde dudó un segundo antes de contestar.

—No, si logramos crear soluciones matizadas en vez de arrasar con todo. Somos soñadores; si nos lo proponemos, podemos caminar con ligereza.

—¿Cuál es la primera ficha que hay que derribar? —preguntó Ronan.

—Eso no es lo que debemos preguntarnos —replicó Bryde—. Para empezar, plantéate qué es lo último que quieres conseguir y luego crea una trayectoria que te conduzca hasta allí. Quien piensa paso a paso no ve más allá de sus pies. Levantad la mirada. ¿Qué es lo que queremos?

—Salvar las líneas ley.

—Da un paso atrás —repuso Bryde—. ¿Qué hay justo detrás de eso?

Ronan reflexionó un momento.

—Salvar la línea ley de Ilidorin.

—¿Y detrás de eso?

Ronan estaba de nuevo acurrucado dentro de Ilidorin, conectado a todas las cosas.

—La presa —dijo, y notó que un escalofrío lo recorría.

—Eso es —asintió Bryde—. Pero, para conseguir eso, hay que retroceder aún unos pasos más. No tiene sentido eliminar la presa si no liberamos primero los afluentes. ¿Qué sentido tiene conectar el interruptor, si no hay lámparas enchufadas? Lo primero que debemos hacer es apartar los obstáculos que hay en el curso de esta línea ley y de las

adyacentes. La línea de Ilidorin será la primera y la más difícil, pero es una ficha excelente: si la tiramos, tras ella caerán muchas otras. Hennessy, te veo muy callada.

Una fina nube gris se deslizaba entre ellos y el mundo de abajo. Los campos variopintos desaparecían y volvían a aparecer.

—No me necesitas para nada —respondió ella.

—No me digas qué necesito o qué dejo de necesitar —replicó Bryde.

—Antes no fui capaz de hacer nada útil. No pude soñar un arma, porque no había nadie que me llevase de la manita. Ronan puede hacer todo lo que hago yo y muchas otras cosas. Déjame ir, Bryde.

Bryde no dijo: «¿Y qué pasa con el Encaje?», porque jamás hablaba del Encaje en voz alta a no ser que se viese obligado a hacerlo. Se quedó en silencio un rato largo y al final afirmó:

—No te voy a obligar.

Pero Ronan sí que estaba dispuesto a hacerlo.

—Deja de mirarte el ombligo, princesa —gruñó.

—¿Cómo? —contestó Hennessy, atónita.

—Si quieres dedicarte a algo más fácil, dilo y ya está, pero no te escaquees en plan melodramático. ¡Oh, pobre de mí! ¡Han matado a mi familia, no lo puedo soportar! ¡Por favor, suplicad que me quede y haced que me sienta bien!

Hennessy se retorció todo lo que pudo para mirarlo fijamente.

—Eres un capullo —dijo.

Ronan le devolvió una sonrisa malévola. Había saltado al modo cruel sin querer, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Te salvé la vida. Me debes una —contestó.

—Yo también te salvé a ti —replicó Hennessy—. Se llama «estar en paz».

—¿Te apetece contarle a Jordan que te has rendido? —Ronan no podía evitarlo: las palabras salían de su boca como un chorro de ácido—. ¿Vas a volver a ponerte el cronómetro para vivir en tramos de veinte minutos, en un estado de depresión de sueño, o de privación, o de como se llame? Eh, Jordan, las chicas murieron para nada, ¿me puedo quedar contigo esta noche? Gracias.

Aunque Hennessy seguía impertérrita, Ronan vio cómo tragaba saliva. Las rosas tatuadas en su garganta se agitaron de forma casi imperceptible.

—¿Y qué pasa cuando saque al Encaje y me cargue el mundo?

—No vamos a permitir que eso ocurra —intervino Bryde.

—Pero es que ya ha ocurrido, chaval —replicó Hennessy—. La única razón por la que no salió más parte del Encaje es que no había suficiente energía ley, ¿verdad? De hecho, conseguí traer aquí el Encaje y, al mismo tiempo, estuve a punto de rematar al amigo Ronan. Me ocupé de varias cosas a la vez, en plan madre.

Estaba a punto de abandonarlos, Ronan podía sentirlo. Todo en Hennessy hablaba de rendición. ¿Podrían lograr su objetivo sin ella? Probablemente. Quizá. Pero, por alguna razón, la idea de salvar las líneas ley sin nadie más que Bryde a su lado le resultaba espantosa. Espantosa como una tempestad. Espantosa, espeluznante. Ronan no podía ni siquiera considerar la idea con detenimiento, porque el mero hecho de hacerlo le daba ganas de tirarse de la tabla para ver lo que pasaba. ¿Qué era lo real? ¿Caer? ¿Morir? ¿Volar? Estaban flotando a más de trescientos metros del suelo. ¿Eso era real? En un sueño, tirarse no tendría ninguna consecuencia.

A Ronan le asustaba tanto sentir aquel impulso como la idea de salvar las líneas ley sin nadie más que Bryde a su lado.

—En todo caso, ¿qué más os da a vosotros que yo esté o no? —preguntó Hennessy—. Quiero la verdad, no más gilipolleces.

Ronan sintió el impulso de vomitar más ácido, pero lo contuvo. Contempló cómo planeaba su cuervo bajo ellos, entrando y saliendo de las nubes.

Cuando contestó, su voz apenas era más audible que el viento.

—No lo sé —confesó—. Me importa y ya está.

No era una buena respuesta, pero era la verdad.

—Vale —repuso Hennessy—. Vosotros mismos. Pero luego no digáis que no os avisé.

El corazón de Ronan se aceleró. Era como el subidón que le provocaba sacar la máscara, cuando sabía que estaban a punto de soñar, solo que mucho más potente. Iban a cambiar el mundo. Iban a cambiar sus mundos. No había marcha atrás. ¿De veras iba a hacerlo? Sí, seguramente. ¿Para qué estaba hecho Ronan, si no era para eso?

—En ese caso —dijo Bryde—, comenzaremos donde yo lo dejé.

18

Jordan no lograba imaginar la sensación de ser una gran artista.

La gente se pasaba la vida diciéndole que era una artista excepcional. Ahogaban exclamaciones de asombro al ver lo poco que tardaba en hacer retratos a carboncillo, al descubrir la facilidad con la que mezclaba pigmentos y la confianza de sus pinceladas. En realidad, Jordan comprendía por qué se lo decían: sabía que sus lienzos eran impactantes, que su dominio de la técnica era notable para su edad, que poseía una capacidad poco frecuente para reproducir con rapidez lo que tenía ante los ojos.

Pero lo que hacía era imitar el genio de otros artistas.

No es que la genialidad estuviera fuera de su alcance. Era posible (probable, incluso) que Jordan fuera un genio en potencia. Comprendía de manera instintiva los principios teóricos del arte. Sabía cómo conducir la mirada del espectador por el cuadro justo de la forma en que deseaba. Sabía sustraer y añadir elementos para hacer que los ojos se detuvieran en un punto o lo pasaran por alto. Sabía qué colores usar para dar calidez a un objeto y acercarlo, y cuáles aplicar para enfriar otro objeto de forma que se confundiera con el fondo. Sabía cómo reproducir el reflejo de la luz en el cristal, en los metales, en la hierba, en los tejidos. Sabía qué pigmentos eran fluidos y cuáles espesos, cuánta trementina añadir para obtener una pincelada con la textura deseada, qué problemas podían solucionarse con una capa de barniz y cuáles no. Conocía los vericuetos matemáticos y científicos que permitían que el arte y la emoción cuajaran en un buen cuadro. Jordan tenía todos los requisitos previos para convertirse en una gran artista.

Pero no era una gran artista. En lugar de eso, era una gran artesana.

Ver en directo obras como *El jaleo* o *Jordan de blanco* no hacía más que confirmar aquella impresión. Aquellos cuadros no eran excelentes por su perfección técnica, sino por algo distinto. Algo más. Jordan no estaba segura de que ese algo tuviera un nombre —¿dulcemetal, quizá?—. Sin

embargo, sí estaba segura de que aquellas obras contenían una forma de ver el mundo que nadie había sabido encontrar antes de ellas.

Eso era el genio.

Jordan lo sabía con todas las partículas de su ser. Mientras falsificaba un Edward Lear, un Henry Ossawa Tanner, un Frederic Remington, una Georgia O'Keefe o un Homer, lo sabía. Cada vez que ejecutaba una de aquellas falsificaciones se cubría con su capa de genialidad durante un rato, pero eso no la convertía en un genio. La brecha entre lo que hacía ella y lo que habían hecho aquellos pintores era enorme. Antes de conocer a Ronan, Jordan creía que aquello no cambiaría jamás; que su tiempo se agotaría mucho antes de que pudiera comprobar hasta dónde era capaz de llegar. Pero ahora se encontraba en Boston, y su corazón seguía latiendo y sus ojos continuaban abiertos. Con un dulcemetal en sus manos, tal vez Jordan pudiera obtener más tiempo del que jamás se había atrevido a esperar.

Jordan no era una gran artista. Pero, por primera vez en su vida, pensaba que tenía la oportunidad de comprobar si podría llegar a serlo.

—Gracias por la ayuda —dijo Jordan.

—De nada —contestó Matthew Lynch—. Gracias por pagarme la salchicha rebozada.

—¿Es eso lo que estás comiendo? A primera vista me había parecido un calcetín.

Matthew se frotó la barriga con una mano mientras, con la otra, levantaba la enorme bolsa de loneta que llevaba al hombro.

—Nunca se tienen demasiados calcetines. Al menos, eso es lo que dice Deklo.

Las ventajas de haber contratado al menor de los hermanos Lynch como ayudante eran múltiples. En primer lugar, a Jordan le venía bien disponer de un par de manos extra; no solo era agradable tener al lado a alguien que moviera los focos o colocase el pelo a los modelos, sino que, además, los clientes pagaban mejor a los artistas con ayudante. Como daba la impresión de que serían más caros, podían cobrar más, en una de esas profecías autocumplidas tan comunes. En segundo lugar, Declan Lynch le había pedido que le echase un ojo a Matthew mientras él se ocupaba de unos asuntos —presumiblemente arriesgados y de legalidad dudosa—, y a Jordan le gustaba la idea de hacerle un favor para agradecer que se hubiera

acercado a Boston. Por último, Jordan había comprendido enseguida que Matthew Lynch funcionaba un poco como un dulcemetal, pero para humanos. Todo el mundo lo adoraba. No sabían por qué lo hacían, pero así era: en cuanto lo conocían, le tomaban un cariño profundo, sencillo, franco. A Jordan le parecía una suerte contar con algo así en su trabajo.

—Cuando lleguemos, me dirás lo que tengo que hacer, ¿verdad? —dijo Matthew.

—Eso es —asintió Jordan—. La cosa es transmitirles buen rollo; queremos que terminen con la impresión de haber pasado un rato agradable. Si quedan contentos con nosotros, se lo contarán a sus amigos; y la gente que vive en sitios como este tiene amigos…

—¿… con símbolos de dólar en lugar de ojos? —completó Matthew—. Ay, no, espera: la de los símbolos de dólar deberías ser tú, que eres quien va a cobrar. ¿O prefieres libras esterlinas? ¿Cuál es el símbolo de la libra?

Mientras Matthew seguía con su monólogo, Jordan envió un mensaje a su clienta para informarle de que se encontraba delante de su casa. Era una fachada impresionante, con una portada de piedra que los doblaba en altura: una antigua iglesia de Boston reconvertida para crear cuatro enormes apartamentos de lujo, cada uno del tamaño de una gran casa unifamiliar. Junto a la acera había aparcados varios coches caros y elegantes. Una niñera salió del portal y los observó con desconfianza, mientras avanzaba empujando un carrito. Matthew saludó con la mano a una niña que caminaba detrás de la cuidadora, y la niña le respondió del mismo modo.

Se oyó el zumbido del portero automático y la puerta se abrió.

La mujer que había al otro lado del umbral parecía tan cara y elegante como los coches de enfrente. Su sonrisa, sin embargo, era gratis y abundante.

—¡Hola! Soy Sherry —saludó—. Jordan Hennessy, ¿verdad?

Jordan le devolvió la sonrisa.

—Sí, y este es Matthew, mi ayudante. ¡Qué lugar tan bonito!

—A mi marido y a mí nos encanta, sí. Este aroma a contrición que flota aún… Entrad, entrad.

Los dos la obedecieron. Jordan había ido allí por una mezcla de negocios y placer, o más bien por una mezcla de motivos profesionales y personales. Hasta donde Sherry sabía, la visita de Jordan tenía como objeto hacer unas fotos de referencia para un encargo un tanto especial. Pero, además, las pesquisas de Jordan indicaban que tal vez Sherry y Donald, su

marido, hubieran adquirido tiempo atrás un dulcemetal en una de las subastas de Boudicca. El «tal vez» se debía a que Jordan no estaba segura de que el lote del que provenía la obra estuviera compuesto de dulcemetales; lo único que sabía era que se trataba de un conjunto de piezas tan ecléctico como el que acababa de ver en la bodega y que había alcanzado unos precios astronómicos. También sabía que el proceso había sido extremadamente discreto, mucho más de lo que cabría esperar de un lote en el que había armazones de cama, lámparas y fotografías artísticas de autores por consagrar. Incluso para averiguar esos datos, había tenido que maniobrar y tirar de todos los hilos a su alcance. En el fondo, le parecía exagerado haber gastado tantas horas en perseguir la posibilidad de ver algo que tal vez fuera un dulcemetal, pero quería comprobar si tenía algo en común con *El jaleo* y los demás dulcemetales que había visto hasta el momento. El que buscaba ahora era una foto, lo cual, al menos, lo diferenciaba de los otros. Y, en todo caso, no tenía ninguna otra pista de la que tirar.

El interior del piso era moderno y minimalista. Los dueños habían aprovechado los altísimos techos de la antigua iglesia para colocar aquí y allá esculturas altas y sinuosas, iluminadas por luces nítidas que colgaban sobre ellas. Aunque no era el estilo de Jordan, apreciaba la elegancia del conjunto. A Declan, supuso, lo habría vuelto loco; era como una versión más adulta, cara y específica de su casa de la ciudad, combinada con los cuadros abstractos que tenía escondidos en el desván.

—Sé que es un poco cursi —dijo Sherry—. Me refiero al encargo que quiero hacerte. Pero es una idea que me entusiasma desde que era niña. Y como yo ya soy mayor para esas cosas, ahora que Harlow ha crecido un poco, me he dicho: «Ya está, vamos a hacerlo. Voy a animarme antes de que sea demasiado tarde o de que Donald me haga cambiar de idea».

—Hay una larga tradición de cosas como esa —repuso Jordan—, de modo que estás en buena compañía. Aunque nunca hubiera adivinado que elegirías a John White Alexander; no me pega con tu estilo.

Sherry recorrió el salón con la mirada.

—Ah, es que este es el estilo de Donald. Yo me reservé la biblioteca y el dormitorio, y él decoró el salón y el comedor. Hicimos un tratado de paz para repartirnos los territorios.

—Ajá, comprendo —asintió Jordan mientras Sherry los conducía a la biblioteca.

Aquella estancia sí que respondía a lo que ella hubiera esperado de una clienta que le encargaba falsificar un John White Alexander —un contemporáneo de John Sargent, pero con un estilo más tradicional y afectado—. Las estanterías de madera oscura llegaban hasta el techo, y había un macizo escritorio con una lámpara de mesa de Tiffany. Aquí y allá se veían hornacinas con historiadas figurillas de bronce, y en el suelo había una alfombra tejida a mano, tan raída que debía de haber costado una fortuna. Entre dos estanterías había un hueco del tamaño justo para colocar una versión de John Alexander White ejecutada por Jordan Hennessy.

—Qué bonito —comentó.

—Gracias —contestó Sherry sin mirarla, con los ojos clavados en la pantalla de su móvil. Frunció el ceño—. Siento mucho hacerte perder el tiempo, pero parece que la niñera no está leyendo mis mensajes. Ni siquiera tenía que venir hoy, pero se confundió y yo le dije que ya se quedase y, por supuesto, ha tenido que sacar a los niños de paseo. Tendré que ir a buscarla antes de que se le ocurra llevarlos al acuario, o algo así. ¿Os importa esperar un minuto? Servíos café si queréis; acabo de poner en marcha una cafetera en la cocina. Seguid vuestro olfato… La cocina está allá al fondo.

Cuando Jordan y Matthew se quedaron solos, fueron a por el café de inmediato. La cocina, muy estilosa, parecía no hacer sido estrenada, salvo por los electrodomésticos que había en la encimera: cafetera, batidora, panera.

—Este café me da miedo —se quejó Matthew.

—Es muy fino —replicó Jordan.

—Aquí todo es muy fino. ¿Qué quería decir esa mujer cuando hablaba del encargo? ¿Por qué piensa que va a ser cursi ya antes de que lo empieces?

—Ah, pues porque no es un original —explicó Jordan, mientras iba de armario en armario abriendo sus puertas—. La cosa es que no quiere un cuadro mío, ¿comprendes? Quiere uno de John White Alexander, pero el pobre está muerto y eso no es bueno para el negocio. De modo que me ha contratado a mí para que ponga a su hija pequeña en uno de los cuadros de ese pintor.

Sherry, que había encontrado a Jordan por medio del boca a boca convencional, le había encargado uno de los tipos de falsificación más comunes y menos emocionantes que Jordan realizaba: reproducir un

retrato famoso, cambiando los rostros de los modelos originales por los de los clientes. Al menos, Sherry, que tenía sentido del gusto, le había pedido que retratase a su hijita al estilo de *Repose* o de *Alethea*, dos cuadros de Alexander lo bastante elegantes y poco conocidos para que el encargo pareciera un homenaje y no una horterada. Últimamente, Jordan trataba de evitar a los clientes que le pedían que pusiera su cara a la Venus de Botticelli.

—Ah, como si hicieras Photoshop —asintió Matthew—. Ay, no, perdón, perdón. Eso ha sonado muy borde, ¿verdad? No quería decir que…

Jordan se echó a reír; Matthew no podía sonar borde aun cuando se lo propusiera.

—Por ahí va la cosa, sí. Yo no hago copias directas, y eso me distingue de las demás personas que se dedican a estas cosas. Lo que quieren mis clientes es que pinte el cuadro que pintaría Alexander si estuviera vivo, no que haga una fotocopia. Que emplee su paleta de colores, sus pinceladas y su sentido de la composición, y les sume mi cerebro y la cara de su hija para obtener un cuadro nuevo.

—Parece difícil.

—No lo es. Bueno, ya no. Ahora es mi trabajo, simplemente.

Jordan terminó de un trago el café selecto que les había hecho su anfitriona y se alejó de la nívea encimera para echar un vistazo a las paredes del salón. No había ni una foto, y Jordan se preguntó si el dulcemetal se encontraría dentro de la casa. Desde luego, no lo percibía; no le ocurría como con *El jaleo*, que una parte profunda de sí misma podía detectar antes de verlo. Alguien, no sabía si Barbara o Fisher, había dicho que los dulcemetales acababan por gastarse. Quizá ese fuera el caso.

—Mola —respondió Matthew, que miraba de reojo a Jordan cada vez que creía que ella no le veía. Parecía intrigado—. Mola mucho más que los trabajos de los otros amigos de Declan.

—Ah, ¿tiene otros amigos? —replicó Jordan, con la boca curvada en una sonrisa. Dudaba mucho de ello; para tener amigos se requería sinceridad, una cualidad de la que Declan no andaba sobrado—. ¿Y a qué se dedican?

—A rollos de números. Y a la política. Llevan corbata. Tienen pelos por aquí. —Hizo un gesto vago que abarcaba la zona de la cara en la que crecía la barba—. Cosas de Declan.

Jordan, sorprendida, se dio cuenta de que Matthew creía que su hermano mayor era el tipo neutro y aburrido que mostraba al mundo. Eso quería decir que Declan había mantenido el personaje incluso dentro de casa.

—¿Vas al instituto, Matthew?

El rostro resplandeciente y despreocupado del chico se crispó por un momento, y su mirada se perdió en la lejanía. Aquella era una expresión muy distinta de la de antes. «Le ha debido de ocurrir algo malo en el instituto —dedujo Jordan—. Algo que…».

Oh, no. Algo no marchaba bien.

A Jordan le dio la impresión de que su mente se escapaba por uno de los altos ventanales y se perdía en el cielo. Veía nubes, alas, pájaros, ramas…

Se obligó a regresar al presente. Hacía tiempo que no sufría ninguno de aquellos episodios de ensoñación. «No importa», se dijo. No eran gran cosa. Podía sobreponerse. Ya lo había hecho antes y volvería a hacerlo. La gente solo se daba cuenta de que le pasaba algo raro si el ataque era especialmente fuerte.

Ufff. Ahí venía otra oleada.

Ante sus ojos pasaban destellos de imágenes, escenas de otros tiempos y otros lugares. ¿Reales? ¿Irreales? ¿Pasados? ¿Futuros? Jordan no lo sabía. Le resultaba difícil encontrarles un sentido, y más difícil aún recordar que debía encontrárselo.

Solo le hizo falta un vistazo para comprender que Matthew estaba igual que ella. Había dejado su café en una mesa y caminaba muy despacio hacia la puerta de la sala, sacudiendo levemente la cabeza.

Vaya par… Los dos estaban cayendo en picado. Cuando Sherry volviera con su hija, los encontraría a los dos tirados como borrachos sobre los sofás, completamente idos. Y aquella perspectiva, que ya sería lo bastante preocupante con cualquier cliente, lo era aún más con una clienta que conocía lo que eran los dulcemetales y las personas que los necesitaban.

«Un segundo —se dijo Jordan—. El dulcemetal. ¡Claro!».

Se levantó de una silla en la que no recordaba haberse sentado y trató de percibir algo, de notarlo. Si había un dulcemetal dentro de aquella casa, seguramente sería capaz de devolverlos a su ser hasta que la línea ley se recobrase. Por un momento, le pareció sentir un leve rastro.

—Ven conmigo —le dijo a Matthew mientras le tiraba del brazo—. Céntrate, si puedes. ¡Vamos!

Los dos recorrieron el apartamento tan veloz y silenciosamente como pudieron. Ahí estaba otra vez la biblioteca; habían dado la vuelta sin darse cuenta. La habitación de los niños. Un baño, un armario, un estudio. Espejos, obras de arte, libros. Era difícil recordar lo que ya habían visto. Ni siquiera era fácil recordar qué estaban viendo en cada momento.

«Ay, por fin». Allí estaba.

Jordan había sentido el dulcemetal nada más pasar ante la puerta. Entrar en la habitación fue como entrar de nuevo en la realidad.

Se encontraban en un dormitorio monumental, una *suite*. El dulcemetal, estuviera donde estuviese, poseía la fuerza suficiente para dar a su mirada una claridad dramática. Todos los detalles estaban realzados: cada puntada del edredón, cada voluta de los postes labrados de la cama, cada pliegue en el terciopelo de las cortinas.

Jordan y Matthew suspiraron de alivio al mismo tiempo, mientras se dejaban caer en los extremos de un diván que había en la salita de la *suite*. Lentamente, los dos se reiniciaron.

Jordan vio el proceso reflejado en la cara del hermano menor de Declan: la confusión que se convertía en alivio que se convertía en frustración que por fin desembocaba en la normalidad. Le vino a la mente el triste recuerdo de las otras chicas: había pasado por lo mismo junto a ellas cada vez que Hennessy estaba demasiado tiempo sin soñar o que la línea ley flojeaba. ¿Qué estaba ocurriendo ahora? Averiguarlo no era fácil. Hennessy no había conseguido ponerse aún en contacto con Jordan.

—Antes no sabía qué era lo que me pasaba —dijo Matthew—. Hablo de cuando aún no lo sabía. No me daba cuenta de que se debía a que yo era un sueño. Nunca había visto a nadie a quien le ocurriera también… A nadie humano, digo. Ay, perdona, no quería meterme contigo, me refería a…

—Sé a qué te referías: a nadie que no fuese uno de los seres de Ronan, a ninguna persona. Yo tampoco había visto a ningún animal pasar por esto hasta que vi a su cuervo, así que estamos iguales.

Matthew se quedó con la vista fija en el suelo, mordiéndose el labio con gesto pensativo, y Jordan aprovechó para fisgar por el dormitorio hasta que encontró el dulcemetal. Estaba metido debajo de la cama, seguramente porque su estilo no cuadraba con la decoración de la estancia. Era una fotografía en blanco y negro de una cafetería. Frente a ella, un hombre

muy flaco que llevaba polainas observaba algo que quedaba fuera del encuadre. Jordan sentía claramente que era un dulcemetal, pero no habría sabido explicar por qué. Era como el paisaje que había visto en la fiesta de Boudicca: en aquel momento no había sabido por qué la atraía ese cuadro, del mismo modo en que no sabía por qué la atraía esa foto. La empujó de nuevo debajo de la cama, donde la había encontrado.

—Creo que Ronan me soñó para que fuera idiota —dijo Matthew—. Creo que soy más tonto que casi todo el mundo. Es que no soy capaz de pensar mucho… En realidad, no soy capaz de pensar.

—A mí me pareces muy normal.

—Tú supiste que tenías que buscar esa cosa debajo de la cama. Yo estaba dando vueltas a lo bobo.

—A lo mejor es que yo soy muy inteligente.

—¿Porque te soñaron para que lo fueses?

—No: porque Hennessy lo es y porque tomo un suplemento de vitaminas todos los días.

—Yo qué sé —resopló Matthew, que parecía decepcionado.

—No creo que Ronan soñase un hermano tonto —afirmó Jordan.

Pero la observación de Matthew le había recordado que ella carecía de todo recuerdo de Jota. Aunque siempre se había considerado idéntica a Hennessy, aparte del asunto de los sueños, ahora veía claramente que no lo era. Y, aunque no pensaba que Ronan hubiese soñado un hermano tonto, quizá sí que lo hubiese soñado de forma que fuera adorable. Tal vez Hennessy la hubiera soñado a ella sin esos recuerdos a propósito.

—¡Ah, aquí estáis! —exclamó Sherry.

Llevaba de la mano a la niña que había saludado Matthew un rato antes. Tras ellos, en el pasillo y con un bebé en brazos, estaba la niñera suspicaz.

—Disculpa que nos hayamos metido aquí —dijo Jordan.

—Es que yo tenía que hacer pis —explicó Matthew con una risita y, como Matthew era Matthew, Sherry se echó a reír con él. Jordan cada vez estaba más convencida de que aquel chico era mucho menos ingenuo de lo que él mismo creía; en el fondo, era una impostura perfecta.

—Y mientras buscábamos el baño, vimos este diván —continuó Jordan, señalando el mueble en el que aún estaba sentado Matthew—, y me di cuenta de que es justo lo que estábamos buscando. Además, la luz que entra por esta ventana ayudará muchísimo al encuadre. Tienes muy buen ojo, Sherry.

Ella pareció iluminarse.

—¡Lo compré el año pasado! Enseguida pensé que era muy especial… Me alegra que te guste.

Habían logrado salir del paso.

Jordan y Matthew se pusieron manos a la obra. Matthew fue a buscar la bolsa de loneta y, al abrirla, soltó tal exclamación de asombro al ver los vaporosos trajes de época que contenía que Sherry y su hija se echaron a reír a carcajadas. Jordan colocó a la niña en distintas posturas y empezó a sacarle fotos de referencia, mientras Matthew le contaba chistes a Sherry. Al cabo de un rato, Sherry estaba tan animada que Jordan la convenció de que se probase uno de los trajes y posara en el diván junto a su hija. El retrato individual se convirtió en doble, lo que aumentó la tarifa en un treinta por ciento e hizo el encargo mucho más interesante.

«Matthew y yo formamos un buen equipo», se dijo Jordan mientras guardaba el anticipo de Sherry y recogía todo para marcharse de la antigua iglesia.

Ya en la acera, sacó varios billetes, los dobló y se los tendió a Matthew.

—¿Esto lo haces por compasión? —preguntó él con aire suspicaz.

—¿Qué quiere decir eso?

—No sé, para hacerme sentir como si fuera un adulto.

—Has cumplido tu trabajo y yo te estoy pagando por ello. No te comas la cabeza. Ya sé que es una afición que tenéis los hermanos Lynch, pero intenta evitarlo si puedes.

Él suspiró.

—Vale, pues gracias. También por lo de antes.

A Jordan le vino a la mente la ensoñación de hacía un rato. Ya había olvidado lo severos, lo repentinos que podían ser aquellos ataques. Había olvidado que, durante uno de ellos, Declan había deducido que ella era un sueño. Había olvidado que, en aquel momento, supo por qué eso lo alejaría de ella: porque a nadie le gustaba ser el último que se quedaba despierto.

En condiciones normales, un episodio como aquel habría agriado el humor de Jordan durante el resto de la jornada. Sin embargo, se sorprendió al darse cuenta de que seguía tan animada como el día anterior. Por eso había ido a Boston; por eso se dedicaba a rebuscar bajo la cama de unos extraños; por eso había vuelto a comprar una entrada para ir al Museo Gardner. Porque estaba decidida a conseguir un dulcemetal, a mantenerse despierta. Al menos, el tiempo suficiente para llegar a ser una gran artista.

19

Ronan Lynch aún recordaba el mejor sueño que había tenido en su vida. Era un sueño antiguo, de hacía dos años o algo menos. En la línea divisoria del antes y el después que marcaba la muerte de su padre, había ocurrido *después*. También era *después* de la muerte de su madre. Pero *antes* de Harvard. *Antes* de Bryde.

Para cuando apareció aquel sueño, Ronan ya tenía una larga lista de buenos sueños. La mayor parte eran de *antes*, y casi todos, como es habitual en los sueños agradables, trataban de deseos cumplidos. Los había normales, de esos en los que el deseo consistía en una posesión valiosa: por ejemplo, abrir la puerta de un dormitorio y descubrir que en lugar del colchón había un carísimo sistema de sonido de última generación. Los había que le concedían habilidades imposibles: volar, correr a una velocidad de vértigo, saltar muy lejos, dar puñetazos que noqueaban a los intrusos hasta el año siguiente… La lista también contenía sueños sexuales, siempre y cuando los compañeros fuesen los adecuados (si no, podían deslizarse con facilidad al terreno de las pesadillas). Abundaban los lugares de belleza irreal: islas verdes y rocosas, lagos de aguas cristalinas, campos cuajados de flores…

Y, por supuesto, también estaban los sueños en los que Ronan recuperaba a su familia.

—¿Qué harías si un día, sin querer, trajeras de vuelta a tu madre? —le había preguntado Adam una tarde, antes de marcharse a Harvard—. Si te despertaras junto a otra Aurora, ¿la conservarías?

—No estoy de humor para comeduras de tarro —respondió Ronan.

—Pero has tenido que pensar en ello alguna vez, ¿no?

Por supuesto que lo había pensado. Las implicaciones éticas de reemplazar a su padre estaban muy claras —duplicar una persona real era algo *très mauvais*—, pero Aurora ya era un sueño para empezar, y eso enturbiaba mucho el asunto. A Ronan no le habría satisfecho una copia soñada de ella, pero tal vez a Matthew sí. ¿Podría terminar Ronan con la crisis de su hermano ofreciéndole otra madre? ¿Aliviaría eso la presión que

suponía para Declan criar a su hermano menor? Si lo hacía, ¿estaría faltando a la memoria de su auténtica madre, a pesar de que había sido soñada desde el principio? ¿Y si lo hacía mal? ¿Y si extraía de su sueño una copia idéntica en todo, salvo en algo crucial? Por ejemplo, una Aurora que no quisiera a Matthew. Una Aurora que no envejeciese. Una Aurora que envejeciese demasiado deprisa. Una Aurora aficionada a comer carne humana. ¿Y si, y si, y si?

—No, no lo he pensado —respondió. No le gustaba mentir, y menos a Adam, pero quería cortar aquella conversación.

—¿Y si sacaras de un sueño a otro Adam? ¿Qué harías con el de repuesto? —le presionó Adam.

Sonaba simplemente curioso, despreocupado. No era una persona impresionable y, en todo caso, para él aquello solo era un dilema teórico. Al fin y al cabo, sus sueños jamás producirían un segundo Ronan.

Pero los de Ronan sí que podían hacer algo así. Ronan había pasado más de una noche de insomnio dando vueltas al tema, preguntándose si de verdad sería capaz de matar a un ser soñado cuya compañía no desease. Por supuesto, había aprendido a matar dentro de los sueños. En el preciso instante en que se dio cuenta de que no controlaba bien lo que extraía, empezó a eliminar todo lo que se le ponía por delante y, a menudo, se había despertado rodeado de cadáveres. Pero matar un ser soñado en la vigilia, acabar con él cuando ya se había hecho real… Aquello le parecía una línea roja.

—No va a ocurrir —replicó—, así que no merece la pena darle vueltas.

—Pues yo creo que deberías asumir que alguna vez ocurrirá y trazar una estrategia para cuando llegue el momento —afirmó Adam.

—No va a ocurrir —repitió Ronan.

Pero la idea se había instalado en un rincón de su mente, de modo que ahora, para que un sueño entrase en la lista de sueños excelentes, no podía haber nadie más dentro de él. Ronan no podía arriesgarse a crear más Matthews. Ni más Auroras. Ni siquiera más seres como Opal, aquella niñita que tenía un poco más de criatura salvaje que de humana. Era una carga demasiado pesada.

En todo caso, esto era lo que ocurría en el mejor sueño que había tenido nunca: Ronan estaba en un coche. Era un coche precioso, tanto por su apariencia —capó largo y reluciente, ruedas igual de relucientes, faros de mirada desafiante sobre una rejilla de radiador mate y aguzada— como por su sonido —un resuello poderoso en el motor, un gruñido urgente en el

tubo de escape—. Cada detalle que Ronan descubría en él era puro arte: metal y madera, huesos y ramas de enredadera. Era uno de esos objetos soñados que no terminaban de encajar en la lógica de la vigilia.

Cuando el sueño empezó, el coche ya estaba en marcha. Ronan iba al volante. Podía ver su cara en el espejo retrovisor. El Ronan reflejado era mayor, con la mandíbula más cuadrada y poblada de vello. Iba vestido con algo chulo de cuero.

Ronan no sabía de dónde venía; al sueño no le interesaba ese detalle. Al sueño solo le interesaba adónde se dirigía el coche. Y en ese momento, se dirigía directamente hacia una valla de metal que atravesó. Avanzó derribando cajas de cartón, recipientes de plástico y juguetes. Pasó sobre otro coche pequeño que estaba en mitad de la calzada, y sus ruedas desintegraron el parabrisas trasero al pasar sobre él. Traspasó el cartel de una tienda de colchones. Reventó un muñeco de nieve hinchable que había delante de otra tienda. Rozó una valla publicitaria, que cayó con estruendo a su paso.

Hizo caer paradas de autobús y semáforos, señales de tráfico y buzones.

En aquel sueño, Ronan estaba solo, de modo que no se oían gritos. No había ningún herido, nadie a quien sacar del sueño sin querer. Solo existía el aullido del motor, los golpes secos del parachoques, los crujidos apocalípticos de los neumáticos. De los altavoces tallados brotaba música rítmica. El sueño entero podía oírla.

Al fin, Ronan se vio avanzando a toda velocidad hacia un vehículo idéntico, con otro Ronan al volante. Tardó un momento en comprender que no era un coche de verdad, sino la fachada forrada de espejo de un club nocturno. La música que salía de dentro ahogaba todos los demás sonidos. Era el tipo de música que Ronan escuchaba sin parar cuando iba a la academia Aglionby y que le hacía sentir como si de verdad fuera distinto a todo el mundo. Y no por ser gay, ni porque su padre hubiera muerto asesinado, ni porque pudiera sacar cosas de sus sueños, sino porque se sentía incapaz de tararear las mierdas de canciones que coreaban sus compañeros. Era curioso: la conciencia de que a un puñado de tipos les encantaba una canción que él no podía soportar lo hacía sentirse inhumano.

En aquel sueño, el mejor de todos sus sueños, Ronan y su coche soñado atravesaban limpiamente la fachada del club.

Dentro no había nadie bailando. Solo había música estruendosa, luces estroboscópicas, purpurina y diez mil bebidas alcohólicas colocadas en el suelo, donde hubiera debido estar la gente.

Ronan empezó a hacer trompos.

Las ruedas chillaban; las bebidas volaban; los altavoces caían. Plástico astillado, metal retorcido, cristal roto.

El ruido de la destrucción ahogó la música del club y la del coche. Era glorioso.

Entonces, Ronan despertó. El corazón le brincaba en el pecho. Sus manos seguían cerradas en dos puños. Los oídos le pitaban por el recuerdo del estruendo. Estaba paralizado. ¿Pero qué había sacado del sueño? Solo la alegría furiosa que lo colmaba.

Sí, aquel había sido el mejor de sus sueños.

Lo primero que destruyeron Bryde y ellos dos fue un carril de acceso a una autopista. Fue una batalla fácil, sin contestación. Había una vez un carril de acceso excavado por buldóceres en la ladera de una montaña, un trébol de asfalto superpuesto al paisaje natural. Y luego, un poco después, ya no había ningún carril de acceso. Se había convertido en un montón de escombros que devolvieron la ladera a su perfil natural, el resultado de una tormenta pasajera soñada para arrasar lo que había justo debajo del suelo. ¿Y por qué había tenido que aparecer aquella autopista, aquel trébol de asfalto, en mitad de ninguna parte? Porque sí; porque se podía hacer.

Luego vino el vertedero: basura amontonada sobre más basura. Restos de comida putrefacta, electrodomésticos oxidados, botellas de plástico de las que goteaban los restos de su contenido original… Ronan jamás había visto un vertedero tan grande; ni siquiera sabía que existieran lugares así en Estados Unidos. Le parecía inimaginable que hubiera tanta basura en el país. En un solo vertedero, de hecho. Incluso el fuego azul que soñaron tardó una noche entera en carbonizarlo todo y, cuando las llamas prendieron el edificio de oficinas del vertedero y la carretera que conducía a él, los soñadores las dejaron avanzar. Solo cuando el incendio sobrenatural empezó a avanzar hacia el *camping* de caravanas que había debajo, Bryde escupió al suelo con desprecio y le indicó a Ronan que sofocase las llamas con una especie de manta soñada que improvisó en un momento.

Su siguiente parada fue un centro comercial recién construido, idéntico a otro centro comercial que había unos kilómetros más allá, idéntico a otro centro comercial que había unos kilómetros más allá, idéntico a otro centro comercial que había unos kilómetros más allá, idéntico a otro centro comercial que había unos kilómetros más allá, idéntico a otro centro comercial que había unos kilómetros más allá. Los soñadores llegaron y se enfundaron sus máscaras y, una hora más tarde, ya no había centro comercial. Había sido desarraigado, socavado. Un dragón soñado hecho de tierra lo había embestido desde el subsuelo, para disolverse rápidamente en cuanto el caos se impuso.

Después de eso, los soñadores destruyeron un cable subacuático: un tendido eléctrico de doscientos treinta mil voltios que conectaba dos generadores situados en orillas opuestas de un río y, al mismo tiempo, perturbaba por completo la línea ley que pasaba por debajo. Al caer la noche, un banco o manada o huracán de delfines negros soñados se había dirigido hacia el tendido. Resultaba difícil verlos bajo el agua, ya que la luz se reflejaba en ellos más o menos del mismo modo que en el líquido que los rodeaba. No era extraño: al fin y al cabo, estaban hechos casi enteramente de hielo oscuro. Los delfines ya se iban derritiendo mientras avanzaban hacia el objetivo que había sido inscrito en ellos, pero no tan rápido como para impedirles cumplir su misión. Solo lo bastante para enfriar las aguas del río mientras escarbaban en los sedimentos del lecho hasta alcanzar el cable; lo bastante para no poder seguir nadando mientras abrían los morros afilados para revelar unos dientes relucientes y hambrientos; lo bastante para que, al terminar de roer aquel cable que había llevado meses instalar, de ellos solo quedasen algunos corazones de hielo fundiéndose sobre el limo del fondo.

Cada día, los soñadores se desplazaban cientos de kilómetros para alejarse de su último golpe. Una y otra vez, viajaban en coche hasta su siguiente objetivo, planeaban la mejor forma de eliminarlo, soñaban el arma que lo destruiría, la desataban y se quedaban el tiempo suficiente para asegurarse de que no había ningún rastro de su labor. Detuvieron un convoy de camiones que contenían transformadores eléctricos. Pulverizaron un vasto aparcamiento asfaltado tras un centro comercial en desuso. Rellenaron canales, vaciaron piscinas. Cada vez que abandonaban un lugar, este tenía un aspecto distinto del que mostraba a su llegada. O, más bien, un aspecto menos distinto, más parecido a lo que era antes de la acción de los humanos.

Cuando soñaban, Ronan acudía a Ilidorin. Soñaba con el tocón y con un brote verde que iba desplegándose lentamente en su interior. Cada vez era más fuerte.

Ronan también era cada vez más fuerte.

—¿Qué sentís? —les preguntó Bryde.

Estaban sentados en el tejado de una mansión victoriana abandonada, mirando la decadente población que se extendía a su alrededor. Se estaba poniendo el sol, y apenas había luz suficiente para distinguir los contornos de las cosas. Aun así, los soñadores eran visibles para cualquiera que levantase la mirada hacia ellos. Pero en aquel pueblo hacía décadas que nadie levantaba la mirada.

—Ronan —insistió Bryde—, ¿qué sientes?

Ronan no contestó. Aquel era el tipo de noche que le daba ganas de correr y correr y correr hasta perder el aliento, pero sabía que Bryde no se refería a aquel tipo de sensación.

—Yo aún siento el olor de esa fábrica —respondió Hennessy—. Creo que no me abandonará jamás.

Acababan de destruir una fábrica de papel que había al otro lado del pueblo. El tufo que desprendía era uno de los peores olores que Ronan había encontrado en su vida, incluyendo los aromas caducados del Museo de Historia Viva de Virginia Occidental, el olor del vertedero que habían arrasado y el de los cuerpos que había tenido que enterrar a lo largo de los años. Se preguntó cuánto tiempo tardaría la gente en advertir que había desaparecido la fábrica y, con ella, su olor. ¿Echarían en falta la silueta del edificio en el horizonte antes de que el sol se pusiera del todo? Quizá se dieran cuenta al día siguiente, cuando llegaran a trabajar y se encontraran con un prado en el lugar de la fábrica. A no ser que el día siguiente no fuera laborable… Ronan no tenía ni idea de qué día de la semana era. Ahora percibía el tiempo de manera diferente. Los fines de semana eran un concepto que solo había tenido significado *antes*.

—¿Pero qué sentís? —repitió Bryde—. ¿Nada?

—Siento a este dinosaurio —contestó Ronan, acariciando las garras nudosas de Sierra con las yemas de los dedos. El cuervo, encaramado junto a él, siguió escrutando el sol poniente con el pico entreabierto, como si estuviera imaginando lo rico que sabría—. Y siento que el caballete del tejado se me está clavando en el…

Hennessy ahogó un grito.

Bryde extendió la mano y la agarró del brazo justo antes de que se cayera del tejado. Los dedos de Hennessy se cerraron sobre los suyos mientas él tiraba para alzarla.

A Ronan no le dio tiempo de preguntar qué había ocurrido: antes de que pudiera hacerlo, la sensación lo golpeó a él.

De pronto, un calambrazo lo atravesó.

Era libre, y sus pensamientos se elevaban por el aire. Estaba atrapado, y su cuerpo se fundía con algo profundo y subterráneo. Era todas esas cosas a la vez. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa, de conseguir todo lo que había deseado hacer en su vida; todo, quizá, salvo desenredarse de aquella cosa en la que estaba envuelto. Aquello, aquella cosa… Aquella entidad, energía, lo que fuese, que de pronto lo hacía sentirse poderoso, vivo.

Lo comprendía, lo oía. Lo era.

—Joder —susurró.

En la cara de Bryde apareció una sonrisa.

Era una sonrisa distinta de las que Ronan le había visto hasta entonces: los blancos dientes visibles en la penumbra creciente, los ojos entrecerrados, la cabeza inclinada hacia atrás. Parecía eufórico. Aliviado.

—Es la línea ley —dijo.

Ronan la notó desplegándose dentro de él, como una enredadera cuyas ramas buscasen el sol. Era la posibilidad vibrante de sus sueños, esa visión de opciones inacabables, pero estando despierto.

Con un graznido jubiloso, Sierra despegó y se elevó vertiginosamente. Una parte de Ronan sintió que podría volar junto al cuervo.

—¿Por qué ocurre esto? —preguntó Hennessy con un hilo de voz. Bryde aún la sujetaba para que no se cayese, con los dedos cerrados firmemente alrededor de su antebrazo.

—Es una crecida —respondió—. No durará mucho. Con algo de suerte, podremos experimentar una más, incluso una tercera. Es el corazón de un planeta enfermo, que vuelve a ponerse en marcha.

A Ronan le daba la impresión de que el brotanoche estaba a millones de kilómetros de distancia de él, como si jamás pudiera volver a tocarlo. En ese momento, se sentía tan infinito como la noche y el mundo.

Sierra graznó en las alturas. Ronan, sin pensar, se puso en pie de un salto y se quedó en un equilibrio fácil sobre las tejas. A voz en cuello, contestó a su cuervo con otro graznido, y el sonido resonó por todos los tejados de aquel pueblo muerto. Se habría dicho que había una bandada entera de cuervos, una bandada entera de Ronans.

—Qué fuerza tiene… —murmuró Hennessy, aunque la crecida ya empezaba a amainar.

El mundo estaba cambiando. Se estaba convirtiendo en un lugar para el que estaban hechas las personas como Ronan.

—Esto es solo el principio —sentenció Bryde.

20

Carmen Farooq-Lane no le había dicho nada a Lock sobre la espada de Hennessy.

Aprovechando el tumulto que siguió a la muerte de Rhiannon Martin, la introdujo a toda prisa entre las aspas de uno de los ventiladores que había en el extremo de la nave de los pavos. Más tarde, después de que todos los Moderadores recibieran instrucciones, la recuperó mientras sus compañeros despejaban la zona y la metió a escondidas en su coche de alquiler.

Aunque no era la primera cosa que ocultaba a los Moderadores, sin duda era la más llamativa. La espada era casi tan alta como ella, y su factura era tan maravillosa como imposible. Al empuñarla le daba la sensación de que era una extensión de su propio brazo, ni más ni menos pesada que su mano. La empuñadora, de un metal plateado y lustroso, era impresionante. Tenía grabadas las palabras DESDE EL CAOS en el pomo y, de algún modo, quien esgrimía el arma era consciente de ellas aun cuando no las viera. La hoja estaba hecha del firmamento nocturno, una frase que resultaba absurda dicha en alto pero que lo era más aún al pensarla. No es que pareciese una ventana con forma de espada por la que se viera el cielo de la noche; tampoco parecía una espada pintada de manera que recordase al cielo estrellado. No: era el cielo de la noche, así de simple. Cada vez que Farooq-Lane la esgrimía —y había empezado a hacerlo una y otra vez ante la mirada divertida y asombrada de Liliana, en los salones y los dormitorios y los patios traseros de los lugares en los que se alojaban—, la hoja dejaba un rastro de luz de estrellas y rayos de luna, de cometas resplandecientes e irisado polvo espacial. Podía cortar cualquier cosa, aunque, de nuevo, «cortar» no fuera exactamente la palabra adecuada. Lo que hacía la espada era vencer. Vencía del mismo modo en que lo hacían la noche o la oscuridad. Descendía, simplemente. Farooq-Lane sospechaba que solo existía un arma que pudiera enfrentarse a ella: la espada de sol que colgaba de la espalda de Ronan Lynch la última vez que lo había visto.

—Te queda bien —observó Liliana con una sonrisa cómplice, mientras Farooq-Lane desenfundaba el arma en la casita de alquiler que compartían en ese momento.

La hoja de la espada dibujaba reflejos entrecortados e incoherentes en la pérgola cubierta de jazmín bajo la que se encontraban. Hacía un poco de frío para sentarse fuera, pero Liliana había salido porque le gustaba estar cerca de Farooq-Lane. Recostada en una silla de mimbre desvaído, hacía punto mientras meneaba un pie con gesto alegre. En ese momento era una mujer de mediana edad, en la flor de la vida. Su melena pelirroja brillaba, con los matices imposibles —casi soñados— que tenía aquel color de pelo por naturaleza. Como de costumbre, se la había recogido con una tira de tela azul que empezaba a desatarse en la nuca. Siempre que Farooq-Lane miraba la piel de Liliana en aquella zona, pensaba en lo suave que debía de ser.

Volvió a blandir DESDE EL CAOS y la siguió con la mirada, tratando de comprender tanto el funcionamiento de la espada como la fascinación que ejercía sobre ella.

—Una espada no puede «quedar bien» —replicó.

Pero en el fondo sabía que Liliana tenía razón, y no estaba segura de que le gustase. Al fin y al cabo, la espada era un sueño, y llevaba meses trabajando mucho para eliminar aquel tipo de cosas.

Movió el brazo y, con la punta de la espada, escribió «CARMEN» en la oscuridad. La casa en la que se alojaban esos días era realmente muy agradable: un pequeño bungaló que, en la parte trasera, tenía aquella pérgola, un estanque con peces dorados y un huerto. Todas las casitas de alquiler en las que se alojaban eran agradables; debían serlo, porque era uno de los requisitos que había establecido Liliana a cambio de trabajar para los Moderadores. Tenía que alojarse en lugares en los que se sintiera como en casa, siempre en compañía de Farooq-Lane. Era una transacción muy simple: estabilidad en el presente a cambio de sus visiones del futuro.

En teoría, la relación de Farooq-Lane con los Moderadores era igual de simple: a cambio de sus servicios como Moderadora, obtenía un propósito en la vida. De hecho, era verdaderamente simple; al menos, eso era lo que se decía ella a sí misma. Una vez eras consciente de que la humanidad estaba en peligro, ¿cómo ibas a quedarte de brazos cruzados?

—Jamás encontraron ninguna de las armas que usó mi hermano —comentó.

No se había dado cuenta de que iba a decir eso hasta que no salió de su boca, y se arrepintió de inmediato. Por un momento, albergó la esperanza de que Liliana no la hubiera oído.

Pero las agujas de Liliana se habían detenido.

—¿De verdad quieres hablar de eso? —preguntó la Visionaria.

—No —respondió Farooq-Lane—. No pasa nada —añadió, notando que la espada resbalaba un poco entre sus dedos.

—Esa espada es mortífera, y te empieza a dar miedo lo mucho que te gusta —afirmó Liliana, que en aquella edad conocía bien a Farooq-Lane.

—Tú no le viste la cara… A Jordan Hennessy, digo. Lo que salió de su sueño no era un arma que hubiera creado a propósito. Fuera lo que fuera eso…, cuando lo destruí, sentí que la espada había sido creada para llevar a cabo esa tarea. Eso es todo lo contrario de destruir el mundo intencionadamente.

Liliana volvió a concentrarse en su calceta. Su pie empezó a moverse de nuevo.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó Farooq-Lane.

—Ya lo has dicho tú todo —repuso Liliana con su suavidad habitual.

Farooq-Lane blandió la espada una vez más.

—Provocar el fin del mundo sin querer sigue siendo provocar el fin del mundo —observó.

Liliana estiró los brazos para examinar su labor. Se estaba convirtiendo en un calcetín o una bufanda; algo largo y estrecho, en cualquier caso.

—De modo que hay que detenerlos cueste lo que cueste —continuó Farooq-Lane—. Controlarlos, al menos. Ya sabemos que son ellos quienes van a provocar el apocalipsis; tiene que ser por eso por lo que aparecen en tus premoniciones una y otra vez, aunque no sepamos lo que están tramando.

Aunque los sabotajes industriales de los Zetas del Potomac eran cada vez más atrevidos, los Moderadores habían tenido tanta suerte en sus intentos de detenerlos como en todo lo demás. Resultaba difícil averiguar cuál era el propósito de aquellas acciones, pero no cabía duda de que lo tenían. A pesar de ello, Lock había anunciado hacía poco que iban a retomar su antigua estrategia de eliminar a otros Zetas; al fin y al cabo, razonó, los Zetas del Potomac no podían ir por ahí volando transmisores y, al mismo tiempo, protegiendo a otros Zetas. Retomar sus antiguos métodos les permitiría al menos detener una cosa o la otra, en lugar de

estar sentados sin hacer nada. «Volvemos a lo nuestro», dijo Lock en cuanto su gente obtuvo una localización basada en la última visión.

«Volvemos a lo nuestro».

—Voy a dimitir —dijo de pronto Farooq-Lane.

Enfundó la espada y el patio quedó sumido en la penumbra. La única iluminación era el brillo tenue de la guirnalda que había enganchada a la pérgola.

—Voy a dejar a los Moderadores —insistió.

Las agujas de Liliana siguieron con su ritmo de chasquidos leves. Farooq-Lane notaba los latidos de su corazón retumbando en sus oídos. Tenía las manos heladas.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Farooq-Lane.

Había pasado algo más de un año desde que Nathan asesinara a sus padres. Desde que Farooq-Lane descubrió que su hermano era un asesino en serie. Desde que descubrió que era un Zeta. Desde que descubrió que el fin del mundo estaba cerca. Desde que empezó a ayudar a matar un Zeta tras otro, mientras el fuego se acercaba más y más. La mayor parte de su vida había desaparecido con los asesinatos, y Farooq-Lane había renunciado al resto para unirse a los Moderadores. Sin ellos, habría tenido que diseñar un nuevo futuro desde cero para sí misma.

—Liliana —llamó—. ¿No tienes nada que decir?

La Visionaria dobló con cuidado su bufanda-calcetín, la dejó sobre la silla y se puso en pie. Caminó hasta Farooq-Lane, le quitó la vaina de las manos y la dejó apoyada en un poste de la pérgola. Se acercó un poco más, con las luces de la guirnalda reflejadas en sus ojos como una constelación.

Entonces, acarició suavemente el pelo de Farooq-Lane con la palma de la mano y luego la besó.

Farooq-Lane cerró los ojos. Llevó las manos al punto exacto de la nuca en el que la tela azul empezaba a desatarse. La piel allí era muy suave.

Cuando el beso terminó, Liliana dijo:

—¿Y qué piensas hacer cuando los dejes? Yo me iré contigo, por supuesto.

Farooq-Lane sabía que hacer aquello sola iba a ser difícil. Estaba a punto de arrebatar a los Moderadores la única herramienta sobrenatural de la que disponían: Liliana. Iba a dejarlos ciegos y, a partir de ahí, tendría que confiar en su propio instinto.

Sin embargo, su voz no tembló al contestar:

—Salvar el mundo.

21

Una excursión en barco.

A Jordan no le parecía mal, aunque debía admitir que estaba un poco decepcionada. La propuesta era muy civilizada, muy agradable. Habían llegado al puerto de Boston como una hora antes de la puesta de sol, cuando el cielo empezaba a encenderse con un resplandor anaranjado tras la línea de rascacielos y torres. El agua helada y oscura chocaba mansamente contra los costados de los barcos turísticos que dormitaban en el muelle. Los veleros que aún no estaban guardados en aquella época del año flotaban con gracia, con el plumaje recogido para mostrar sus huesos desnudos.

Jordan, como era su costumbre, consideró cómo pintaría aquel entorno. Se preguntó qué pincel usaría para reproducir la forma en que los finos cabellos del cordaje se recortaban contra el cielo, pero se aburrió enseguida. Era una escena demasiado obvia, elegida por miles de pintores y fotógrafos a lo largo de los años. Una escena bonita.

«Las cosas bonitas están bien —se dijo—. Las cosas agradables están bien».

Y era cierto. Solo que resultaban un poco decepcionantes.

—Matthew, haz el favor de abrocharte el chaleco salvavidas. Abróchatelo. Ya —dijo Declan Lynch.

Parecía sentirse muy cómodo en el agua. En realidad, parecía sentirse a gusto en Boston: estaba en su ambiente, un joven guapo de origen irlandés-americano, con el cabello rizoso bien peinado y los ojos estrechos de un auténtico celta. Camisa de vestir, jersey impecable, chaqueta elegante: todo cuadraba con la atractiva combinación del horizonte de la ciudad, el barco y el agua. Hennessy lo odiaría con todas sus fuerzas, Jordan estaba segura. «Felicidades», le diría si lo conociese. «Has encontrado al tipo blanco aburrido número 314».

Aquella cita en el puerto de Boston no haría más que reafirmar la opinión de Hennessy. Porque era un escenario bonito, amable; porque era

el tipo de lugar que aparecía en el portal de turismo de la ciudad. Porque era algo que podía gustar a todo el mundo.

«Qué romántico». Jordan casi podía oír el sarcasmo que rezumaría la voz de Hennessy.

A Jordan no le quedaba más remedio que imaginar la voz de Hennessy, dado que no había recibido ninguna llamada de ella. ¿Por qué no la habría telefoneado? Jordan sabía que estaba bien por la llamada de Ronan a Declan. Bueno, y porque ella misma seguía funcionando con normalidad.

El silencio de Hennessy era tan preocupante como podrían serlo sus palabras.

—¿Cómo sabes que Ronan no me soñó para que flotase? —replicó Matthew con tono irritado.

—Vaya por Dios —suspiró Declan, exasperado—. ¿Tenemos que pasar por esto todos los días? Mira, dime que quieres ir al psicólogo como regalo de cumpleaños y ya está.

—¿Vamos a seguir celebrando mi cumpleaños, ahora que sabemos que aparecí sin más?

Jordan contempló la posibilidad de intervenir, pero la desechó. La discusión tenía más que ver con la relación entre los dos hermanos que con los sueños, y de lo segundo sabía más que de lo primero.

—Todo el mundo aparece sin más al nacer, Matthew —afirmó Declan mientras desataba la última de las amarras—. Jordan, ¿estás bien sujeta?

Ella le contestó con un saludo marcial.

El barco empezó a moverse. El rugido del motor ahogaba los chillidos de las gaviotas y las voces de los peatones que caminaban por el muelle. Tras ellos, el agua se agitaba en tonos blancos, grises y negros. El océano Atlántico les enviaba un viento frío y sibilante desde el horizonte. Aquello no era tan civilizado como Jordan había pensado; ni la temperatura ni la velocidad a la que guiaba Declan el barco eran las adecuadas para un paseo romántico.

En todo caso, ¿qué le importaba a ella lo que pudiera pensar Hennessy?

En realidad, no le importaba. Lo que pasaba era que la echaba de menos.

—¿Dónde aprendiste a navegar? —preguntó, alzando la voz para hacerse oír.

Les habría resultado más fácil hablar si Declan detuviera el motor. Pero parecía estar dirigiéndose a algún sitio concreto, a juzgar por la forma en

que se aproximaba a los muelles y miraba de vez en cuando hacia atrás para orientarse.

—¿Te enseñó tu padre? —insistió Jordan.

Declan se echó a reír.

—Me enseñó un senador para el que trabajé. Dijo que era una habilidad esencial para la supervivencia.

—¿Para escapar de un apocalipsis zombi?

—Para hacer la pelota a posibles donantes de fondos.

—Viene a ser lo mismo.

Declan esbozó una sonrisa tensa, sin dejar de mirar al océano.

—Es el círculo vicioso del dinero: los ricos se sienten mejor si donan fondos a gente que es rica como ellos. ¿Has averiguado algo hoy?

Jordan llevaba semanas dedicada en cuerpo y alma a la cuestión de los dulcemetales. Había vuelto a la sala de *El jaleo* una y otra vez, empeñada en comprender las normas que regían su poder: hasta dónde llegaba su influencia, si cambiaba de un día a otro… Por qué, en suma, hacía lo que hacía. También había ido a ver otros cuadros de Sargent; tras rastrear todos los que pudo, los había visitado para comprobar si también eran dulcemetales. No le había resultado difícil encontrarlos, ya que aquella había sido la ciudad del pintor durante sus estancias en Estados Unidos. Sargent había pintado frescos en los techos del Museo de Bellas Artes y las paredes de la biblioteca pública. En el Museo Fogg de Harvard y en la Sociedad Histórica de Massachusetts había retratos suyos de diversos peces gordos. Otros museos pequeños, como el Peabody Essex, el Addison o el Worcester, guardaban más retratos, varias acuarelas y muchísimos esbozos. Jordan vio obras que había copiado, como el espléndido e inquietante *Las hijas de Edward Darley Boit*, que estaba en el Museo de Bellas Artes, y muchas otras que se moría de ganas de copiar, como una ágil acuarela con una escena de cocodrilos que exponía el Museo Worcester. En unos días, vio docenas y docenas de trabajos ejecutados por Sargent.

Varios de ellos desprendían un cierto aroma a dulcemetales, pero solo tres le parecieron lo bastante potentes para servir de algo a un sueño necesitado de energía: *El jaleo*, *Las hijas de Edward Darley Boit* y un lienzo descubierto hacía poco —un llamativo desnudo de Thomas McKeller, el hombre negro que Sargent había usado como modelo principal para los murales del museo—. Este último había pasado décadas escondido en la

colección privada del pintor, y la relación entre este y su modelo seguía siendo una incógnita.

A pesar de todo esto, Jordan no estaba más cerca de comprender cómo funcionaban los dulcemetales que al principio. Y, si alguien sabía algo, no parecía que tuviera intención de contárselo.

—Varios de los cuadros de Monet que hay en el Museo de Bellas Artes son dulcemetales —contestó.

—¿Los nenúfares? —supuso Declan.

—Una de las catedrales, aunque no te lo creas. Los nenúfares no me movieron ni un pelo.

Su hipótesis inicial había sido que la potencia de una obra como dulcemetal tenía que ver con su mérito artístico, pero había terminado por desecharla. Algunas de las obras que más fuertes le habían parecido en la colección de Boudicca eran mediocres en términos artísticos; y, por otro lado, había obras maestras que la dejaban fría en lo que a dulcemetales se refería. Aún no se le había ocurrido otra hipótesis, de modo que había decidido investigar a fondo los antecedentes de todos los dulcemetales que encontrase para ver si encontraba coincidencias. Antes de que pudiera empezar, Declan la había invitado a dar un paseo en barco.

Un paseo en barco.

«Es una actividad muy entretenida», pensó. No iba a dejar que se la estropearan la inquietud por las presiones de Boudicca o el silencio de Hennessy.

—¿Te has planteado robar alguno? —preguntó Declan como si nada—. No digo el del Gardner, sino algún otro.

—Claro.

—¿Cuál?

—Lo más fácil sería ir a por uno como el de Sherry Lam, pero no me parece que merezca la pena. No tiene mucha chicha… Si robase uno, iría a lo grande.

Declan torció el volante hacia la izquierda y el barco se desvió hacia el interior de la bahía.

—Dime cómo lo harías. Haz una tormenta de ideas.

Jordan se agachó para pasar por debajo de su brazo y se sentó en su regazo. Levantó el rostro hacia el cielo cambiante de la tarde, y Declan, con naturalidad, se apartó la voluminosa coleta de la cara. Inclinó la cara como si fuera a rezar, con los ojos aún fijos en su destino. Ahora estaban

lo bastante cerca para hablar con voz normal, a pesar del rugido del motor fueraborda.

—Lo que más me convence es jugar la baza de la procedencia —respondió Jordan.

Enmascarar la procedencia de una obra era la cumbre del trabajo de un falsificador, lo que se exhibía para demostrar la propia calidad. La belleza no era nada si carecía de pedigrí; crear una obra de arte con el estilo de un artista consagrado era solo el primer paso del trabajo. Lo siguiente consistía en investigar y crear documentos, un trabajo minucioso que empezaba y terminaba con una historia inventada. Una buena falsificación no podía aparecer así, sin más; en el mundo del arte nadie daría crédito a la aparición repentina de un nuevo Monet, de un nuevo Cassat, de un nuevo lo que fuese. ¿Dónde había estado guardado el cuadro todos esos años?, preguntaría la gente de inmediato. Cuanto más deseable fuera el «hallazgo», más elaborada debía ser su historia. Por ejemplo, que había estado oculto en la colección privada de un millonario asocial. Que una panda de pueblerinos le había atribuido una autoría errónea. Que había sido descubierto en el sótano secreto de una casa después de que esta se incendiase.

El problema era que los coleccionistas asociales, los expertos pueblerinos y los sótanos secretos no podían inventarse sin más. El falsificador debía encontrar ejemplos auténticos de aquellos elementos para encajar su historia entre ellos, haciendo minúsculas incisiones en la verdad de forma que, al cicatrizar, apenas se notasen las cicatrices en los hechos históricos. A veces, en función de quién fuera el comprador en potencia, la cosa era tan fácil como aportar un artículo de prensa sobre un incendio reciente en alguna mansión campestre. Para los museos importantes o los clientes avezados, podía ser preciso falsificar recibos de venta, reclamaciones a las aseguradoras por el robo de la obra, cartas de personajes contemporáneos que mencionasen el cuadro o fotografías que lo mostrasen junto a parientes del artista original.

En suma, justificar su procedencia.

—El quid de la cuestión, y de todo el plan —explicó Jordan—, sería convencer al museo de que el cuadro que exponen desde hace años es una falsificación. Estaría bien contar con un joven experto de aspecto respetable que los convenciese de que alguien les dio el cambiazo hace años, quizá en tiempos de la anterior junta directiva del museo, para que no se mosqueen. Tendría que situar la cosa en un momento anterior a la

aparición de los métodos científicos de análisis, antes de que empezasen a estudiar los cuadros en serio y a hacer todas esas pruebas tan enrevesadas que les hacen ahora y que dificultan las falsificaciones: los rayos X, la saponificación del blanco de plomo… Esas cosas. Entonces, habría que venderles que todas las características que llevan años estudiando e incluyendo en los artículos especializados pertenecen a la falsificación, en realidad, y que la obra original tiene un esquema de capas y de daños completamente distinto.

Declan la había seguido sin ninguna dificultad.

—Para eso haría falta un cabeza de turco —comentó.

—Exacto —asintió Jordan.

Nunca dejaba de sorprenderse ante el manejo que tenía Declan de aquel mundo clandestino; por su aspecto, jamás lo habría supuesto. Ahora se daba cuenta de que era una técnica de camuflaje: Declan se esforzaba por parecer un tipo que llevaba a sus ligues a hacer cosas típicas de turistas, mientras era un hombre que podía robar cuadros.

—Tendría que echarle la culpa del primer cambiazo a alguien que aún siguiera en el museo —prosiguió— o que pudiera quedar mal si el asunto saliese a la luz.

—Y, entonces, aparecerías tú con tu «original» —comprendió Declan — y les dirías que, si te ayudan, estás dispuesta a cambiárselo por la falsificación que tienen expuesta y a guardarles el secreto.

—Ahí le has dado.

—Como lo que hiciste con *La dama oscura* —remachó Declan, que no parecía molesto por haber conocido a Jordan con motivo del robo de un retrato de su madre—. Pero no quieres tirar por ahí, ¿verdad?

—No sabría vivir así —repuso Jordan—. No podría ir por ahí cargada con un cuadro famoso, mientras hago mis cosas del día a día; tendría que quedarme siempre en la misma sala que él. Dependería de un cuadro, un cuadro de buen tamaño. ¿Podría cortarlo en trocitos? —Jordan notó cómo el cuerpo de Declan se contraía ante aquella idea—. Sería imposible saberlo sin destrozarlo, con todo el trabajo que me habría costado hacerme con él. Por otra parte, ¿sería capaz de vivir tranquila, sabiendo que me he cargado un cuadro de Sargent? Ni de coña.

Acomodó la cabeza sobre el pecho de Declan, y él levantó la barbilla para dejarle sitio. Jordan notó que daba un respingo.

—Solo de pensarlo me pongo enfermo —dijo Declan, moviendo el hombro para indicar a Jordan sin palabras que se levantase—. Tengo que

maniobrar para llegar al muelle; ya hemos llegado. ¿Puedes amarrar el barco?

Jordan vio con sorpresa que no se encontraban en un mirador o un paraje romántico. Estaban en el embarcadero privado de una urbanización. Las casas, muy lujosas, daban directamente a la bahía.

—Matthew, saca el cuadro —pidió Declan—. Que no se te caiga al agua, por favor.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jordan, observando cómo Matthew se acercaba a ellos con cautela.

El pequeño de los Lynch iba cargado con una caja que le resultaba muy familiar: era el cuadro *La dama oscura*, el retrato soñado de la madre biológica de Declan, Mór Ó Corra. Aquel cuadro tenía la propiedad mágica de hacer que quien durmiera junto a él soñara con el mar; esa era la razón por la cual Jordan lo había falsificado y robado, para terminar devolviéndolo.

Declan le tendió una mano para ayudarla a pasar del barco al muelle.

—¿No te aseguré que íbamos a pasarlo bien? —dijo.

De una de las casas acababan de salir tres personas excepcionalmente rubias: un hombre, una mujer y un adolescente. Todos iban vestidos con ropa de abrigo, y cada uno acarreaba una bolsa de deporte o una maleta. Al llegar al embarcadero, se dirigieron hacia un barco bastante más grande que el que habían usado Declan, Jordan y Matthew para llegar hasta allí; pero, cuando el hombre distinguió a Declan, se paró en seco.

—Ah, sí. Cody —le dijo al adolescente, elevando la voz para hacerse oír sobre el tintineo de las llaves que acababa de sacarse del bolsillo—, coge el cuadro que ha traído este señor y llévalo a casa, ¿quieres? Déjalo junto a las otras cosas que tengo que llevarme. Y echa la llave al salir. Hazlo, y luego acuérdate de comprobar si la puerta se ha cerrado de verdad, por favor.

El chico se acercó a Declan con aire molesto, agarró el paquete y trotó con él hacia la casa, mientras sus padres se acercaban más a Declan, Jordan y Matthew.

—Voy a colocar las cosas —se excusó la mujer con una sonrisa cortés, antes de seguir su camino hacia el otro barco.

—Llego en un momento —contestó el hombre.

Se acercó a Declan y le chocó los cinco con actitud amistosa. Luego, algo más envarado, le estrechó la mano a Jordan. Cuando se volvió hacia Matthew para hacer lo mismo con él, pero vio que el chico acababa de

darse la vuelta y se había agachado en el borde del muelle para mirar al agua.

—Siento haberte avisado a última hora —se excusó el hombre mirando a Declan.

—No te preocupes. Así nos hemos evitado el atasco.

—Parece una bobada que no podamos hablar de esto por correo electrónico o por teléfono, pero es una tradición arraigada y no voy a ser yo el primero en romperla. Lo entiendes, ¿verdad? —dijo el hombre—. Bien, ¿qué necesitas saber?

—Este es Mikkel, Jordan —dijo Declan en lugar de contestar a la pregunta—. Es miembro del equipo directivo del Museo de Bellas Artes de Boston desde hace…

—Quince años —completó él.

—Eso es. —Declan asintió con la cabeza—. Mikkel ha visto muchos dulcemetales en su vida.

Jordan lo miró fijamente.

«Un paseo en barco. Un agradable paseo en barco».

—Se cuentan muchas leyendas sobre ellos —comenzó Mikkel—. No diré que hay una sociedad secreta a su alrededor, porque eso implicaría una gran organización, y no es el caso. Es, más bien, que cualquiera que se dedique al arte aprende rápidamente a distinguir qué es bueno y qué no lo es; qué va a causar sensación y qué va a pasar inadvertido. Desarrollas una intuición que te dice a qué merece la pena dedicarle tiempo y esfuerzo. Y cuando llevas un tiempo rodeado de obras de arte de gran calidad, te das cuenta de que algunas de ellas son dulcemetales. Son obras especiales, obras que tienen algo. A la gente le gustan, aunque no sepan por qué. Siempre se venden por mucho más de lo que sería esperable, así que conviene tener los ojos bien abiertos por si aparece alguno. En realidad, son un secreto a voces: la gente no habla abiertamente de ellos, y a nadie se le ocurriría anunciar que quiere vender un dulcemetal. Sería… ¿Cómo se dice en francés? *Gauche*, eso es. En parte, si son lo que son es por el misterio que los rodea. De modo que, en el mundo del arte, hay una especie de tradición que prohíbe poner por escrito nada sobre ellos; si por alguna razón se escribe algo, hay que destruirlo de inmediato. Es todo como muy esotérico… En fin, ¿qué queréis saber?

Declan extendió la mano hacia Jordan, en un gesto universal de «usted primero».

—¿Cómo se crean? —preguntó ella—. ¿De qué manera los impregnan de su poder? ¿Lo sabes?

Mikkel entrecerró los ojos, como si no acabase de comprender la lógica de la pregunta. Sin embargo, tras pensar un momento, contestó:

—Ajá, ya entiendo lo que quieres decir. Es el artista quien lo hace. Está relacionado con lo que siente mientras crea la pieza… La primera vez que vi un dulcemetal, pensé que su poder se debía a que su estilo aportaba algo especial al mundo, a que era una obra innovadora, un verdadero original. Sin embargo, lo que me explicaron después tiene más sentido. Se trata de piezas que aportan algo especial a sus autores. Son innovadoras para ellos, originales, personales. A veces, lo especial es la escena que pintan; otras, su estado de ánimo mientras trabajan. Al parecer, eso es lo que convierte algunas obras en dulcemetales. Pero yo no diría que es el propio artista quien lo provoca, sino el espíritu de su época. Hay una palabra francesa para eso, ¿verdad? Siempre hay una palabra francesa para describir lo que sea. ¿Responde eso a tu pregunta?

Declan miró a Jordan para ver su reacción.

—Entonces, no sabes dónde está el quid de la cuestión, el aspecto específico del proceso de creación que los produce, ¿no? —repuso ella—. ¿No sabrías decirme nada más concreto sobre ese… espíritu de la época?

—Lo único que sé es que, aunque un artista cree algunos dulcemetales, no todas sus obras tienen por qué serlo —contestó Mikkel—. A lo mejor crea dos seguidos, y luego no vuelve a crear ninguno más en su vida. Hoy día, casi todos están en manos privadas… Pero sabéis que hay varios expuestos en Boston, ¿verdad? En lugares que pueden visitarse.

—*El jaleo* —asintió Declan.

—Eso es —repuso Mikkel—. A Sargent se le daban bien. Aunque tal vez no sea extraño, teniendo en cuenta lo prolífico que fue… ¿Habéis visto su *Retrato de Madame X*?

Por supuesto que Jordan lo había visto. ¿Cómo no? Según el propio Sargent, aquel cuadro de historia escabrosa era su obra maestra. También era una de las primeras obras de Sargent que Jordan había tratado de copiar: Hennessy y ella se habían turnado para trabajar en ella, reproduciendo el cuadro una y otra vez e incluso pintando al mismo tiempo. En la mansión McLean aún debía de haber una copia de tamaño natural, con la cabeza de la modelo acribillada de balas. Igual que las pobres chicas que tal vez siguieran allí tiradas.

Mikkel dedujo por las expresiones de Declan y Jordan que conocían el cuadro y continuó:

—*Madame X* también es un dulcemetal, con una fuerza fuera de lo común. Si averiguáis qué tienen en común esos dos cuadros, sabréis qué convierte un dulcemetal en lo que es.

En ese momento, su hijo adolescente se acercó a grandes zancadas y le entregó las llaves. El retrato de la madre de Declan ya estaba a buen recaudo dentro de la casa.

—Gracias por buscar un momento antes de salir de viaje —dijo Declan.

—Gracias a ti por venir —respondió Mikkel—. Estaremos en contacto. Te puedo enviar mensajes al número que me has dado, ¿verdad?

Tras dos apretones de manos más y varias frases corteses, Declan, Jordan y Matthew se quedaron solos en el muelle. El viento los azotaba. Los mástiles de los veleros parecían osamentas. La tarde supuestamente agradable empezaba a tomar un tinte aún más salvaje.

—¿No os parece extraño que el agua te muestre tu propia cara? —dijo Matthew con aire ausente.

—Ese era el retrato de tu madre —afirmó Jordan.

—Sí —dijo Declan—. Aún lo es. Lo único distinto es que ya no lo tengo yo.

—Lo has cambiado por esta información.

—Eso es.

Los dos se observaron. A medida que el sol se ponía, el rostro de Declan iba tomando un aspecto menos anodino. La sombra de sus cejas se hizo más profunda, oscureciendo el contorno de sus ojos y ocultando su expresión.

—Me lo he pasado muy bien, Pozzi —declaró Jordan.

Declan se volvió en la dirección del viento para que la oscuridad creciente enmascarase su sonrisa.

—Espero grandes cosas de mi retrato —dijo.

22

Hennessy sabía que todo el mundo guardaba secretos.

Eran los secretos los que daban forma a las personas. En cierta ocasión, Hennessy había leído en un manual de dibujo que la clave para hacer un buen retrato era acertar con las sombras. Lo que hacía un rostro reconocible no eran los rasgos concretos, sino las sombras que arrojaban.

Para Hennessy, los secretos funcionaban de la misma forma. Cada una de sus chicas había comenzado su vida como Hennessy, pensando y actuando igual que ella. Pero luego, en algún momento, ocurría algo que generaba un secreto. Era en ese momento en el que cada chica cobraba personalidad propia.

Tal vez Hennessy pensara que las personas no eran ni más ni menos que sus secretos.

El secreto de J. H. Hennessy era que solo podía amar a las personas de una en una. En ocasiones daba la impresión de que amaba a otros seres —como su hija— u otras actividades —como la pintura—, pero, en realidad, todo su amor estaba copado por Bill Dower. Para Hennessy y para la pintura, todo iba bien mientras la relación de J. H. Hennessy con Bill Dower funcionase. Pero, cuando no funcionaba, J. H. Hennessy estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio en aras de aquel amor. Su hija, su carrera artística, sus amigos, su casa… Todos ellos, por más importancia que aparentasen tener, eran simples peones en un juego de mesa que solo admitía dos jugadores.

El secreto de Jordan era que quería vivir separada de Hennessy. Aunque lo negase para no herir sus sentimientos, ella lo sabía muy bien: la había seguido y había visto los apartamentos que Jordan soñaba con alquilar. Había rebuscado en su teléfono mientras Jordan dormía y había encontrado los barrios en los que quería vivir. Sabía qué galerías anhelaba visitar todas las semanas, a qué escuelas de pintura deseaba asistir. Por más emoción que Hennessy tratase de dar a la vida que compartía con sus chicas, por más trabajos de alto *standing* que les hiciera aceptar, por más

fiestas de baja estofa a las que les hiciera asistir, por más partido que sacase a su vida común, Jordan seguía queriendo independizarse. Nadie quería vivir junto a Hennessy para siempre, ni siquiera la propia Hennessy.

El secreto de Hennessy era que no quería que la línea ley se hiciera más fuerte.

—Cuando uno siembra el caos por sistema —dijo—, la cosa termina por convertirse en una especie de rutina muy poco caótica.

Los tres soñadores se encontraban en un barrio decrépito de alguna ciudad. Hacía tiempo que Hennessy había dejado de orientarse; las ciudades y los estados eran algo intercambiable. En la que estaban en ese momento había una luz peculiar, de un amarillo verdoso. Estaba cayendo el ocaso, un momento que normalmente daba a los lugares feos un aspecto más pintable. Pero aquella tarde había unas nubes bajas y deprimentes que se hacían jirones al pasar por los cables de la luz, y los últimos rayos del sol eran turbios y oblicuos. Aquí y allí caían copos de nieve dispersos, como si las nubes se estuvieran descamando. Las calles estaban embarradas con una mezcla de tierra y nieve a medio derretir.

Era un escenario feo, de una fealdad imposible de pintar.

—El propio acto de perturbar el orden establecido —continuó Hennessy— se convierte en un orden de otro tipo, en un acto que apuntala el *statu quo*, porque el nuevo *statu quo* es el caos. Llegados a ese punto, cualquiera que pretenda cambiar las cosas debe aspirar a restaurar el orden. Jodido, ¿eh? Para…

—¿Quieres decir que necesitas un descanso cuando acabemos esto? —la interrumpió Bryde.

—Solo estaba haciendo algunas observaciones psicológicas. Pretendía conversar, pasar el rato.

—¿Qué sentís? —preguntó Bryde.

Ronan resopló y tamborileó con los dedos en la ventanilla del coche. Durante los días anteriores, se había mostrado más y más inquieto. Sus piernas botaban. Sus dedos tamborileaban. Paseaba de un lado a otro. Saltaba encima de cosas. Saltaba desde arriba de cosas. Soñaba cuando tenían que soñar, pero no dormía en ningún otro momento. A Hennessy le parecía que aquel juego de derribar fichas de dominó lo estaba cambiando, o tal vez estuviera revelando su verdadero ser.

—Algo raro de cojones —dijo Ronan.

Resultaba difícil percibir la fuerza de la línea ley en aquel lugar, porque, como había aprendido Hennessy, había muchas cosas que la enmascaraban.

Tendidos telefónicos bajos y sin aislamiento; charcas de agua aceitosa en el asfalto; casas amontonadas unas encima de otras, con cables saliendo de ellas como si fueran sus intestinos; antenas parabólicas que brotaban de algunos tejados, como setas negras… Pero había algo más allí, algo verdaderamente feo, y Hennessy no lograba averiguar de qué se trataba. Quizá fuera solamente su mal humor.

—Hennessy —dijo Bryde con autoridad, girándose en el asiento para mirarla—. ¿Qué sientes?

—Lo mismo que acaba de decir Ronan Lynch: aquí hay algo chungo.

—Este trabajo va a ser difícil —asintió Bryde—. Tenemos que arrasar tres edificios de gran tamaño. No sé si podremos soñar bien una vez lleguemos allí, de modo que tal vez tengamos que usar los medios de los que ya disponemos. Habrá que estar alertas. Y puede que tengáis que hacerlo vosotros dos solos, aunque de eso aún no estoy seguro.

La mirada de Ronan se cruzó con la de Hennessy en el espejo retrovisor, y sus gruesas cejas se enarcaron. Aquello sonaba muy raro. Ella se encogió de hombros.

—De hecho —prosiguió Bryde—, necesito que uno de vosotros conduzca hasta allí, por si acaso.

«Necesito —había dicho—. Necesito que uno de vosotros conduzca». Pero Bryde no los necesitaba para nada; eran ellos los que lo necesitaban a él.

Sin embargo, aquella tarde Bryde condujo a Burrito hasta un aparcamiento lleno de baches que había frente a un aserradero desierto. Mientras Ronan y Hennessy, de pie en el aparcamiento, discutían para ver cuál de los dos se ponía al volante (ganó Hennessy, porque Ronan estaba despistado evitando que Sierra se escapase), Bryde salió del coche y volvió a montar en el asiento trasero.

Cuando la puerta se cerró tras él, Ronan siseó:

—¿Qué narices pasa aquí?

—¿A ti te parece que soy su escolta? —replicó Hennessy—. Pregúntaselo tú.

Los dos se montaron en el coche sin decir nada. Ninguno de ellos habló mientras atravesaban la fea ciudad y avanzaban por una carretera bordeada de campos con alguna que otra casa intercalada. Al cabo de unos minutos, sin previo aviso, la desigual calzada se convirtió en el camino de entrada recién asfaltado de un gran edificio de empresa. Frente a él, un cartel de un blanco inmaculado rezaba: «SOLUCIONES DIGITALES».

Hennessy echó un vistazo por el retrovisor al asiento de atrás. A la luz amarillo-verdosa del atardecer vio que Bryde miraba inmóvil por la ventanilla. Tenía los ojos entrecerrados, como si lo cegara la luz del sol.

La sede de SOLUCIONES DIGITALES resultó ser un complejo formado por tres edificios blancos enormes, pero discretos en su sencillez, situados en mitad de un aparcamiento bien mantenido. En conjunto, resultaba mucho menos feo que la ciudad que acababan de dejar atrás. El césped, extrañamente verde para aquella época del año, estaba perfectamente cortado. El asfalto, de un negro casi reluciente, era liso como el cristal. En cada una de las impecables paredes de las naves había grabadas las mismas y ambiguas palabras: «SOLUCIONES DIGITALES».

Hennessy aprovechó que el aparcamiento estaba desierto para hacer unos cuantos trompos con Burrito; tal vez, razonó, si mareaba a su mal humor, este se quedaría quieto y la dejaría en paz. Al final tuvo que parar porque le zumbaban los oídos.

Bostezó para despejar el zumbido. Volvió a bostezar. Los oídos aún le zumbaban. Era como si se hubiera golpeado la cabeza y estuviera luchando contra el vértigo. O como si estuviera delante de una televisión encendida, pero con el volumen a cero. O como el ruido de una nevera.

Tiró del freno de mano. La nieve flotaba como si fuera ceniza delante del parabrisas y se derretía en la hierba de aspecto artificial. Sus oídos no dejaban de zumbar.

—¿Qué ruido es ese? —preguntó.

—Ni puta idea —contestó Ronan—. Pensé que era cosa mía.

El zumbido seguía sonando. Era un ruido extraño, un sonido tan amarillo-verdoso como aquel atardecer. No había ningún coche en el aparcamiento. Nadie que lo cruzara. Ninguna señal de vida. Solo las nubes hechas jirones, la luz enfermiza que se colaba por el horizonte, los copos apelotonados que se convertían en lodo viscoso al derretirse.

Fuera del coche, el ruido era todavía más fuerte. Para Hennessy, lo peor era su naturaleza interminable, constante. Nunca cambiaba, hasta el punto de fundirse con quien lo escuchaba. Hacia dentro, hacia fuera; desde el aire, desde el suelo, desde los edificios. El cuervo de Ronan aleteó brevemente en el aire y luego se posó con aire aturdido en el asfalto. Sacudía la cabeza como si quisiera desembarazarse de algo que tuviera pegado.

Ronan se detuvo al lado de Hennessy. Los dos, codo con codo, escrutaron la calzada, las farolas del aparcamiento, los edificios idénticos

con entradas idénticas forradas de cristal negro, todo tan simple como el dibujo de un niño. El sonido seguía emanando de todas partes. Parecía obvio que allí no vivía nada. Era lo más opuesto que se pudiera imaginar al bosque silencioso y vital que rodeaba a Ilidorin.

—¿Qué mueve el mundo de hoy, chaval? —preguntó Hennessy, consciente de pronto de qué era lo que estaba viendo—. Ceros y unos. Memes y zascas. Foros y Fortnite. Lo ves, ¿no? Esto es un… ¿Cómo se llama? Una granja de datos. No, una granja de servidores.

—¿Una qué?

—Te apuesto mi culo a que esos edificios están llenos de torres y más torres de servidores —explicó Hennessy—. Facebook-Instabook-Twitterbook-Tiktokbook-Tumblrbook. Esta es una de sus mentes colmena. Tal vez me equivoque, pero no lo creo. Una vez vi una exposición sobre un tipo que fue al juzgado para poner una demanda a un sonido.

—¿Los servidores hacen ruido? —preguntó Ronan, y luego se contestó a sí mismo—: Ah. Los ventiladores.

—Exacto, lumbreras.

—No puedo soñar aquí —repuso Ronan sin vacilar—. Me saldría una cagada de proporciones épicas. Tendremos que arreglárnoslas con lo que ya tenemos. Una pena que les regalaras tu espada a los Moderadores… ¿Tendremos que derribar los edificios enteros o bastaría con destruir lo que contienen? ¿Qué me dices, Bryde?

Bryde no contestó. Ni siquiera estaba con ellos delante del coche.

Se giraron para buscarle.

La puerta trasera del coche estaba abierta. Bryde había logrado salir, pero no mucho más: estaba medio agazapado, en la sombra difusa que arrojaba la puerta. Su cuerpo se curvaba en una especie de símbolo de interrogación. Se estremecía. Sus dedos se curvaban sobre sus oídos como los barrotes de dos jaulas.

Estaba chillando.

O, más bien, parecía estar chillando. Con las manos sobre los oídos, chillaba y chillaba en un grito mudo. Era como ver el sufrimiento de un aullido sin oírlo, lo cual, de algún modo, lo hacía aún más terrible. Daba la impresión de que el ruido de la granja de servidores y el chillido eran algo que afectaba directamente a Bryde, que lo convertía en otra persona. En alguien menos presente, proyectado allí desde un lugar distante.

Sin necesidad de que se lo dijese nadie, los dos supieron que aquello le estaba haciendo daño.

«¿Qué oís?».

Ronan parecía muy afectado por aquella visión. Sin embargo, cuando apartó la mirada de Bryde y habló, en su voz había un matiz de bravuconería:

—Vale, pues entonces esto depende de nosotros dos.

—¿Y si nos marchamos? —replicó Hennessy—. Dejamos esto tal cual y le decimos que lo hemos destruido. A lo mejor no se da cuenta.

Ronan la miró con las cejas levantadas.

—El coche… Podemos atravesar los edificios con él —dijo.

—¿Embestir el cristal, las paredes y todo eso? ¿Crees que aguantaría?

—Por favor. —Ronan enarcó aún más las cejas—. ¿Quieres venir o prefieres esperar aquí?

—¿Vamos a llevarlo a él?

Los dos se volvieron hacia Bryde. Era extraño verlo tan pasivo. ¿Podría matar un sonido a una persona? ¿Podría matar algo a Bryde? Hennessy recordó sus palabras: «Más viejo de lo que él imagina».

—Ve tú; yo me quedo aquí para vigilar —le dijo a Ronan—. Cuando acabes, te pondré nota. Si el coche no sufre ni un rasguño, sacas un diez. Si le revientas un retrovisor, nueve, y así sucesivamente. Te daré un uno si tenemos que volver a pie por esa ciudad, que, dicho sea de paso, me recuerda a Pensilvania.

—Es que estamos en Pensilvania.

—Pues eso.

Hennessy observó desde el aparcamiento cómo Ronan se alejaba al volante de Burrito, girando bruscamente a la izquierda para que la inercia cerrase la puerta trasera. En cuanto la puerta estuvo cerrada, a Hennessy le resultó difícil ver el coche, a pesar de que seguía oyendo claramente el bajo retumbante de la canción que sonaba dentro. La música no bastaba para ahogar el zumbido de aquel complejo, que seguía impregnándolo todo. Hennessy lo notaba resonar dentro de ella, inexorable y despiadado. No requería de manos humanas para cumplir su tarea; las máquinas producían aquel sonido de forma autónoma, erosionando a Bryde sin tregua ni compasión.

A los humanos se les daba tan bien contaminar… Eran unos auténticos maestros.

De pronto, en las puertas de cristal negro del edificio más cercano apareció un enorme boquete: Ronan acababa de atravesarlas. Por un instante, el reflejo de Burrito se hizo visible en los restos de las lunas y, al momento siguiente, el coche parpadeó y se perdió de vista. Hennessy oyó un estruendo en el interior del edificio.

Pasaron varios minutos.

Aunque no se podía ver nada, era indudable que algo estaba ocurriendo, porque el horrible zumbido se había amortiguado. Ahora, en su lugar, sonaban varias alarmas. Bryde había dejado de gritar sin sonido y ahora estaba simplemente encorvado, con los ojos cerrados en una mueca de dolor y las manos aún sobre los oídos.

Hennessy se perdió la salida de Burrito del primer edificio, pero sí que vio el instante en el que se estrellaba contra el segundo. Añicos de cristal, reflejo momentáneo. Como antes, a medida que Ronan llevaba a cabo su labor, el zumbido se fue amortiguando paulatinamente, reemplazado por los aullidos de las alarmas. Hennessy se preguntó si aquellas alarmas estarían conectadas con algún sistema de aviso. ¿Tendría que aturdir a un pelotón de policías con una de las esferas de Bryde? Se examinó por dentro para averiguar si estaría dispuesta a hurgar en los bolsillos de Bryde en busca de una de sus esferas, mientras él estaba allí petrificado. Normalmente, no le producía ningún escrúpulo inmiscuirse en el espacio personal de la gente; sin embargo, con Bryde no se atrevía a hacerlo. Quizá, pensó, aquello estuviera relacionado con los secretos de Bryde.

Para cuando Ronan y Burrito irrumpieron en el tercer edificio, Bryde ya había dejado caer las manos y estaba erguido, mirando al infinito con ojos vidriosos.

De pronto, el horrible sonido se extinguió y las alarmas dejaron de sonar: Ronan debía de haber encontrado la forma de acabar con todo. Solo quedaron los ruidos esperables en un edificio industrial vacío, situado a varios kilómetros de una ciudad fea: un rumor de camiones en la lejanía, un runrún distante de aparatos de aire acondicionado, ruido de tractores, cantos de pájaros.

Esta vez, la crecida de la línea ley fue tan potente que estuvo a punto de derribar a Hennessy.

No fue tanto un golpe físico como la sensación de que, de pronto, el suelo bajo sus pies carecía de importancia. Hennessy formaba parte de algo inmenso y muy antiguo que se estiraba lentamente, que volvía poco a poco

a la vida. El destello de una idea cruzó por su mente, y creyó comprender por qué los Moderadores estaban dispuestos a todo con tal de atraparlos.

Mientras el sonido del motor de Burrito se hacía más fuerte, Hennessy miró a Bryde. Ya había vuelto casi a su ser. Aunque no veía el coche con claridad, Hennessy supuso que no había perdido ningún espejo. Burrito era fuerte. Ronan era fuerte. Hennessy era fuerte. Todos eran muy fuertes. Mucho.

Y cada vez lo eran más.

La línea ley cantaba a través de ella, aún más abrumadora que el zumbido de la granja de servidores. Pero esta sensación era peor, porque Hennessy sabía lo que significaba: ahora podría sacar de su sueño una parte del Encaje mucho mayor.

—¿Has adivinado mi secreto, Hennessy? —preguntó Bryde en voz baja.

Ella lo miró fijamente y, de nuevo, pensó en lo inusual que era aquella persona. En el fondo le recordaba un poco al coche, porque era difícil de ver. O tal vez solo se lo pareciese ahora, porque, después de verlo gritar, resultaba difícil mirarlo del mismo modo.

—¿Es esto un juego? —le preguntó.

Él cerró los ojos como si todavía sufriese.

—Todo es un juego enorme —respondió con voz átona—, y nosotros somos las piezas. —Abrió los párpados—. Me dijiste que querías descansar. Ya casi hemos terminado.

—Yo no te pedí eso —replicó Hennessy.

El secreto de Hennessy era este: estaba cansada de esforzarse.

23

Madame X. Madame X. Madame X.

Cuando Declan dormía, soñaba con ella: Virginie Amélie Avegno Gautreau, la belleza pelirroja que se empolvaba la cara y se echaba carmín en las orejas para hacerse inolvidable, una persona que ya era una obra de arte antes de ser plasmada sobre un lienzo por John Singer Sargent en el cuadro *Madame X*. Virginie Amélie Avegno Gautreau, con la cara girada en un perfil impactante, los hombros orgullosos, los dedos levemente apoyados en la mesa. Virginie Amélie Avegno Gautreau, con su matrimonio temprano y ventajoso pero problemático, con sus muchos amantes, con un tirante del vestido caído para sugerir con sutileza su doble vida: una decente y diurna, y otra penumbrosa y robada que era la reacción al descontento que le producía la primera. *Madame X*.

Cuando Declan despertaba, pensaba en las circunstancias que habían rodeado la realización de aquel retrato. Cuando se iba a dormir, pensaba en qué podrían tener en común *Madame X* y *El jaleo*. Y, en el tiempo que transcurría entre las dos cosas, pensaba en cómo recrear aquellas circunstancias para crear un nuevo dulcemetal. *Madame X*. *Madame X*. *Madame X.*

Y, cuando pensaba en *Madame X*, en realidad se refería a Jordan Hennessy.

No se cansaba de ella.

A Declan le sentaba bien Boston. Le sentaba bien tener los días estructurados. Citas, llamadas, objetivos… Todo aquello le sentaba bien. También le sentaba bien elaborar con cuidado una telaraña (una de las buenas, resistente en las esquinas más alejadas y pegajosa en el centro, de modo que solo quedasen atrapados los insectos que quería devorar, sin peligro de que él mismo cayera en la trampa). Estaba trazando un plan. Era un plan muy ambicioso y arriesgado, y Jordan tenía razón: le encantaba. Le encantaba todo aquel proceso.

A Declan le gustaba que sonase el despertador a las seis de la mañana. Le gustaban las cafeterías que se ponían en marcha aún antes que él. Le

gustaba el tintineo que indicaba que su periódico digital acababa de aterrizar en el buzón de entrada. Le gustaba el roce del abono transporte en el torno de entrada de la estación de metro, el bullicio y el ruido de los demás pasajeros mientras leía los titulares y pasaba rápidamente a la sección de negocios. Le gustaba recibir noticias de un nuevo contacto profesional que había conseguido mediante uno de los antiguos contactos de su padre. Le gustaba aquella conjugación de tareas y encargos que cobraba complejidad a medida que aumentaba la confianza.

A Declan le encantaba estar metido hasta el cuello en la historia del arte. Había empezado con el personaje de Pozzi, lo cual era un buen comienzo. Al fin y al cabo, era con Pozzi con quien había comenzado la historia de *Madame X*, cuando Sargent le pidió a su amigo el doctor Pozzi que le presentase a Virginie Amélie Avegno Gautreau porque quería hacerle un retrato. ¡*Madame* Gatreau! Sargent la describía como una modelo de belleza imposible y de lasitud desesperante. Había hecho decenas de bocetos de ella, decenas de retratos inacabados, en un intento de capturar en el lienzo lo que la hacía tan popular en los círculos de sociedad. Y cuando al fin lo consiguió, cuando creó aquel retrato de una belleza altiva, con un tirante impúdicamente caído sobre su hombro de mármol, el escándalo estuvo a punto de terminar con él. En aquel momento, había cosas que no se podían pintar en voz alta. El escritor Henry James, gran amigo de Sargent, lo convenció de que se mudase a Inglaterra para esquivar el desprestigio. Sargent le hizo caso y reconstruyó allí su vida desde cero, sin saber que *Madame X* llegaría a ser su obra más conocida. ¿Era eso lo que estaba haciendo Declan, recomenzar allí, en Boston? No conocía la respuesta, pero se encontraba bien.

A Declan le gustaban las fiestas, y la ciudad estaba llena de ellas. En Washington D. C. jamás se había permitido salir tanto, ser tanto él mismo, exponerse de aquel modo, pero Jordan estaba convencida de que la extroversión era la estrategia más prudente. Eliminar a una persona que no interactuaba era mucho más fácil, de modo que tenían que vivir y hacerlo a tope. El argumento era de una lógica impecable y, en todo caso, respondía a lo que Declan quería oír. Le había encantado convertir su teléfono desechable en su teléfono de verdad, asegurarse de que era un buen número para él, un número permanente, una forma de alcanzar a la gente adecuada. La primera reunión social a la que asistieron fue discreta: la inauguración de una exposición en una minúscula galería de Fenway. Bebidas, música, buen rollo, coleccionistas jóvenes, un fin de fiesta que se

derramó hasta llegar a un bar. Después de eso, Declan se encontró en una calle de Somerville con la hija de la hermana de su senador, quien le invitó a una cena que continuó con copas que continuaron con baile. Todo esto generó más mensajes, llamadas e invitaciones. Jordan tenía una habilidad para disfrutar de las fiestas nacida de una larga práctica. A Declan le encantaba el aspecto que los dos ofrecían cuando iban agarrados del brazo.

A Declan también le gustó descubrir el apasionamiento que sentía Sargent por *El jaleo*. El pintor, que también era músico, había quedado fascinado por la cultura del flamenco. Su única visita a España había dejado una marca tal en él que, tres años después, aún seguía haciendo bocetos de bailarinas y guitarristas para el cuadro que algún día habría de colgar en las paredes del Museo Gardner. Cuando el enorme lienzo debutó en el prestigioso Salón de París, la impresión que causó catapultó a su autor a la fama y consolidó un prestigio que duraría hasta su muerte. ¿Sería aquello lo que tenía ese cuadro en común con *Madame X*? ¿Estaría el secreto en el hecho de haber cambiado la vida de su autor o en que él sabía que los dos cuadros cambiarían su vida? ¿Dónde estaba la esencia? Declan no lo sabía, pero le gustaba tratar de averiguarlo.

También le gustaban los nuevos papeles que jugaban sus hermanos en aquella vida reelaborada. Aunque le daba mala conciencia dejar que Matthew faltara a clase (de todos modos, ¿podría ir a la universidad en el futuro?, ¿se convertiría algún día en un adulto?), disfrutaba pidiendo comida a domicilio con él, usándolo como excusa para hacer cosas turísticas, pasando con él su tiempo libre. Los episodios de ensoñación de Matthew parecían ahora menos frecuentes, de modo que Declan le buscó un trabajo de media jornada en una pequeña galería de arte en la que preparaba los envíos. Eso pareció mejorar su estado de ánimo. A todo el mundo le encantaba estar con él; al fin y al cabo, quien conocía a Matthew le tomaba cariño instantáneamente. En cuanto a Ronan… A pesar de que no estaba en Boston, su presencia en la vida de Declan se notaba mucho. Un tiempo después de que Declan dejase de cambiar de número y empezase a asistir a fiestas, recibió la llamada de una Moderadora llamada Carmen Farooq-Lane, que quería preguntarle si había sabido algo de Ronan después del incidente del río Potomac. («No», respondió Declan. «Pero, ya que te tengo al teléfono, me gustaría comentarte que desde vuestro ataque injustificado a mi domicilio he hecho muy buenas migas con un abogado». La frase cortó la comunicación de inmediato). Y de vez en cuando, en los lugares más insospechados, algunas personas se

acercaban a él y susurraban de repente: «¿Eres el hermano de Ronan Lynch? Dale las gracias de mi parte, por favor». Aquello, que habría dejado helado al Declan de Washington D. C., ahora le hacía sentir que formaba parte de algo más grande que él. El encantador Matthew tenía seducida a media ciudad. El rebelde Ronan por fin parecía estar dedicado a algo útil. El astuto Declan había empezado a traficar con obras de arte y con historias. Los hermanos Lynch… A Declan le encantaba no tener que estar todo el tiempo preocupándose por ellos.

También le gustaba ir a los Estudios Fenway al final de la jornada, cuando Jordan se estaba desperezando para trabajar durante toda la noche. Le gustaba que, sin necesidad de discutirlo, hubieran decidido que posase sentado en la vieja silla de cuero que había junto a la ventana. Declan se acomodaba allí y le contaba a Jordan lo ocurrido en el día, mientras ella trabajaba en su lienzo. Le gustaba que Jordan hubiera retomado su retrato, aunque se negase a mostrarle los avances que hacía. Le gustaba que hubiera decidido tratar de convertirlo en su dulcemetal. Le gustaba verla haciendo copias de *El jaleo* y de *Madame X*; su habilidad con el pincel jamás dejaba de fascinarlo, mientras contemplaba como ella reproducía exactamente los cuadros capa a capa, como cuando la había visto por primera vez en el Mercado de las Hadas. Virginie Amélie Avegno Gautreau.

Jordan Hennessy.

Pensaba en ella constantemente.

Todo aquello le gustaba. Mucho.

—¿En qué piensas? —preguntó Matthew.

—¿Cómo?

—Te estoy preguntando en qué piensas.

—No pienso en nada, Matthew. Estoy esperando a Jordan, igual que tú.

Los dos hermanos remoloneaban en la Sala Holandesa del Museo Gardner, haciendo tiempo mientras esperaban a que Jordan llegase para compartir con ellos un almuerzo tardío. Seguramente para Jordan fuera el desayuno, teniendo en cuenta sus horarios.

—Pero sí que estás pensando en algo —replicó Matthew, con un tono lastimero que presagiaba uno de sus días exasperantes—. Estás pensando en las cosas de las que vas a hablar con Jordan. ¿Por qué no hablas de ellas conmigo?

No iba muy desencaminado, y a Declan le sorprendió aquella muestra de intuición. Aun así, su impresión había sido certera: Matthew estaba exasperante.

—Porque sois dos personas distintas —respondió—. No voy a copiar y pegar mis conversaciones.

—Piensas que soy más tonto que ella —afirmó Matthew—. Reservas todas las cosas inteligentes para decírselas a ella y a mí no haces más que señalarme a la gente que pasea perros por la calle.

—¿Te gusta que te enseñe los perros que veo o no?

Matthew frunció el ceño.

—Sí, me gusta, pero también quiero saber en qué andas metido. Lo que piensas y esas cosas, ¿comprendes?

—Vale —accedió Declan—. Me estaba preguntando si esos cuadros serían dulcemetales, y si sería esa la razón de que los robasen.

La Sala Holandesa del Museo Gardner, con sus paredes enteladas en verde, era conocida por muchas razones; entre ellas, un autorretrato de Rembrandt, varias obras de Rubens y algunos muebles de gran valor histórico y artístico. Sin embargo, lo que más fama le daba eran las cosas que no contenía.

Un frío día de marzo, varias décadas atrás, dos ladrones disfrazados de policías se habían llevado trece obras de aquella sala, entre ellos un Rembrandt y un Vermeer. Aquel incidente seguía siendo el mayor robo no resuelto de la historia del arte. El golpe habría resultado llamativo en cualquier caso; pero, en este, la pérdida de las obras se notó aún más por las propias características del museo Gardner, un centro pequeño y peculiar que no pudo recuperarse como habría hecho un museo convencional. Isabella Stewart Gardner, su fundadora, había supervisado hasta el último de los detalles de aquel proyecto personal. Había adquirido y situado cada una de las piezas expuestas, diseñado las obras de reforma y adaptación del edificio e incluido una disposición en su testamento que obligaba a dejar el museo intacto tras su muerte. Cualquier modificación, incluso si se trataba de algo tan leve como ensanchar unos centímetros las puertas para permitir la accesibilidad, requería decenas de formularios y procesos burocráticos. Los términos del testamento también suponían que el museo no podía adquirir nuevas obras ni reorganizar las existentes. Así pues, lo que colgaba ahora en los huecos de los cuadros robados eran los marcos vacíos. En esencia, era como exponer al público la idea de la pérdida: la obra de arte más universal que pudiera imaginarse.

—¿Por qué crees que eran dulcemetales? ¿Porque eligieron cosas extrañas? Los ladrones, digo —repuso Matthew.

A Declan volvió a extrañarle su perspicacia: no se esperaba que hubiera prestado tanta atención durante sus anteriores visitas.

—Sí, porque fue una selección extraña. Porque, al lado de los cuadros que robaron, había otros más valiosos y no los tocaron. Porque, te lo creas o no, se llevaron un pináculo de bronce.

—El pájaro ese —asintió Matthew.

—Exacto —repuso Declan, de nuevo sorprendido por la observación —. El pájaro ese.

Los expertos llevaban años tratando de comprender por qué los ladrones se habían llevado las piezas que se habían llevado y por qué las habían tratado con tan poco cuidado. Habían cortado los lienzos con cúter para sacarlos del marco. Se habían guardado en los bolsillos varios bocetos en papel. Habían arramblado con una vasija de bronce de la dinastía Shang que estaba en una mesa, frente a un Rembrandt que también habían robado. Y, por supuesto, se habían llevado «el pájaro ese», un pináculo con forma de águila que remataba una bandera y que no tenía ningún interés artístico. ¿Habría sido un encargo personal?, se preguntaban los expertos. ¿Un robo improvisado? ¿Qué tenían en común las obras robadas?

—Estaba pensando que, si fueran dulcemetales, todo tendría más sentido —continuó—. En todo caso, es una explicación tan buena como cualquier otra: que los ladrones no fueran buscando el valor monetario o el mérito artístico, sino la energía de las obras robadas.

—Pero, entonces, ¿por qué no se llevaron a la señora que baila?

—¿Te refieres a *El jaleo*?

—Eso es lo que he dicho. La señora que baila con un brazo del revés.

A Declan le crispó un poco aquella descripción —más que nada, porque era bastante acertada—, pero lo dejó pasar.

—Pues no lo sé. A lo mejor se quedaron sin tiempo. O era demasiado grande para transportarlo. O les ordenaron que lo dejasen en su sitio.

—¿Quién iba a ordenarles eso?

—Alguien poderoso al que le interesen los dulcemetales —respondió Declan—. Muchos de ellos están en manos de personas con poder; por eso debemos tener tanto cuidado.

—¿Y si Jordan pudiera fabricar uno? Eso la convertiría en una persona con poder, ¿no? —preguntó Matthew.

Declan se volvió para mirarlo.

—Sí, supongo que sí —contestó.

Lo que no dijo en voz alta fue lo que estaba pensando en ese momento: el poder no protegido constituía, en realidad, una debilidad. Cualquiera que poseyera algo codiciado por otra persona y no tuviera forma de evitar que se lo quitase, era alguien vulnerable. Como Jordan y su dulcemetal. O Ronan y sus sueños. Por eso era tan importante la telaraña, aunque Declan no pensaba entrar en ese tema con Matthew. Era una red para protegerle, no para involucrarle.

En ese momento, Jordan apareció en la angosta entrada de la sala.

—¿A que no ha sido tan difícil? —le dijo Matthew a Declan mientras Jordan se aproximaba—. Hemos mantenido una conversación y no ha sido un simple copia y pega.

—¿Qué conversación? —preguntó Jordan—. ¿Ha sido entretenida? ¿Trataba sobre mí? En ese caso, ha tenido que ser extremadamente entretenida.

—Trataba de estos chismes —respondió Matthew, señalando uno de los marcos vacíos.

Jordan puso los brazos en jarras y examinó el marco con tanta intensidad como si aún contuviera un lienzo.

—¿Creéis que eran dulcemetales? ¿Es esa nuestra hipótesis?

Matthew se apresuró a confirmárselo alegremente, y Declan observó cómo los dos conversaban. Mientras los escuchaba proponer y desechar teorías, se sintió tan satisfecho que, de repente, el sentimiento se dio la vuelta y se convirtió en inquietud. Le gustaba tanto la vida que llevaba en ese momento, la gente que lo rodeaba… En algún momento caería la espada de Damocles, estaba seguro.

—Por cierto, ¿a que no sabéis quién ha tenido la amabilidad de despertarme con una visita? —dijo Jordan—. Nuestras queridas amigas de Boudicca llegaron justo después que mi casero nudista. Querían comentarme que les están quitando los dulcemetales de las manos y que aún están pendientes de que las llame… Y preguntarme, ya de paso, si estaría interesada en hacer un portafolio para presentar a las galerías.

—Vaya, eso del soborno es nuevo. ¿Qué les contestaste?

—Que les agradezco mucho el recordatorio y que aún estoy dando vueltas a si realmente necesito un dulcemetal. Y que les estaría muy agradecida si me comunicasen cuándo reciben una oferta por el último.

Tal vez eso fuera lo que más le gustaba a Declan de su vida actual y de Jordan Hennessy: que sabía arreglárselas sola. Declan jamás había tenido a

nadie en su vida a quien no tuviera que guiar, proteger, regañar, salvaguardar. Nunca había convivido con un igual; ni siquiera se daba cuenta de que necesitase un igual y, ahora que tenía a alguien así al lado, descubría que le gustaba.

—Les encantó la respuesta, por supuesto —añadió Jordan con una sonrisa pícara.

Declan reconsideró lo último que acababa de pensar: en realidad, lo que más le gustaba de su nueva situación eran las perspectivas que se abrían. A pesar de que nadie podría haber descrito a Declan Lynch como una persona optimista, tenía que admitir que empezaba a ver más cosas positivas que negativas. Al final, quizá todo les saliera bien. Jordan y Matthew eran sueños, sí; pero mientras Hennessy y Ronan siguiesen vivos, ellos dos podrían disfrutar de una existencia independiente. Y si les ocurría algo a Hennessy o a Ronan, ahora sabían que había dulcemetales que podían mantenerlos despiertos. E incluso si Declan tardaba un poco en hacerse con un dulcemetal, ya no tenía miedo de perder a toda su familia de golpe; sabía que había soluciones posibles. Las cosas podían funcionar, al final. De hecho, estaban funcionando. Declan jamás había tenido esa sensación hasta ese momento.

Y le gustaba. Le gustaba mucho.

Mientras los tres salían al aire frío de la calle, el teléfono de Declan sonó. Levantó un dedo para indicar a Jordan y a Matthew que le esperasen un minuto en el coche y descolgó.

—¿Diga?

—Es urgente que hablemos de Bryde —respondió la voz de Adam Parrish.

24

—La ciudad se ha despertado —dijo Adam.

—Espera, frena un momento —replicó Declan—. Explícame que has querido decir con eso.

Adam y él se habían encontrado en la cola del *food truck* de un chef famoso, en plena Harvard Square: una furgoneta que servía gofres de alta cocina con acompañamientos originales por catorce dólares la ración. Adam le había presentado a los compañeros que iban con él diciendo que eran sus amigos, pero Declan lo dudaba mucho. La forma en que rodeaban a Adam le recordaba a un salvapantallas que había visto en las oficinas de Aglionby y que mostraba un gran pastor alemán con una bandada de patitos arremolinados en torno a sus patas. Aunque era una foto supuestamente enternecedora, cada vez que Declan la veía, pensaba en lo sacrificada que debía de ser aquella labor para el perro. La impresión de Declan no hizo más que reforzarse cuando los supuestos amigos descubrieron que no podían pagar los gofres con tarjeta y empezaron a lloriquear, obligando a Adam a sacar la cartera para distribuir con aire paciente billetes a cambio de gofres y pagarés improvisados.

Adam había cambiado mucho desde los tiempos en que los dos asistían a Aglionby, pensó Declan. El antiguo Adam nunca tenía dinero. Y, en lugar de acudir al rescate de sus amigos pijos, les habría señalado con expresión mordaz el enorme cartel de «NO SE ADMITEN TARJETAS» que había pegado en el costado de la furgoneta.

Por fin, se despidieron de los patitos de Adam para hablar en privado. Después de perderlos de vista, Adam engulló su gofre de lujo a grandes bocados, sin mostrar ningún placer.

—Hasta ahora, yo creía que Cambridge estaba muerto —comenzó, mientras los dos caminaban a buen paso por el campus de Harvard—. No había rastro de energía ley. Por eso a Ronan le dio un ataque de brotanoche nada más llegar aquí.

—¿Y qué es lo que quieres enseñarme? —repuso Declan.

—Aún no hemos llegado. Aunque yo no uso esa energía como hace Ronan, sí que puedo sentirla. Recurro a ella para tener visiones y para echar las cartas.

Adam echó un vistazo a su espalda y salió del Harvard Yard para entrar en la calle Oxford. Allí empezó a caminar más despacio, aunque Declan seguía sin ver nada fuera de lo común. Era todo muy pintoresco: ladrillos rojos, remates blancos, árboles negros, cielo azul…

—Desde que llegué aquí —explicó Adam—, dejé de poder hacer esas cosas. Como te he dicho, la ciudad estaba muerta. Echaba las cartas a la gente, como viste el otro día, pero era una simple impostura: lo único que hacía era adivinar cosas por sus palabras y sus gestos. Trucos de ilusionista, magia de mentira. Últimamente, sin embargo, he empezado a sentir unas… No sé cómo describirlas. Oleadas, como si de pronto hubiera un aumento en la intensidad de la energía. Latidos.

A Declan no acababa de gustarle lo último que había oído. «Un aumento en la intensidad de la energía» sonaba científico, manejable. «Latidos», sin embargo, sonaba a cosa viva, y los seres vivos eran impredecibles y difíciles de controlar.

—Entonces, ayer noche, ocurrió algo muy raro —continuó Adam—. Mira esto.

Estaban delante de un edificio moderno, con un cartel que ponía «CENTRO DE CIENCIAS». Adam escrutó a un lado y a otro con gesto furtivo y luego se agachó junto a un banco de cemento adosado a la pared del edificio. Metió la mano debajo y la sacó llena de tierra y hojas muertas.

Extendió el puño hacia Declan y lo abrió.

Asombrado, Declan se dio cuenta de que lo que había tomado por hojas eran escarabajos. Algunos eran pequeños y oscuros, bichos normales y corrientes. Otros, grandes y moteados, poseían una gracia majestuosa como la de los elefantes. Los había con cornamentas desproporcionadas. Los había de un azul intenso y brillante, con destellos como galaxias en miniatura.

Declan no tuvo que preguntar: estaba claro que aquellos insectos no eran autóctonos de Cambridge.

—Estos son los escarabajos de la colección Rockefeller. Algunos de ellos, al menos. ¿Te suena? Hay cien mil como estos expuestos en el Museo de Historia Natural, aquí al lado.

Adam escogió uno y se lo mostró a Declan. Era cilíndrico y de un rabioso color verde. Cuando Adam lo levantó hacia el sol, Declan vio que

estaba atravesado por un orificio perfectamente redondo.

—Aquí es donde tenía el alfiler que lo sujetaba a su montura —explicó Adam.

—Sueños —comprendió Declan.

—Fuera lo que fuese esa oleada, tuvo la potencia suficiente para reanimar a estos sueños. Estuvieron despiertos el tiempo suficiente para salir de las vitrinas del museo y llegar hasta aquí, y luego volvieron a aletargarse.

—¿Cómo lo has averiguado?

Adam metió la mano con cuidado bajo el banco y dejó los escarabajos donde estaban.

—En el momento en que ocurrió, yo estaba echando las cartas y me perdí en uno de los naipes. Cuando conseguí regresar, salí para ver si encontraba de dónde salía la energía y llegué justo a tiempo de ver a estos bichos cruzando la calle.

«Me perdí». «Conseguí regresar». Entre aquellas dos expresiones había una distancia emocional inimaginable.

—Vale —asintió Declan—. De modo que la ciudad despertó durante un rato.

Reflexionó un momento. No le había dicho nada a Adam de los dulcemetales, y el Declan paranoico era reacio a revelar cualquier información. Aun así, preguntó con cautela:

—¿Por qué crees que tuvo algo que ver con Ronan? ¿No podría ser una fuente de energía producida por un tercero?

Adam lo miró con el ceño fruncido, y Declan supuso que había notado que le ocultaba algo. Con su temperamento reservado y sigiloso, Adam entendía de secretos. Sin embargo, no indagó.

—¿Sabes a qué se ha dedicado Ronan últimamente? —preguntó sin más.

Declan negó con la cabeza: solo sabía que Ronan, Hennessy y Bryde estaban obstaculizando los intentos de los Moderadores por matar a otros soñadores. Le parecía un empeño noble, constructivo; una válvula de escape razonable para las capacidades de Ronan y para su vocación rebelde. Tal vez se hubiera engañado a sí mismo, en un intento inconsciente de librarse de alguno de sus patitos.

—Aunque no hay pruebas materiales —añadió Adam—, sé que Ronan y sus dos amigos están implicados en más de veinte casos de sabotaje industrial.

A Declan no le sorprendió oírlo, de modo que una parte de él debía de saber algo así. O sospecharlo, al menos. La espada de Damocles había caído por fin.

—¿Qué tipo de sabotaje industrial?

—He podido acceder a los informes de algunas agencias de espionaje —dejó caer Adam.

Aquella era la razón por la que Adam y los chicos de la cola no podían ser amigos de verdad: mientras ellos buscaban en Google noticias sobre chefs famosos, Adam se dedicaba a leer documentos reservados que hablaban de su novio.

—Han destruido varios convertidores eléctricos —explicó—. Y granjas de servidores. Y vertederos de basura industrial. ¿Oíste hablar del corte de electricidad que hubo hace unas semanas, el que afectó a decenas de miles de usuarios en Delmarva? Fueron ellos. Destrozaron el tendido. La factura de daños asciende a miles de millones de dólares.

—Miles de millones —repitió Declan abrumado—. ¿Y qué se proponen?

—Los Moderadores no lo saben o, si lo saben, no lo han puesto por escrito. Pero yo puedo suponerlo: he comprobado las fechas y horas de los sabotajes con las oleadas de energía ley, y coinciden. Coinciden punto por punto. Creo que Ronan y sus amigos han estado quitando obstáculos de las líneas ley para fortalecerlas. Y, cada vez que lo hacen, se genera una reacción en cadena que despierta a otras líneas aletargadas, como esta que pasa por debajo de Boston y Cambridge. ¿Sabes si Matthew ha tenido últimamente menos ataques de esos que le dan?

Declan no lo sabía. Ni él lo había preguntado ni Matthew le había dicho nada. En teoría, Declan llevaba semanas pensando sin parar en la forma de obtener un dulcemetal que asegurase el futuro de su hermano. En realidad, Declan llevaba semanas pensando sin parar en Jordan Hennessy.

—No me extrañaría que fuera así —añadió Adam—. Seguro que se siente fenomenal cada vez que ocurre una de esas oleadas.

Declan no veía cuál era el problema, y así se lo dijo a Adam. Este señaló los escarabajos.

—¿Esto no te parece un problema? —preguntó.

—Me parece el síntoma de algo que podría mantener despierto a Matthew para siempre. ¿No es así?

Adam suspiró.

—Multiplica esos escarabajos por mil —explicó con aire paciente, como si Declan fuera un niño—. Imagina un mundo en el que todas las cosas que han soñado los Ronan Lynch del planeta empiezan a despertar. Cosas soñadas a lo largo de las décadas, de los siglos. Piensa en todas las leyendas que pueden haber nacido de los sueños. Piensa en todos los monstruos, los dragones, los minotauros de las historias. ¿Cuántos de esos seres son simples ficciones y cuántos son sueños que ahora están dormidos porque sus soñadores murieron hace mucho? En este momento, Ronan está limitado por la potencia de la línea ley. ¿Cuántos Ronan puede haber por ahí sueltos? ¿Qué podrían hacer si no tuvieran límites? Deja de pensar en Matthew por un momento y reflexiona.

En la mente de Declan empezó a desplegarse un futuro en el que un puñado de soñadores desbarataban la economía, transformaban el mundo del arte, soñaban armas cada vez más potentes… Niall y Ronan no habían supuesto ninguna amenaza porque ambos tenían límites, tanto por su capacidad como por su vocación de vivir en el mundo tal como era. Pero alguien con poder absoluto y ningún contrapeso, alguien con una ambición desmedida…

—No estamos hablando de un simple plan para mantener despierto a Matthew —dijo Adam—. Esto es algo más grande, una estrategia.

—No me parece algo propio de Ronan.

—¿Por qué crees que te dije que teníamos que hablar de Bryde?

Bryde.

—Declan —prosiguió Adam—, los Moderadores cuentan con unos videntes especiales. Visionarios, los llaman. Esas personas han visto el futuro, y dicen que Ronan, Hennessy y Bryde van a soñar el apocalipsis. Por eso quieren matarlos: porque piensan que están a punto de provocar el fin del mundo. —Adam bajó la voz—. Ahí fuera hay algo; algo que lo destrozaría todo si pudiera, una especie de pesadilla colectiva. Lo descubrí en la última visión que tuve. Un soñador podría sacarlo al mundo real y ni siquiera tendría por qué hacerlo a propósito. Ya has visto lo que Ronan es capaz de hacer… Un solo mal sueño con energía ley suficiente para que se materialice, y se terminó lo que se daba. Lo que estoy tratando de decirte es que puede que los Moderadores tengan algo de razón. Piénsalo bien y te darás cuenta. Y eso si es que su plan no propone algo más ambicioso que despertar de nuevo las líneas ley.

Los dos se quedaron callados por un momento. Declan se sentó en el banco de cemento y observó el campus universitario. Recordó cómo, al

inicio de aquel semestre, Ronan había ido allí para ver apartamentos, y cómo él había pensado que tal vez su hermano pudiera emprender una vida más tranquila para estar junto a Adam.

—¿Te ha llamado? —preguntó. Pero ya conocía la respuesta, no tanto por lo que había dicho Adam como por todo lo que había dejado de decir.

Adam lo miró sin decir nada.

—¿Confías en Ronan? —le preguntó Declan. Porque sabía que, aunque su hermano podía ser muchas cosas, no era un asesino: incluso en sus peores momentos había dirigido sus impulsos destructivos hacia sí mismo. Además, el Ronan con el que había hablado por teléfono no parecía encontrarse en ese punto. Si Ronan pecaba de algo era de ser impulsivo, no taimado.

—No confío en Bryde —respondió Adam con aire pensativo.

—Eso no responde a mi pregunta.

Pero Adam se limitó a lanzar un último bicho bajo el banco y levantó el rostro hacia el sol, que ya empezaba a ponerse.

En ese momento, Declan se dio cuenta de que Adam Parrish no le estaba permitiendo acercarse más a él de lo que se acercaban sus amigos de los gofres. Aquel no era más que un ángulo de la situación; uno muy diferente del que compartía con sus compañeros de Harvard, sí, pero un ángulo de todos modos. Se trataba de un intercambio de información, ni más ni menos. La cercanía, la sinceridad, estaban reservadas para una sola persona y si Declan había podido echar aquel breve vistazo a las preocupaciones de Adam era únicamente por su relación con esa persona.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Declan.

—¿Contesta Ronan a tus llamadas? —repuso Adam.

25

Cuando Ronan era pequeño, en la familia Lynch no se hablaba de los sueños.

Ahora le parecía inexplicable. Su familia dependía de los sueños; dos quintas partes de sus miembros eran sueños; otras dos quintas partes eran soñadores. Y, aun así, no hablaban sobre ello. Niall Lynch comerciaba con sueños en el mercado negro, Declan atendía llamadas de compradores de sueños. Y, aun así, no hablaban sobre ello. Aurora era un sueño, y Niall sabía que, si algo le ocurriera, sus hijos se convertirían en huérfanos de una madre aletargada. Y, aun así, no hablaban sobre ello. Ronan, sin querer, había creado un hermano soñado y había tenido que aprender por su cuenta cómo evitar que volviese a ocurrirle algo parecido. Y, aun así, no hablaban sobre ello.

Ronan había pasado años creyendo que no había nadie más como él en el mundo, y eso había estado a punto de matarlo. Y, aun así, no hablaban sobre ello.

Recordando ahora su infancia, Ronan intentaba en vano ver las cosas desde el punto de vista de Niall y Aurora. Tal vez creyeran que, si sus hijos carecían de palabras con las que explicar su secreto, les resultaría más difícil revelarlo. Tal vez pensaran que, si Ronan no prestaba atención a sus sueños, terminaría por olvidarse de ellos con el tiempo. Tal vez su falta de fe en el género humano llegase a tal punto que no considerasen a sus hijos como personas de fiar.

Ronan no recordaba la primera vez que había sacado algo de sus sueños. Tampoco recordaba haber soñado a Matthew. Lo que sí recordaba era una de las raras ocasiones en las que su familia había hablado sobre su condición de soñador.

Él aún era pequeño. Ni siquiera recordaba si Matthew existía. En eso, los recuerdos se asemejaban a los sueños: se saltaban las partes que no parecían relevantes. Ronan había estado jugando en la parte trasera de la finca, en el prado de suave pendiente en el que Adam y él cavarían años más tarde un estanque. Era tan pequeño que aún no podía salir solo, de

modo que Aurora había pasado la tarde con él, leyendo un libro bajo la sombra de un árbol y riendo para sí de vez en cuando.

Cuando Ronan lo recordaba ahora, se daba cuenta de lo idílica que era la escena: él, correteando entre la hierba que le llegaba hasta la cintura; la bella Aurora, recostada en el prado, con un vestido de verano y el cabello tan dorado como el de Matthew o el de Bryde, una mano ocupada con el libro y la otra metida en una cesta de la que iba sacando uvas; arriba, las nubes que salpicaban el azul del cielo tenían un aspecto tan invitador y somnoliento como una manta de sofá.

En cierto momento, Ronan se había quedado dormido. No recordaba cómo; solo recordaba el momento de despertar. Se veía tirado sobre la hierba, incapaz de moverse. No eran solo sus piernas las que estaban dormidas, era todo él, y su mente contemplaba su propio cuerpo tumbado en la hierba junto a su dulce y hermosa madre.

Entonces, el recuerdo avanzaba hasta una imagen de él cogiendo algo de entre la hierba y enseñándoselo a Aurora. Era un libro igual al que ella estaba leyendo, solo que mucho más pequeño, adecuado al tamaño de sus manos infantiles.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó ella mientras dejaba su libro a un lado.

—Ábrelo.

Aurora dejó que se abriera el pequeño volumen. Dentro no había páginas, sino un cielo de verano salpicado de nubes altas como torres. Metió los dedos y vio cómo las nubes se apartaban ante ellos. El cielo estaba dentro del libro, pero también sobre él, bidimensional y tridimensional a la vez mientras se desplegaba.

—Qué cosas tienes, mi soñador imposible —susurró Aurora suavemente. Abrió y cerró el libro varias veces para comprobar si cambiaba y vio que sí lo hacía, del día a la noche y luego de nuevo al día: sol, estrellas, sol—. Ahora vamos a enterrarlo, hijo.

—Enterrarlo —repitió Ronan. Él quería enseñárselo a Declan y a Niall, colocarlo en la estantería de su cuarto.

Aurora se puso en pie y se sacudió la falda.

—Las cosas como esta se disfrutan más si son secretas. Es muy importante que lo recuerdes.

A Ronan no le parecía muy importante recordar aquello; lo que más importante le parecía era enseñárselo a alguien. Se esforzó por comprenderlo.

—¿Cuánto tiempo tiene que estar enterrado? —preguntó, y su madre le dio un beso en la coronilla.

—Para siempre —contestó.

¿Para siempre?

—Este sitio parece muy agradable —comentó Hennessy—. ¿Hemos venido para destruirlo?

Después de atravesar varias hectáreas de campos de maíz seco sin recolectar, Burrito había llegado a una casa tan antigua que tenía su nombre escrito en un pilar de ladrillo junto a la entrada: «Barnhill». Los campos de cultivo terminaban en un patio bien cuidado tras el cual se veía la casa en sí, cuadrada y blanca. Más allá había un prado de espartillo seco, tras el cual debía de haber un tramo de marisma que seguramente desembocaría en el mar. El paraje desprendía una atmósfera de soledad extraña y cautivadora. No era un sitio al que nadie pudiera llegar por accidente.

Ronan estaba de acuerdo con Hennessy: aquel lugar resultaba realmente agradable. Le recordaba a Los Graneros, y no le apetecía nada destruirlo.

Bryde no contestó. Siguió mirando la casa, mientras el coche invisible frenaba y se detenía frente a un garaje exento. Desde el incidente de la granja de servidores, no había vuelto a ser el mismo, aunque Ronan no habría sabido decir qué había cambiado exactamente en él. Le hubiera gustado describirlo como una gravedad adicional, una implicación mayor en su tarea; pero no era eso, porque la implicación de Bryde ya era total. Era, más bien, como si se hubiera vuelto más introvertido, más caviloso. Como si Ronan o Hennessy lo hubieran enfadado o decepcionado, aunque a Ronan no se le ocurría qué podrían haber hecho para que se molestase.

—Sacad vuestras cosas —dijo por fin mientras abría la puerta del coche —. No me refiero solo a la espada: coged las bolsas, todo.

—¿Nos vamos a alojar aquí? —preguntó Ronan, sorprendido.

En el interior de la casa había luces encendidas, y tenía todo el aspecto de estar habitada. Aquello no era propio de Bryde. Nada propio.

—Si vamos a asesinar a una familia para quedarnos con su casa —intervino Hennessy—, ¿puedo comer primero? Aunque también podría comérmelos a ellos, claro. Tengo tanta hambre que podría zamparme un bebé. ¿Hay bebés ahí dentro?

Pero Bryde ya había salido del coche y se aproximaba a la casa, aún menos interesado en el parloteo de Hennessy de lo que estaba al principio de su viaje. Con un gruñido, Ronan se echó al hombro su bolsa y la vaina de HASTA LA PESADILLA y echó a andar tras él. Para cuando Hennessy subió los dos escalones del porche y se situó junto a ellos dos, ya se oían pisadas en la casa. Muchas pisadas.

Ronan y Hennessy cruzaron una mirada por detrás de Bryde. Ella parecía tan perpleja como él.

Entonces, la puerta se abrió y apareció una mujer bajita, con la piel de un marrón tostado y el pelo oscuro recogido con horquillas. Aunque su apariencia física era muy distinta a la de Hennessy, a Ronan le recordó el aspecto que tenía Hennessy la primera vez que la había visto: parecía exhausta y asustada. Igual que Hennessy, aquella mujer escondía el cansancio y el miedo bajo una expresión distinta, pero los dos eran visibles en la tirantez de sus ojos y de su sonrisa. Cuando los vio de pie en el umbral, el miedo y el cansancio se desdibujaron un poco, reemplazados por una curiosidad recelosa.

«Bien», se dijo Ronan. Aquella era la reacción más adecuada ante la aparición repentina de tres desconocidos como ellos en la puerta de una casa.

La mujer miró a Bryde de arriba abajo y luego giró la cabeza.

—¿Es él? —preguntó a alguien situado a su espalda.

En el interior de la casa se levantó un coro de voces infantiles.

—¡Está aquí!

—¿Es él?

—¡Os dije que estaba por aquí! ¡Os lo dije hace un rato!

—¡Es Bryde!

—¿Y Jordan Hennessy?

—¡También! ¡La veo! ¡La veo!

—¿Y Ronan Lynch?

—¡Sí! ¡Es alto y va rapado! ¡Y tiene la espada!

Los niños habían acudido a la carrera y se habían detenido justo detrás de su madre, como una ola que rompiese en la orilla. Ronan vio cinco figuras alegres, cada una de una altura distinta, que susurraban y se daban codazos señalando por turnos a Bryde, a Hennessy y a él.

Cruzó otra mirada con Hennessy.

Aquella no era la reacción más adecuada ante la aparición repentina de tres desconocidos como ellos en la puerta de una casa.

Pero le gustaba.

—Bueno, entrad para que os achuchen un poco —dijo la mujer—. Ya sé que no habéis venido aquí por mí, pero voy a presentarme. Me llamo…

—Angélica —dijo Bryde mientras entraba al recibidor atestado de gente—. Angélica Aldana-León. Sí, lo sé. Ellos me lo dijeron —mientras la madre lo miraba con la boca abierta, Bryde levantó el puño y les dijo a las cinco criaturas—: Traigo un regalo, pero no os lo daré hasta que me digáis qué es.

—¿Son las semillas?

—¿Eres de verdad?

—¡Dijo que no le preguntásemos eso!

Bryde abrió la mano y dejó caer una semilla en la mano de cada uno de los niños.

—A ver, decidme —añadió—. ¿Qué tenéis que hacer con ellas ahora?

Los chicos conferenciaron entre sí como participantes de un concurso televisivo. Por fin, uno de ellos susurró la respuesta a los demás, y los cinco dieron una palmada simultánea con las semillas entre las dos manos. De ellas brotaron cinco lirios de un azul brillante, y fue en ese momento cuando Ronan cayó en la cuenta de algo obvio: los cinco niños eran soñadores. Bryde debía de haber acudido también a sus sueños y les había mostrado las semillas soñadas que iba a entregarles.

Ronan buscó en su interior los celos que lo habían invadido al conocer a Rhiannon, pero no los encontró.

—Los niños me dijeron que fuisteis vosotros los que detuvisteis el… —Angélica hizo un gesto que abarcaba sus ojos y su nariz, y Ronan comprendió que se refería al brotanoche.

—¡El puré! —gritó uno de los chicos.

—Gracias, muchísimas gracias —dijo Angélica—. No sé cómo agradeceros lo que estáis haciendo, así que solo os diré esto: gracias por haberlos salvado.

—No hay de qué —repuso Bryde—. No sé cuánto tiempo durará, pero seguiremos trabajando en ello.

Ronan observó a los niños, que lo observaron a su vez. Ahora comprendía el aspecto exhausto y asustado de Angélica. Sus hijos eran soñadores diminutos, como él había sido muchos años atrás; pero estos habían nacido en un mundo sin apenas energía ley, y eso los estaba matando. Se preguntó cuántos soñadores habrían muerto ahogados por el

brotanoche, sin llegar a saber que había más gente como ellos y que solo tenían que mudarse a un lugar con más energía ley para salvarse.

Esa era la razón que justificaba todo lo que estaban haciendo.

Bajó la mirada. Uno de los chicos le había agarrado de la mano y tiraba de ella para hacer que Ronan lo siguiera. Otra, muerta de risa, miraba de reojo a Sierra, que se había encaramado en su hombro y estaba haciendo esfuerzos obvios por no hacerle daño con las garras.

«Ahí estamos, Sierra», pensó Ronan.

Otro chaval se abrazó a su pierna, y Ronan, sin pensar, le abarcó la cabeza con la mano, como había hecho con Matthew de pequeño y luego con Opal. Durante las semanas anteriores, había olvidado lo que era abrazar y ser abrazado. Le daba la impresión de que hacía años que no disfrutaba de aquellos pequeños lujos.

Angélica dijo algo en español, y los chicos se pusieron a discutir entre ellos.

—Los niños os mostrarán dónde podéis dejar las cosas —explicó Angélica cambiando al inglés—. Lo siento, pero los dos chicos tendréis que dormir en una litera; no tenemos mucho sitio de sobra.

—No pasa nada —repuso Bryde—. Nos conformamos con darnos una ducha y cenar caliente esta noche.

Mientras Hennessy desaparecía en otra habitación, dos de los niños condujeron a Bryde y a Ronan a un dormitorio donde los esperaba la litera prometida. No era nada del otro mundo —la cama estaba hecha de madera sin barnizar y atornillada sin mucha pericia, y las sábanas estaban desparejadas—, pero resultaba mucho más acogedor que cualquiera de los lugares en los que se habían alojado hasta ese momento.

Bryde no pareció prestar ninguna atención al entorno. En cuanto hubo dejado su bolsa en la cama inferior, se volvió para salir, sin decir nada.

—Eh, un momento —lo frenó Ronan—. Espera un momento, ¿quieres?

Bryde se detuvo. Ronan estuvo a punto de disculparse; en realidad, no esperaba que Bryde le hiciera caso.

—¿Qué te hemos hecho? —preguntó.

Bryde entrecerró los párpados y negó con la cabeza.

—¿Es que no nos hemos esforzado? —insistió Ronan—. ¿Qué más quieres que hagamos? Vamos donde nos dices que vayamos y hacemos lo que nos dices que hagamos. Me pides una y otra vez que escuche, y yo lo intento. ¿Qué pasa ahora? Dime, ¿qué mierda he hecho mal?

La expresión de Bryde se suavizó.

—No estoy enfadado contigo. ¿Pensabas que lo estaba?

—No sé qué pensar, la verdad.

—Yo tampoco —convino Bryde—. ¿Por qué lleva Adam varios días tratando de entrar en tus sueños?

Tamquam.

—¿Y por qué tú se lo impides? —remachó Bryde.

Ronan sintió que la cara le ardía y las manos se le quedaban heladas. Había creído que Bryde no se daría cuenta.

—Tú no sabes cómo es Adam… Cuando agarra algo, no lo suelta. Es tenaz, y sé que le importo. El hecho de que encontrase una manera de localizarme en el espacio onírico en cuanto empezamos a liberar más energía es prueba de ello. Si le dejara entrar en mis sueños, se pondría a investigar sobre los Moderadores y toda esta mierda, y no pararía hasta averiguar el último detalle. Y no quiero ser yo quien haga que lo expulsen de Harvard.

—De modo que lo haces por su bien —repuso Bryde.

En su comentario no había ninguna valoración; lo había pronunciado en tono neutro, como si se limitara a completar la frase de Ronan. Apartó la mirada, y su rostro adoptó de inmediato la expresión que había hecho pensar a Ronan que estaba enfadado: ceño fruncido, ojos tensos, boca cerrada. No parecía el Bryde seguro de sí que Hennessy y Ronan habían conocido semanas atrás.

—No —añadió en voz baja, como si hablase para sí mismo—. No estoy enfadado. Hennessy y tú habéis cumplido todo lo que esperaba de vosotros. Los dos sois muy distintos de lo que pensaba. Mejores, de hecho.

Ronan abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada. Aquello era tan opuesto a lo que esperaba escuchar que se había quedado sin palabras.

—No, no estoy enfadado —reiteró Bryde—. Lo que estoy es cansado. Orgulloso. Perplejo. Y triste, también, porque sé que las cosas no pueden seguir siendo como hasta ahora. Estamos trabajando sin parar para cambiarlas, y jamás regresará un momento como este. Es un enfoque ridículo, porque supone pensar más en el presente que en el futuro; jamás os permitiría a Hennessy o a ti decir estas cosas. Yo no voy a desviarme de mi camino, estoy seguro de ello. Pero puedo imaginarme haciéndolo. Es conmigo… Si estoy enfadado con alguien, es conmigo mismo.

Escuchar aquellas palabras le hizo a Ronan aún más bien del que se había atrevido a esperar, a pesar de que no las comprendía por completo.

—Ya estamos casi en el paso final —afirmó Bryde—. Solo nos queda eliminar la presa del río. Después de eso, el juego cambiará de forma radical.

—Entonces, ¿por qué hemos venido aquí? —preguntó Ronan.

Los labios de Bryde se torcieron en una expresión pesarosa, y Ronan pensó que había esperado que le preguntase algo distinto. Trató de imaginar qué sería y no pudo.

—Esto es solo un pequeño lujo que nos permite recordar por qué hacemos lo que hacemos, pasar una noche en una cama decente y disfrutar de la gratitud de algunas de las muchísimas personas que están hablando de vosotros últimamente. Eres un héroe, Ronan. Disfrútalo.

Un héroe… Se trataba de un concepto extraño. Si Ronan había sido algo durante los años anteriores, era un villano, en todo caso: el chico problemático, el que recibía partes en el instituto, el perseguido, el acusado. Y, antes de eso, había sido un joven soñador. Un secreto. Para siempre.

Ahora era el héroe de una familia de pequeños soñadores que nunca tendrían por qué sentirse solos.

Bryde y él dieron un respingo simultáneo al oír una especie de trino. Era el teléfono soñado de Ronan. No lo usaba desde la primera llamada que le había hecho a Declan, y casi había olvidado que lo tenía.

Quien llamaba ahora era también Declan. No había ninguna pista visual que lo identificase, dado que el teléfono carecía de pantalla. Sin embargo, algo en el tono de llamada sugería claramente que era Declan quien estaba al otro lado. A Ronan le descolocó aquella interrupción: Declan pertenecía a otro mundo, a otra vida. Aun así, echó una mirada de reojo a Bryde y golpeó el teléfono con el dedo para contestar.

—Deklo. Buenas.

—Ah, menos mal que ha funcionado.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Ronan.

—Tuve que ir a buscar el coche en el que estaba cuando hablé contigo la última vez, para consultar el registro de llamadas previas. Obviamente, no pude teclear la jerigonza que apareció en el lugar de tu número de teléfono, pero le pedí que respondiese a la llamada.

—Espera, ¿en qué coche dices que ibas?

—Quiero que vengas con nosotros a misa este domingo —dijo Declan, sin molestarse en contestar a la pregunta.

A Ronan le llevó un momento analizar aquella petición. Le resultaba muy familiar: Declan se la había hecho innumerables veces a lo largo de los años anteriores. La reacción de Ronan siempre era la misma: primero resoplaba y luego se levantaba muy temprano a la mañana siguiente para asistir a misa de once con sus hermanos en la otra punta del estado. Ahora, aquello parecía el recuerdo de una persona diferente. Un sueño.

De pronto, se le ocurrió que tal vez hubiera pasado algo preocupante.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Está bien Matthew?

—Reunión de familia —contestó Declan.

Aquel era un «declanismo» típico que siempre había irritado a Ronan: «reunión de familia» quería decir que Declan se disponía a echar la bronca a uno de sus dos hermanos.

—¿Sobre qué?

—Sobre el futuro.

—¿Vas en serio con lo de la misa? El domingo es pasado mañana.

—Tengo fe en ti.

—Nos persigue mucha gente.

—Dime una ciudad y una iglesia y estaremos allí el domingo.

Bryde aguardaba, mirándolo con una ceja levantada.

—Mis hermanos quieren verme —le explicó Ronan. Algo en aquella frase le aceleraba el pulso, pero no sabía si era su significado o el mero hecho de estársela diciendo a Bryde—. Este fin de semana.

—¿Con quién hablas? —preguntó Declan—. ¿Con Bryde?

—Tenemos una cita con Ilidorin —replicó Bryde en voz baja.

—Deja que me lo piense, Declan —dijo Ronan—. No estoy cerca de Boston.

—¿A ti qué te parece importante? —replicó Declan—. No te pediría esto si no me pareciera importante a mí.

Bryde seguía observándolo con la misma actitud expectante. Agarraba el pomo de la puerta, como si estuviera impaciente por volver junto a los soñadores a los que habían ido a visitar.

—Tengo que cortar —afirmó Ronan—. Te llamo en un rato.

Colgó.

Ahora creía entender lo que le había confesado Bryde antes de la llamada: también él se sentía dividido entre la posibilidad de volver a ver a sus hermanos durante un rato, por un lado, y la conciencia de que estaban cerca de la primera parte de su misión, y de que muchas cosas cambiarían

cuando al fin lograsen eliminar el último obstáculo que bloqueaba la línea ley de Ilidorin.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer —dijo Bryde—. Pero yo tengo que seguir: no puedo pararme cuando estamos tan cerca del final.

—Lo sé —contestó Ronan.

Ser un héroe resultaba complicado.

26

Matthew caminaba.

En esta ocasión no vagaba sin conciencia de lo que hacía, sino que caminaba con un propósito firme. Declan le había dicho que acababa de hablar con Ronan, y le había pedido que se quedase en casa tranquilo mientras él hacía unos recados. Aunque no había especificado que las dos cosas estuvieran conectadas, Matthew había supuesto que lo estaban. No le había quedado más remedio que suponerlo, porque, se pusiera como se pusiera, Declan seguía sin mantener conversaciones serias con él. Las pocas confidencias que hacía se las hacía a Jordan, y a Matthew se limitaba a señalarle los perros que veía por la calle. Aquello le daba a Matthew mala espina, lo cual, sumado a todas las aprensiones que ya sentía, hacía que le entrasen ganas de caminar.

No de vagar, sino de caminar.

Como un humano, no como un sueño.

De modo que Matthew avanzaba a buen paso, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora azul brillante y la cabeza gacha. La visión de sus zapatillas avanzando en línea recta, una detrás de otra, le hacía caminar más y más rápido, dejando atrás el asfalto y las baldosas de las aceras. A Declan aquellas deportivas blancas y voluminosas le parecían ridículas; Matthew se había dado cuenta hacía poco. En el momento de la compra, emocionado por haber podido ahorrar lo bastante para pagarlas, no lo había advertido. «Molan, ¿verdad?», le había dicho a Declan, y él había contestado: «Son las deportivas más memorables que he visto en mi vida». En aquel momento, Matthew había pensado que eso significaba que a Declan le gustaban tanto como a él.

«Qué estúpido fui», pensó, notando cómo las orejas le ardían de la vergüenza. Qué estúpido había sido siempre con todo…

Incluso la emoción que había sentido por haber reunido dinero suficiente para comprarlas le parecía ahora ridícula. Sus ahorros provenían de una asignación semanal que obtenía a cambio de realizar tareas domésticas, un sistema inventado por Aurora cuando vivían en Los

Graneros que Declan había mantenido después de mudarse a la ciudad. A Matthew nunca se le había ocurrido cuestionarlo: le parecía de lo más lógico recibir una paga a cambio de recoger su cuarto, pasar la aspiradora, vaciar el lavaplatos, rociar espray antipolvo en la puerta para eliminar el polen o limpiar el interior del Volvo de Declan después de volver de clase.

Pero, ahora, solo pensarlo le producía una vergüenza insoportable. Insoportable de verdad. Aquella paga salía del dinero de Declan: era la propina que daba un hermano mayor a su hermanito pequeño, que seguía siendo un niño a pesar de los años. Mientras Matthew se embolsaba la paga que encontraba en una taza colocada en la encimera de la cocina, sus amigos del instituto trabajaban ayudando en restaurantes o en tiendas los fines de semana. Y la cosa no había cambiado. Matthew seguía recibiendo su propina semanal, solo que ahora se la entregaban dueños de galerías que le encargaban trabajillos como favor a Declan, porque pensaban que el hermanito de Declan Lynch era muy mono y sus absurdas zapatillas les hacían gracia.

Matthew siguió andando con zancadas largas y furiosas. Salió del barrio en el que vivían. Pasó junto a restaurantes llenos de comensales y agradables casas de ladrillo que parecían brillar a la luz de la tarde. Vio de pasada una gasolinera que le recordó a otra en la que paraba siempre Declan entre semana, para comprar leche cuando no les quedaba en casa. Recordó todas las tardes en que se habían quedado los dos dentro del coche aparcado, Declan mirando al infinito, sujetando el recibo de la compra entre la mano y el volante. «¿Por qué no volvemos ya a casa?», preguntaba Matthew. «Sigue jugando», contestaba Declan, y Matthew lo hacía: volvía a concentrarse en el último juego que hubiera descargado en su teléfono, mientras su hermano mayor se quedaba sentado, a veces más de una hora, frente a una gasolinera que estaba a cinco minutos de su casa. Y a Matthew jamás se le había ocurrido preguntarle por qué estaban allí parados, o qué estaba pensando, o si realmente odiaba su vida.

Y ahora, para rematar, estaba el asunto de los dulcemetales: aquellas cosas que tenían que obtener para protegerle a él, supuestamente, pero de las que su hermano se negaba a hablarle.

Todo el mundo seguía tratando a Matthew como si fuera una mascota.

Los pies de Matthew se alejaban más y más de su casa. O más bien «su casa», con comillas, porque su casa a secas eran Los Graneros o la casa de Washington D. C. «Su casa» era un piso en una casa de Fenway a la que Matthew había apodado para sus adentros La Vieja Cejas, porque los

remates de ladrillo sobre las ventanas le recordaban a un ceño grueso y fruncido. Tenía siete estancias, que Matthew había bautizado con nombres compuestos formados por los de los siete enanitos más los siete pecados capitales: Bonachón Gula era la cocina. Tímido Pereza era el salón. Gruñón Lujuria era el cuarto de Declan, y así sucesivamente. A Declan le gustaba aquel piso, Matthew lo notaba. Se daba cuenta de que a su hermano le sentaba bien vivir allí, aunque no estaba seguro de en qué consistía exactamente esa nueva vida, porque Declan no se lo contaba. Pero, aunque Declan no decía en alto que estaba mucho más contento, era obvio que lo estaba. Y eso hacía que Matthew se sintiera mal.

No mal: fatal.

No sabía por qué.

Sus pies habían acabado por llevarle a una parte de la ciudad que parecía estar más cerca del agua y más lejos de la gente y los comercios. Ante él había un tramo de calzada elevado, que se cortaba abruptamente sobre un terreno lleno de hierbajos. Parecía un escenario de película de acción.

A Declan no le habría gustado nada ver allí a su hermano.

Hacía algún tiempo, cuando Matthew descubrió que era soñado, Declan le había dicho que eso no suponía ninguna diferencia y que seguía siendo tan Lynch como Ronan y él. Pero, ahora, Matthew se daba cuenta de que no era verdad. Porque había dejado de ir al instituto. Porque no se estaba preparando para el futuro. Porque su hermano lo atendía, lo quería, estaba pendiente de él. En aquella nueva vida de Declan, pensó Matthew, él mismo no era más que una de las cosas de las que Declan debía ocuparse. Un objeto soñado. Un cachorro al que había que pasear para que quemase algo de energía antes de volver a meterlo en «su casa».

De pronto, le llamó la atención una grúa solitaria. El brazo articulado tenía una especie de enrejado por el que se podía trepar. En el extremo superior colgaba un gancho.

«Me voy a subir ahí», pensó sin dudar.

Y lo hizo: se encaramó a la base y trepó por el brazo sin detenerse a mirar al suelo. Mientras lo hacía, pensaba en lo mucho que se enfadaría Declan si lo viese. «Pues muy bien —se dijo—. Pues estupendo». Imaginó cómo reaccionaría su hermano: «Te dije que te quedases en casa —diría—. Tenías que quedarte exactamente donde yo te dejé, como un juguete».

En el fondo, Matthew habría preferido no saber nunca que era un sueño.

Al llegar al extremo de la grúa, cerró los ojos. Siempre le había gustado imaginar que el aire a su alrededor lo abrazaba, pero en ese momento le costaba recuperar aquella sensación.

Matthew había tardado mucho en comprender que su presencia era un ancla en la vida de Declan.

—¡Rayos!

Matthew abrió los ojos y vio una persona pequeñita que lo miraba. Una Jordan diminuta. O, más bien, una Jordan de tamaño normal que estaba en el suelo, debajo de él.

—¡Ya me parecía que eras tú! —exclamó Jordan, protegiéndose los ojos del sol con una mano.

—No puedes obligarme a bajar —declaró Matthew.

—Tienes toda la razón —convino ella—. Lo malo es que es difícil hablar así, yo aquí abajo y tú ahí arriba.

—No me hables como si fuera un niño pequeño. Me tratáis como si fuera un bebé, y no me gusta ni un pelo.

Jordan se cruzó de brazos, en un gesto fácilmente interpretable incluso desde lo alto de una grúa.

—Vale, pues allá voy —respondió—. Encaramarse a un palo enorme clavado en el suelo es una forma bastante tonta de resolver los problemas. Pero es cierto que todos tenemos derecho a hacer tonterías, de modo que, si te quieres quedar ahí, dime más o menos cuánto tardarás en bajar, para ver si tengo tiempo de tomarme algo o si es mejor que espere aquí mismo.

—¿Por qué pensáis siempre que tenéis que cuidar de mí?

—Acabas de subirte a una grúa, chaval.

Matthew le dio un par de vueltas y luego le dio un par de vueltas más. Después, con un suspiro, emprendió el descenso.

—¿Cómo supiste que había venido aquí? —preguntó al llegar abajo.

—Porque pasaste al lado de mi estudio. ¿No te diste cuenta?

No, no se había dado cuenta, como siempre.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —le preguntó Jordan mientras emprendían el camino de vuelta—. ¿Has decidido rebelarte a ver qué pasa? ¿Es porque te enfada que tus hermanos te hayan engañado?

El hecho de que hablase claro, en lugar de hacer circunloquios, animó a Matthew a abrirse con ella. Se lo contó todo: todas las cosas que lo angustiaban y lo molestaban, de las más grandes a las más pequeñas y vuelta a empezar.

—Lo que me has contado es un marrón de proporciones épicas, y siento mucho que estés ahí metido —dijo Jordan al fin, mientras abría la puerta de los Estudios Fenway—. Lo malo, según lo veo yo, es que una parte del marrón se debe a que eres un sueño, y otra parte se debe a que te estás haciendo mayor. Y, si me preguntas qué opino al respecto, te diré que las dos cosas son igual de jodidas.

—Ya lo hice —respondió Matthew.

—¿El qué?

—Preguntarte qué opinas al respecto.

Matthew sonrió mientras Jordan soltaba una de sus carcajadas estruendosas. Chocaron los cinco como dos jugadores de baloncesto, y luego Jordan empujó la puerta de su estudio.

—Si no fuera por estos ratitos… —murmuró.

—¡Hala! —exclamó Matthew—. ¡Qué bueno!

Desde la última vez que Matthew había visitado el estudio, Jordan había conseguido avanzar mucho en sus copias de *El jaleo* y *Madame X*. Delante de cada lienzo había un caballete más pequeño lleno de fotos de referencia, notas garabateadas, instrucciones y tarjetas pegadas con celo. Pero Matthew no se refería a aquellos dos cuadros, sino al retrato de Sherry y su hija que Jordan estaba pintando por encargo. Aunque aún estaba a medias, el trazo de los rostros era excelente, y la paleta de colores poseía la bella sutileza de las obras de John White Alexander cuyas fotos estaban pegadas al caballete contiguo.

—Gracias —respondió Jordan.

—Es mucho mejor que estas cosas raras —comentó Matthew, señalando las obras del otro ocupante del estudio: desnudos coloridos y longilíneos, con pechos en forma de pepino.

—No creas —replicó Jordan—. A ver, está claro que Sargent es mejor que el Maestro Tetas este; por eso Sargent es famoso y este tipo es quien es. Pero los cuadros que he pintado yo son copias, y este tipo, al menos, hace obras originales. Creo que eso es parte del secreto. No sé mucho de los dulcemetales, pero sé que jamás conseguiré hacer uno copiando a Sargent.

Matthew apartó la almohada del sofá anaranjado en el que dormía Jordan y se sentó en él.

—Entonces, ¿cómo piensas hacerlo?

—Es lo que dijo el tipo ese, ¿no crees? —repuso ella acomodándose en el brazo del sofá—. El del barco, el colega ese de tu hermano. No es tanto

lo que haces como la manera en que lo haces. Eso es lo que produce el cambio, creo… Si eres un artista de primera que siempre pinta cuadros estupendos, no significa nada que pintes un cuadro estupendo más. Tiene que ser otra cosa; no un trauma, exactamente, sino algo como… Como energía y movimiento. La una hace al otro. De algún modo, hay un movimiento en la vida del artista, o en su técnica, que captura el movimiento de la energía ley. Algo así. La verdad es que no lo sé… Estoy dando palos de ciego, así que, si notas un golpe en la cabeza, apártate porque tal vez sea yo.

Matthew pensó que lo estaba tratando como a una persona de verdad. Le gustaba esa sensación.

—De modo que piensas que, si haces un… un cuadro no copiado, un original, te saldrá un dulcemetal, ¿no es eso? Porque te pasas la vida haciendo copias.

Ella chasqueó los dedos y lo señaló.

—Justo. Eso es; por ahí van los tiros. Pero no sabré si funciona hasta que lo necesite, ¿entiendes? Llevo unos días trabajando en un original, un retrato de tu hermano, pero en estas circunstancias no puedo saber si lo estoy consiguiendo. Últimamente, ni siquiera percibo la energía de los dulcemetales como hacía antes; creo que es por lo que están haciendo Hennessy y Ronan con la línea ley, sea lo que sea. ¿Tú no lo has notado? ¿No has tenido menos ataques de ensoñación?

A Matthew le alivió oírla hablar de ello como si fuera algo normal y corriente.

—¡Llevo días sin perderme por ahí! —contestó.

—Sí, ¿verdad? Cuando llegué a Boston, sentía con muchísima claridad los dulcemetales. Notaba que *El jaleo* me hacía algo por dentro; supongo que se debía a que necesitaba la energía que me aportaba. Ahora que hay más energía suelta por todas partes, verlo no me produce nada especial. Sí, vale, me encanta ese cuadro; pero, si me lo enseñasen hoy por primera vez, no sé si lo podría distinguir de otro cualquiera. De modo que tampoco sé si mi retrato tiene ese algo o no…

—¿Por qué no lo pruebas con otro sueño, uno que esté dormido? —propuso Matthew—. Podrías buscar alguno de un soñador que haya muerto. En Los Graneros hay un montón de mi padre.

—Ah, qué buena idea —repuso Jordan con aire sincero.

La buena acogida de su sugerencia animó a Matthew a preguntar algo más:

—¿Me lo enseñas?

—¿El qué? Ah, el retrato. Tu hermano no lo ha visto aún, ¿sabes?

—Ya.

—Bueno, de acuerdo. Pero mi autoestima es frágil en ese tema concreto, así que, por favor, no me digas nada malo de él. O mejor no digas nada de nada. Tú gruñe cuando hayas tenido suficiente, y lo guardaré.

—Vale.

En una pared del estudio, a media altura, había una especie de balcón. Jordan subió las escaleras que llevaban hasta él, recogió un lienzo y, al llegar de nuevo al nivel del estudio, le dio la vuelta.

Matthew lo miró durante un rato largo.

—No hagas caso de lo que te pedí antes y dime qué te parece; el silencio es mucho peor —dijo por fin Jordan.

A Matthew también le gustó oír aquello, porque le hizo sentir que a Jordan le importaba su opinión.

—¿Sabe Declan cómo es el cuadro, aunque solo sea un poco? — preguntó.

Jordan negó con la cabeza, y Matthew volvió a escrutar el lienzo.

—¿Te vas a casar con mi hermano? —preguntó al fin.

—Vaya, chico, sí que te lo has tomado a pecho. Creí que ibas a decirme que el fondo era demasiado abigarrado o que su nariz no es así.

—¿Por qué a ti sí que te trata como si fueras de verdad? —dijo Matthew.

Jordan se quedó mirándolo un buen rato, tan largo como el que había pasado él observando el retrato, y luego volvió a llevar el cuadro a su sitio. Cuando regresó con Matthew, se acuclilló delante de él y le dijo:

—Porque soy de verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque estoy aquí hablando contigo, chaval! ¡Porque tengo pensamientos y sentimientos propios! Da igual cómo hayas llegado aquí; lo que importa es que estás aquí.

Matthew agachó la cabeza y contempló sus manos.

—¿Y si fue Ronan el que me hizo como soy? ¿Y si yo solo soy lo que él soñó?

—¿Qué más da? —Jordan le agarró una mano y la agitó—. ¿De dónde crees que sacó Declan sus rizos? ¿Por qué te parece que Ronan es tan borde? Todos recibimos cosas de nuestros padres. Todos tenemos cuerpos

que obedecen normas con las que tenemos que manejarnos. No somos tan distintos como crees.

Al oír esa última frase, Matthew sintió que se alejaba de ella tan deprisa como se había alejado de La Vieja Cejas.

—Mira, no te voy a decir que es fácil vivir así, siendo un sueño —continuó Jordan—. Pero si estás en plan: «Ah, claro, esta cosa mágica explica por qué todo es tan difícil y extraño y por qué no logro saber dónde encajar…». Bueno, pues olvídalo: eso no es así, y tampoco resuelve nada. Las cosas en las que somos distintos no son importantes. Tu hermano Declan prefiere creer que sí lo son, porque no le gusta pensar en su madre y en lo que sentía por ella, y porque, si tú eres una persona de verdad, algún día crecerás y lo dejarás solo, y entonces se quedará sin familia y dejará de saber quién es. Hala, se acabó la sesión de terapia barata. No sé si es para ti o para Declan, pero quizá podáis pagarla a pachas.

—Me caes bien —repuso Matthew.

—No me extraña. —Jordan sonrió y volvió a chocarle los cinco con una palmada—. Bueno, ¿qué piensas de mi cuadro?

Matthew señaló un largo seno de color naranja que había en el cuadro más cercano a él.

—Creo que es mejor que este.

Jordan se echó a reír con ganas.

—Eh —dijo—, me alegro de volver a ver una sonrisa en esa cara. ¿Estás más contento?

Matthew se lo pensó durante unos segundos.

—Sí.

De hecho, se sentía mejor que contento. Por primera vez desde que había averiguado que era un sueño, volvía a sentirse cómodo en su piel.

27

Hennessy recordaba cómo había sido posar para *Jordan de blanco*.

Jota se había pasado la mañana entera llorando frente a un espejo en la segunda planta de su casa de Londres, y Hennessy había pasado el mismo tiempo espiándola por la rendija de la puerta entreabierta. Había esbozado una y otra vez la silueta de su madre sentada en la alfombra, tratando de perfeccionar la caída de sus hombros y la curva de su nuca. No lograba distinguir si Jota estaba llorando de verdad o si lo hacía para demostrar algo, porque no hacía más que sacar fotos de su reflejo con el teléfono y teclear luego rápidamente en la pantalla.

Al cabo de unas horas así, Jota salió de la habitación sin previo aviso. Aunque Hennessy trató de escabullirse para que no la viera, su madre la descubrió envuelta en la cortina de lino que había al final del pasillo.

—Hola, pequeño fantasma —le dijo—. Ven al estudio.

Era raro que Hennessy pudiera entrar en el estudio, y aún más raro que su madre la invitase a hacerlo. Así pues, emocionada y sobrecogida, agarró la mano de su madre y entró con ella en el ascensor para ir al estudio que había en el tercer piso.

El estudio de J. H. Hennessy, cuando ella estaba en la cima de su carrera artística, era un lugar incomparable. La única forma de acceder a aquel mundo secreto era subir en un ascensor que funcionaba con un código o por una oscura escalera que terminaba en una puerta sin picaporte, solo con una cerradura que siempre tenía la llave puesta. Dentro, todo era o muy nuevo o muy viejo. Antiguas ventanas de guillotina, paredes nuevas de un blanco inmaculado. Tarima de madera añeja, moderno diseño pintado en blanco y negro en el suelo. Del techo colgaban unas lámparas inmensas regalo de otro artista, marañas de bombillas entrelazadas con hierba y hojas secas. Desde el suelo se elevaban lámparas metálicas de pie, con las pantallas recortadas de forma que su luz creara formas angulosas e intrincadas. Había huellas de dedos en gradaciones de colores sobre todas las superficies planas, incluyendo el piano de cola blanco, porque Jota probaba los tonos sin mirar dónde lo

hacía. Y, por supuesto, se veían por todas partes lienzos a medio acabar: ojos vivos en uno, manos animadas en el de más allá…

Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras ellas, Jota fue un momento a mirar por una de las ventanas. Luego, al no encontrar lo que buscaba, se acercó de nuevo a Hennessy y empezó a trabajar con una actividad frenética. Le hizo probarse varios de los vestidos que había tirados en el sofá. La colocó en decenas de poses sobre una silla de madera. Le revolvió el pelo, le hizo trenzas, le pintó los labios y luego le quitó el carmín. Mientras, no dejaba de decirle a Hennessy que se había convertido en una niña muy guapa y que las dos juntas iban a hacer un cuadro maravilloso. No, no un solo cuadro: una serie de retratos, una exposición. A Hennessy le daba la impresión de que todo aquello le estaba ocurriendo a otra persona. Se esforzó por quedarse muy quieta en la silla, como un animal petrificado en la cuneta de una autopista, sin querer dar un paso por temor a caer en un lugar mucho más peligroso. La combinación blanca que le había puesto su madre no la abrigaba lo suficiente, pero no se atrevía a temblar por miedo a que su madre recordase que esa no era la forma en que la trataba normalmente.

Sin embargo, el hechizo no se rompió. Las dos trabajaron todo el día, hasta bien entrada la tarde. Y, a la mañana siguiente, Jota seguía entusiasmada. Encargó un desayuno suculento a una pastelería cercana y luego subió con Hennessy para seguir trabajando. En esta ocasión, utilizaron la angosta escalera que terminaba en la puerta sin picaporte. Así transcurrieron dos semanas, con Hennessy sentada en la silla de madera y tratando de no temblar, su madre pintándola y un montón cada vez más alto de bolsas de comida a domicilio en el hueco de la escalera.

Una tarde, Jota soltó el pincel y dijo con aire asombrado:

—Yo te hice. Un día crecerás y te convertirás en una mujer, y habré sido yo quien te hizo.

Miró fijamente a Hennessy, y a ella la invadió la certeza repentina de que Jota la estaba viendo de veras, que estaba esforzándose por comprender qué significaba ser Hennessy y qué significaba ser la madre de Hennessy.

Jota desvió la mirada hacia el lienzo. Luego volvió a mirar a su hija y dijo:

—Vas a ser maravillosa.

Aquel fue el momento más feliz de la vida de Hennessy.

Entonces sonó un portazo en el piso de abajo. Era Bill Dower, que acababa de llegar de donde hubiera estado. Jota se levantó tan deprisa que el taburete en el que estaba sentada cayó al suelo. La paleta quedó abandonada sobre el piano. La puerta del ascensor se cerró con un zumbido.

Antes de que pudiera comprender del todo lo que había pasado, Hennessy se quedó sola.

Se quedó un buen rato en la fría silla, sin querer moverse por si su madre regresaba. Al cabo de una hora, se envolvió en la tela que cubría la silla y esperó un poco más («Hola, pequeño fantasma»). Por fin, admitió para sí que Jota no iba a volver y se permitió temblar.

Con un suspiro, fue hasta el ascensor; pero no funcionaba sin el código, y ella no lo conocía. Se dirigió entonces a la puerta sin picaporte, pero no pudo abrirla. Estaba cerrada, y la llave no se encontraba en la cerradura.

Estaba atrapada en el estudio.

Al principio llamó a sus padres tímidamente, aunque no creía que pudieran oírla por encima de sus propios gritos. Luego empezó a chillar y a aporrear la puerta.

Por fin, se rindió y esperó.

Se hizo de noche.

Hennessy se enjugó las lágrimas. Encendió las lámparas de pie, que lanzaron sobre las paredes sombras geométricas e intrincadas, como retazos de encaje. Se acercó al lienzo en el que su madre llevaba varias semanas trabajando.

Era horroroso.

Era el peor cuadro de su madre que Hennessy había visto jamás. Resultaba cursi y empalagoso: el retrato insulso de una niña tonta sentada en una posición forzada. Los ojos no estaban vivos. Las manos no estaban animadas. A Hennessy, que ya había aprendido bastante de pintura por su cuenta, le dio vergüenza ajena. Por dura que fuera la idea de que su madre la había abandonado, se le hacía más duro aún pensar que alguien más que ella podía ver aquel cuadro.

Se quedó mirándolo mucho tiempo. Luego empezó a contar, diciéndose que, si sus padres iban a buscarla antes de que llegara a seiscientos, no lo haría.

Pasaron seiscientos segundos. Ochocientos. Mil. Hennessy dejó de contar.

Registró la cajonera que había pegada a la pared y reunió todas las pinturas que necesitaba. Luego volvió a humedecer los pegotes que había dejado su madre en la paleta, empuñó el pincel y empezó a trabajar. Al cabo de unos minutos, fue hasta el espejo de cuerpo entero que había junto al sofá, lo arrastró hasta el caballete y rehízo la expresión estúpida de la niña del retrato hasta convertirla en la suya, alerta y recelosa. Cubrió las anodinas sombras de la combinación blanca con tonos sutiles. Tensó un poquito los hombros de la niña de forma que no parecía temblar, pero sí estar a punto de hacerlo. Cada vez que emprendía una tarea nueva, se levantaba para comparar sus pinceladas con las de los demás cuadros que poblaban el estudio. Dio vida a los ojos. Animó las manos.

Pintó el retrato que Jota habría debido pintar. Le llevó toda la noche.

Creó una obra de J. H. Hennessy vía Jordan Hennessy.

Su madre aún tardó un día más en ir a buscarla. Para entonces, Hennessy estaba casi inconsciente, adormecida por una fiebre fuerte que la había asaltado durante la segunda noche. Bill Dower había vuelto a marcharse.

—Ah, al final ha salido mejor de lo que yo pensaba —comentó Jota mirando el lienzo, con la mano suspendida frente a la firma que Hennessy había imitado varias horas antes—. Jordan, deja de quejarte. Vamos, tengo paracetamol abajo. Hija, ya no sé qué hacer contigo; si no te hubieras escondido tanto tiempo, no te sentirías así de mal.

Lo primero que Hennessy falsificó fue a ella misma.

En medio del sótano de los Aldana-León, sentada a lo indio en una colchoneta, Hennessy sacó su teléfono soñado y se lo puso en el regazo. Observó la estancia en penumbra. Estaba llena de cajas de cartón amontonadas, como si la familia no hubiera terminado de instalarse tras la mudanza o como si estuvieran a punto de mudarse a otra casa. En un rincón despejado había una mesita cubierta de pinturas acrílicas, pinceles baratos y trozos de papel pintarrajeados. Alguno de los niños había pintado directamente en el tablero de la mesa, y Hennessy se sintió identificada con quien hubiera sido.

Con un estremecimiento, ordenó a su teléfono soñado que llamase a Jordan.

La señal sonó durante casi un minuto.

—Jordan Hennessy —dijo entonces Jordan, que no había reconocido el número entrante—. ¿Diga?

Su voz golpeó a Hennessy como un saco lleno de piedras.

Era la mejor falsificación que había hecho: Jordan, vía Hennessy. Tantos años juntas. Tantas chicas muertas. ¿Por qué no la había llamado antes? ¿Cómo podía haber olvidado que Jordan era lo único que disipaba aquel sentimiento que la invadía, aquel temor impreciso y espantoso, aquel atisbo del Encaje que intuía incluso cuando estaba despierta?

Aún no había dicho nada. No sabía cómo empezar.

Al otro lado de la línea, en el fondo, sonó una voz anodina.

—Voy a encargarlo y lo recojo… Es más rápido, aunque haya que caminar hasta allí. ¿Quieres *baba ganush* o no?

Declan Lynch.

Declan Lynch.

¿Por qué a Hennessy le sorprendía oír su voz? Sabía que Jordan se había marchado con él en su coche, semanas atrás.

Jordan debió de tapar el teléfono entonces, porque sus siguientes palabras sonaron amortiguadas:

—Si invitas tú, sí: pide todos los acompañamientos que tengan. —Volvió a pegarse el teléfono a la cara—. Perdón, ¿quién es? Creo que no tiene buena cobertura. No puedo oírle.

Aquella voz, la que usaba para hablar por teléfono, era muy diferente de la que acababa de emplear con Declan Lynch. Para lo primero había usado su voz distanciada, profesional; para lo segundo, su voz cercana y personal. Hasta hacía poco, las únicas que podían oír la segunda voz eran Hennessy y sus chicas. Por aquel entonces, eran las únicas que le importaban a Jordan.

Hennessy notó que el rubor le subía a las mejillas.

—¿Diga? —insistió Jordan, y luego se dirigió otra vez a Declan—: Debe de ser un bromista. O una conexión fallida; no me gusta pensar mal de primeras.

—Pues nunca acertarás —replicó Declan con ironía, y Jordan contestó con una carcajada amortiguada.

Hennessy colgó.

Volvió a sentarse en la colchoneta.

Se permitió pensar en ello. «Esto es lo que Jordan siempre quiso».

No es que Hennessy quisiera que Jordan fuese infeliz en su ausencia. Al fin y al cabo, había sido ella misma quien insistió en que se marchase

con Declan. ¿O no? Sus recuerdos estaban emborronados. Una pequeña voz en su interior decía que la propuesta, en realidad, había partido de Jordan, pero que la había presentado de forma que Hennessy creyese que era suya. ¿Sería verdad?

Hennessy se planteó ir al piso de arriba para preguntarle a Ronan. Él se acordaría. Había estado allí aquella noche.

Pero hablar con Ronan implicaba hablar con Bryde, porque los dos dormían juntos en el cuarto de las literas y, además, porque se habían vuelto inseparables. Bryde tomaría su malestar y lo convertiría en una lección, seguro. Y Hennessy no estaba de humor para lecciones.

Hacía frío en el sótano. Hennessy tiró de la sábana para taparse los hombros y, de pronto, se vio inmersa en su recuerdo del estudio de Jota. «Hola, pequeño fantasma».

¿Y si Jordan ya no la quería? ¿Y si nunca la había querido, y Hennessy hubiera confundido la necesidad con el amor? ¿Y si había perdido la única cosa real de su vida por salir corriendo en busca de sueños, junto a Bryde y a Ronan Lynch?

¿Qué hacía ella allí?

En realidad, no eran un equipo de tres soñadores. Bryde y Ronan eran una cosa, y Hennessy era otra distinta.

Estaba muy cansada de estar sola.

Estaba exhausta.

Dio vueltas al teléfono. Incluso aquel aparato le recordaba lo poco que pintaba ella allí. Si no hubiera sido por Ronan, no tendría un teléfono entre las manos; en su lugar habría sacado el Encaje, como había hecho en la granja de Rhiannon Martin. Molesta, toqueteó la pantalla para ver qué herramientas habían instalado en el aparato el subconsciente de Ronan y el suyo propio. Contactos. Altavoz. Mensajes de texto.

Temporizador.

Antes de conocer a Ronan y a Bryde, Hennessy usaba un temporizador siempre que se iba a la cama. Veinte minutos: eso era lo máximo que podía dormir antes de empezar a soñar. Al cabo de unos años tuvo que empezar a usar el temporizador incluso durante el día, porque aquel sueño entrecortado terminaba por producirle tal sopor que más de una vez se quedó dormida mientras pintaba o conducía.

El temporizador de aquel teléfono solo tenía una opción: veinte minutos.

¿Habría sido su subconsciente el que había supuesto que en algún momento recurriría a su viejo truco o habría sido el de Ronan? ¿Cuál de los dos no confiaba en ella? Hennessy se preguntó si sería capaz de retomar aquella vida. Dormir tan poco hacía que todo pareciese imaginario. Era aún peor que su realidad actual, suponía.

Suponía.

Se esforzó por no pensar en la voz de Jordan.

Se esforzó por no pensar en su voz cuando hablaba con Declan.

«Hola, pequeño fantasma». Hennessy era el fantasma en la vida de Jordan. Sabía muy bien cuál de las dos era la más vital.

Aquella espantosa sensación se hinchó en su interior. Sabía que, si acudía a Ronan o a Bryde, la arrastrarían a un sueño lleno de cosas imposibles, convencidos de que aquello la haría ver lo gozoso que era soñar. A ninguno de los dos se le ocurría pensar que aquello solo la hacía ver lo gozoso que era soñar… para ellos. No: tenía que solucionar aquello por sus propios medios.

Lo único que quería era olvidar aquel sentimiento durante unos minutos. Cuando alguien se encontraba en una situación parecida, lo que hacía era dormir para olvidarla.

Pero Hennessy no podía.

El Encaje siempre estaba ahí. Siempre estaría.

Hennessy cerró los ojos y pensó en la última vez que había visto a Jordan. Ignoró la vocecilla mezquina que sonaba en su cabeza: estaba segura de que Jordan no había querido abandonarla. Estaba segura de que la idea de que se marchara con Declan había partido de ella misma. Estaba segura de que Jordan creía en ella.

Estaba segura.

Se sacudió para desembarazarse de la sábana y se levantó de la colchoneta. No inició el temporizador; en su lugar, pidió al teléfono que le mostrase un cuadro de John White Alexander, uno de los pintores favoritos de las dos. Jordan y Hennessy. Hennessy y Jordan.

Se acercó a la mesita de las pinturas, tomó un tubo, lo apretó y eligió un pincel.

Y, entonces, empezó a hacer lo único que se le daba bien: falsificar el genio de otros.

28

Ronan se despertó sobresaltado.

Estaba en la cama superior de la litera que compartía con Bryde. Aún era de noche.

Se dio la vuelta sin hacer ruido para comprobar si Bryde dormía.

La cama inferior estaba vacía, con las mantas a un lado. Ronan recogió sus vaqueros, que estaban arrugados a los pies de la cama; su cazadora, que estaba colgada de una cabeza de unicornio clavada a la pared; sus botas, que estaban junto a la puerta.

Salió con sigilo al oscuro pasillo.

Bryde estaba agachado junto a alguien tirado en el suelo. Era Matthew. En la palma de una de sus manos reposaba una figurilla de un halcón. Estaba muerto, no cabía duda.

—¿Qué has hecho? —gruñó Ronan, furioso.

—La correlación no implica causalidad, Ronan Lynch —respondió Bryde.

Adam apareció por un instante al final del pasillo, pero se esfumó tan rápido como había llegado.

—¿Qué has hecho?

—Despierta —dijo Bryde.

Ronan se despertó sobresaltado.

Estaba en la cama superior de la litera que compartía con Bryde. Aún era de noche.

Se dio la vuelta sin hacer ruido para comprobar si Bryde dormía.

La cama inferior estaba vacía, con las mantas a un lado. Ronan recogió sus vaqueros, que estaban arrugados a los pies de la cama; su cazadora, que estaba colgada de una cabeza de unicornio clavada a la pared; sus botas, que estaban junto a la puerta.

Salió con sigilo al oscuro pasillo.

Bryde estaba agachado junto a alguien tirado en el suelo. Era Matthew. En la palma de una de sus manos reposaba una figurilla de un halcón. Estaba muerto, no cabía duda.

—¿Qué has hecho? —gruñó Ronan, furioso.

—La correlación no implica causalidad, Ronan Lynch —respondió Bryde.

Adam apareció por un instante al final del pasillo, pero se esfumó tan rápido como había llegado.

—*¿Qué has hecho?*

—Despierta —dijo Bryde.

Ronan se despertó sobresaltado.

Estaba en la cama superior de la litera que compartía con Bryde. Aún era de noche.

Se dio la vuelta sin hacer ruido para comprobar si Bryde dormía.

Bryde estaba de pie junto a la litera. Sus ojos se encontraban a la misma altura que los de Ronan, demasiado cerca. Por alguna razón, no parecía él mismo.

Aunque no sonrió, Ronan adivinó todos sus dientes.

—¿De quién es este sueño? —preguntó Bryde.

Ronan se despertó sobresaltado.

Estaba en la cama superior de la litera que compartía con Bryde. Por la ventana entraba la blanca luz de una mañana invernal. Aunque todo estaba en silencio, Ronan tenía la típica sensación de haberse despertado por un ruido; en este caso, un grito.

Se quedó en la cama, atento. Le parecía oír una conversación muy animada en algún lugar lejano de la casa. Aguardó el tiempo suficiente para asegurarse de que estaba despierto o, al menos, de que aquel sueño era diferente de los anteriores. Luego, se vistió y salió del cuarto.

La planta baja estaba desierta. En la mesa del comedor había esparcidos cuadernos, libros y lapiceros. Ronan bajó al sótano.

Le llevó un momento comprender lo que veía.

Frente a él, pintada en una torre de doce cajas, había una mujer con un vaporoso vestido azul. No era un sueño: estaba hecha con pintura de verdad, aún húmeda y reluciente en algunas zonas. En una mesita junto a

las cajas se veían tubos de pintura barata y platos de cartón con caritas sonrientes dibujadas, y Ronan supuso que Hennessy había estado pintando con los niños. Parecía imposible que aquellas pinturas acrílicas de colores vivos pudieran combinarse para crear la sofisticada obra que tenía ante los ojos; pero aquello no era cosa de magia, sino cosa de Hennessy. Era lo que se le daba bien. Lo que hacía mejor que nadie.

La propia Hennessy estaba delante de su mosaico de cartón, con la cabeza gacha y una mano sobre las rosas tatuadas en su garganta. A sus pies había un charco de vómito.

Bryde se encontraba a su lado. Tenía un brazo empapado de sangre, aunque no había ninguna herida visible. Angélica, frente a él, le chillaba en la cara.

Los niños lloraban.

Katie estaba sentada en el suelo, rodeando con los brazos el aparato ortopédico que rodeaba sus pantorrillas y gimiendo. Yesenia sollozaba y, de vez en cuando, balbuceaba con voz ronca. Stephen contemplaba con estoicismo la bronca que le estaba cayendo a Bryde, pero su boca y su barbilla se fruncían de una forma que a Ronan le recordó a Matthew cuando se ponía triste. Wilson y Ana, abrazados a las piernas de su madre, enterraban la cara en su falda. También sus ropas estaban manchadas de sangre.

—¿Qué mierda…? —empezó a preguntar, pero sus palabras se perdieron entre la cacofonía.

—A veces suceden accidentes —dijo Bryde—. Y creo que solo hace falta mirarla para saber que no lo hizo a propósito.

—¡Me da igual que fuera un accidente! —le espetó Angélica—. ¡También los atropellos son accidentes, y no por eso permito que mis niños jueguen en medio de la calzada!

—Yo entré en el sueño un minuto después que ella —puntualizó Bryde —. Los chicos no corrieron ningún peligro.

Angélica señaló a sus hijos con un ademán indignado.

—¡Tú y yo tenemos una concepción muy distinta de lo que es el peligro! He visto esas cosas… Esa cosa. La he visto. Era… —Por un momento, su ira se disipó mientras trataba de contener un sollozo angustiado.

Hennessy miró a Ronan. Parecía calmada. Pero entonces pestañeó, y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

Fue entonces cuando Ronan lo comprendió: Hennessy había sacado el Encaje.

Bryde se había deshecho de él de algún modo, pero Ronan sabía que aquello no suponía una gran diferencia. El daño que causaba el Encaje en quien lo veía no tenía mucho que ver con la sangre que había salpicado a Bryde y a los niños. El daño del Encaje residía en su misma existencia; en que, antes de verlo por primera vez, era imposible concebir que existiese algo semejante. Sobre todo para quien no supiera hasta ese momento que algo podía odiar tanto. Sobre todo para quien no supiera hasta ese momento que alguien podía odiarse tanto.

Katie había dejado de gemir y miraba al infinito, con expresión vacía.

Hennessy volvió a mirar a Ronan y sacudió la cabeza cuando se le escapó una nueva lágrima.

—Lo siento mucho —dijo—. Lo siento mucho. Lo sien…

—¿Quién eres tú, para tener eso dentro de la cabeza? —le espetó Angélica. Sus cejas se juntaron en un ceño apretado y sus facciones se endurecieron todavía más. Ronan se dio cuenta de que, dijera lo que dijera a continuación, sería algo que destruiría a Hennessy.

Antes de que Angélica pudiera hacerlo, Bryde levantó una mano y se volvió para mirar a Ronan y a Hennessy.

—Recoged vuestras cosas y montad en el coche —dijo.

—¿Por qué? —replicó Hennessy con voz hueca.

—No, mejor dejad las cosas; ya las recogeré yo. Meteos en el coche ya —ordenó Bryde. Se encaró de nuevo con Angélica y, mientras Ronan y Hennessy salían, añadió—: Me gustaría recordarte que, hace años, esa soñadora también fue una niña.

Al llegar junto al coche, Hennessy paró en seco y lo miró como si no lo viese. Su expresión no tenía nada que ver con las cualidades de Burrito; en ese momento, la mirada de Hennessy atravesaba todo lo que tenía delante. Había tanta tristeza en sus ojos, tanta derrota en sus hombros, que Ronan la envolvió en un abrazo.

—No soy una muñeca, Ronan Lynch —dijo ella con voz ahogada—. Quítame las manos de encima.

Él se limitó a estrecharla más aún, hasta que ella empezó a llorar contra su pecho.

Unos minutos más tarde, Bryde salió de la casa, con aire agotado. Llevaba las bolsas de Ronan y Hennessy al hombro.

—Llama a tu hermano —le dijo a Ronan—. Dile que podemos pasar con ellos un par de horas.

29

Entre un artista y su obra siempre existía una relación especial, nacida de la implicación. En ocasiones, esa implicación era emocional: el hecho de que la persona u objeto retratado significase algo para el artista daba a cada pincelada un peso mayor de lo que aparentaba. En otras ocasiones se trataba de una implicación técnica debida al empleo de un nuevo método o un escorzo especial, un reto artístico que ponía en entredicho la habilidad del artista. Y, otras veces, la implicación resultaba, simplemente, del número de horas invertidas. Algunas obras de arte requerían horas, días, semanas, años de dedicación absorbente y exclusiva. Con aquel grado de implicación, todo lo que entrase en contacto con el proceso de creación de la obra era absorbido por esta: la música, las conversaciones, los programas de la tele que el artista veía mientras realizaba la obra pasaban a integrarse en ella. Y si el artista recordaba la obra horas, días, semanas o años más tarde, en su interior despertaba la memoria de aquellas experiencias, porque la una y las otras estaban unidas inextricablemente.

Para Jordan, el proceso de copiar una y otra vez la *Madame X* de Sargent estaría siempre asociado a Hennessy, porque ambas habían colaborado intensamente al hacerlo. Las dos se habían fundido hasta tal punto en aquel proceso que era como si lo hubiera llevado a cabo un solo ser llamado Jordan Hennessy.

Copiar *Las hijas de Edward Darley Boit*, también de Sargent, se asociaría siempre en su mente a June y las demás chicas, porque la primera vez que Jordan se planteó crear algo original, pensó en hacer un retrato colectivo similar. Como en el cuadro de Sargent, la pose de las chicas podría ser caótica y al mismo tiempo estructurada, y sus rostros, extraña, inquietante y conmovedoramente iguales.

Copiar el cuadro *La dama oscura*, soñado por Niall Lynch, le recordaría eternamente al Mercado de las Hadas y a la desesperación creciente de sus últimos días con Hennessy, antes de los asesinatos.

Y copiar *El jaleo* de Sargent nunca dejaría de producirle aquella sensación de esperanza y pesar simultáneos. Aquel cuadro estaba indisolublemente unido a la música que sonaba sin cesar en su interior durante su primera semana en Boston: la brillante revelación de que existían los dulcemetales; la voz de aquel niñito cuando había despertado en la fiesta de Boudicca; la calidad de la luz que entraba en Blick, la famosa tienda de material artístico, cuando fue a comprar pinceles para reemplazar los que había perdido; la emocionante sospecha de que los artistas podrían ser capaces de mantenerse despiertos por sí solos si lograban ser lo bastante originales.

Jordan comenzaba a comprender cómo podía imbricarse la energía ley en el proceso de creación artística.

—Por supuesto, Ronan no puede decirme a qué hora llegarán —dijo Declan.

Se trataba de un cambio brusco de tema: la conversación que estaban manteniendo hasta ese momento trataba del *quantum blue*, un nuevo pigmento azul creado con nanotecnología que, según la publicidad, reproducía el tono exacto de la famosa «hora azul» de los atardeceres griegos. Declan estaba sentado en la misma postura que adoptaba siempre que iba a visitar a Jordan: con una pierna cruzada sobre otra, la corbata aflojada y la chaqueta sobre la rodilla. Parecía como si acabase de llegar del trabajo, y normalmente era así. Jordan no le había dicho que el retrato estaba terminado, de modo que él seguía posando.

—No es propio de Ronan Lynch proporcionar la información suficiente para que su anfitrión se prepare —añadió Declan.

—¿Y qué es lo que tienes que preparar, exactamente? —preguntó Jordan.

La noticia de que Ronan, Bryde y Hennessy iban a visitarlos en Boston le producía sentimientos encontrados, porque había un hecho insoslayable: Hennessy seguía sin llamarla. Después de diez años de dependencia mutua, Hennessy se había esfumado sin previo aviso. Al principio Jordan lo había achacado a su mudanza a Boston, pensando que Hennessy aún no había podido localizar su nuevo número de teléfono. Pero Declan ya había recibido dos llamadas de su hermano, y Jordan continuaba sin tener noticias de Hennessy. Cada vez que pensaba en ello, oscilaba entre la preocupación, el enfado y la resignación zen. En realidad, lo que le quitaba el sueño por las noches no era eso, sino su descubrimiento de que Hennessy no le había traspasado todos sus recuerdos al crearla.

Llevaba semanas esperando en vano que Hennessy le explicase por qué lo había hecho.

—Nunca se me ha dado bien tratar con Ronan —afirmó Declan—, y no hay ningún manual que me ayude a preparar la conversación que debemos mantener ahora.

—Claro que lo hay. Es un panfleto para leer en alto. Se titula *Tu novio me ha llamado y dice que estás en una secta, ¿qué hacemos?*

—Ronan no es muy aficionado a la lectura —replicó Declan con aire sombrío—. Y no quiero hablar de eso.

—Eres tú el que ha sacado el tema.

—¿Ah, sí? ¿De qué estábamos hablando antes?

—Del *quantum blue*. De Alexopoulou. De la hora azul.

Jordan supo de forma intuitiva que aquella conversación también pasaría a formar parte del cuadro que tenía delante, *Retrato de hombre sin nombre*. En el futuro, cada vez que oyese las palabras «*quantum blue*», le vendrían a la cabeza aquel lienzo, las largas y frías noches pasadas en el estudio prestado, Declan Lynch posando para ella en aquella silla de cuero, el murmullo de las luces de la ciudad que asomaban por el ventanal a su espalda. Aquellas dos palabras estarían ligadas para siempre a sus experimentos con los tonos de los contornos, al proceso de decisión de la paleta de colores, al desgaste progresivo de su pincel favorito hasta que tuvo que reemplazarlo por el siguiente que más le gustaba, a su intento por hacer que los espectadores sintieran hacia su modelo lo mismo que sentía ella, por mucho tiempo que pasase.

Su primera obra original.

¿Había creado un dulcemetal? No lo sabía.

—Tu pose resulta muy convincente —observó Declan—, pero no hace falta que sigas sujetando el pincel. Sé que el cuadro está terminado.

—¿Quién es la artista aquí, señor Pozzi? A lo mejor estoy estudiando tus gestos.

—Ese pincel lleva tres días sin tocar los óleos.

—Oiga, usted no es quién para cuestionar mis métodos. No es raro que las musas olviden cuál es su papel —repuso Jordan, dejando el pincel—. Matthew me dijo que tal vez pudiéramos usar uno de los sueños de vuestro padre para comprobar si funciona.

—¿Tú no lo notas?

—No sé qué están haciendo Bryde y los otros dos, pero, sea lo que sea, ya no percibo los dulcemetales como antes. Ahora no los necesito para

llevar mi vida normal… De modo que solo sabré si funciona en caso de que ocurra lo peor.

—¿Y no has sentido nada distinto mientras lo pintabas?

Por supuesto que sí. Era su primera obra original, y aquella idea le pesaba tanto que, durante las primeras sesiones, apenas era capaz de mover el pincel. Jordan no era capaz de distinguir cuántas de sus decisiones artísticas estaban inspiradas por su conocimiento de los artistas sobre los que había trabajado y cuántas eran simples reproducciones, copias. «Esta paleta es de Turner», se decía. «La composición es de Sargent». Sentía que estaba falsificando el cuadro, como siempre había hecho, solo que con algo más de calidad.

Pero, entonces, durante la tercera sesión de posado, había ocurrido algo. Declan le estaba contando una historia sobre el *Estudio en negro y verde* de John White Alexander. Al parecer, el cuadro había levantado un gran revuelo en el momento de su aparición, ya que el marido de la modelo había asesinado a su amante en pleno Madison Square Garden y había conseguido que lo absolviesen alegando locura transitoria. Como nota a pie de página, añadió que John White Alexander se había casado con Elizabeth Alexander Alexander, una mujer que sus amigos le habían presentado en una fiesta porque se apellidaba igual que él.

Jordan se echó a reír, y el pincel, cargado de blanco de titanio, resbaló sobre el lienzo.

Desastre.

Antes de que Jordan pudiera reaccionar, el pincel había trazado una línea resplandeciente en el contorno del cuello de Declan. Enfadada, frotó el desliz con un trapo; pero la pintura estaba demasiado húmeda para rascarla y dejó un halo brillante. Jordan desvió la mirada para calcular cuántos pasos le harían falta para dejar la línea tal como estaba al principio y, al ver el contorno con el rabillo del ojo, se dio cuenta de que le gustaba cómo quedaba. El efecto no recordaba a la realidad tal como la veía, sino tal como la sentía. Aquella superposición de brillo y sombra creaba la ilusión óptica de ver el contorno de un objeto real. La disonancia funcionaba.

En lugar de reparar el desliz, lo acentuó tanto como se atrevió.

En la siguiente sesión, se armó de valor y recalcó aún más el efecto. Lo llevó más allá de su zona de confort, hasta conseguir una imagen más real que la propia realidad. No sabía si aquella técnica funcionaría, porque había dejado de copiar de otros. Aquello era territorio desconocido.

¿Había sentido algo especial mientras pintaba? Claro que sí. Se había sentido aterrada. Emocionada. Deseosa de que la gente viese el cuadro y lo admirase. Horrorizada por la perspectiva de que lo detestaran.

Una obra original de Jordan Hennessy.

—Es una locura, la verdad —comentó—. Este asunto de los dulcemetales… Todo el mundo está como loco por conseguir uno, y escasean tanto que es imposible. Y, entonces, llego yo y digo: «Vale, pues me hago uno en casa». Nunca me he considerado una persona egocéntrica, pero la verdad es que tengo un buen par de narices.

Declan sonrió al oír eso, volviendo la cara como siempre hacía.

—Me sorprende que no te consideres egocéntrica —observó.

—Ah, muy amable.

—¿Puedo ver el retrato?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque en asuntos artísticos eres el mayor esnob que he visto en mi vida, lo cual es decir mucho, y al mismo tiempo eres un Mentiroso con eme mayúscula, y no creo que pudiera soportar que no te gustase y tampoco creo que pudiera soportar que me mintieses si no te gusta.

Declan la miró con curiosidad.

—¿Crees que aún podría mentirte de manera convincente? —dijo.

—No veo por qué no.

—¿Crees que estaría dispuesto a hacerlo?

—No veo por qué no.

—¿Después de todo esto?

—¿Después de todo qué? —replicó Jordan con tono burlón—. Oye, que yo solo te robé el coche.

Los dos se quedaron callados un rato. Declan miraba la oscuridad de fuera, más pensativo que en el retrato. Tanto el Declan De Verdad como el Declan Del Retrato se agarraban las manos del mismo modo: con los dedos entrelazados de forma desigual, en una actitud que sugería fuerza en reposo. Por lo demás, el Declan Del Retrato respondía a la imagen de Declan unos minutos antes, con la cabeza medio girada para esconder aquella sonrisa secreta, aquel yo privado. Los ojos del Declan Del Retrato estaban entrecerrados y se perdían en la lejanía, en una expresión de diversión íntima que le era muy propia. Los del Declan De Verdad estaba abiertos de par en par, y en ellos no había rastro de alegría.

—Cuando mi padre murió, mi madre tardó varios días en caer dormida —declaró, y a Jordan le llevó unos segundos darse cuenta de que se refería a Aurora y no a Mór Ó Corra, su madre biológica. Que ella recordase, era la primera vez que lo hacía—. Él murió en el acto: le reventaron el cráneo. Para limpiar la escena del crimen tuvieron que retirar parte de la grava del camino, porque había restos de cerebro. ¿Te imaginas trabajar en eso? Agarrar la pala, cuidar de no dejarte ningún trocito de grava manchado para que los niños no se encuentren con la materia gris de su padre desparramada… Pero no se llevaron a mi madre, porque aún no parecía muerta. Tenía buen aspecto, considerando las circunstancias. No: le llevó días. Fue agotándose como un juguete a pilas. Cuanto más se alejaba de él, cuanto más tiempo transcurría desde su muerte, más menguaba ella, hasta que se quedó… dormida.

Aquella no era la voz que ponía Declan para contar historias. No había nada teatral en su actitud. Su mirada se perdía en la nada.

—Ronan y Matthew querían hacer que se despertase, por supuesto —continuó—. ¿Por qué no iban a querer? Todo el mundo desearía lo mismo. Tú también, claro, ahora que lo pienso. Sí, desde su punto de vista era lógico. Pero Ronan y yo nos peleamos. Yo decía que no servía de nada; que Aurora no era nada sin mi padre. Siempre había sido un accesorio de él, una reacción. ¿Para qué íbamos a despertarla? No era posible resucitar a mi padre muerto, de modo que ella se habría convertido en un marco para un lienzo destruido. En el momento en que mi padre murió, nos quedamos huérfanos, porque ella no era más que un órgano de él. ¿Qué era, sino lo que mi padre hacía que fuese? ¿Qué podía hacer, salvo lo que le hacía hacer él? Tenía que querernos, porque siempre fue un disco duro externo en el que él guardaba sus sentimientos. Tenía…

—Para —lo interrumpió Jordan—. A estas alturas deberías saberlo: decir que no era real no hace que sea más fácil, solo hace que sea distinto. Si solo estuvieras enfadado, no se te correría tanto el rímel.

Los ojos de Declan brillaban. Pestañeó, y volvieron a su aspecto normal.

—Ronan pretende despertar al mundo —dijo—. Yo estoy buscando la forma de convencerle de que no lo haga, pero lo que él quiere es construir una realidad en la que Aurora no se hubiera quedado dormida. En la que Matthew fuera un niño normal. Una realidad en la que no importe lo que haga Hennessy si le pasa algo. Una *tabula rasa*. No sé si es buena idea o no; pero he de reconocer que le veo el atractivo, porque ya no soy imparcial,

no lo soy en absoluto. —Declan meneó la cabeza—. Dije que jamás me convertiría en alguien parecido a mi padre. Y, ahora, mírame. Míranos.

Al fin había salido el fondo de la cuestión.

A Jordan no le costó nada recordar la forma en que Declan la había mirado al darse cuenta de que era soñada.

—Soy un sueño —asintió—. Pero no soy tu sueño.

Declan apoyó la barbilla en la mano y volvió a mirar por la ventana. Aquel también podría ser un buen retrato, se dijo Jordan. Todas las poses de Declan le parecían buenas, quizá simplemente porque le gustaba mirarlo. Podría hacer una serie… Qué futuro tan prometedor abría aquella palabra: incontables noches como aquella, con él sentado y ella de pie.

—Cuando nos casemos —dijo Declan al cabo de un momento—, estaría bien que solicitases otro estudio en este edificio. Los cuadros de este hombre son feísimos.

El corazón de Jordan se detuvo mansamente y esperó un par de segundos antes de volver a su ritmo.

—Ni siquiera tengo un número propio de la Seguridad Social, Pozzi —replicó.

—Te compraré uno —repuso él—. Puedes lucirlo en lugar de un anillo.

Los dos se miraron sobre el borde del lienzo.

—Creo que debería ver el cuadro ya —dijo él al fin con voz blanda.

—¿Estás seguro?

—Es el momento, Jordan.

Declan dejó su chaqueta en el respaldo y se levantó. Se quedó parado: no avanzaría hasta el otro lado si Jordan no lo invitaba a hacerlo.

«Es el momento, Jordan».

Jordan nunca había sido verdaderamente sincera con nadie que no tuviese la cara de Hennessy. Le dio la impresión de que mostrar a Declan aquel cuadro, aquella obra suya, sería lo más sincero que iba a hacer en toda su vida.

Se hizo a un lado para dejarle sitio.

Declan lo contempló. Sus ojos iban del cuadro a la realidad, de la chaqueta pintada sobre la pierna del Declan Del Retrato a la chaqueta real que estaba en el respaldo de la silla. Jordan vio cómo su mirada se detenía sobre el contorno animado en el que tanto esfuerzo había puesto, en aquella electricidad sutil que producía el choque de los colores complementarios.

—Es muy bueno —murmuró—. Jordan, es muy bueno.

—Eso me parecía.

—No sé si es un dulcemetal, pero eres una gran pintora.

—Eso me parecía.

—El próximo será mejor aún.

—Eso me parece.

—Y, en diez años, tu escandalosa obra maestra hará que te expulsen de Francia como a Sargent —afirmó Declan—. Más tarde, triunfarás vendiéndosela al Metropolitan Museum. Los niños tendrán que escribir trabajos sobre tu obra. Las personas como yo contarán historias sobre tu vida a la gente con la que quieran ligar para hacerse las interesantes.

Jordan le besó. Declan la besó. Y también aquel beso quedó enredado en el arte del cuadro que tenían ante ellos, mezclándose con todas las demás imágenes, sonidos y sensaciones que se habían integrado en el proceso.

Aquello también era muy bueno.

30

Érase una vez una actividad llamada el Juego, que Hennessy y Jordan organizaban allá en los tiempos en que vivían en la capital del país. El Juego comenzaba a las doce de la noche, en una salida de la circunvalación I-495 a la altura de River Road. No después de tomar la salida, sino en la salida. En la mismísima autopista. La cita tenía su complicación, teniendo en cuenta el tráfico de la ciudad: si un jugador potencial subestimaba el atasco, podía terminar pasando por River Road minutos después de que todo el mundo se hubiera marchado. Si lo sobrestimaba, y llegaba demasiado temprano, no tenía más remedio que seguir por la autopista y confiar en que no le llevase demasiado tiempo cambiar de sentido para hacer un nuevo intento.

¿Fácil? No, no era fácil. Pero a Hennessy nunca le habían atraído las cosas fáciles.

Al dar la medianoche, hubiera llegado todo el mundo o no, Hennessy tomaba la salida de River Road, haciendo rugir el motor del último bólido que hubiera tomado prestado de la mansión McLean o de la calle. Tras ella, como si siguieran al flautista de Hamelin, desfilaba una inquieta hilera de automóviles deportivos que la seguían hasta el punto de salida. Las otras chicas —June y compañía— los esperaban ya allí, dos de ellas controlando la salida y la meta y las demás aparcadas junto a las salidas más cercanas. Además, disponían de las herramientas habituales: receptores sintonizados con la radio de la policía, detectores de radar y catorce ojos atentos.

Entonces, la carrera comenzaba. Carreras de punto a punto, de aceleración, competiciones de derrapaje, eliminatorias de dos en dos o de cuatro en cuatro… Lo que Hennessy tuviera ganas de hacer esa noche. A veces, Hennessy era en realidad Jordan. Otras, eran las dos.

En el Juego siempre se apostaba fuerte. El premio variaba: drogas, armas, el coche del perdedor, un año de alquiler gratis en el lujoso chalé de vacaciones de quien perdiese. Bienes que sería complicado vender en el mercado legal. Los conductores —los jugadores, los peones— estaban cortados por el mismo patrón: tipos de veintitantos o treinta y tantos años

que solo cobraban vida al caer la noche, casi todos blancos y lo bastante adinerados para soportar cualquier multa que pudiera caerles, y todos al volante de coches diseñados para quebrantar el código de circulación de múltiples maneras. Se congregaban en foros de internet para hablar sobre el Juego, hacer apuestas para la siguiente edición, darse zascas y, en general, comparar lo grande que la tenían. Al principio todos venían de la zona más cercana; pero, al cabo de un tiempo, empezaron a aparecer tipos procedentes de toda la Costa Este que pretendían meterse en el Juego.

Normalmente, Hennessy y Jordan se limitaban a gestionar las carreras a cambio de un porcentaje de las apuestas. Pero, si en algún momento necesitaban dinero o les interesaba alguno de los premios, no tenían problema en participar. A Hennessy se le daba bien porque carecía de miedo y de inhibiciones. A Jordan se le daba mejor aún, porque tenía el miedo y las inhibiciones que le faltaban a Hennessy. Los jugadores las llamaban La Valquiria, aunque los más observadores habían empezado a referirse a ellas como Las Valquirias.

El Juego violaba una docena o dos de normas.

Y a Hennessy le encantaba. O, al menos, le encantaba el hecho de no poder pensar en nada más mientras participaba en él.

Era lo más parecido a la felicidad que sentía. De hecho, estaba convencida de que no podía aspirar a nada más.

—Vamos, monta, date prisa; el tiempo es una catarata, y el momento que estamos tratando de capturar se acerca a toda velocidad al borde —dijo Hennessy.

—¿Hennessy? —barbotó Jordan, atónita.

Jordan Hennessy estaba de pie en la oscura acera frente a los Estudios Fenway, con el bolso colgado de un hombro. Tenía un aspecto estilizado y urbano: rizos menudos recogidos en una coleta alta, cazadora de cuero ajustada, corpiño anaranjado, *leggings* negros y bailarinas con un sutil estampado en espiguilla.

Jordan Hennessy también estaba sentada al volante de un Toyota Supra, aparcado en el arcén con el motor en marcha. Tenía un aspecto impecable: rizos sueltos en un gran peinado afro, labios de un morado intenso, cazadora *bomber* de hombre, corsé de un morado intenso y tacones con los que no parecía fácil manejar el embrague.

Las dos Jordan Hennessy llevaban sendos aros en la nariz. Los tatuajes florales de sus manos eran idénticos. Sus gargantas estaban rodeadas por más tatuajes florales, casi idénticos.

Pero nadie las habría confundido.

—No me llamaste, amiga.

—Monta.

Jordan montó.

Había cambiado un poco desde la última vez que Hennessy la había visto, pero no tanto como para que no pudiera leer su expresión. Estaba llena de matices. El principal era la sorpresa, seguida de un toque de alivio. Y detrás, como un retrogusto, había desconfianza.

Hennessy se esperaba todo aquello; lo que no esperaba era la alegría que había visto irradiar de Jordan antes de que esta la viera. Jordan caminaba por la acera en mitad de la noche, con una sonrisa de oreja a oreja que parecía escapársele por más que tratase de contenerla. Llevaba semanas viviendo en Boston, alejada de Hennessy, y no solo le había sentado bien; le había sentado tan rematadamente bien que rebosaba felicidad y no podía hacer nada por disimularlo. Mientras Hennessy sacaba una y otra vez el Encaje de sus sueños, Jordan había estado tan tranquila. No, tranquila no: feliz.

Hennessy no sabía cómo tomarse aquello, de modo que empezó a divagar. Divagó mientras enfilaba el Supra hacia el final de la calle y Jordan dejaba su bolso en el suelo, a sus pies, como hacía siempre. Divagó mientras aceleraba con el Supra para meterse en la autopista y Jordan subía la ventanilla para que el viento dejase de azotarle el pelo. Divagó mientras aparecían varios coches de gran cilindrada que rodearon el suyo, en los túneles del puerto de Boston. Divagó mientras Jordan giraba la cabeza para ver a los otros coches y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Con cuánta antelación los has avisado? —preguntó Jordan, que no era tonta y sabía reconocer el Juego cuando lo tenía delante.

—Cinco horas —respondió Hennessy—. Lo posteé en aquel canal de Slack tan loco, el de los banqueros de inversión que experimentan con nootrópicos, ¿te acuerdas? Muy probablemente, uno de los conductores que nos rodean estará hasta las trancas de alguna sustancia alucinógena no regulada elaborada en Sudamérica.

La comitiva salió de Boston a una velocidad muy superior a la legal. Para entonces ya estaba formada por un buen número de deportivos impresionantes, bajos y anchos, que rodeaban el de Hennessy como si lo

acechasen. El Juego estaba a punto de arrancar, llevándose consigo todos los sentimientos de Hennessy. Aún no había ocurrido, pero iba a hacerlo.

Tenía que hacerlo.

Hennessy no sabía qué esperaba de su reunión con Jordan; pero, fuera lo que fuese, no era aquello. Y, sin embargo, una parte de ella había sabido siempre que, si la llamaba, comprobaría que a Jordan le iba bien sin ella. Sabía que, si se presentaba, vería que a Jordan le iba bien sin ella. Era consciente de que, si había alguna manera de que sus vidas se separasen, a Jordan le iría bien sin ella. Se daba cuenta de que era ella la que no podía vivir sin Jordan.

Suponía que, en el fondo, había esperado estar equivocada.

Mientras los coches se congregaban rugiendo a su alrededor, Jordan dijo:

—¿Cómo vamos a organizar un Juego? No hay nadie para vigilar las salidas. Todas las chicas están muertas.

—Ese ha sido un comentario de lo más cenizo, así que voy a hacer como que no lo he oído —replicó Hennessy—. Además, ya he pensado en eso y he… ¿Como se dice? He tomado las medidas adecuadas, eso es. Se trata de un tramo recto. Damos la salida con tres destellos de los faros y luego corremos diez kilómetros exactos. No hay ninguna incorporación en todo el trayecto. Si el tramo está despejado cuando salgamos, lo estará también cuando lleguemos. No habrá sorpresas; nos lo vamos a pasar teta.

—¿Cómo que «nos»? ¿Vamos a correr?

—Sí.

—Hennessy, ahí al lado hay un Nissan GT-R. Detrás de él va un Porsche 911 nuevecito. No veo bien lo que hay ahí detrás porque es demasiado plano y no asoma, pero mis hormonas sugieren que es un McLaren. ¿Te das cuenta de que nos vamos a pasar la carrera viendo las luces traseras de los demás?

Sin embargo, no parecía enfadada; Jordan jamás se enfadaba. Siempre estaba dispuesta a participar en cualquier locura que se le ocurriese a Hennessy. «¿Acaso no es mejor así?», se preguntó Hennessy. ¿No era así como debían ser las cosas? Solo Jordan y ella, con el temporizador del teléfono para mantenerse despierta todo el tiempo posible y no ver el Encaje.

—Tenemos que volver a hacer esto —dijo.

—Ya lo estamos haciendo —repuso Jordan.

—No: me refiero a esto de estar las dos juntas, a Jordan Hennessy. Deberías venir con nosotros, o tal vez fuera mejor que viniera yo a incendiar Boston. Aunque casi te pediría ir a Nueva York, porque este sitio es como el sobaco de una modelo: tiene buena pinta, pero no se puede hacer gran cosa con él.

—¿Has dormido últimamente, Heloise? —preguntó Jordan.

A Hennessy todo en aquella pregunta le pareció intolerable. Su significado, el momento en que la había hecho Jordan, el mote que había empleado.

—Y tú, ¿has pintado últimamente? —repuso—. No he podido evitar darme cuenta de que tienes algo de pintura en el cuello. Parece púrpura de Tiro.

No era cierto: parecía pintura blanca normal y corriente, pero decir «púrpura de Tiro» era aludir directamente a Declan Lynch.

Aunque a Jordan habría debido irritarle la indirecta, su boca volvió a susurrar aquella sonrisa, la misma que había sorprendido a Hennessy al verla. Se llevó los dedos al cuello para tocar la mancha, y la ternura del gesto hizo comprender de pronto a Hennessy las implicaciones de aquella sonrisa.

A Jordan le gustaba aquel imbécil, aquel muermo gilipollas de las narices. Le gustaba de verdad. Hennessy había suplicado a Bryde y a Ronan que la llevasen a recoger el Supra, porque sabía que a Jordan le encantaba aquel coche; y, ahora que estaban las dos —las dos Valquirias— conduciendo por aquella autopista en mitad de la noche, rodeadas de coches que valían millones de dólares y sumaban miles de caballos, a Jordan se le ocurría sonreír al acordarse de aquel cerdo de Washington con cara de acelga.

Una parte de Hennessy jamás había dejado de ver aquella puerta sin picaporte, aquella cerradura sin llave.

—Preparados, listos, ¡ya! —exclamó, y pulsó la palanca de las largas: uno, dos, tres.

Los coches se abalanzaron hacia delante.

Como había predicho Jordan, el Supra no era ni con mucho el bólido más veloz del grupo. Las filas se dispersaron enseguida, a medida que los más potentes hacían valer su potencia y los más flojos flojeaban.

Jordan acarició el salpicadero del Supra, como si quisiera consolarlo por no ser el más rápido de la manada. Luego, se volvió hacia Hennessy y preguntó:

—¿Me soñaste de forma que no tuviese recuerdos de Jota?

La nueva fuerza de la línea ley tenía algo malo: a veces, Hennessy creía ver el Encaje aun con los ojos abiertos.

—Algo más allá vamos a hacer un truquito —respondió.

Las luces traseras de los coches lanzaban destellos quebrados, abruptos.

—Hennessy —insistió Jordan—. ¿Me soñaste así?

Las agujas de los pinos atrapadas bajo los limpiaparabrisas dibujaban ángulos rotos, puntiagudos.

—Es una cosilla que le he tomado prestada a Bryde —dijo Hennessy sin hacer caso—. Poca cosa, pero interesante. Tiene algunos efectos secundarios muy divertidos.

Las sombras de las farolas que dejaban atrás formaban líneas erizadas, desiguales.

—Hennessy…

Pestañas finas e irregulares que aleteaban, aleteaban, aleteaban. Eran como las formas que lanzaban las lámparas en las paredes del estudio de su madre.

Hennessy bajó la ventanilla. Luego, metió la mano en el compartimento de la puerta y sacó la esfera robada. La hizo rodar en la palma de la mano, como le había visto hacer a Bryde cuando quería que cobrase velocidad en el aire, y la lanzó a la oscuridad.

Por un momento, no ocurrió nada. Lo único que se veía eran las luces traseras de los coches que estaban a punto de derrotar al Supra.

La esfera giró en el aire delante de ellos. Se desplegó. De su interior brotó una nube.

Y estalló el caos.

Algunos coches derraparon y empezaron a hacer trompos: uno aquí, otro allá. Varios chocaron y cayeron de morro en la cuneta. Un Subaru dio una vuelta de campana. Un Corvette giró en redondo y se deslizó marcha atrás, casi a la misma velocidad a la que avanzaba el Supra. Al fondo se oía un ruido estridente que sonaba y sonaba sin interrumpirse, y Hennessy se preguntó quién estaría gritando, si ella misma, Jordan o los neumáticos.

Mirase adonde mirase, veía coches deportivos que avanzaban erráticos. Algunos se estrellaban contra otros, lanzando destellos por todas partes.

—Hemos ganado —declaró Jordan. Frenó hasta detener el Supra y tiró del freno de mano.

Jordan salió del coche de inmediato y contempló el desastre, con las manos enlazadas detrás de la nuca. Hennessy se dio cuenta de que estaba

horrorizada y, por alguna razón, eso la alegró. Le gustaba verla así, le encantaba; era lo que necesitaba en ese momento. Le sentaba mucho mejor que ver su vaga sonrisa, su alegría irrefrenable.

Hizo un gesto grandilocuente.

—El premio es lo que queramos —declaró—. ¿Qué coche te gusta más?

—¡Esto no es un sueño! —replicó Jordan encarándola.

—Lo sé. Lo he notado porque aquí puedo controlar las cosas.

—¡Podría haber algún muerto!

Jordan echó a andar por el asfalto y enseguida se puso a correr, agachando la cabeza cada vez que llegaba a un coche para ver a su conductor. Todos le devolvían la mirada con ojos vidriosos, completamente idos.

—Las noticias de las once: gilipollas muere en carrera ilegal —canturreó Hennessy.

—¡Esto no es un sueño!

—¿Y si pillamos el Lamborghini? —replicó Hennessy—. Creo que sería el más divertido.

Jordan abrió de golpe la puerta de un Porsche pequeño con el morro aplastado, de un plateado tan brillante como la espada celeste de Ronan. El conductor estaba encajado entre el volante y el respaldo, con la cabeza caída. Sus ojos estaban vacíos de expresión, pero resultaba difícil saber si se debía a la esfera de Bryde o a que estaba herido.

—¡No quiero ir por ahí robando coches y haciendo el capullo, Hennessy! —le espetó Jordan, palpando el costado del asiento hasta encontrar las palancas que lo movían. Toqueteó varias hasta conseguir que el respaldo se inclinara y luego tiró con todas sus fuerzas del conductor, mientras Hennessy la miraba sin mover un dedo—. Tengo una vida en esta ciudad y quiero vivirla. Es una vida de verdad: hacer arte, madurar… No esta mierda.

—Bien por ti —repuso Hennessy.

—¿Se puede saber por qué has hecho esto? —replicó Jordan—. ¿Para eso has venido hasta aquí? ¿Para volver a hacer el Juego?

Hennessy siguió mirándola mientras sacaba al conductor, lo dejaba sentado contra una rueda y se acercaba al siguiente coche.

—Preferiría que estuvieras muerta.

Jordan frenó en seco y giró sobre sus talones.

—¿Qué has dicho?

—Preferiría que hubieras muerto, como las otras —repitió Hennessy. Era algo terrible, odioso; su boca no era capaz de dejar de decirlo, sus rasgos no podían abandonar su mueca de desprecio—. Me gustaría que estuvierais todas muertas para quedarme yo sola y hacer lo que me diera la gana. Cada segundo de cada día que pasa, siento que tiras de mí hacia abajo. Estoy harta de ti.

Jordan la miraba con los brazos caídos. No parecía furiosa ni dolida; simplemente la observaba, de pie en medio del caos de coches.

—¿Y has venido para decirme eso?

Hennessy no sabía para qué había ido allí, pero lo que le había salido hacer era eso. Sabía que quería hacer que Jordan la odiara. No sabía por qué prefería aquello a otras opciones; pero, en ese momento, tenía la certeza de que ese era su objetivo.

—Quería verte la cara para asegurarme de que era verdad —respondió.

Se encogió de hombros.

O, más bien, sintió cómo sus hombros se encogían, aunque no había pensado hacerlo.

Era como si acabase de extraer algo de un sueño y, ahora, paralizada, se observase desde arriba. Y lo que había sacado era aquella Hennessy odiosa, que intentaba con todas sus fuerzas destrozar a Jordan y hacerle pedir a gritos que se fuese.

—Has salido de aquí —añadió, señalándose a sí misma—. Y, ahora, ¿vas a usar lo que te he dado para dedicarte a pintar bodegones y hacer hijos con ese blanquito? Creo que no he sido justa con los recuerdos de mi madre: al menos, sirven como antídoto para no terminar viviendo en una unifamiliar con piscina.

—¿Por qué haces siempre lo mismo? —preguntó Jordan en voz baja.

¿Por qué? Porque Hennessy siempre soñaba con el Encaje. Porque siempre tenía el mismo sueño, siempre el mismo.

—Disfruta de tu pesadilla —contestó.

31

Declan aún recordaba el peor sueño que había tenido en su vida.

Estaba en Aglionby, en el último curso. Iba a aprobarlo todo. Había conseguido que Ronan aprobase también, con gran esfuerzo y con la ayuda de su amigo Gansey. Había comprado regalos de Navidad para Matthew. Tenía previstos varios trabajos de becario y ya había planeado la mudanza a la casa de la ciudad que le había dejado su padre. Había hecho números con el dinero de la herencia y había calculado cuánto debía ganar y cuánto podía gastar cada año para mantener un nivel de vida que le parecía apropiado. Salía con una chica llamada Ashleigh, tras haber roto con otra llamada Ashley. Ahora Ashleigh estaba pensando estudiar en Washington D. C. para estar más cerca de él, y Declan había empezado a fijarse en una tal Ashlee, de carácter más independiente, para reemplazarla. Mientras, se esforzaba por evitar que el peligroso círculo de compañeros de negocios que su padre también le había dejado en herencia se cerrase demasiado alrededor de sus hermanos y de él.

Aquello no era su peor sueño. Era su vida diaria.

El peor sueño fue este: la Navidad estaba a punto de llegar. Los prados que rodeaban la casa de Los Graneros estaban grises por la escarcha. Como en la vida real, Niall, que acababa de llegar de un viaje de negocios que lo había tenido ausente todo el mes, estaba sacando los regalos que había llevado a sus hijos.

Le entregó a Matthew un cachorro que solo estaba vivo si lo tomaba en brazos («Nunca lo voy a soltar», declaró el Matthew soñado).

Le dio a Ronan un libro de texto con las páginas en blanco («Estos son mis favoritos», aprobó Ronan).

Le ofreció a Declan una caja… que contenía la capacidad de sacar cosas de sus sueños.

—Tu madre me dijo que llevabas tiempo pidiéndola —le dijo Niall.

El subidón de adrenalina despertó a Declan. Un sentimiento de terror latía dentro de él, al mismo compás que el corazón.

Miró a su alrededor, espantado, pero su dormitorio tenía el mismo aspecto que cuando se había dormido. En él no había nada que no hubieran llevado hasta allí manos humanas, que no se hubiera fabricado por medios normales. No había milagros ni maravillas: solo una habitación convencional, llena de las cosas que Declan necesitaba para su convencional vida.

Declan jamás se había sentido tan aliviado.

Declan estaba de pie ante *El jaleo*, observándolo con los brazos cruzados y la cabeza inclinada a un lado. Se encontraba algo más cerca del cuadro de lo que tenía por costumbre. No: mucho más cerca. Había pasado sobre la cuerda que impedía entrar en la alcoba en la que colgaba el lienzo, y ahora estaba tan pegado a él que distinguía las irregularidades de las pinceladas y percibía el olor añoso de la pintura. Declan no se explicaba cómo podía haber quebrantado así las normas. De tan cerca, todo tenía un aspecto ligeramente distinto al que él recordaba.

Tardó un momento en darse cuenta de que su desorientación no solo se debía a la proximidad, sino también a que el museo estaba a oscuras.

La bailarina solo estaba iluminada por el leve brillo de una luz de seguridad, que entraba por una ventana a la derecha del cuadro y se reflejaba en el espejo que había a la izquierda.

En el museo reinaba el silencio.

Aunque en aquel pequeño edificio nunca se oía mucho ruido, en ese momento faltaba incluso el murmullo lejano de los visitantes en las demás salas, el sonido de la vida. El edificio contenía el aliento, o tal vez ya careciese de él. Estaba silencioso como una tumba.

Declan no sabía cómo había llegado allí.

No sabía cómo había llegado allí.

Bajó la mirada para ver qué llevaba puesto. Iba vestido igual que cuando había salido del estudio de Jordan. Americana, corbata aflojada. Era la misma ropa que llevaba el Declan del retrato. La misma que llevaba el Declan que había besado a Jordan. Recordaba haber vuelto a su apartamento. ¿O no? Quizá simplemente recordase otras noches, y los recuerdos se amontonaran en su cabeza para disfrazar el hecho de que le faltaba uno.

Aquella era la lógica del sueño, no la de la vigilia.

Declan se sentía despierto. Suponía que lo estaba. Y sin embargo…

—Buen truco, ¿verdad? —dijo Ronan.

El mediano de los Lynch lo observaba desde la entrada del patio, con un hombro apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados. Había cambiado desde su último encuentro. No es que fuera más alto —ya lo era antes—, pero, de algún modo, parecía más grande. Mayor. En su cara había una barba de varios días que le echaba algunos años encima. Ya no era un chico, un estudiante. Se había convertido en un hombre joven.

—Ronan —contestó Declan. No se le ocurría nada más que decir, ni hubiera sabido cómo decirlo, de modo que encajó todo lo que sentía en esa única palabra: «Ronan».

—El guardia aún estará atontado durante un buen rato —repuso Ronan —. Las cámaras tampoco funcionan por el momento. Astuto, ¿eh? He tratado de convencer a Bryde de que le pusiera nombre al truquito; EL PASMADOR, con todo en mayúsculas, o algo por el estilo. Pero a él no le van esas cosas. Bueno, ¿qué te apetece ver en este sitio? Puedes ver lo que quieras, tocar lo que te dé la gana. Nadie se va a enterar.

Declan lo miró, perplejo.

—No entiendo —dijo.

Entonces Bryde entró en la sala. Tenía un aire calmo, controlado. Declan reconoció su postura de inmediato: no era la de una persona con un gran ego, sino la de alguien que estaba más allá de los egos. La de un hombre que sabía exactamente dónde estaban sus límites y explotaba con tanta eficacia lo que quedaba dentro de ellos que se sabía intocable. No necesitaba alzar la mano ni la voz: el suyo era un tipo de poder que las demás personas poderosas sabían reconocer.

Entre la pinza del índice y el pulgar sujetaba una esfera plateada.

—Son muy caras —observó mientras la examinaba—. Crearlas requiere energía ley de buena calidad, sueños adecuados y una percepción muy aguda. Más que aguda, afilada como una navaja. Has de tener claro en todo momento en qué consiste ser humano, porque, si no, corres el peligro de que la esencia se pierda. Cuando estas chucherías revientan, disgregan la mente de quienes están cerca y la lanzan en todas direcciones, pero mantienen cerca los fragmentos esenciales para que puedan recuperarse después. Un truco no tiene sentido si no hay trato; si vas a deshacer la mente de alguien de forma irrecuperable, más te vale pegarle un tiro. Los carniceros arrasan; los soñadores empujan con suavidad.

Declan reconoció en su interior la misma sensación que lo había invadido después de su peor sueño: deseaba con todas sus fuerzas

despertarse en su apartamento y ver que todo seguía igual a su alrededor. «No confío en Bryde», le había dicho Adam. Lógico, ¿cómo iba a hacerlo? Solo hacía falta mirarlo, escucharlo, sentir lo que era capaz de hacer.

Declan no se acordaba de cómo había llegado hasta allí. Bryde le había arrebatado aquel recuerdo.

Retrocedió hasta situarse al otro lado del cordón que protegía *El jaleo*, devolviendo al cuadro el espacio que le era propio. Eso hizo que se sintiera mejor de inmediato.

Bryde se guardó la esfera en un bolsillo.

—He dejado que Hennessy cogiera una pensando que yo no me daba cuenta —dijo—, de modo que solo nos queda esta. Tenemos que ser eficientes.

—¿Dónde está? —preguntó Declan—. Hennessy, digo. ¿Está aquí?

—Ha ido a ver a Jordan —respondió Ronan, y Declan sintió una punzada de inquietud en el vientre—. Parecía tensa, ¿no crees? —añadió dirigiéndose a Bryde—. ¿Estás seguro de que…?

—Volverá —le cortó Bryde sin atisbo de duda—. Sabe cuál es su lugar. Venga, no hay tiempo que perder. El efecto de las esferas no es eterno.

Sin más, retrocedió hacia la penumbra del patio y se perdió entre la maraña de sombras que arrojaban las plantas tropicales y las flores.

Declan volvió a quedarse a solas con su hermano. La situación tenía un sabor íntimo, aunque no lo fuese. Los dos hermanos no se veían desde los acontecimientos del río Potomac, y Declan se dio cuenta de que llevaba algún tiempo preparándose para la posibilidad de no volver a ver a Ronan nunca más. Era una idea que no se había permitido formular hasta ahora, cuando ya había pasado el peligro, y de pronto notó que las rodillas se le aflojaban por el alivio. Allí estaba Ronan: un tercio de su familia, su hermano. Más maduro, más extraño, pero inconfundiblemente Ronan.

—Ya le has oído —dijo Ronan—. ¿En qué otra sala quieres entrar? ¿Qué otra barrera deseas traspasar desde hace años?

A Declan no le apetecía demasiado pasearse por el museo en aquellas circunstancias, pero quería alejarse lo más posible de Bryde para hablar con Ronan, de modo que echó a andar junto a él por los pasillos inquietantemente silenciosos del edificio. Llegaron a la Sala Holandesa, cuyas paredes enteladas de verde parecían negras en la penumbra. Ante ellos colgaban dos marcos vacíos, uno para cada hermano.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ronan.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—Me refiero a los marcos vacíos.

En cualquier otra ocasión, Declan se habría lanzado a contar la historia de principio a fin. Aquella noche, sin embargo, se limitó a decir:

—Los robaron hace unos veinte años. Treinta, quizá. Desde entonces, mantienen la sala así como homenaje. La mujer que creó este lugar quería que se mantuviera intacto incluso después de su muerte, así que, cuando los ladrones separaron los lienzos de los marcos y se los llevaron, los responsables del museo decidieron dejarlos colgados hasta que… ¿A ti te interesa esto? No creo que te interese, Ronan. He oído las noticias. ¿En qué andáis metidos?

—Me da la impresión de que ya lo sabes —respondió Ronan echando a andar de nuevo.

—Estoy preocupado —afirmó Declan—. No olvides que hay un mundo real al que quieres regresar. Lo que pretendías era encontrar un lugar en el que pudieras seguir con tu vida normal, ¿no?

—¿Eso pretendía?

—No hagas esto, Ronan. Recuerdo bien lo que hablamos; no me vengas ahora con que era yo el que te dijo cómo tenías que vivir. Adam. Querías estar con Adam.

—Adam… —repitió Ronan lentamente, como si hubiera olvidado aquella palabra o como si estuviera saliendo de un hechizo.

De pronto, Declan comprendió que no sabía nada de las cosas que podía o no podía hacer Bryde mediante los sueños. Tal vez no estuviera hablando con Ronan; tal vez aquel fuera un Ronan de muchos… «No», se dijo. No iba a seguir por ese camino; el único destino posible era la locura absoluta.

—Los Graneros —dijo con voz tensa—. Me dijiste que querías dedicarte a trabajar la tierra.

Los labios de Ronan se estiraron en una amplia sonrisa que pilló a Declan por sorpresa.

—Te acuerdas de eso —repuso.

Declan lo miró, confundido: de pronto, Ronan no parecía hechizado en absoluto. Su mirada era aguda y vivaz, llena de humor.

—No hacemos esto para mí, sino para la gente que es como yo —dijo Ronan—. Tampoco lo hacemos por Matthew, sino para la gente que es como Matthew. Ahora mismo llevan una vida que no es vida, pero eso va a cambiar. ¿De verdad me has llamado para decirme eso? Pensé que Matthew había sufrido una crisis total o que necesitabas armas o…, yo qué

sé, cosas soñadas para ayudarte a construir tu imperio: pasta, coches, chicas…

—Te he llamado porque, como hermano tuyo, quiero preguntarte si sabes dónde vas a estar dentro de tres años —respondió Declan—. Para saber cuáles son tus objetivos a largo plazo.

—No jodas. ¿Querías verme para soltarme «declanismos»? Que todo cambie para que todo siga igual, y tal.

—¿Cómo está afectando tu plan a las demás personas? ¿Vas a destruir el mundo que conocemos?

Ronan se echó a reír.

—Eso espero.

Su paseo los había llevado de vuelta al Claustro Español. Declan nunca había tenido a Ronan por una persona especialmente puntual, pero Bryde le había dicho que fuera eficiente y Ronan le había hecho caso. Había llevado a Declan hasta el punto de partida sin que Declan fuera consciente de ello. El efecto era muy onírico; la estrategia era muy adulta.

Bryde los esperaba delante de *El jaleo*, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos velados por las sombras.

—En este momento, podrías sacar de aquí lo que quisieras —dijo con gesto cómplice—. Podrías llevarte este cuadro para colgarlo en el salón de tu casa. Así no tendrías que preocuparte nunca más por tu hermano Matthew.

Declan ya había pensado que, con una de las esferas soñadas de Bryde, cualquiera podría robar lo que se le antojase. Hacer lo que quisiese. No le había pasado inadvertida la amenaza velada que Bryde había lanzado hacía un rato: un soñador menos cuidadoso podría haber borrado todos sus recuerdos para siempre.

Trató de disimular el temblor de sus manos.

—Este museo ya ha sufrido demasiadas pérdidas —replicó—. Y, aun cuando eso no me importase, tampoco me gustaría ir por ahí con una diana en la espalda. En todo caso, como sin duda habréis pensado ya, el cuadro no solucionaría gran cosa. Matthew no puede envolverse en el lienzo y llevar una vida normal. Si yo robase esto, ¿qué conseguiría él? ¿Vivir encerrado en nuestro apartamento, como si fuera una cárcel?

—Estupendo —asintió Bryde—. Veo que comprendes lo que queremos hacer. Matthew y tú aspiráis a llevar una vida normal, lo mismo que nosotros.

—Podrías hacer esto sin Ronan —dijo Declan.

—No —murmuró Bryde—. No podría.

En algún lugar del museo sonó un ruido. Aún no habían saltado las alarmas, pero ya había movimiento. Bryde levantó la cabeza bruscamente.

—Apenas nos queda tiempo —le dijo a Ronan—. Tendré que usar esta esfera ahora y no voy a poder fabricar ninguna más hasta que hayamos salido de la ciudad; aquí hay demasiado ruido.

Declan no sabía qué más decir. Había pensado que la conversación daría un giro a su favor y, sin embargo, era él quien giraba en círculos cada vez más cerrados. Se volvió hacia Ronan.

—Deberías ver a Matthew antes de irte de Boston —balbuceó—, por si acaso…

—Sí, es cierto —respondió Ronan, mirando de reojo a Bryde como si necesitara su aprobación.

Solo cuando Bryde asintió de forma casi imperceptible, Ronan repitió con voz firme:

—Sí.

Declan se estremeció: su hermano estaba a merced de aquel hombre.

32

Diez: ese era el número de cafés que Carmen Farooq-Lane había pedido desde su llegada al Somerville. Estaba indecisa: no quería ocupar una mesa sin consumir, cuando había más clientes esperando, pero tampoco quería naufragar en un mar de café.

Consultó la hora en su teléfono. Pasaban treinta y cinco minutos de la hora convenida. «¿Cuándo abandono?», se preguntó.

—Ponme el último café, por favor —le pidió al camarero.

Estaba hecha un manojo de nervios. No sabía si se debía a la cita o al temor de ser descubierta por los Moderadores. Había dimitido hacía unos días, justo después de marcharse de la casita de alquiler. Así, sin más. Había retirado las sábanas de la cama, se había asegurado de que el lavaplatos estaba cargado, había apagado las luces, había escondido la espada lunar de Hennessy en un armario ropero y había dimitido del único trabajo que le había parecido importante en su vida. Lock había recogido las llaves de su coche lleno de agujeros de bala y luego le había hecho firmar un contrato de confidencialidad.

—Claro que estoy decepcionado —había dicho con voz grave—, pero respeto tu decisión.

Farooq-Lane no acababa de creérselo; hasta ese momento, no le había parecido que los Moderadores estuvieran muy interesados en respetar las decisiones de la gente.

Lo que no le sentó tan bien a Lock fue que Liliana dimitiera minutos después, pero la Visionaria no le dejó elección. Había sido insistente, amable, ecuánime. Citó como razones el fiasco de la operación Rhiannon Martin y el trauma sufrido por su versión adolescente. Comentó que, hasta ese momento, los Moderadores no habían logrado usar sus visiones para mejorar el mundo. Le recordó a Lock que la presencia de Farooq-Lane formaba parte integrante y decisiva de su acuerdo de colaboración. No, no había nada que pudiera hacer para convencerla de esperar hasta que encontrasen otro Visionario. Sí, sentía mucho dejarlos a ciegas, pero les deseaba mucha suerte.

Contrariamente a lo que Farooq-Lane había pensado, los Moderadores las habían dejado marchar.

Retiró dinero de la cuenta bancaria de sus padres para comprar un coche en el concesionario más cercano, pasó un momento por la casita de alquiler para recoger la espada de Hennessy y se marchó dejando un capítulo de su vida reflejado en el espejo retrovisor.

Se dirigían a Boston: Liliana acababa de tener una premonición.

Nueve de la mañana. Declan Lynch acababa de llamarla para hablar de un asunto urgente. «Preferiría mantener esta conversación por un canal seguro, en la medida de lo posible», dijo. «Es algo que requiere de la mayor discreción». Ella le había contestado que, casualmente, se encontraba por la zona de Boston y le había propuesto quedar en persona. En aquel momento, se había sentido muy afortunada por haber sido ella quien contactara con él tiempo atrás para preguntarle por Ronan Lynch. Y, ahora, Declan llegaba con retraso.

—¿Carmen Farooq-Lane?

Declan Lynch estaba de pie junto a su mesa. Se parecía mucho a su hermano Ronan, pero con las aristas limadas, como si le hubieran borrado sus rasgos más memorables. Sus pantalones chinos eran muy civilizados; su jersey era muy civilizado; su cara afeitada era muy civilizada. Los zapatos eran francamente bonitos. No había nada en él que desentonase con aquel café pijo, lleno de alumnos de Tufts que charlaban sin parar y de médicos residentes que dormitaban sobre las mesas.

—No te he visto entrar —comentó ella.

—He entrado por detrás.

Declan inspeccionó los alrededores con discreción. Si Farooq-Lane se dio cuenta fue porque lo estaba observando de cerca. «Es bueno», pensó; se notaba que tenía una larga relación con la paranoia.

—Siento haber llegado tarde —añadió—. Tenía que asegurarme de que no me seguían.

Farooq-Lane apenas podía creerse que lo tuviera allí, ante ella. Era lo que había predicho la visión de Liliana; pero, hasta entonces, las visiones habían sido recibidas e interpretadas por los Moderadores, no por ella, y siempre servían para matar Zetas, no para intentar una aproximación más indirecta.

—Por supuesto —asintió—. ¿Quieres tomar un café?

—No deberíamos entretenernos —dijo Declan por toda respuesta. Tenía una voz vaga, nasal; su tono era el de alguien que leyera el orden del día de una reunión—. Mejor no tentar a la suerte.

Ocho minutos: eso fue lo que Declan tardó en exponer lo que quería contarle a Farooq-Lane.

—Quiero mucho a mi hermano —comenzó—. De modo que, cuando oigas lo que estoy a punto de decirte, recuerda que hablo desde el cariño: Ronan tiene alma de seguidor. Siempre ha necesitado un héroe al que seguir. Cuando era pequeño, idolatraba a mi padre. Cuando estaba en el colegio, idolatraba a su mejor amigo. Ahora es obvio que idolatra a este tal Bryde. Ronan carece de ideas propias… Eso ha sonado fatal; por favor, recuerda que le quiero. Lo he dicho con la mejor intención. Con la intención de hacerte comprender esto: tu problema no es Ronan. Saca a Bryde de la ecuación, y Ronan volverá a ser lo que siempre ha sido. Regresará a Virginia para jugar con coches, con barro y con caca de vaca. ¿Quién manejaba el cotarro cuando los viste juntos? Bryde, ¿verdad? No era mi hermano. Ni Jordan Hennessy. ¿Qué nombre lleva meses susurrándose en los círculos más peligrosos? El de Bryde.

Farooq-Lane levantó la barbilla.

—Estamos de acuerdo: el objetivo es Bryde.

—¿De verdad lo estamos? Quiero asegurarme de que sabes por qué estoy sentado a esta mesa.

En cierta ocasión, un compañero de Alpine Financial le había dicho a Farooq-Lane que, según un estudio neuropsicológico, la mayor parte de las personas consideraban a su ser futuro como una persona diferente a ellas y, por lo tanto, lo trataban con poca empatía, como si no lo conociesen. Las personas de éxito, sin embargo, veían a su ser presente y a su ser futuro como una única persona, y eso las llevaba a tomar decisiones más acertadas. Farooq-Lane había decidido de inmediato que su trabajo como asesora financiera consistía en estrechar la brecha entre aquellas dos percepciones del propio ser.

De modo que ahora no le costó cerrar la brecha de Declan Lynch.

—Estás aquí para asegurarte de que tus hermanos y tú podéis convertiros en adultos con una vida plena —afirmó, firme pero tranquila—. Estás aquí para asegurarte de que en el futuro habrá un mundo en el que podáis vivir esa vida. Estás aquí porque lo que viste en Bryde te asustó

y quieres alejarlo de tu hermano; porque sus fines no son los mismos que los de tu hermano, y no quieres que su vida se vea determinada por una sola decisión. Estás aquí, hablando conmigo, porque no eres capaz de conseguir esas cosas tú solo. Estás aquí porque eres un buen hermano.

Los labios de Declan se contrajeron. Su capacidad de manipulación era lo bastante fina para saber que Farooq-Lane lo estaba manipulando a su vez, pero era obvio que no estaba en desacuerdo con ella.

—Mi hermano no sufrirá ningún daño —exigió—. Quiero oírtelo decir.

Aquella promesa no habría significado nada si Farooq-Lane siguiera con los Moderadores, pero ahora ya no formaba parte de ellos.

—Te doy mi palabra —declaró.

Siete tres, Park Drive, Boston, Massachusetts. Eso era todo lo que ponía en la tarjeta que Declan dejó sobre la mesa antes de ponerse en pie.

—Ahí es donde han quedado con Matthew. Bryde dijo ayer que ya no le queda ninguna de esas bolas soñadas con las que deja fuera de combate a la gente y que no podrá hacer más hasta salir de la ciudad. ¿Es cierto que mataste a tu hermano?

Farooq-Lane lo miró, atónita.

—No eres la única que sabe cómo obtener información —explicó él, con su tono anodino de costumbre.

—Mi hermano era un asesino en serie. También era un Zeta. Yo no apreté el gatillo, pero es cierto que ayudé a localizarlo. Tu hermano no es un asesino en serie; solo es un Zeta.

Declan Lynch entrecerró los párpados. Durante una fracción de segundo, su expresión no cuadró en absoluto con aquel civilizado y tranquilo café.

—No olvides tu promesa —dijo—. Y no uses esa palabra para referirte a mi hermano.

Seis: ese fue el número de planes alternativos que esbozó Farooq-Lane mientras examinaba la localización de Park Drive en varios navegadores. El lugar formaba parte de una rosaleda situada en el Emerald Necklace, una sucesión de parques en la zona urbana de Boston. Era un mal escenario para diseñar una acción de ataque: en medio de la ciudad, pegado a la zona

pantanosa que había cerca de Fenway, rodeado de los árboles de los que Bryde obtenía información.

Pero, según Liliana, a Farooq-Lane le bastaría con disponer del tiempo justo para desenvainar la espada de Jordan Hennessy.

—Confío en ti —le respondió Farooq-Lane.

Una espada, un segundo, una muerte. Farooq-Lane se sentía capaz de matar, si era necesario. Si de ello dependía la salvación del mundo. Al fin y al cabo, había ayudado a los Moderadores a matar a muchas otras personas. Eso no lo podía borrar; como mucho, podía hacer que sirviera para algo. Una persona, un Zeta. Una espada. Podía hacerlo.

No eran veintitrés víctimas, sino una sola.

—Al final todo saldrá bien —le dijo Liliana con voz suave.

—¿Qué ocurría en tu visión? —preguntó Farooq-Lane—. ¿Qué hacía yo? ¿Dónde ocurría?

—Saldrá bien —repitió Liliana.

Cinco minutos después de que Farooq-Lane llegase a la rosaleda James P. Kelleher, los Moderadores salieron a su encuentro.

—¿De verdad pensaste que no te íbamos a seguir, Carmen? —gruñó Lock con aire decepcionado.

Farooq-Lane lo observó, sin saber si su decepción se debía al hecho de que estuviera trabajando por su cuenta o a su incapacidad para ocultar su rastro. No podía dejar de mirar el café para llevar que sostenía Lock en una mano, comprado en el mismo bar en el que ella se había citado con Declan. ¿Cómo era aquello posible? Había tenido mucho cuidado, estaba segura de ello.

—Eres mucho más fácil de rastrear que un Zeta en un coche invisible —le espetó Lock—. ¿Y sabes por qué? Porque tú respetas las leyes.

—Tengo un plan —repuso Farooq-Lane—. Tú y yo queremos lo mismo.

Lock lanzó una mirada cargada de significado a la espada de Hennessy. Farooq-Lane aún la tenía guardada en su funda, que llevaba colgada al hombro, pero las palabras DESDE EL CAOS grabadas en el pomo delataban su identidad.

—¿Y crees que puedes llevar a cabo tu plan actuando sola, a lo *cowboy*? Respeto lo que has hecho, Carmen, pero no podemos mandarte de avanzadilla en una operación así. A partir de ahora, nos hacemos cargo

nosotros; tenemos aquí a todo el equipo. Gracias por tu trabajo, ha sido excelente.

—Prometí que solo eliminaría a Bryde —alegó Farooq-Lane a la desesperada—. Quiero mantener mi promesa.

—¿Aunque el futuro del mundo dependa de ello?

—Quiero mantenerla —insistió Farooq-Lane—. Déjame que lo haga yo, por favor.

—A ver qué te parece esto: ¿y si dejas que te ayudemos a cumplir tu palabra? —propuso Lock—. Como has dicho antes, nuestro objetivo es el mismo, y tú necesitas apoyo.

Farooq-Lane no tenía elección. Se había quedado sin tiempo, y los Moderadores la superaban en número.

«Nuestro objetivo es el mismo». En realidad, quien creía aquello era la Farooq-Lane del pasado; la del presente no lo tenía tan claro. Y la del futuro… A saber.

—De acuerdo —accedió.

Sin perder un momento, le explicó su plan a Lock. Era algo improvisado, construido a partir de los escasos datos de los que disponía: la dirección y hora de la cita que le había proporcionado Declan; la descripción que Liliana le había hecho de sus visiones; su propia conciencia de lo que podía hacer la espada de Hennessy si se blandía con decisión.

Se trataba de un esqueleto de plan, algo muy sencillo. En el centro de la rosaleda había una fuente pequeña, con un estanque de medio metro de profundidad. Se encontraba razonablemente lejos de cualquier árbol de envergadura, y a Farooq-Lane no le constaba que Bryde recibiera información de los rosales. Lo que se proponía era meterse en el estanque, tumbarse en el interior del agua gélida y esperar allí, respirando por una cañita que saldría a la superficie. Se quedaría sumergida, aguantando aquella temperatura insoportable, hasta que los Moderadores le indicaran con un mensaje que los Zetas habían llegado al lugar. Entonces, se levantaría de un salto, enarbolando la espada de Hennessy como un ángel vengador, y mataría a Bryde de un solo tajo lunar.

Su teléfono móvil, según la garantía, podía funcionar sumergido durante una hora. En cualquier caso, la hipotermia la mataría antes de que se cumpliera ese plazo.

—¿Es así como lo viste? —le preguntó una vez más a Liliana.

—Todo irá bien, Carmen.

«Todo irá bien».

Tumbada en el fondo del estanque, Farooq-Lane empezaba a dudar de aquella afirmación. Sujetó el tubo por el que respiraba, haciendo esfuerzos por evitar que le temblase la mano. Se centró en observar una pluma negra que flotaba sobre ella en la superficie del agua.

Se disponía a matar a alguien. A matar. A matar. Tenía que verlo como un ser que no era humano, que no estaba vivo. Como un árbol que debía derribar, nada más.

Pero los árboles lo apoyaban a él, y eso quería decir que tenían sentimientos. Ya no había nada simple en la realidad.

Farooq-Lane era aquella pluma. Era aquella pluma.

Su teléfono vibró.

Los Zetas habían llegado.

Cuatro segundos pasaron antes de que fuera capaz de mover su cuerpo aterido. Emergió de un salto, con la espada ya resplandeciendo en el aire.

Falló: la hoja pasó a varios palmos de Bryde.

El cuervo de Ronan Lynch graznó alarmado en lo alto.

Los ojos de Bryde se clavaron en los suyos.

Aquello no iba bien. No había salido bien. Para que su plan funcionara, tendría que haberse cumplido en el primer instante, porque no podía enfrentarse con ellos. Si no lo solucionaba a la primera estocada, las cosas se complicarían irremediablemente. Y si las cosas se complicaban, Farooq-Lane no podría cumplir su palabra.

Ronan desenvainó de inmediato su espada de sol, pero Bryde se la arrebató.

—¡Sal de aquí! —exclamó Bryde—. ¡Ya sabes qué tienes que hacer!

A Farooq-Lane no le dio tiempo de ver si Ronan obedecía, porque, en ese mismo instante, Bryde cayó sobre ella enarbolando HASTA LA PESADILLA.

Los dos lucharon.

Lucharon.

El resplandor sobrenatural de las dos armas bañaba la rosaleda.

Las manos de Farooq-Lane estaban tan entumecidas que apenas sentía el tacto de la empuñadura, pero, de algún modo, parecía como si la espada quisiera hacerla triunfar. Aunque sus fríos dedos no podían guiarla, era como si la hoja eligiera su propio camino. Pero, como el arma de Bryde también quería hacerle vencer, el combate se prolongaba. Daba igual que

ninguno de los dos fuera buen espadachín: aquellas espadas estaban hechas para luchar, y lucharían en sus manos por encima de todo.

Las hojas cercenaban las ramas de los rosales.

Hendían los maceteros de piedra.

Por todas partes volaban fragmentos del emparrado, como costillares partidos.

Y, sin embargo, tanto la espada de sol como la de noche seguían indemnes.

Farooq-Lane estaba en lo cierto al suponer que la única arma que podía enfrentarse a DESDE EL CAOS era su hermana.

Mientras tanto, en los bordes de su percepción y fuera del vivo resplandor de las dos espadas, los Moderadores atacaban a los Zetas. Se oían disparos. La furiosa luz soñada de las armas daba calor a Farooq-Lane y, al mismo tiempo, repelía las balas, desintegrándolas con tanta facilidad como desintegraba todo lo demás.

«¡Balas!».

Farooq-Lane estaba faltando a su promesa.

Declan Lynch había acudido a ella para pedirle ayuda, y ella le había dado su palabra. Cuando le prometió que Ronan no sufriría ningún daño, lo hizo convencida de ello. Y ahora, después de terminar con decenas de Zetas, los Moderadores iban a terminar también con su integridad.

Aquello le pareció lo más intolerable que le había pasado hasta ese momento. Había empeñado su palabra.

—¡Solo te quiero a ti! —le gritó a Bryde mientras sus espadas volvían a chocar—. Si de verdad quieres que tus compañeros salgan de aquí, ríndete. Sabemos que es todo cosa tuya. Sé que lo es.

—No sabes nada de lo que crees que sabes, Carmen Farooq-Lane — replicó Bryde.

—¡No me vengas con tus acertijos enfermos!

—Yo no planteo acertijos. Lo que hago es bajar el volumen de las cosas que carecen de importancia.

De pronto, algo golpeó a Farooq-Lane.

El impacto, en mitad de su columna vertebral, fue tan violento que le cedieron las piernas. Sin poder evitarlo, cayó primero de rodillas y luego de bruces. La gravilla le arañó los labios. Notó cómo la espada invencible se le caía de la mano. Por un momento, dejó de ver.

Las cosas se habían torcido.

Las ametralladoras disparaban con un sonido de castañuelas. Alguien gritó.

Farooq-Lane había confiado en Liliana. Y Liliana había dicho que todo iría bien.

Tres Zetas escapaban a la carrera por el jardín.

Iban a pie; no les quedaba otro remedio, porque uno de ellos había estrellado su tabla flotante contra la espalda de Farooq-Lane. Por eso a Farooq-Lane le dolía la espalda y, por eso, aún notaba latigazos de dolor que viajaban hasta su cuello y las yemas de sus dedos. Por eso ahora, mientras Farooq-Lane se incorporaba con gesto dolorido, la espada de Hennessy quemaba la hierba a unos centímetros de su mano.

Por eso había logrado escapar Bryde.

Farooq-Lane oyó un alboroto de gritos, disparos y sirenas que se alejaban poco a poco. Aquello estaba mal. Todo iba mal. Los Moderadores estaban machacando a los Zetas y quebrantando la promesa que había hecho ella, todo al mismo tiempo. Declan Lynch había hecho mal al confiar en ella. Ella había hecho mal al confiar en Liliana. Al confiar en sí misma.

Lo que más la hería era algo que ni siquiera comprendía. «No sabes nada de lo que crees que sabes», volvió a decir la voz de Bryde en su cabeza.

No eran más que palabras. Palabras pronunciadas por un Zeta. Pero, entonces, ¿por qué tenía ganas de llorar?

Liliana se inclinó sobre ella y la ayudó a levantarse.

—Todo irá bien —dijo.

Las dos estaban de pie en mitad de la rosaleda. Farooq-Lane se agachó, recogió la espada de Hennessy y la devolvió a su vaina. A sus pies, la hierba estaba carbonizada. El jardín entero había quedado destrozado: los viejos rosales, arrancados; los caminos de grava, llenos de zanjas; el estanque, teñido de un feo color rojizo por la sangre de alguien…

Todo estaba peor que antes de empezar.

Los Moderadores habían desaparecido en pos de los Zetas, pero Farooq-Lane sabía que no conseguirían nada. Bryde lograría escapar, lo supo en cuanto falló su primera estocada. No le cabía duda.

—Confiaba en ti —le dijo a Liliana.

Ella le indicó con un gesto que mirase a su espalda.

Una figura solitaria se acercaba por el camino.

Sus hombros se erguían con orgullo, al igual que su mentón. En su forma de andar, con zancadas felinas, había una promesa de poder agazapado. Sus ojos brillaban, intensos. Y, sin embargo, la expresión de su boca desentonaba con el resto: en ella había un matiz de profunda tristeza. De vulnerabilidad.

Jordan Hennessy.

—Tienes mi espada —afirmó, deteniéndose entre los restos espinosos de los viejos rosales.

Farooq-Lane, recelosa, se situó delante de Liliana y apoyó la mano en la empuñadura. El corazón se le había vuelto a acelerar; ¿quién sabía qué sueños mortíferos podría portar aquella Zeta?

—No quiero pelear. No hemos venido aquí por ti.

—Lo sé, pero yo sí que he venido por ti.

Con gestos lentos y deliberados, Hennessy dio la vuelta a sus bolsillos y mostró el interior de su cazadora de cuero. Luego, abrió los brazos y les mostró las palmas de las manos, como si se dispusiera a hacerles una gran revelación.

—Me rindo. Esto que hago es para indicarte que me rindo.

—¿Cómo sé que no quieres tenderme una trampa? —preguntó Farooq-Lane.

—La vida es una trampa —replicó Hennessy, con un tono lúgubre que de algún modo resultaba divertido.

Liliana salió de detrás de Farooq-Lane. Tenía una expresión tranquila, como si la escena no la sorprendiera en absoluto, y Farooq-Lane comprendió que sabía de antemano que aquello ocurriría. Era aquello lo que había descubierto en su visión: aquel momento. No había visto a Farooq-Lane matando a Bryde de un tajo; la había dejado meterse en aquel estanque helado, aunque era consciente de que no lograría acabar con Bryde por sorpresa. Sabía desde el principio que aquel plan era ridículo, y, sin embargo, había dejado que se desenvolviese hasta llegar a aquel punto. No habían ido allí para matar a Bryde, sino para obtener a aquella Zeta; el plan de Farooq-Lane había dado como resultado una Zeta más que cualquiera de los planes anteriores.

¿Habría transcurrido todo del mismo modo si Farooq-Lane lo hubiera sabido desde el principio?

La confianza era una cosa difícil.

—Todo ha salido bien —le dijo Liliana a Hennessy.

Se acercó a ella sin vacilar, como si no fuera una de los tres Zetas más peligrosos del país, y le chocó los cinco con tal candor que la Zeta la miró asombrada.

—Al fin nos hemos encontrado las tres —remachó Liliana.

33

Las cerillas prendían. El plástico se fundía. El papel se retorcía. La gasolina humeaba. Cualquier cosa podía arder si la golpeaban con fuerza suficiente para introducir átomos de oxígeno en su interior. El corazón de Ronan se quemaba.

«Yo conduzco —había dicho Bryde—. Tú no estás en condiciones».

Tenía razón.

Mientras las luces de Boston se hacían más pequeñas en el espejo retrovisor del coche invisible, Ronan pestañeaba como si así se le fuera a aclarar la mirada. Pero su mirada no se aclaraba, o tal vez ya viera demasiado claro. Cada farola, cada árbol pelado, cada anuncio que pasaba se dibujaba en su retina, tan nítidos en todos sus detalles que a Ronan le resultaba imposible centrarse en ninguna de sus partes. Iba sentado con la espalda rígida en el asiento del copiloto, y las piernas le bailoteaban. Si hubiera estado al volante, habría pisado el acelerador hasta no poder más para comprobar cuánta velocidad había soñado en aquel aparato. Si hubiera estado al volante, habría estrellado el coche contra cualquier obstáculo para que también ardiese.

Su teléfono llevaba diez minutos sonando sin parar.

Furioso, lo tiró al salpicadero. El teléfono rebotó con un chasquido en el parabrisas, se deslizó y cayó en el hueco de los pies de Bryde.

Solo había una persona que supiera dónde iban a estar esa tarde.

Solo una. Declan.

Sin dejar de mirar al frente, Bryde se inclinó para recoger el teléfono y lo dejó caer en la palma de la mano de Ronan.

¿Cuántos minutos habría tardado Declan en traicionarlo a los Moderadores? Quizá ya lo hubiese hecho antes de que Ronan lo llamase por teléfono desde la casa de los Aldana-León. Mientras Ronan se encontraba con los pequeños soñadores cuyas vidas había salvado, Declan estaba haciendo planes con aquellos cerdos. Atrayendo a Ronan con disimulo. Consciente de que, al final, Ronan siempre acudía cuando lo llamaban.

—O contestas o lo silencias —le dijo Bryde—. Decide.

Ronan se prendió el teléfono en el lóbulo.

—¿Qué? —dijo.

—Gracias a Dios —suspiró Declan—. ¿Dónde estás?

—Como si fuera a volver a decírtelo… La has cagado, imbécil. Ni siquiera tú habías caído tan bajo hasta hoy. ¿Te pagaron treinta monedas de plata o conseguiste que ajustaran el pago a la inflación?

—No sabes de qué estás hablando, Ronan.

—Ya me gustaría. Ten por seguro que me gustaría. Tú eras el único que sabía dónde habíamos quedado. ¡Joder, Declan! Nunca dejas de regatear, de regatear para quedarte con la mayor porción de nada. Eres un intermediario de la irrelevancia.

—Vamos a ver… —comenzó a decir Declan.

—Lo único que te importa es encontrar algo que mantenga despierto a Matthew —lo interrumpió Ronan—. Que te permita conservar tu vida en orden. Ves cómo el mundo nos jode a lo grande sin parar y… Mira, lo único que te pedí fue que te mantuvieses al margen. Jamás te pedí nada más. No metas más las narices, Declan.

—No tenían que ir a por ti, Ronan.

Ronan miró por la ventanilla. Ahora le pasaba lo contrario de lo que le ocurría antes: sus ojos no veían nada. Volvía a ver la rosaleda una y otra vez. La aparición de una figura que no era Matthew, sino una mujer que se lanzaba sobre ellos empuñando una espada robada a Hennessy.

—¿Y no te importó correr el riesgo de que me matasen a mí también?

—Lo hice por ti.

Ronan se echó a reír a carcajadas. No podía parar. No era divertido. Nada lo era.

Cuando al fin paró, Declan dijo:

—Tenía que apartarte de él. Merecía la pena correr el riesgo, con tal de que te alejases de él.

Al ver que Ronan no contestaba, añadió con voz inexpresiva:

—No lo han atrapado, ¿verdad?

Bryde seguía conduciendo, impertérrito. No parecía sorprendido ni enfadado. Sabía que Declan los había traicionado, pero no había pronunciado ni una sola palabra contra él. Desde su huida, en realidad, apenas había hablado.

—Sigues con él —dijo Declan; no era una pregunta, sino una afirmación—. Habéis salido de la ciudad.

Ronan sabía que, a veces, el silencio era la contestación más hiriente. Aquel momento era un buen ejemplo.

Dejó que Declan asumiera la realidad.

Al cabo de casi un minuto, cuando Ronan ni siquiera estaba seguro de que su hermano siguiera al teléfono —pero no quería preguntárselo—, Declan añadió:

—Es un hombre peligroso, Ronan. Tienen razón en lo que dicen sobre él. Sé que tú no eres así; sé que tú jamás matarías a nadie. Sé que te preocupas por tu futuro, por Matthew, por Adam. Sé…

Ronan colgó.

El coche se quedó en silencio durante unos minutos. La mente de Ronan seguía atrapada en la rosaleda, pero esta vez no revivía el principio de la escena, sino el final. Cuando Bryde y él habían escapado a la carrera y Hennessy no lo había hecho.

—¿Vas a hacerlo o no? —le preguntó Bryde con voz suave—. Decide.

Ronan no sabía cómo Bryde había adivinado lo que estaba pensando, pero asintió. Se frotó el lóbulo alrededor del teléfono, reflexionando, y al fin le pidió al teléfono soñado que marcase otro número.

Había llegado el momento.

—¿Ronan? —preguntó Adam, sorprendido. Había contestado de inmediato, a pesar de que el número de la pantalla debía de ser un galimatías sin sentido.

—¿Por qué no respondiste a mi mensaje?

—¿A tu…? ¿A tu mensaje? No me llamaste. Llevas semanas sin llamarme.

—¿Pero por qué no respondiste a mi mensaje?

Se hizo el silencio, o casi. Adam, dondequiera que estuviese, se estaba moviendo. Se oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

—Porque estaba en la moto. Y luego tenía un examen. Y luego… Luego debí de dormirme, no me acuerdo bien. Fui a verte a Los Graneros, traté de pasar el tiempo sin ti lo mejor posible. No tardé tanto en contestar… Y sí que lo hice. ¿Cómo iba yo a saber que pensabas deshacerte de tu teléfono? Ronan, no me llamaste.

Había perdido su acento; ahora parecía un desconocido. Ronan había esperado que aquella llamada fuese diferente. O tal vez no; no lo sabía. El pecho le ardía por dentro. Estaba lleno de llamaradas que lo recorrían hasta los dedos de las manos y los pies.

—Te estoy llamando ahora.

—No sabía qué estaba pasando —dijo Adam—. No sabía en qué andabas metido, ni siquiera si seguías con vida. No sabía si tú y yo… Si los dos…

—Te estoy llamando ahora —repitió Ronan—. Necesito verte.

—¿Estás aquí? —preguntó Adam, aún más sorprendido que cuando había respondido a la llamada—. Ah…

En aquel «Ah» había algo cuya forma inquietó a Ronan. Parecía triste; no como si Adam estuviera triste al pronunciarlo, sino como si presagiara alguna tristeza para Ronan. Aun así, insistió:

—¿Puedes acogernos durante unas horas, mientras investigamos qué le ha pasado a Hennessy?

Adam tardó un momento en contestar.

—¿Acogeros? ¿A quiénes?

—A Bryde y a mí. Los Moderadores tienen… Tienen a Hennessy, creo.

Ronan sabía que aquello era mentira o, al menos, que era una media verdad. Bryde no lo había visto, pero Ronan sí: Hennessy se había dado la vuelta. Y él la había dejado hacerlo… Todo se estaba yendo a la mierda.

—Puedo acogerte a ti unas horas —respondió Adam, silabeando con claridad. Luego, por si no había quedado lo bastante claro, añadió—: A ti.

—¿De verdad crees que puedo ser tan rata?

—El Encaje tiene miedo de él, Ronan. Y yo también. Deja que se las arregle por sí solo.

Fue entonces cuando Ronan comprendió por qué aquel «Ah» le había entristecido. Era algo que ya sabía de forma inconsciente y que ahora se hizo explícito en su mente: Adam sabía que Declan los iba a traicionar. Sabía que los Moderadores estarían esperándolos en aquel jardín.

Todos estaban en ello.

Una parte de Ronan se encontraba dentro de aquel coche invisible, alejándose de su familia a toda velocidad. Otra parte estaba en un recuerdo: el de yacer acurrucado dentro de Ilidorin, el día en que el brotanoche había estado a punto de terminar con él. Bryde había tratado de advertirles sobre la actitud de Declan y los demás el día en que les presentó a Ilidorin, y Ronan y Hennessy habían pasado de él. En aquel momento, estaban tan dolidos por su desprecio hacia los teléfonos soñados que no le habían querido escuchar. Ahora Ronan entendía perfectamente lo que había querido decirles, aunque la realidad era todavía peor. No era solo que Declan y Adam rehusaran abandonar sus vidas para ayudarle a entablar aquella batalla: directamente, pretendían impedirle que participara en ella.

Querían cambiar el mundo solo lo suficiente para mantener a Ronan con vida. Con vida, pero no vivo. Con eso les bastaba.

Pero a él no le bastaba con eso.

—Ronan, sabes que estoy diciendo la verdad —dijo Adam—. En el fondo sabes lo que está pasando. Si lo piensas bien, tienes que…

Ronan colgó por segunda vez aquella noche.

Se arrancó el teléfono soñado de la oreja, abrió la ventanilla y lo tiró tan lejos como pudo.

Luego apoyó la cabeza en el respaldo, mientras el coche se alejaba de la ciudad con una soñadora menos que los que transportaba a su llegada.

34

Veinte minutos.

Alarma.

Veinte minutos.

Alarma.

Veinte minutos.

Alarma.

Veinte minutos.

Alarma.

Así era como vivía Hennessy antes de todo aquello, y así era como seguía viviendo desde que se había marchado de la casa de los niños soñadores.

Inició el temporizador de su teléfono soñado y, cuando la alarma sonó veinte minutos más tarde, volvió a iniciarlo. Entre alarma y alarma, debía espabilarse lo suficiente para estar segura de que no iba a caer en un sueño profundo. No podía dormir durante ocho horas con muchas interrupciones; tenía que dormir decenas de ratitos durante ocho horas.

—Pero eso es inhumano —protestó Carmen Farooq-Lane—. Y, además, no es justo.

Farooq-Lane era una joven muy formal, tanto que resultaba difícil adivinar su edad. Cuando pronunció aquella frase, lo hizo con tal seguridad en sí misma que a Hennessy le pareció algo obvio, como si de pronto cobrase sentido. Como si hubiera despojado a la situación de todas las emociones hasta dejar solo su armazón y hubiera visto que no se sostenía. Por supuesto que era algo inhumano. Por supuesto que no era justo.

—No habrían debido tomarse el Encaje tan a la ligera —dijo Liliana con su suave voz de viejecita—. Era evidente que no iba a bastar con pedirle simplemente que desapareciese.

Liliana la Visionaria era una anciana muy formal, tanto que tampoco era fácil adivinar su edad. Cuando afirmó aquello, a Hennessy también le pareció algo obvio, aunque bastante más difícil de aceptar. Ronan y Bryde se habían esforzado mucho para convencer a Hennessy de que expulsara el

Encaje de sus sueños; le habían repetido una y otra vez que era ella quien se aferraba a aquel ente. Fuera lo que fuese el Encaje, era en parte culpa de Hennessy. Y si ellos, que lo habían visto, lo decían, sería porque estaban seguros.

Pero Farooq-Lane y Liliana no parecían compartir esa opinión.

Las tres mujeres se encontraban en el primer piso de un salón de té antiguo y recargado, dentro de una pequeña sala atestada de butacas demasiado mullidas, pufs, mesitas bajas y libros de viajes. Por el hilo musical sonaba una musiquilla tintineante. Tenían la sala para ellas. El ambiente era íntimo y seguro, opuesto en todo a la vida que había llevado Hennessy durante las semanas anteriores. Durante los años anteriores, en realidad. Farooq-Lane había conducido hasta allí, mientras Liliana, en el asiento del copiloto, buscaba en su teléfono móvil algún lugar apropiado para hablar tranquilas. La experiencia, en conjunto, también se alejaba mucho del anterior viaje de Hennessy: cuando Bryde o Ronan querían localizar algún sitio para descansar o hacer planes, jamás filtraban los resultados con los criterios «ambiente cálido» o «aparcamiento gratuito». Solo hacía falta ver a Farooq-Lane y a Liliana para darse cuenta de que habían viajado mucho juntas y de que a ambas les gustaban las comodidades.

Y para darse cuenta de que estaban coladas la una por la otra.

—Me parece una actitud muy positiva, enriquecedora y tal —dijo Hennessy desde su puf—, pero no sé adónde queréis ir a parar. Vale: no es justo y no es fácil, pero aquí estoy. Cada vez que sueño, sigo teniendo esa cosa sobre mí. Y si Ronan y Bryde se salen con la suya, no seré capaz de detenerla.

Liliana murmuró algo al oído de Farooq-Lane, y los hermosos rasgos de esta se fruncieron en una mueca consternada. Las dos miraron a Hennessy.

—De modo que, si decidís matarme, lo entenderé perfectamente —prosiguió Hennessy, hablando deprisa—. Últimamente he pensado mucho en ello. Hasta hace poco habría sido una decisión muy egoísta, en vista de que mis muchachas no podían existir sin mí. Pero ahora que casi todo el mundo está muerto, el futuro del mundo está en nuestras manos y esas cosas… —Extendió las manos con las palmas hacia arriba; al menos, en la medida en que pudo hacerlo, teniendo en cuenta el chocolate caliente que sujetaba en una de ellas—. En fin, es lo más altruista que puedo hacer.

—Nosotras hemos pensado algo diferente —replicó Farooq-Lane.

Hennessy entrecerró los ojos.

—¿Habéis pensado algo diferente, o ella lo ha pensado y te lo acaba de susurrar al oído?

—Te dije que era una chica lista —dijo Liliana, sonriendo con dulzura.

La actitud resolutiva de Farooq-Lane no cambió.

—¿Podrías soñar algo que suprimiera las líneas ley? —dijo.

Hennessy solo tenía un sueño: el Encaje. Siempre el Encaje. Era una barra de bar con un solo grifo de cerveza. Estaba a punto de contestar eso mismo, cuando recordó lo que Jordan decía siempre: «No tienes derecho a desechar ninguna de mis ideas hasta que hayas propuesto tú una».

De modo que no desechó esta. En lugar de hacerlo, se hundió más en el puf y miró fijamente a sus interlocutoras.

—No creo que matarte sea la solución —añadió Farooq-Lane—. Eres demasiado valiosa.

—Señora, acabamos de conocernos —se burló Hennessy.

—¿Sabes lo que significa ser una Visionaria, Hennessy? —preguntó Liliana—. Mi aspecto no siempre es el que ves ahora. A veces soy una adolescente; otras, una mujer madura. Otras soy esto que tienes ante ti. Cada vez que paso de una edad a otra, recibo una premonición, y todos los sonidos que me han rodeado o me rodearán en los años intermedios brotan de mí en un segundo. La onda de sonido mata a todos los seres vivos que hay cerca de mí. A lo largo de los años, he conocido y conoceré a muchas personas que tratan de convencerme de que dirija mis visiones hacia mi interior. Si hago eso, dejaré de cambiar de edad y de ser un peligro para quienes me rodean. Pero, al cabo de un tiempo, hacerlo me mataría.

—Dado que estoy hablando con tu versión anciana, doy por sentado que escogiste la primera puerta: seguir explotando —dijo Hennessy.

—La mayor parte de los Visionarios mueren jóvenes —repuso Liliana —. Demasiado jóvenes para cambiar el mundo. Si yo sigo viva no es porque crea que mi vida es valiosa, aunque, de hecho, sí que lo creo, sino porque así podré recibir más visiones. Y cuantas más visiones reciba, más fácil me resultará salvar al mundo de sí mismo. Tú también eres valiosa, Hennessy, siempre y cuando estés viva.

—Y si logras apagar las líneas ley —intervino Farooq-Lane—, no tendrá por qué morir ningún Zeta…, ningún soñador más. En ese caso, no seríais más peligrosos que cualquier otra persona. Podríais hacer mal o bien a los demás en la misma medida en que todo el mundo puede hacerlo.

Pese a la corrección de Farooq-Lane, a Hennessy le gustaba más el primer término que había empleado para referirse a la gente como ella: Zeta. Los Zetas, los Ceros. Así eran: nulos. Perdedores.

—No tienes por qué sentir miedo y dolor todo el tiempo. Tienes derecho a cambiarlo —añadió Farooq-Lane.

—Sé que careces de amor por ti misma —intervino de nuevo Liliana.

En su voz había tal dulzura que Hennessy sintió unas absurdas ganas de llorar. Las lágrimas le quemaban en los ojos. Las odiaba. Sí, quería que aquello cambiase. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Si no quieres hacer esto por ti, si crees que no lo mereces —continuó Liliana—, piensa que también lo haces por los demás. Apagar la línea ley es una causa noble.

Apagar la línea ley equivaldría a apagar a Jordan.

Farooq-Lane pareció adivinar sus pensamientos.

—Si llega el fin del mundo —dijo—, tus sueños morirán junto al resto de la humanidad. De este modo, simplemente se dormirán. No tendría por qué ser un sueño eterno. La muerte sí que es eterna.

«Me gustaría que estuvieras muerta», le había dicho a Jordan.

«¿Por qué haces siempre lo mismo?», le había preguntado ella.

Hennessy casi habría preferido que Farooq-Lane y Liliana le dijesen que iban a matarla. No era exactamente que quisiera morir; era, más bien, que no quería seguir viviendo consigo misma.

—Olvidáis una cosa —replicó—. Yo solo sueño con el Encaje. Es como una liquidación de Encaje al por mayor, todos los días y a todas horas. No puedo soñar nada que termine con las líneas ley, porque solo soy capaz de soñar con el Encaje.

La música seguía tintineando. El puf abrazaba a Hennessy. Dio un sorbo a su chocolate. Las opiniones que había leído Liliana mientras se dirigían allí estaban en lo cierto: el chocolate era estupendo. Como última comida de su vida, no estaría mal.

Liliana miró a Farooq-Lane con expresión amable y compasiva.

Farooq-Lane miró a Hennessy con expresión severa y compasiva. Luego, estiró el brazo para coger algo a su espalda y depositó la funda de DESDE EL CAOS, con la espada dentro, delante del puf de Hennessy.

—Entonces, explícame esto —le pidió.

35

Ronan había soñado a Matthew sin querer.

Estaban en plenas Navidades: días cortos, noches largas. Al Ronan niño siempre le ponía nervioso aquella época. Su expectación iba creciendo a medida que los días disminuían, hasta que, al final de diciembre, estallaba y lo dejaba tranquilo otra vez.

Ahora, Ronan sabía que aquel sentimiento se había debido a las crecidas de la línea ley. Pero, cuando era niño, cuando era un soñador al que aún no se le permitía poner palabras a sus sueños, para él solo existía aquel nerviosismo. Lo único que contrarrestaba su estado de ánimo era el comportamiento de Declan. Si Ronan iba cargándose de energía a medida que se aproximaba el solsticio de invierno, a Declan le ocurría lo contrario. Le salían ojeras. Se ponía de mal humor. Aunque los hermanos aún no peleaban con el enconamiento con que lo harían en años posteriores, las semillas de sus desencuentros ya estaban plantadas en el frío suelo.

Aquel invierno era extrañamente cálido y, unos días antes de la Nochebuena, Aurora les dijo a los chicos que salieran a jugar al balón. Al llegar a los campos parduzcos que rodeaban la granja, Ronan, encantado, descubrió que estaban invadidos de estorninos. Había cientos, miles. Cuando los pájaros vieron aparecer a los dos niños, echaron a volar formando una gran franja de puntos negros en el cielo, como notas en una partitura. Al cabo de unos segundos, se posaron de nuevo en el suelo, a solo unos metros de ellos.

Aquello era mucho más emocionante que jugar al fútbol y, durante un rato, los dos hermanos se dedicaron a jugar a «quién puede acercarse más a los pájaros».

Ganó Ronan, en parte porque era más bajo que Declan, lo que disimulaba sus avances, y en parte porque le ponía más empeño. Lo fascinaba la bandada, aquella entidad múltiple capaz de volar. En el suelo, los pájaros eran individuos; pero, cuando despegaban, lo hacían juntos, en una entidad portentosa que no podrían formar tomados de uno en uno. Aunque Ronan no tenía palabras para expresar lo que le hacían sentir, lo

fascinaban. Se esforzó por explicárselo a Declan, pero no sabía cómo hacerlo.

—Me gustaría tener un ejército de pájaros —dijo, y su hermano hizo una mueca.

—No creo que fuese muy interesante.

—Nunca te gusta nada. Eres la persona más aburrida que conozco.

Declan recogió el balón y se alejó. El juego se había acabado.

Sin previo aviso, Ronan echó a correr hacia los pájaros y se detuvo en mitad de la bandada. Hubo un momento de quietud y, luego, de pronto, todos despegaron al mismo tiempo, envolviéndolo.

Era verdaderamente como un sueño: alas sobre alas sobre alas. Había tantos pájaros que no se podían contar; tantos trinos que no se distinguía cada uno. Ronan alzó los brazos. La tierra y el cielo bullían de pájaros, tantos que ocultaban sus límites. Si Ronan se esforzaba, podía convencerse de que estaba en el aire con ellos.

«Imagínate que vuelas —pensó—. Imagínate que vuelas estando despierto. Imagínate que sueñas estando despierto…».

Con un giro súbito, los pájaros se elevaron y solo quedó un niño de pie en el suelo. No volaba; estar despierto no se parecía en nada a soñar. Su hermano mayor aguardaba a unos pasos de él, con el balón bajo el brazo, mirándolo con una expresión vagamente irritada.

Ronan jamás había sentido nada tan doloroso, tan imposible de explicar con palabras.

Unos días después, en la madrugada más corta del año, Ronan soñó con los pájaros. En su sueño no eran estorninos, sino cuervos, y eran menos numerosos. Estaban posados en círculo sobre un campo, como si observasen algo que había sobre la hierba, y susurraban para sí: «Dejad paso, dejad paso, dejad paso».

Cuando Ronan se acercó para investigar, los cuervos se dispersaron. En la hierba donde habían estado posados había un bebé de cabellos rubios.

En el sueño, Ronan sabía de forma instintiva que era un nuevo hermano suyo.

El bebé le sonrió. Sus bracitos ya estaban estirados, como si esperase que lo abrazara. Parecía muy feliz de verlo.

—Hola —le dijo Ronan, y el bebé se rio.

Ronan se echó a reír también, y la sensación de angustia que se había alojado en su interior desde la tarde de los estorninos desapareció. Se agachó y tomó en brazos a su hermanito.

Y, entonces, despertó y vio que Matthew Lynch todavía estaba allí, balbuceante y nuevecito, tirado en el pasillo junto a la puerta del cuarto de Ronan.

Lo más curioso fue que Ronan no se dio cuenta en el momento. No dedujo que Matthew era un bebé soñado, que lo había soñado él. Ya de mayor, no recordaba cómo se había explicado su aparición repentina; pero su explicación debió de ser satisfactoria y coherente, porque lo único que recordaba de aquel momento era la alegría que había sentido al descubrir que tenía un hermano pequeño. De hecho, olvidó las circunstancias de aquella escena hasta su adolescencia, cuando, en una racha especialmente destructiva, Declan, lo acorraló y le contó la historia. Niall Lynch también le contaba historias de vez en cuando. Pero las suyas eran siempre recompensas, no castigos o avisos, como aquella.

—Soñaste a Matthew —le había dicho Declan—. ¿No lo entiendes? Si te mueres haciendo alguna estupidez, él desaparecerá también.

—No te creo —replicó Ronan.

Pero, en el fondo, sabía que era verdad; que, durante todos aquellos años, había reprimido el recuerdo con todas sus fuerzas. El hecho de que Matthew no hubiera aparecido justo a su lado cuando despertó, sino a cierta distancia, como su bosque soñado, le había facilitado las cosas.

Otro detalle que le había permitido obviar aquel recuerdo era que, de niño, Ronan carecía de palabras para explicarse lo ocurrido. No le estaba permitido tenerlas.

—Yo estaba allí —afirmó Declan—. Sé muy bien lo que ocurrió. Decir que no me crees no va a cambiar la realidad. Tienes que controlarte más, Ronan: su vida depende de la tuya.

Desde entonces, Ronan acarreaba aquel peso.

«Se acabó», pensó ahora. Dentro de poco, las líneas ley recobrarían su fuerza, y Matthew tendría una vida independiente de la suya.

—Tendremos que arreglárnoslas con esto —dijo Bryde.

Llevaban un par de horas alejándose de Boston cuando Bryde detuvo el coche sin previo aviso. Aparentemente, el lugar no tenía nada de especial: era una simple pista de grava que atravesaba una zona boscosa, hasta terminar en un claro con un banco de madera medio podrida.

Ronan volvió a mirar alrededor, preguntándose si su preocupación por lo ocurrido con Declan, Adam y Hennessy habría afectado a su noción del

tiempo. Entre los troncos de los árboles se vislumbraba el resplandor de un lago. A juzgar por el paisaje, aún no habían salido de Nueva Inglaterra.

—Aún estamos en Massachussets, ¿no?

—En Connecticut —le corrigió Bryde—, pero tienes razón: estamos cerca. Hemos parado porque están ocurriendo cosas. Si no liberamos ya la línea de Ilidorin, quizá no podamos hacerlo luego; al menos, eso es lo que me dicen los árboles. Este es el sitio con más energía que he encontrado hasta el momento. Es un poco escasa, pero no creo que podamos posponer más el momento de soñar algo para derribar la presa. No tenemos tiempo de llegar hasta allí.

—¿Por qué? —preguntó Ronan—. ¿Qué va a pasar?

Bryde abrió la puerta del coche sin contestar, y Ronan sintió el frescor del aire. Hacía un día magnífico, el tipo de día en el que las personas normales se ponían un anorak y salían a dar un buen paseo por el campo con sus perros. El tipo de día que hacía la última vez que Ronan vio a Adam, allá en Harvard. El tipo de día que Ronan habría pasado arreglando vallas y reparando paredes si aún se encontrase en Los Graneros.

También era el tipo de día adecuado para que Ronan y Bryde se sentasen en la hojarasca detrás del coche, con las espaldas apoyadas en el guardabarros, y sacaran sus máscaras. Sierra aleteó hasta posarse en la rama de un árbol y esperó allí.

—¿Qué sientes? —preguntó Bryde.

Extrañeza. A Ronan le resultaba extraño hacer aquello sin Hennessy. Se prometió volver a buscarla cuando todo terminase. Tenía que arreglar aquello; tenía que arreglar a Hennessy.

Pero Bryde no se refería a aquel tipo de pensamientos. Ronan apoyó las manos en el suelo y trató de sentir la línea ley. Aquello le recordó demasiado a lo que hacía Adam a veces cuando buscaba una visión, de modo que buscó otra postura. Se rodeó las rodillas con los brazos y esperó.

La línea ley fluía bajo ellos. No era muy caudalosa, pero estaba allí y era suficiente. Ronan sintió cómo el pulso grave y lento de la energía ley trataba de sincronizarse con los latidos de su corazón. O tal vez fuese al contrario…

—Vale, ya la tengo —dijo—. Pero nunca he visto esa presa, de modo que no sé cómo podemos destruirla.

—Yo sí que la conozco; te la mostraré dentro del sueño.

—¿Y pretendes que soñemos algo para echarla abajo desde tan lejos? —Ronan reflexionó un momento y luego respondió a su propia pregunta —: Tiene que ser algo capaz de desplazarse.

—Eso es —asintió Bryde—. Como los delfines con los que destrozamos el tendido eléctrico. O como los perros solares que enviaste para que salvaran a tus hermanos.

En la voz de Bryde no había rastro de amargura. A pesar de que Declan había conspirado para que los matasen, al decir la palabra «hermanos», su tono ecuánime no se endureció; si acaso, se hizo más suave. Suave al decir «hermanos»; dura al decir «perros solares». A Ronan le daba la impresión de que el episodio de los perros solares había ocurrido hacía mucho tiempo. Hennessy y él habían ido a Lindenmere, su bosque soñado, para tratar de expulsar el Encaje de la mente de ella. Contaban con obtener ayuda de Bryde, quien, hasta ese momento, solo había sido una voz en su cabeza. Bryde había desaparecido a toda prisa al sentir que los Moderadores empezaban a atacar a otros soñadores, y Ronan había recibido una llamada de Declan que le decía que Matthew estaba en grave peligro. Aún recordaba el miedo cerval que había sentido mientras imploraba a su bosque que usara el poder de la línea ley para crear a los perros solares. Recordaba cómo había atravesado el estado a toda velocidad para acercarse a Declan y a Matthew, justo lo contrario de lo que estaba haciendo ahora. Y recordaba con nitidez cómo, al llegar a su destino, había comprobado que los sabuesos soñados habían cumplido su petición y les habían salvado la vida a sus hermanos.

Justo lo contrario de lo que Declan había tratado de hacer.

A Declan no le molestaba tanto que Ronan fuera un soñador en los tiempos en que lo tenía bien escondido, listo para cuando necesitase de sus habilidades.

—No nos queda mucho tiempo —le apremió Bryde.

Ronan no sabía si lograría mantener la concentración, en su estado actual. No era capaz de pensar en el futuro: su cabeza no hacía más que dar vueltas al pasado.

—Haré lo que pueda por centrar el sueño —dijo Bryde—. Después de esto, todo cambiará. Vamos: es el último empujón.

Se pusieron a soñar.

Dentro del sueño, los dos estaban en la presa. Era Bryde quien soñaba, de modo que todo se distinguía con nitidez: Ronan podía ver lo que le rodeaba, olerlo, sentir la caricia extrañamente cálida de la brisa. Los dos caminaban, y Ronan lo sentía como si estuviera despierto: la forma en que sus suelas se hundían en el camino serpenteante; el eco de sus pisadas en el muro del centro de visitantes, junto al cual estaban pasando; el roce de los mosquitos que flotaban sobre la maleza seca y crecida; el zumbido de una chinche de escudo activa por el calor.

A Ronan le habría costado identificar en qué se diferenciaba aquella escena del mundo de la vigilia.

—¿Qué sientes? —preguntó Bryde.

—No me hagas esa pregunta mientras soñamos —replicó Ronan—. Cada vez que me la haces, me estalla la cabeza.

Habían llegado a un mirador que había al final del sendero. Sin decir nada, los dos se encaramaron a la barandilla para contemplar la gran presa blanca. El panorama era tan vasto que resultaba difícil de asimilar. A un lado se veía el azul resplandeciente del embalse; al otro, cientos de metros más abajo, asomaban los destellos del río Roanoke, contenido y ahogado por la curva de la presa. Varias montañas rodeaban el embalse, con las orillas a media ladera. El agua tenía un aspecto extraño, aunque Ronan no habría sabido decir por qué.

—Se ahogan —dijo Bryde—. Las montañas no deberían estar medio sumergidas; este paraje debería ser un valle de montaña. Si tiene este aspecto es debido a la presa. Por difícil que resulte de creer, en el fondo del embalse hay varios pueblos. Bonito, ¿verdad? Tanto como un cementerio. ¿Cómo crees que podríamos destruirlo?

Los dos se quedaron callados durante un buen rato, mientras Ronan examinaba la presa y daba vueltas a la forma más fácil y menos costosa de derribarla con un sueño. Antes de quedarse dormido, había imaginado que podrían usar algo para atravesar la pared de cemento, pero ahora eso le parecía impracticable. El embalse era mucho más profundo de lo que esperaba; toda aquella agua tendría que ir a alguna parte, y seguro que había cientos de casas y carreteras en su camino.

Y Ronan no quería matar a nadie.

De modo que tendría que ser algo gradual, algo que no comenzase de improviso. Lo bastante lento para poner a la gente sobre aviso, pero no tanto como para que pudieran detenerlo. Algo inexorable, imparable.

El corazón le golpeaba dentro del pecho. Hacía unos días, destruir un vertedero de basura le había producido mala conciencia; ahora, estaba tratando de imaginar cómo demoler una obra de ingeniería cuya construcción debía de haber exigido millones de dólares y varios años. La electricidad que generaba se usaba para dar luz y calor a todas las casas de vacaciones que salpicaban las montañas, o al menos eso suponía Ronan. Aunque, la verdad, no sabía mucho de electricidad.

Recordó el placer que le producía soñar en Lindenmere, con una línea ley fuerte, con el bosque centrado en él, con todo dispuesto de la forma que le gustaba. Imaginó cómo sería recobrar aquello, solo que mejor aún. Recordó a los pequeños soñadores de la familia Aldana-León. Pensó en los espejos de Rhiannon Martin. En Matthew. En sí mismo; en cómo sería vivir sin temor a provocar infestaciones de cangrejos asesinos o a morir asfixiado por el brotanoche.

También pensó en Declan, en el miedo que le daba a su hermano que se perdiera en aquel mundo y no supiera regresar.

—Me asusta la velocidad a la que está enfermando el mundo —dijo Bryde—. Hace décadas, parecía que nos quedaban años. Hace años, parecía que nos quedaban meses. Hace meses, parecía que nos quedaban días. Y, ahora, cada segundo de cada minuto de cada día se hace más difícil ser un soñador. Hay tanto ruido… Incluso aquí, en las montañas, el ruido es ensordecedor. Nos gritan incluso mientras dormimos. Pronto no habrá sitio para las cosas silenciosas, las cosas que se deshacen si se ven obligadas a alzar la voz. Pronto no habrá sitio para los secretos, los secretos que pierden su misterio cuando se descubren. Pronto no habrá sitio para lo insólito, para lo desconocido, porque todo estará catalogado, pavimentado, enchufado.

Ronan pensó en los guantes de Adam, colocados sobre sus botas junto a la puerta de atrás.

Pensó en su ansia de sentirse como si estuviera hecho para algo más que para morir.

—Sé que eres dos cosas —dijo Bryde—. Sé que perteneces a ambos mundos. Eso no va a cambiar.

—¿Y si es demasiado? —replicó Ronan—. No sé si quiero hacerlo.

—Quieres.

—Eso no lo puedes decir tú. No puedes saber lo que siento.

—Sé que ya has tomado la decisión —afirmó Bryde con voz muy muy suave—. La tomaste hace mucho tiempo.

—¿Cuándo? ¿Mientras estábamos sentados en la tabla flotante? ¿Después de que matasen a Rhiannon Martin?

—Antes de eso.

—¿Cuando decidí acompañarte?

—Antes de eso.

—No —dijo Ronan.

—Sí.

La frustración que Ronan tenía acumulada explotó con tanta fuerza que el sueño entero se estremeció. El aire y el agua ondularon. Ronan estaba harto de sermones, de juegos, de acertijos. Por alguna razón, recordó el estallido de estorninos que lo había envuelto aquellas Navidades lejanas, mientras Declan lo miraba; el sufrimiento de querer volar y no poder explicarlo con palabras.

De pronto algo lo atenazó por dentro: miedo, o quizá ira.

—¡Tú no puedes saber cuándo tomé la decisión! —rugió.

—Sí que puedo —replicó Bryde con voz suave—, porque sé cuándo me soñaste.

36

«¿Qué es lo real?

Tú haces la realidad».

Ronan se encontraba de nuevo en su peor sueño. La presa había desaparecido. El lago había desaparecido. El calor y la claridad del sueño de Bryde se habían esfumado, reemplazados por la vieja pesadilla de Ronan. Estaba de pie en un cuarto de baño de Los Graneros, y había un Ronan en el espejo. Tras él, Ronan podía ver el reflejo de Bryde, de pie en el umbral.

—No —dijo.

—Si acudí fue porque tú me llamaste —repuso Bryde.

—No.

—No digas que no. Sabes que es cierto. Lo sabías.

—No lo sabía.

—Sí que lo sabías —insistió Bryde—. Muy en el fondo, tenías que saberlo. Si no lo hubieras pedido, no habría ocurrido.

El sueño volvió a cambiar. Ahora transcurría en Lindenmere. Estaban rodeados por los gigantescos árboles que había soñado Ronan, de pie en el claro en el que Ronan y Hennessy habían oído un día la voz de Bryde. Era imposible distinguir aquel sueño de la realidad. Los detalles eran perfectos: cada helecho esponjoso, cada almohadilla de musgo, cada mota de polvo, cada insecto que brillaba en el aire.

—No —dijo Ronan una vez más—. La gente conocía tu nombre. Habían oído rumores sobre ti.

—Fuiste tú quien soñó los rumores.

—No. Yo no soy capaz de hacer eso. Eres tú quien puede hacer ese tipo de cosas. Las esferas…

—Tú me soñaste así.

El bosque bullía de vida, de sonidos. Aleteos distantes. Garras. Colmillos. Mandíbulas. A pesar de todas las lecciones de Bryde, a la hora de la verdad, Ronan seguía teniendo tanta facilidad para corromper los

sueños como cuando había sacado los cangrejos asesinos en el dormitorio de Adam.

—¿Por qué estás haciéndome esto?

—¿Por qué no dejabas entrar a Adam en tus sueños? —replicó Bryde —. Porque sabías que se daría cuenta y querías seguir fingiendo.

Frunció levemente el ceño, y Ronan se dio cuenta de que estaba expulsando del sueño las garras y los colmillos invasores. Lo hacía sin esfuerzo. Mantenía el control en los momentos en que Ronan lo perdía.

—Yo no quería nada —afirmó Ronan.

Era una mentira, y el sueño se la envió de vuelta. Por un momento, estuvo a punto de vomitar.

—Conocías la existencia de Hennessy —alegó—. Yo no sabía nada de ella.

—Sé lo que sabe Lindenmere —repuso Bryde en voz baja—. Soy una mezcla de ti y de él.

«Dios…». Ronan empezó a revivir los hechos que lo habían llevado hasta ese punto, a acordarse de todo lo que Bryde le había enseñado. Rebuscó en su mente la primera vez que lo había visto, la primera vez que lo había oído. Trató de recordar cómo había decidido que merecía la pena aceptar el juego de encontrarlo. La promesa de encontrar otro soñador le había parecido tan tentadora… Y la de encontrar otro soñador que realmente supiera lo que hacía le había parecido más tentadora aún. ¿Y si hubiera generado la respuesta en uno de sus sueños, del mismo modo en que había generado las garras y los colmillos? Había deseado tener un maestro y lo había conseguido.

«No».

Se esforzó por encontrar algún recuerdo en el que Bryde le hubiera dicho algo que él ya no supiera o que Lindenmere —un bosque situado en plena línea ley— no pudiera saber.

«Dios. Dios». Bryde obtenía toda su información de los árboles. A menudo sabía lo que Ronan pensaba antes de que lo dijese. Ronan se recordó observándolo, diciéndose que le resultaba familiar, escapando de una certeza que en el fondo poseía. La madriguera del conejo bajaba más y más, y Ronan aún no había llegado al fondo. Seguía en plena caída.

El sueño ocurría ahora en algún lugar de la costa de Irlanda. Un viejo halcón volaba sobre la negrura del océano. Ronan notó el sabor de la sal. El viento, húmedo y frío, lo calaba hasta los huesos. Aquello no parecía un

sueño: parecía la realidad. Era exactamente como la realidad. Ronan ya no sabía distinguir lo uno de lo otro.

—Tú quisiste que yo apareciese.

—Quería que apareciera alguien real.

«La realidad no significa nada para alguien como tú». No hacía falta que Bryde lo dijese, porque Ronan ya lo sabía. En el fondo de su ser, sabía lo mismo que Bryde.

—Es más duro de lo que creía —afirmó Bryde—. Pensé que estar aquí fuera sería más fácil. Creí que sabía lo que quería, pero hay tanto ruido… Hay tanto ruido que a veces me pierdo.

A Ronan se le estaba rompiendo el corazón.

—¿Y tu misión? —preguntó.

—Era la tuya —repuso Bryde.

Ronan cerró los ojos.

—No eres más que un sueño —dijo, y Bride negó con la cabeza.

—Ya sabemos lo que piensas de eso, porque yo te lo dije hace poco. ¿Qué sientes, Ronan Lynch?

Se sentía traicionado. Solo. Furioso. Como si el brotanoche lo atacase, aunque no había rastro de él. Como si no pudiera soportar la visión de Bryde un segundo más. Como si no pudiera soportar estar dentro de su propia cabeza un segundo más. Como si no estuviera seguro de haber despertado jamás de su peor sueño.

La oscuridad del océano empezó a bullir y estalló en llamas. La mente de Ronan empezó a bullir y estalló en llamas. Cualquier cosa podía arder, siempre y cuando se golpease con fuerza suficiente.

—Nada —respondió—. No siento nada.

La hierba también había empezado a arder. Las olas habían incendiado la orilla pedregosa, que a su vez había incendiado la pared del acantilado. Las extrañas llamas habían sobrepasado el borde del abismo y habían prendido en la tierra y la maleza. El fuego susurraba para sí mientras cumplía con su cometido. Su lenguaje era secreto, pero Ronan comprendía el mensaje fundamental: tenía hambre.

—En este momento —dijo Bryde—, Hennessy está tratando de soñar algo que apague para siempre las líneas ley. ¿La sientes? Podemos ir a detenerla, o puedo ir yo solo a detenerla, o puedes tratar de detenerme a mí y dejar que la línea ley se extinga, lo que hará que todo esto desaparezca. La elección está en tus manos. Pero tienes que decidir. ¿Es esta mi misión? ¿Es la tuya? ¿No es nada? Por una vez en tu vida, deja de

mentir. Deja de esconderte detrás de mí. Ronan Lynch, ¿qué es lo que quieres?

De pronto, la dulce voz de Aurora se abrió paso por el sueño. Le decía a Ronan que tenía que enterrarlo.

Ronan dio un suspiro trémulo. El fuego lo quemaba todo excepto a ellos dos.

—Quiero cambiar el mundo.

37

Cuando desaparecieron las líneas ley, hacía un día precioso.

Aunque era una tarde extrañamente cálida para aquella época del año en Nueva Inglaterra, todo el mundo estaba a gusto. No hacía tanto calor como para que las conversaciones se centraran en cosas desagradables, como el calentamiento global o la carestía de los aguacates; pero sí el suficiente para que la gente se quitase el anorak y los guantes y saliera a caminar un poco, o llevara al niño al parque, o desempolvara la red de bádminton que tenía arrumbada en el garaje.

«Los días como este», se decía la gente, «te recuerdan por qué merece la pena vivir».

En aquella tarde extrañamente cálida, tres Zetas no podían disfrutar del buen tiempo porque estaban ocupados soñando. Dos de ellos —Bryde y Ronan Lynch— dormían a unos metros de un coche que resultaba muy difícil de ver. Aunque no llevaban mucho rato soñando, algunas hojas secas de roble ya habían revoloteado hasta posarse en su ropa. Había algo inquietante en ver aquellas hojas sobre sus cuerpos inmóviles. No era lo mismo que verlas sobre un tejado o sobre una rama seca. Era una imagen que producía cierta ansiedad. Resultaba errónea. Opuesta a lo natural.

La tercera soñadora —Hennessy— soñaba recostada en un enorme puf, en una de las estancias de un salón de té. Dos mujeres la observaban con atención. Una de ellas, tan anciana que ya no parecía posible describir su edad con cifras, acariciaba la frente de Hennessy con ternura mientras ella dormía. La otra montaba guardia junto a la puerta, aferrando una espada soñada con las palabras DESDE EL CAOS en el pomo. Estaba dispuesta a esgrimirla si Hennessy sacaba de su sueño una pesadilla, en lugar de un sueño con el que salvar el mundo.

—Esto me da mala espina —dijo la mujer de la espada.

—Todo irá bien —replicó la mujer anciana, volviendo a acariciar la frente de la soñadora. Sus dedos, sin embargo, temblaban un poco.

Las personas que amaban a los Zetas dormidos tampoco podían disfrutar de aquella cálida tarde.

Adam Parrish, que amaba a Ronan, estaba solo en su cuarto, sentado en el suelo y alumbrado por una sola vela, con sus cartas del tarot amontonadas boca arriba a su lado. Sus ojos estaban fijos en la llama, y su mente vagaba por el espacio de los sueños. Trataba de encontrar a Ronan Lynch, pero sus llamadas eran como un teléfono que sonaba y sonaba sin que nadie lo respondiera. Aunque aquel era un juego peligroso, Adam no se daba por vencido y permitía que su mente se alejase un poco más de su cuerpo con cada llamada.

«¡Ronan! ¡Ronan!», exclamaba, pero lo único que veía eran atisbos de Bryde. Hacía mucho calor. Olía a humo. Él mismo era humo que flotaba en lentas volutas.

«¿Qué has hecho, Ronan? —pensó con infinita tristeza—. ¿Qué estás haciendo?».

Matthew Lynch, que también amaba a Ronan, había salido a la calle. Pero no para vagar sin rumbo, como hacían los sueños, sino para caminar como un adolescente normal, con una dirección y un propósito definidos. Mientras Declan estaba ocupado en sus quehaceres secretos, Matthew había concertado una cita en un instituto cercano. Había tomado una decisión: quería terminar sus estudios de secundaria. Aunque no sabía qué haría más tarde, por ahora pensaba seguir el consejo de Jordan: se iba a tratar a sí mismo como a una persona real hasta que Declan lo hiciese también. Aun así, el aire de aquel despacho estaba estancado, y por el ventanuco que había a su lado entraba la luz del sol. Por más que quisiera estar allí dentro, le apetecía mucho estar fuera.

De pronto, sin saber por qué, empezó a pensar en cosas relacionadas con el fuego. Se tocó la mejilla: hacía mucho calor. Los responsables de mantenimiento no debían de haber ajustado la calefacción a la temperatura de aquel día excepcionalmente cálido.

Declan Lynch, que también amaba a Ronan, estaba acorralado en su propio apartamento por un puñado de Moderadores muy cabreados. Acababan de perder a tres Zetas en una rosaleda y no disponían de ningún Visionario que les proporcionase más indicaciones. Aunque todavía no habían decidido cómo iban a utilizar a Declan para echarle el guante a su hermano, estaban decididos a atraparlo primero y elaborar los detalles de la estrategia después. No les quedaba nada más.

—Yo no os voy a servir para negociar —les aseguró Declan, mientras pensaba en la pistola que había pegado con cinta aislante bajo el tablero de la mesa de la cocina. La tenía a poco más de un metro, pero lo mismo le

hubiera dado tenerla a cien. Y aunque hubiera podido alcanzarla, ¿qué iba a hacer con un arma, frente a un grupo que empuñaba decenas?—. Mi hermano cree que acabo de atentar contra su vida.

Por más que le disgustase la idea, no podía dejar de pensar que una de las esferas de Bryde le habría permitido salir de allí indemne o que los perros solares de Ronan habrían vaciado su apartamento en un abrir y cerrar de ojos. Tanto poder… Tanto poder y en tan pocas manos…

«Ay, Ronan», pensó, enfadándose de pronto al darse cuenta de que su hermano jamás veía el panorama completo, el largo plazo. «¿Qué vas a hacer ahora?».

Jordan, que amaba a Hennessy, había salido de su estudio y caminaba hacia el apartamento de Declan. Iba leyendo algo en su móvil, con la cabeza gacha y el ceño fruncido: una noticia que hablaba de una gran carrera ilegal en Boston, en la que habían resultado heridos seis participantes que se encontraban ingresados en estado crítico. El jefe de la policía había lanzado un comunicado recordando a los conductores que la vida no era un videojuego ni una película de acción y que las acciones tenían consecuencias. Jordan se preguntó si habría funcionado la jugada contra Bryde; Declan no contestaba al teléfono.

«Preferiría que estuvieras muerta», le había dicho Hennessy.

Jordan notó cómo se le encendían las mejillas. Le ardían. El pecho le dolía y le quemaba por dentro. No sabía por qué Hennessy tenía que ser así. Si aún hubieran vivido juntas, ya lo habrían arreglado hablando. Hennessy se habría calmado; su enfado habría terminado por convertirse en tristeza y, al final, agotada, habría terminado por rendirse. Las dos habrían llegado a un equilibrio, una vez más. Bueno, no las dos, porque Jordan rara vez planteaba problemas. El problema era Hennessy.

«Hennessy —pensó Jordan—, ¿por qué no me diste todos tus recuerdos?».

Ninguno de ellos sospechaba que, aquella tarde, el destino se estaba desarrollando en el interior de las cabezas de los tres Zetas dormidos.

Los Zetas se habían desplazado a un sueño compartido que saltaba de una cosa a otra.

Primero fue el Encaje, rasgado y odioso.

Luego vino la presa Smith Mountain, con un fuego pequeño y dotado de consciencia en su base.

Después apareció el Juego, con cada Zeta tras el volante de un coche diferente, los tres compitiendo por hacerse con el control de la carrera y el

sueño.

El sueño pasó por un estudio, por una granja, por unos contenedores en un aparcamiento tras los que sonaba una melodía de ópera, por una chica adolescente que buscaba a Hennessy en una galería de arte, por un dragón de fuego que explotaba sobre un coche, por una bala que entraba en la cabeza de una mujer, por Bryde agachado junto al cuerpo de Lock en un campo anónimo.

—El juego que os traéis entre manos —dijo Bryde— solo puede traer dolor. Mira a tu alrededor: las reglas están cambiando. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes lo que podríamos hacer? Deja en paz a mis soñadores.

—Bryde —le llamó Ronan.

Pero Bryde no le hizo caso.

—Gracias por la ayuda; si no fuera por vosotros, no podría centrarme —dijo Hennessy. Estaba de pie junto al coche invisible, mirando cómo Bryde recitaba de memoria sus frases—. ¡Joder!, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que matase a mis clones? Y, luego, vas tú y te fugas con el tuyo.

Sabía lo de Bryde. Lo sabía porque el sueño le había proporcionado el dato sin ningún comentario adicional, como hacían los sueños a veces. El dato era este: Bryde era un sueño. Bryde era el sueño de Ronan.

—¿Cómo le estás haciendo eso? —preguntó Ronan.

Hennessy miró el horizonte con los ojos entrecerrados. A lo lejos flotaba un hilo de humo.

—Cuando estábamos en la rosaleda, oí cómo le decía a aquel Moderador una cosa muy astuta. ¿No lo escuchaste? Dijo que él no planteaba acertijos, que solo bajaba el volumen de las cosas que no importaban. ¿Por qué mierda no nos enseñó eso a nosotros? Las cosas como esa son útiles. ¡Ahora mismo lo estoy haciendo! Todo el tiempo que nos daba la brasa con lo que era real y lo que eran sueños, hablaba también de sí mismo. ¿No lo ves? Bryde no sabe quién es, igual que nosotros. ¿Qué es lo real ahora, Bryde? ¿Qué sientes?

Bryde no pareció escucharla; aún seguía inmerso en el recuerdo.

—Por supuesto, a él le va mucho en esto. ¿Recuerdas que te dijo que quería mantener despierto a Matthew aunque tú no estuvieras? En realidad, hablaba de sí mismo. Menudo complejo de Edipo, tío.

—Cállate —la cortó Ronan—. ¿Cuál es el magnífico plan que se te ha ocurrido ahora? ¿Extinguir las líneas ley para que no aparezca el Encaje?

Hennessy imitó sendas pistolas con las manos y le apuntó.

Luego, se llevó una mano al bolsillo y sacó una esfera plateada. Ronan, con la certeza con la que se saben algunas cosas en los sueños, supo que era muy distinta de las de Bryde, a pesar de que su apariencia era la misma. La intención de aquella esfera emanaba de ella y atravesaba el sueño.

Y su intención era esta: detener las líneas ley.

—¿Y, ahora, qué? —preguntó Hennessy—. ¿Nos ponemos a pelear para siempre? ¿Así va a ser la cosa a partir de ahora, yo tratando de apagar las líneas ley con esta cosa y tú cambiando el sueño para que yo olvide lo que estaba haciendo, y así una y otra vez?

Los dos Zetas se calibraron con la mirada. El sueño vibraba, lleno de sentimientos no expresados, pero ninguno de ellos era malicia. En realidad, solo eran dos. Una soñadora sentía que tenía que detenerlo todo, y el otro sentía que tenía que comenzarlo todo.

Y el tercer Zeta, el Zeta que también era un sueño, seguía inmerso en su secuencia de recuerdos. Ahora caminaba hacia una caravana Airstream que acababa de aparecer frente a él. Hennessy, de algún modo, estaba recreando el recuerdo exactamente, recogiendo todos sus detalles con sus ojos de artista para lanzárselos de vuelta y envolverlo. Haciendo aquello, Hennessy poseía un gran poder.

La columna de humo aún se elevaba en el horizonte. Allá lejos, rodeada de campos de maíz, la presa Smith Mountain era devorada lenta pero implacablemente por unas llamas rebeldes y sobrenaturales. Sobrevolaban el fuego unas inquietantes garzas oscuras, tan vaporosas como el humo de una vela, dispuestas a recoger el fuego y llevarlo adonde Ronan lo necesitase. Las garzas podrían recorrer la distancia entre Connecticut y la presa real en Virginia en un abrir y cerrar de ojos. Ronan, de algún modo, estaba manteniendo intacta la intención del fuego, mientras conversaba con Hennessy y, al mismo tiempo, modelaba silenciosamente el sueño para transformarlo en otra cosa sin que nadie lo advirtiese. Haciendo aquello, Ronan poseía un gran poder.

—El Encaje no está aquí ahora mismo —dijo—. Mientras trabajemos juntos, no habrá sitio para él. Puedo alejarlo para siempre. Y podemos tomarnos un descanso. Hennessy, ya te encontré una vez: te estabas ahogando y yo acudí. Quería hacer esto contigo, ¿lo recuerdas? No me hagas suplicar.

Hennessy se colocó la esfera plateada delante de un ojo y lo guiñó, como si fuera el parche de un capitán pirata. Los dos podían sentirla. No era tanto una presencia como una ausencia, una carencia de potencial. Era

una tele con el cable desenchufado. Hennessy no decía nada. Ella, que siempre tenía algo que decir, estaba callada.

—Haciendo esto nos jodes a todos —añadió Ronan.

Ya podía ver los cambios silenciosos que estaba practicando en el sueño, aunque para Hennessy siguieran ocultos. Los pájaros se congregaban lentamente tras la espalda de ella. Eran cientos, miles; invadían los campos. Cuando Ronan agitó levemente los dedos de una mano, ellos también se agitaron, como una tormenta en ciernes. También aquellas aves estaban animadas por una sola intención: quitarle la esfera a Hennessy, destruirla para que Ronan pudiera despertar sin ella. Destruirla para que Ronan pudiera despertar junto a sus llamas devoradoras de presas.

—¿Te has planteado las consecuencias que tendría lo que quieres hacer, Hennessy? —insistió—. ¿Es que el mundo entero tiene que pagar porque tú no sabes arreglártelas?

—Yo soy la goma y tú eres el pegamento, Ronan Lynch —replicó Hennessy—. ¿Sabes qué es lo más divertido? Que Bryde y tú sois lo mismo y, sin embargo, él entiende las cosas mucho mejor. Sigues pensando como un no soñador. Al menos, yo soy capaz de pensar como una falsificadora.

Hennessy señaló algo detrás de Ronan.

Él tuvo el tiempo justo de volverse para descubrir a la Hennessy real a su espalda, sujetando otra esfera plateada entre los dedos. Esta era aún más fuerte que la que sostenía la otra Hennessy. De ella no emanaba solo una carencia de sensación: era un velo de vacío, una entidad capaz de apagar el ruido, ahogar el sonido, aliviar la presión, eliminar las manchas, cancelar cualquier suscripción, y los pájaros de Ronan apuntaban a la Hennessy que no era y la esfera que no era y…

Hennessy se despertó en el salón de té.

—Liliana —murmuró Carmen Farooq-Lane.

—Lo sé —contestó Liliana.

Las dos contemplaron la pequeña esfera de metal que Hennessy sostenía entre sus manos paralizadas. No la habían visto aparecer. Era como si sus mentes se retorciesen y se doblasen sobre sí mismas: una parte de su cerebro trataba de decirles que la esfera siempre había estado allí, mientras otra parte recordaba que no era así.

Los objetos soñados solo tenían una norma: si funcionaban en el sueño, también lo hacían en la vida real.

La esfera de Hennessy funcionaba en el sueño.

Y en la vida real, también.

Sus efectos en aquella tarde extrañamente cálida fueron inmediatos.

Aquí y allá empezaron a caer del cielo pájaros soñados que rebotaban en los parabrisas y las aceras antes de detenerse, profundamente dormidos. Centenares de perros soñados se durmieron en pleno paseo, para sorpresa de sus dueños. Miles de coches se salieron de la carretera o chocaron con otros, mientras sus conductores soñados miraban al infinito.

Una niñera que empujaba un carrito frente a una iglesia remodelada en el centro de Boston se encontró de pronto con que no podía despertar al bebé.

Las redes sociales se llenaron de relatos de cortes de electricidad debidos a la misteriosa detención de numerosas turbinas eólicas.

En el aeropuerto Logan, un avión se desvió de la pista en pleno aterrizaje y se escoró hacia la zona de estacionamiento. Los responsables de la torre de control se desgañitaron en vano, antes de que empezaran a llegarles informes de decenas de aviones que se desplomaban del cielo en todo el mundo.

En una calurosa oficina dentro de un instituto, Matthew Lynch se llevó una mano a la mejilla.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó la secretaria del centro.

—Lo siento —murmuró él, y cayó dormido de inmediato.

En el apartamento de Declan Lynch, Declan se quedó atónito al ver cómo Lock se interrumpía a media frase y caía de rodillas, seguido de otros dos Moderadores. Aprovechó la confusión del momento para acercarse de un salto a la mesa, recoger la pistola de debajo de la mesa y apuntar a los tres Moderadores restantes.

—¿Qué pasa aquí? —les preguntó.

Pero también ellos habían empezado a tambalearse. Antes de que pudieran contestar, los tres se quedaron dormidos.

Lo cual, en sí, era una respuesta.

En un merendero de un bosque de Connecticut, Bryde se incorporó. Se sacudió las hojas de la ropa y las telarañas de la memoria; luego, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta gris y miró el dulcemetal que le había robado a Lock varias semanas atrás. No era muy potente, pero le bastaría por el momento.

Miró a Ronan Lynch, que seguía dormido. Varias hojas le ocultaban la cara.

—Despierta —le dijo, pero Ronan no despertó.

Delante del aparcamiento de Declan, Jordan se había detenido para escuchar el estruendo de sirenas. De pronto, un pájaro se desplomó en la acera con un «plop» sorprendentemente sordo. Jordan se agachó. Era un animalillo precioso, cuajado de gemas, imposible. Le tocó el pecho con suavidad. No estaba muerto, sino dormido.

El corazón de Jordan se aceleró.

Sintió cómo la línea ley se retraía alejándose de ella, alejándose de todo. Era como estar en una habitación que se quedase sin aire. Como aquel día, tiempo atrás, en que Hennessy había sacado un océano de su sueño y Jordan se había encontrado sumergida, metida en un mundo que no estaba diseñado para ella. Era imposible negociar con el océano; o se tenía una botella de oxígeno o no se tenía. No había más opciones.

Al final de la acera, la puerta de un edificio se abrió de golpe. Tras ella apareció Declan, con la americana a medio poner y las llaves colgando de la mano. A Jordan no le hizo falta preguntarle nada para comprender que había salido a buscarla. Lo podía ver en su lenguaje corporal, en su expresión.

—Jordan —dijo él—, estás…

Otro pájaro, este más grande, cayó del cielo a cierta distancia. Golpeó el parabrisas de un coche, haciendo saltar la alarma.

—Estoy despierta —completó ella la frase, perpleja.

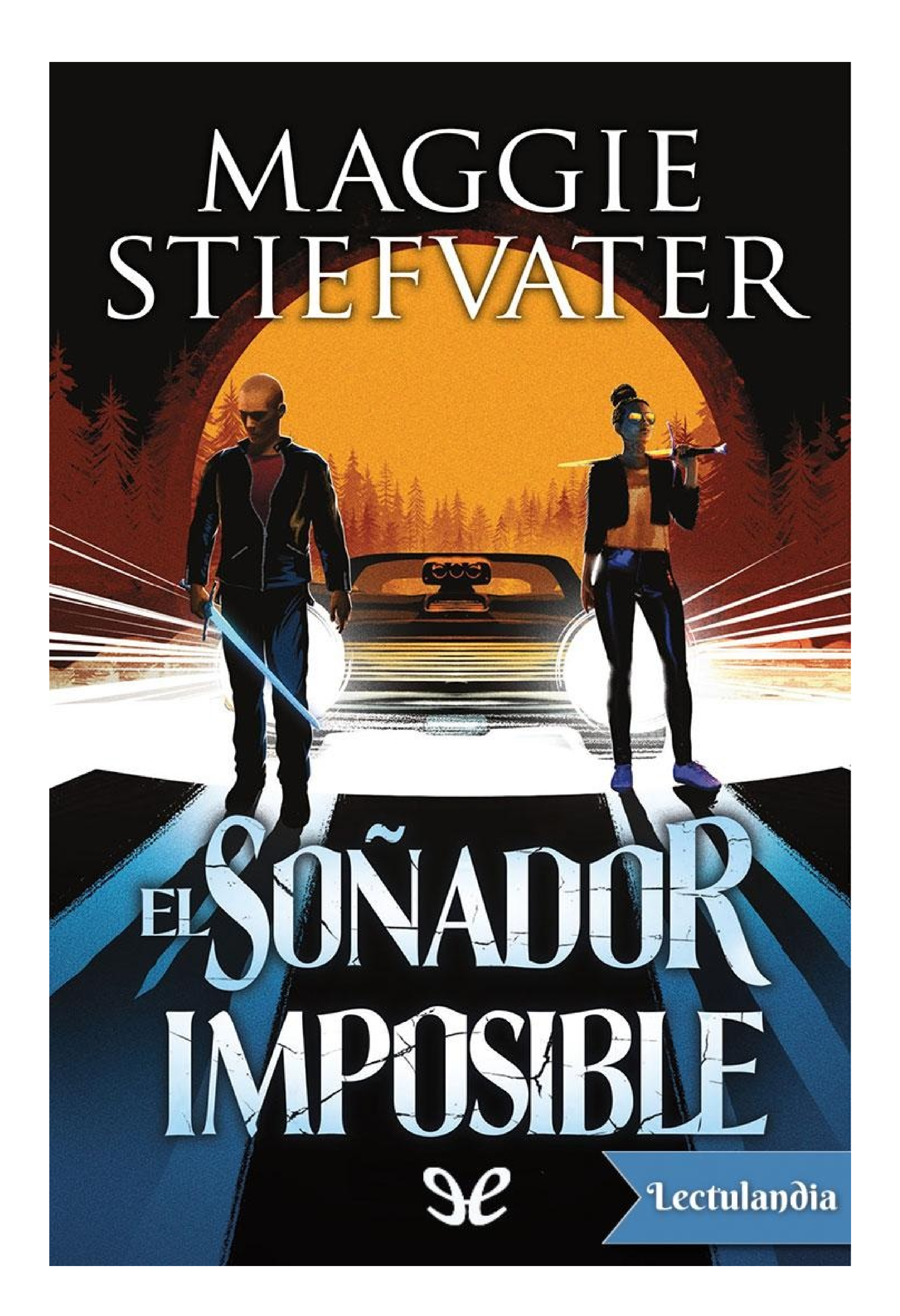
Estaba pero que muy despierta.

Sí: verdaderamente, hacía un día precioso.



MAGGIE STIEFVATER. Nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor* perteneciente a la serie *Los lobos de Mercy Falls*. También tiene publicadas otras series de libros, *The Raven Cycle* y *A gathering of faerie* todavía no publicada en español.


MAGGIE
STIEFVATER
EL SOÑADOR
IMPOSIBLE
Lectulandia